

SHIRIN KLAUS

Suscríbete

a mi

corazón



Suscribete
a mi corazón

· SHIRIN KLAUS ·

Foto de portada: Murilo Folgosi

Diseño de cubierta: Alba Navalón

© 2019 Shirin Klaus

Puedes descubrir todos los libros de la autora en su página web:

www.albanavalon.es

ISBN: 9781792808135

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

- [1.](#)
- [2.](#)
- [3.](#)
- [4.](#)
- [5.](#)
- [6.](#)
- [7.](#)
- [8.](#)
- [9.](#)
- [10.](#)
- [11.](#)
- [12.](#)
- [13.](#)
- [14.](#)
- [15.](#)
- [16.](#)
- [17.](#)
- [18.](#)
- [19.](#)
- [20.](#)
- [21.](#)
- [22.](#)
- [23.](#)
- [24.](#)
- [25.](#)
- [26.](#)
- [27.](#)
- [28.](#)
- [29.](#)
- [30.](#)
- [31.](#)
- [32.](#)
- [33.](#)
- [34.](#)
- [35.](#)

36.

37.

38.

39.

40.

41.

42.

43.

44.

45.

46.

47.

48.

49.

50.

51.

52.

53.

54.

55.

56.

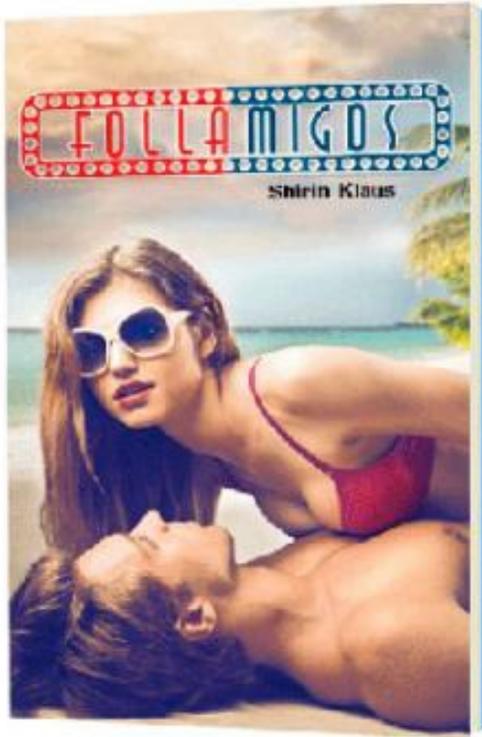
57.

58.

59.

60.

Epílogo



Consigue
GRATIS
este relato
erótico

www.albanavalon.es

1.

—No me puedo creer que vaya a casarse.

—Tampoco es para tanto.

Las palabras de Rodrigo sonaron como un suspiro. Estaba harto ya. ¿Cuántas veces había oído esa dichosa frase aquella tarde? «No me lo puedo creer», «es increíble», «¡ella! ¡casarse!» y blablablá. Destapó un botellín de cerveza para él y otro para Rafa a la vez que cerraba la puerta del frigo con un pie.

—¡Va a casarse!

Le tendió el tercio esperanzado, pues Rafa no podría hablar a la vez que bebía. Su amigo se llevó la botella a la boca y dio un largo trago. Fueron unos preciosos segundos de silencio que, por desgracia, no duraron mucho.

—¿Se habrá quedado embarazada?

Aquello era nuevo y, de la impresión, Rodrigo casi se transforma en una fuente andante de cerveza. En un sobrehumano esfuerzo por no rociar la espalda de su amigo, tragó todo de golpe con la mala suerte de que el líquido se le fue por el conducto equivocado y casi se ahoga. Comenzó a toser, se llevó una mano al pecho y Rafa intentó ayudarle como cualquier buen amigo haría: dándole palmadas en la espalda con toda la fuerza que pudo reunir.

—¡Joder, para! Me vas a sacar la columna por el pecho —protestó Rodrigo a la vez que se lo quitaba de encima. Aprovechó también para limpiarse las gotas doradas que habían escapado de sus labios.

—¿Estás bien?

—No gracias a ti. —Rodrigo movió los hombros en círculos para asegurarse de que todo seguía en su sitio—. ¿Tú no sabes que ese truco no funciona? Solo vale para aprovecharse de la situación y dar unos cuantos

mamporros a alguien. —Y después, murmurando y masajeándose un hombro, añadió—: Dios, casi me dislocas un brazo.

Tras aquella distracción, Rafa se mantuvo callado durante casi treinta segundos. ¡Milagro! Pero no tardó en volver al ataque.

—Entonces, ¿qué? ¿Crees que está embarazada?

—¿No te parece que te estás pasando un poco? Está más gordita que cuando estaba contigo, pero tampoco es para tanto. ¿Porque haya ganado unos kilos tiene que estar embarazada?

—Cuando estaba conmigo decía que no quería casarse ni tener hijos. Si ha cambiado de opinión en una cosa, también en la otra, ¿no?

Sin dejar de darle vueltas a la cabeza, Rafa se dejó caer en el sofá y le dio otro trago a su botellín. Rodrigo lo imitó, desplomándose a su lado. Se quitó los zapatos y acomodó los pies en un taburete acolchado. Movi6 los dedos, al fin libres después de un duro día de trabajo. La jornada no había sido dura por su extensión, sino porque habían tenido una reunión muy importante en la que, además de haber dado el 200% de sí mismos, habían tenido que ponerse de punta en blanco, incluyendo aquellos zapatos que solo se calzaba para bodas y entierros y que le destrozaban los pies.

Al darse cuenta de que Rafa no hablaba, se giró para mirarlo y vio que su amigo tenía la vista perdida en el infinito. Había estado deseando que dejara el temita desde que se habían encontrado con Alba a la salida de la reunión, pero ahora su silencio lo inquietaba. O más que su mutismo, su expresión ausente.

—¿Y a ti qué te importa si Alba se casa, se preña o se rapa el pelo? Debería darte igual, es agua pasada.

—Y no me importa.

—¡Ya, claro! Y por eso desde que la hemos visto me estás lloriqueando.

—No te estoy lloriqueando, solo hablo del tema. Es que... ha sido un *shock*.

—¿Por qué? Hace un montón que lo dejasteis, tendrías que tener a Alba más que superada. De hecho...

—De hecho ¿qué? —interrogó Rafa con hosquedad.

—¿Cuando lo dejasteis no decías que ya no la querías?

—Claro que la quería. ¡Llevábamos cinco años juntos!

—Una pareja puede llevar junta treinta años y eso no implica necesariamente que se quieran. Además, ¿no lo dejasteis porque te enrollaste con otra?

—¡Ojalá!

—¿Ojalá?

—Fue la chica la que me besó a mí, yo no hice nada. Si llego a saber lo que provocaría ese beso, en lugar de apartarla hubiera aprovechado la oportunidad.

—Hombre, apartarla, lo que se dice apartarla...

Rafa fulminó a su amigo con la mirada, pero Rodrigo no se dejó impresionar y lo desafió con un gesto a que lo negara.

El otro bebió de su botellín, intentando calmarse. Olvidaba que, aunque Rodrigo no había estado allí, había visto su desliz. Igual que Alba y las amigas de esta cuando se corrió la voz de aquel dichoso vídeo de Youtube. Era lo que tenía el puñetero Internet, que cualquier persona, en cualquier parte del mundo, puede acabar viéndote besar a una desconocida.

—Esa tía te besó y a ti te gustó —le recordó Rodrigo.

Rafa murmuró algo incomprensible entre dientes.

—Mi relación con Alba no iba como debía, es verdad —admitió finalmente—, pero eso no quita que me fastidie descubrir que ha cambiado tan radicalmente de opinión sobre algunos temas. Me hace pensar «¿con él sí

y conmigo no?»

—¿Y no será que estás frustrado de ver que ella avanza y tú no?

—¿Qué tontería es esa?

—Ella va a casarse, mientras que tú acabas de irte a vivir con un amigo, como si en lugar de veintinueve años tuvieras dieciocho y estuvieras empezando la universidad.

Rafa se tensó y lo miró con precaución a la vez que preguntaba:

—¿Te estás arrepintiendo de que hayamos decidido vivir juntos?

—Yo no, ¿y tú?

—No, claro que no.

Asintieron a la vez con la cabeza, conformes con la negativa del otro, y durante casi un minuto se mantuvieron callados mientras bebían.

—Puede que sí me dé un poco de rabia que las cosas le vayan tan bien.

—Pues muy mal. Los ex deberían alegrarse de que a sus anteriores parejas les vaya bien.

Rafa lo miró a la vez que enarcaba una ceja y Rodrigo prorrumpió en carcajadas.

—Tienes razón, ni de coña.

Rieron juntos hasta que, cuando se calmaron un poco, Rafa comentó:

—El proyecto con el que ha mencionado que están ahora...

—¿Sí?

—Era mío.

—¡No me jodas que te han robado la idea! Si tienes pruebas, puedes denunciarles.

—No, no. Bueno... No sé. No lo inventé yo, es algo que ya se estaba desarrollando en Estados Unidos hacía unos años y cuando yo le propuse a su padre que trabajáramos en ese ámbito, prácticamente me tachó de loco porque la cosa todavía estaba en pañales, pero ya ves, al final el tiempo me ha

dado la razón y mi propuesta era buena.

—Te gustaría estar a ti desarrollando el producto, ¿no es eso?

Rafa asintió.

—Me siento como si me hubieran robado la idea y estuvieran explotando algo mío, aunque como te he dicho, el concepto ya estaba inventado. Yo debería estar ahí haciendo eso. Es como si me hubieran quitado mi puesto.

—Cosa que, de hecho, hicieron cuando Alba fue a llorarle a su papi y él te despidió.

Rafa resopló.

—De verdad, tío, para consolar eres único.

—Lo sé, gracias.

Sonó el timbre, lo que les hizo intercambiar una mirada. Ninguno de los dos esperaba a nadie y ni uno ni otro querían ir a abrir. ¡Menudo esfuerzo levantarse e ir hasta la puerta!

—¿Vas tú?

—Ve tú.

—No, tú, que ya me he quitado los zapatos.

—Pues ve así, con lo que te gusta a ti andar en calcetines.

—Ve tú, anda.

Rafa resopló, pero se levantó.

—Todo sea por huir de la peste que te echan los pies.

Rodrigo se contorsionó para poder olfatearse.

—¡Pero si no huelen, capullo!

Entre risas, Rafa llegó al acceso y miró a través de la mirilla. Vio una larga cabellera oscura, pero no sabía si era una mujer o un melenudo porque el recién llegado estaba de espaldas.

—¿Sí? —interrogó abriendo la puerta.

Se le demudó la cara en cuanto la visita se giró con una encantadora sonrisa como carta de presentación.

—Hola, soy Sofía, la vecina de al lado. He venido a traeros un detalle.

Mientras hablaba, le ofreció un plato en el que se agitaba un flan casero de apetitoso tono dorado. La voz de la joven era alegre, su tono encantador...

Rafa cerró la puerta.

De golpe.

En sus narices.

Ella gritó, Rafa no sabía si por la sorpresa o porque le había dado en la cara. Estaba demasiado lejos como para haberla golpeado, ¿no?

Espió a través de la mirilla y la vio sujetándose la camiseta que llevaba puesta. El flan, aunque seguía sobre el plato, ya no tenía tan buen cuerpo como antes. Por lo que podía ver, prácticamente se lo había echado encima.

La joven aporreó con fuerza la puerta.

—¡Tú! ¡Ábreme!

Rafa siguió mirándola a través del agujerito, aunque como no podía apoyar la cara en la madera por los golpes, la veía un poco distorsionada. Más que suficiente para saber que su rostro no era precisamente el de antes. La sonrisa había desaparecido y parecía que a su puerta estuviera llamando el mismísimo Satanás en forma de mujer.

—¡Que me abras, imbécil!

Él no contestó.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —interrogó Rodrigo a su espalda.

Rafa se sobresaltó al oírlo y se giró para pedirle que se callara llevándose un dedo a la boca.

—¿Quién es? —susurró Rodrigo.

—Nadie.

La puerta tembló por los golpes de la chica al otro lado.

—Pues Nadie está fuerte.

—Es una vecina, ¿vale?

—¿Y qué le has hecho? ¡Si llevamos aquí solo una semana!

—No le he hecho nada.

La madera se sacudió.

—Creo que ella piensa otra cosa.

—Es que... quizá la puerta se haya cerrado sola y le haya dado, y... tal vez algo que llevaba en las manos se le haya caído por encima... y...

—Que la puerta ¿qué?

Fue a abrir, pero su amigo le sujetó la mano.

—No abras.

—¡Pero que le has dado a una vecina con la puerta!

Le pegó un empujón y consiguió apartarlo lo suficiente como para poder bajar la manivela. Rafa se escondió tras la hoja al ver que no podía hacer nada por evitar que su amigo le franqueara el paso a la vecina.

Rodrigo abrió la puerta todo lo que el cuerpo de Rafa le permitió. Tenía una disculpa en la punta de la lengua, pero allí no había nadie. Se asomó más, estrujando un poco a Rafa contra la pared, y miró a un lado y a otro, pero todo estaba tranquilo.

—¿No está? —preguntó esperando su compañero.

—No, no hay nadie. ¿Pero a ti qué coño te pasa? ¿Cómo le pegas ese portazo en la cara a una vecina?

—Igual me lo he imaginado todo. Tal vez no había nadie y todo han sido imaginaciones mías.

—No te has imaginado nada. He oído su voz y los golpes en la puerta. ¿Vas a explicarme qué pasa o qué?

—Era ella.

—Ella ¿quién? ¿Alba?

—No, ella.

Rodrigo estaba empezando a preocuparse de verdad. Rafa tenía cara de loco y no decía nada coherente.

—Luna.

—¿Qué?

—Era Luna.

—Luna. ¿Te refieres a... la luna?

—Era ella, era ella... pero ¿cómo es posible? ¿Qué hacía aquí?

Rafa se inclinó de nuevo hacia la mirilla y observó el exterior, que seguía vacío.

—Tío —Rodrigo empezaba a preocuparse de verdad—, ¿has tomado algo? Dímelo, no me enfadaré.

Unos fuertes golpes en algún lugar de la casa los silenciaron.

—¿Tú también lo oyes? —interrogó Rafa.

—Pues claro. ¿De dónde viene?

—La puerta no es.

Como si no fuera obvio. Decidió tomar el control de la situación, pues Rafa se dedicaba a mirar a su alrededor como si la casa de pronto estuviera embrujada. Se dirigió al salón y, aunque los golpes se hicieron más fuertes, no parecían venir de allí. Se dirigió hacia las habitaciones, pero cuanto más se acercaba a ellas menos se escuchaba el ruido, así que guio sus pasos en sentido contrario y llegó a la cocina.

El golpeteo se detuvo a la vez que Rodrigo descubría qué lo provocaba: una joven con cara de pocos amigos los miraba desde el otro lado de la puerta de cristal que daba acceso a la terraza.

—¿Es ella? —le preguntó a Rafa, que estaba detrás de él.

La chica, al ver que se habían quedado allí parados, mirándola sin hacer amago de abrirle, volvió a golpear con rabia el cristal.

Rodrigo dio un paso hacia ella, pero su amigo le retuvo.

—No, no le abras.

—Lo de la puerta ha sido solo un accidente, hay que explicárselo.

—No es solo eso.

—¿Qué más le has hecho?

—Qué me ha hecho ella a mí, dirás.

—¿¡Quieres explicarme de una vez por todas qué narices pasa!?

—Es Luna.

—¿Se supone que tengo que saber quién es? —interrogó Rodrigo, cada vez más cabreado.

—LunaLoba, la *youtuber*.

Rodrigo lo miró con cara de no entender nada, pero de pronto recordó. Tampoco tenía que escarbar demasiado en su memoria, pues hacía tan solo un rato que habían estado hablando de ella.

—¿La *youtuber* que te besó?

—La misma.

—¿Y está tan cabreada por eso?

Tras formular la pregunta, tuvo un arranque de lucidez. Por supuesto que no estaba allí por eso: del beso hacía un año y sus caminos nunca más se habían cruzado. Sin embargo, Rafa sopesó aquella posibilidad muy en serio.

—No lo sé. No la he visto desde entonces, pero... ¿qué hace aquí si no?

—Habrá que averiguarlo, ¿no?

Rodrigo, valiente, dio un paso hacia delante, pero Rafa lo frenó.

—No, no le abras.

—Nos va a hacer añicos la cristalera.

—No creo, es de seguridad.

Y allí se quedaron durante varios segundos, viendo cómo la joven, cada vez más furiosa, seguía golpeando el cristal con los nudillos y, de vez en

cuando, también con el puño.

—¡Pero abridme, tarados! ¿Qué hacéis ahí mirándome? ¡Abridme!

—Voy a abrirle.

—Pero...

—Tenemos que abrirle —sentenció Rodrigo, librándose de la mano de Rafa.

Este, por fin, le dejó ir hasta la puerta y la joven Luna, al ver que se acercaba, detuvo sus golpes y se apartó un poco del cristal.

—Oye, disculpa a mi amigo, él...

No pudo seguir hablando. La chica, sin mediar palabra, le estampó en toda la cara el flan que le quedaba. Parte del dulce se coló directamente en la boca de Rodrigo, que en aquel momento pronunciaba la «a» de «amigo».

—Bienvenido, vecino —espetó la joven, formulando la palabra «vecino» como si fuera puro veneno.

Y dicho aquello, se giró, llevándose consigo el plato vacío del flan. El delicioso regalo de bienvenida se escurría por la cara, la camiseta y parte de los pantalones de Rodrigo. Un trocito de dulce dorado incluso salpicó sus calcetines.

2.

Sofía entró en su cocina y dejó de malos modos el plato del flan en el fregador. Se giró y, con las manos pegajosas, cerró de golpe la puerta corredera que comunicaba con la terraza. La marca pringosa de sus dedos ensució el marco.

—¿Por qué no vas a saludar a los vecinos? —murmuró con enfado, repitiendo las palabras que le había dicho su madre por teléfono—. ¡Llévalos el flan que te llevaste ayer de aquí! Será divertido y conocerás a gente nueva. *Siri divirtidi*. ¡Claro que sí! Asco de gente.

Cruzó el salón y, al llegar a su habitación, buscó en su armario prendas con las que sustituir el desastre que llevaba por ropa. ¡Aquel imbécil le había cerrado la puerta en las narices! Y encima, después se la había quedado mirando a través del cristal, como si fuera un mono en un zoo que se dedica a golpear la barrera transparente para diversión de los visitantes. ¡Qué cabrón!

Arrancó de una percha una camiseta con la silueta de Mickey y se quitó la que llevaba puesta. Fue entonces cuando se dio cuenta de que también llevaba el sujetador manchado y que tendría que lavarse porque tenía toda la piel del pecho pegajosa.

Cerró con brusquedad la puerta del armario y se dirigió hacia el cuarto de baño sin ponerse nada encima del sostén. El aseo se encontraba a escasos pasos y además estaba sola en casa, así que no importaba. O eso pensaba, pues justo al salir de su habitación la puerta de al lado se abrió y apareció Fabián, el novio de Mari.

—¡Hostia!

Ambos se sorprendieron al encontrarse y durante unos segundos se quedaron parados, mirándose.

—¡Sofía! —gritó horrorizada Mari desde dentro de la habitación.

Estaba sentada en la cama, pero desde su posición podía ver lo suficiente de Sofía como para saber que no llevaba camiseta. Fue visto y no visto: Mari casi se teletransportó a la puerta para cerrarla de un portazo.

—Yo... yo...

Sofía no supo qué iba a decir Fabián, pues la hoja acalló sus palabras y lo siguiente que se escuchó fue que Mari y él empezaban a pelearse. O más bien, que Mari le reñía. Era algo habitual en ellos y Sofía no tenía ningún interés en saber qué se decían, así que en cuanto se hubo recuperado de la sorpresa, entró en el baño y cerró la puerta tras ella. Se había duchado esa misma mañana y no pensaba volver a lavarse entera, así que se quitó el sujetador, se inclinó sobre el lavabo y comenzó a echarse agua y un poco de jabón.

En aquella postura y con tan poca ropa, la sorprendió Mari cuando abrió la puerta sin previo aviso.

—¿Pero qué haces así?! —gritó esta.

—¿Lavarme? Cierra la puerta.

—¿Por qué no echas el maldito pestillo?!

—¿Por qué no llamas tú antes de entrar?

Mari, visiblemente molesta, entró en el baño y cerró tras de sí.

—Esto no puede seguir así —sentenció—. Hay que poner unas normas de comportamiento o esto va a ser imposible.

Sofía no contestó. La incomodaba estar desnuda de cintura para arriba con Mari allí plantada, mirándola de forma acusatoria, así que se secó rápidamente con la toalla y se puso las prendas nuevas que había cogido de su armario.

—Nada de ir por ahí desnuda —dijo su compañera sin necesidad de que le preguntara a qué normas se refería.

—No voy «por ahí desnuda» —replicó, indignada.

—¡Estabas delante de mi puerta en sujetador! Y Fabián estaba en casa.

—Yo no sabía que él estaba aquí. Creía que estaba sola. Y, además, no estaba en sujetador delante de tu puerta, solo ha sido un segundo mientras pasaba de mi habitación al baño.

—¡Fabián te ha visto entera!

—Pues le arrancas los ojos, yo que sé.

—No puedes pasearte por la casa sin sujetador. No vives sola.

—¡Pero que no me paseo sin sujetador! —exclamó Sofía exasperada.

—Sí que lo haces. Me lo has dicho un millón de veces: te encanta llegar a casa para quitarte el sujetador.

—¡Pero llevo una camiseta encima!

—Eso no impide que vayas dando las largas.

Sofía la miró con la boca abierta. ¿En serio se había atrevido a decir que iba por la casa marcando pezón?

—Vamos a ver, Mari —se plantó—. ¿De qué me estás acusando exactamente?

—De que te gusta lucirte en casa.

—¿Lucirme?

—¡Sí! Te paseas descalza y sin nada.

—¡Pero que no iba desnuda!

—No me refiero ahora, es siempre. ¡Te paseas en pijama por la casa sin ropa interior!

—Pero... pero... —Sofía pensaba que aquella conversación era muy surrealista—. ¿Quién lleva bragas con el pijama?

—¡Pues yo! Y cualquier persona decente.

—Anda ya. —Le dio la risa por lo ridículo que era todo.

Se agachó a coger la camiseta sucia del suelo. Lo mejor sería lavarla

cuanto antes o el pringue no se iría nunca. Cuando se enderezó, los ojos marrones de Mari seguían taladrándola.

—¿Esto va en serio? —inquirió Sofía con incredulidad.

—Muy en serio. Quiero que te comportes cuando esté Fabián aquí.

—¿Que me comporte?

—Sí.

—Que me comporte, ¿cómo?

—¡Pues que no vayas por ahí exhibiéndote!

—Estoy en mi casa, voy como quiero. No me exhibo por ir en pijama sin ropa interior. Ni por ponerme cómoda y quitarme el sujetador algunos días. Si a Fabián le molesta, ¡que se vaya a su casa! Él no vive aquí, aunque últimamente lo parezca. ¡Se pasa aquí todo el día! Gasta nuestra agua y nuestra luz, y no paga nada. Así que lo siento, pero no me da la gana de no poder ir como quiero en mi propia casa.

—*Ni mi di li gini* —repitió Mari con vocecilla burlona e infantil. En otro momento, a Sofía le habría hecho gracia, no solo por lo ridículo que era, sino también porque daba la casualidad de que ella había hecho algo parecido hacía pocos minutos—. ¡Se llaman normas de convivencia!

—¿Normas de convivencia? ¿En serio? Normas de convivencia son no dejar mi ropa sucia tirada en el baño, no fumar en la casa, bajar la basura cuando toca... Lo que tú quieres es que me ponga un burka cuando esté Fabián por aquí.

—¡Pues mira, no estaría mal! Mejor que pasearte desnuda por la casa.

—¡Arg! ¡¡Pero que no iba desnuda!!

Sofía no podía aguantar más aquella conversación tan ridícula. Mari estaba cabreada y no había quien razonara con ella, así que salió del cuarto de baño y cruzó hasta su habitación, donde cerró la puerta antes de que su amiga pudiera colarse en su cuarto.

—¡Tú siempre tan madura! —le soltó Mari desde el otro lado, antes de meterse en su propia habitación y cerrar de un portazo.

Sofía se dejó caer en la cama y soltó todo el aire de sus pulmones. Su convivencia con Mari siempre había tenido sus más y sus menos, pero estaban llegando a un punto que...

Suspiró y pareció desinflarse sobre la cama. Al pasear la mirada por la habitación, sus ojos se detuvieron en el trípode que había en una esquina, con su cámara en lo alto.

Llevaba ya un tiempo, quizá un par de meses, que estaba muy desmotivada con los vídeos. Tenía que forzarse a grabar y no disfrutaba. Y en las últimas semanas ni tan siquiera había grabado. Se le hacía muy cuesta arriba y había decidido tomarse un descanso, dejar que las cosas fluyeran.

Había pensado que aquel Kit-Kat le vendría bien y que pronto todo se solucionaría, pero lo cierto es que su decisión parecía estar teniendo el efecto contrario y en lugar de airearse e inspirarse, cada día que pasaba se sentía peor.

Había dejado la universidad poco antes de los exámenes y si bien lo había hecho porque se había dado cuenta de que lo que estaba estudiando no era para ella, una de las excusas que había puesto para justificar su abandono era que así podría dedicarle más tiempo al canal. ¿Y ahora qué hacía? Perder horas en Youtube y en las redes sociales, buscando inspiración sin mucho éxito y muriéndose de envidia por las vidas tan idílicas que parecían llevar algunos *youtubers*, esos que se pasaban todo el rato viajando y conociendo gente interesante. Esas personas siempre tenían algo que contar, no como ella, que últimamente llevaba una vida muy gris.

Se levantó de la cama, sintiéndose pesada, y se acercó a la cámara. Encendió los focos y enchufó también el dispositivo de grabación. Desde aquel ángulo pillaba una buena perspectiva de la habitación y sabía

perfectamente, pues tenía cada centímetro del cuarto estudiado, que el mejor punto para hablar era desde el borde de la cama. Allí se plantó y durante unos largos segundos miró la cámara fijamente.

—Voy a tomarme un descanso, lobeznos —dijo al fin—. Creo que será lo mejor. Estoy cansada y no me encuentro con ánimo. Lo habréis notado seguro. No sé qué me pasa, pero quizá... no sé. Quizá haya llegado el momento de dejarlo por un tiempo.

Se calló. Miró la cámara, después los focos y de nuevo el objetivo.

Soltó otro suspiro y presionó el pequeño mando con el que podía controlar la máquina para empezar la grabación a distancia. Se puso en pie y quitó la cámara del trípode. Se la llevó con ella a la cama para ver lo que había grabado. No llegó a darle a reproducir, pues se vio horrible en la miniatura que le mostró el dispositivo. Fea, triste, apagada.

Borró el vídeo sin llegar a verlo y dejó la cámara a un lado.

—Qué asco de vida.

3.

Vivir con Rafa tenía sus ventajas y el que fuera todo un cocinillas era sin duda una de las más importantes. Rodrigo casi se había desentendido de la cocina: si no cenaba un plato recién preparado por Rafa, buscaba en el congelador y siempre encontraba raciones listas para meter al microondas y servir. Su amigo era incapaz de cocinar para uno. Ni tan siquiera para dos. Siempre hacía como mínimo para cuatro personas y después congelaba. Claro que Rodrigo no iba a protestar y mucho menos a regalarle un libro de cocina para parejas. Abrir el congelador y encontrar raciones individuales de lasaña, croquetas, pelotas, hamburguesas, lentejas, pimientos rellenos o estofado, era algo a lo que uno podía acostumbrarse con facilidad.

Aquella noche, para mantenerse ocupado y no pensar en lo que había ocurrido, Rafa había decidido hacer una receta nueva que había visto en Internet y que llevaba tiempo queriendo probar. Sin embargo, pese a sus esfuerzos, tenía la mente en otra cosa y Rodrigo acabó poniéndose en pie de un salto al oler a churrascado.

—¡Se huele a quemado! —gritó a la vez que corría hacia la cocina.

Para cuando llegó, Rafa ya estaba junto al fuego y apartaba la cazuela de la vitrocerámica a la vez que le daba al extractor de humos.

—Ya, ya. Todo controlado. Tienes buen olfato, lo has olido antes que yo.

—¿Buen olfato? Eres tú el que debe tenerlo atrofiado, ¡si está todo lleno de humo! ¿Qué hacías para no darte cuenta? —interrogó a la vez que abría la puerta al patio.

—Nada.

Pero sus gritos habían hecho que se levantara a toda prisa de la mesa de la cocina y no bajara la tapa del portátil, por lo que Rodrigo pudo ver en qué

había estado absorto mientras las patatas se pegaban al fondo de la olla: un vídeo de Youtube que, como no podía ser de otro modo, era de LunaLoba.

—Así que nada, eh —dijo a la vez que tiraba del cable de los auriculares para desconectarlos.

La voz de la chica comenzó a sonar por los altavoces. Con las prisas, Rafa ni tan siquiera le había dado a pausar.

—No es nada.

—Solo cotilleando qué hace la vecina.

—No cotilleo. Lo publica en Internet para todo el mundo.

—¿Y eso no es cotillear en su vida?

—No. Cotillear sería asomarme a su ventana, a ver qué tiene en el escritorio, o poner un vaso pegado a la pared para ver si escucho sus conversaciones.

—Capaz te veo. Se nota que has estado pensando en ello.

Rodrigo se sentó frente al portátil y estudió a la chica que no dejaba de parlotear en la pantalla. Aunque llevaba otra ropa y otro peinado, era fácil reconocerla. La gente de Youtube debía tener menos presupuesto y era más auténtica que la del cine y la televisión. Una vez había coincidido con una actriz española en un restaurante; él estaba comiendo con una antigua novia y ésta se empeñó en que la comensal de dos mesas más allá era la protagonista de una película que habían estrenado hacía un mes. Y sí, tenía un aire, pero Rodrigo estaba convencido de que no era ella. Resultó que su cita tenía razón y a Rodrigo se le cayó un mito a la vez que su fe en el Photoshop y en el maquillaje crecía exponencialmente.

Con aquella *youtuber*, en cambio, no había trampa ni cartón.

—¿Cómo se llama? —le preguntó a Rafa.

—LunaLoba.

—¿Y su nombre real?

—Ufff, ni idea. Sé que lo he oído alguna vez, pero no me acuerdo. Todo el mundo la llama Luna o LunaLoba.

—Pero si te lo ha dicho hace un rato, al presentarse.

—¿Sí? No me he enterado.

—Yo sí lo he oído, pero no me he quedado con el nombre.

El vídeo llegó a su fin y Rodrigo pinchó en otro.

—¡Auuuu, hola, lobeznos! —les dio LunaLoba la bienvenida al nuevo vídeo.

—¿Y eso?

—Siempre empieza así. Todos los *youtubers* importantes tienen su entradilla. Como el «Hola, cara...» de Ro o «¿Todo bien, todo correcto? Y yo que me alegro» de AuronPlay. Seguro que te suenan.

—Pues ahora que lo dices, lo de «Todo bien, todo correcto» se lo he oído a mis sobrinos.

Rafa se rio y le palmeó el hombro.

—Qué abuelete estás hecho.

Rodrigo no contestó y siguió viendo el vídeo que se reproducía frente a él.

—¿Y sobre qué hace vídeos?

—Pues un poco de todo. *Challenges*, colaboraciones... también se prueba ropa y come dulces extranjeros. A mí me gusta porque lo hace todo con humor y es muy positiva, aunque también tiene algunos vídeos serios en los que reflexiona sobre cosas.

Se quedaron callados durante unos segundos, pendientes del vídeo.

—Deberíamos ir a pedirle disculpas, ¿no te parece? —comentó al fin Rodrigo—. Aunque bueno, en mi caso es ella la que debe pedirme disculpas a mí por el *flanazo*, pero... en fin, que si va a ser nuestra vecina deberíamos aclarar las cosas.

—Lo he estado pensando —admitió Rafa—. Y si no te importa, me gustaría que me dejaras a mí hablar con ella.

—¡Ni que yo fuera a decir algo inapropiado!

—No lo digo por eso. Quiero aprovechar la oportunidad.

—¿Para qué?

—Pues para intentar hacerme amigo de ella. ¡Sería increíble poder hablar con ella cara a cara!

—¿Y por qué le has cerrado la puerta en las narices si te interesa tanto caerle bien?

—¡Yo qué sé! Ha sido un shock. No me lo esperaba. Créeme: el que más siente el portazo soy yo.

—Espero que no te pongas en modo fan descontrolado o empeorarás todavía más las cosas.

—Qué va, ya verás.

Cuando Mari y Sofía se habían ido a vivir juntas, no se conocían tanto como para saber si sus costumbres y temperamentos casaban. Eran amigas, se llevaban bien, pero de ahí a vivir juntas... El problema más grave que habían tenido era el desorden de Sofía, que parecía incapaz de dejar nada en su sitio. Por suerte, Mari no era una maniática de la limpieza ni del orden, y aunque habían tenido varias peleas, al final ambas habían conseguido ceder un poco: Sofía procuraba no dejar muchos enredos en las zonas comunes (su habitación ya era otro cantar) y Mari hacía como si no le importase que las cosas de Sofía tendieran a expandirse por toda la casa.

El segundo aspecto más problemático había sido que a Sofía le gustaba mucho escuchar música alta mientras pintaba. La ayudaba a concentrarse y a

dar rienda suelta a su imaginación. Pero para ello los decibelios de la melodía debían ahogar sus pensamientos y las paredes de aquella casa no eran especialmente gruesas. Aquel problema lo habían solucionado con unos auriculares inalámbricos de última generación que conseguían el mismo efecto que los altavoces y le daban a Sofía la libertad de ir sin cables.

Esos auriculares también se habían convertido en sus mejores aliados cuando, un par de meses después de que Mari la acusara a ella de ruidosa, comenzó a traerse a Fabián a casa para montar sus propias fiestas privadas.

Fiestas a media noche de gemidos, gritos y camas que no dejaban de crujir. Fabuloso.

Sofía no se había quejado por eso, pues sabía que la mayor parte de problemas de convivencia se debían a ella. Además, no le importaba soportar unos pocos minutos de ruido si así se ahorra una discusión.

Pero lo cierto es que las breves visitas del principio se habían ido encadenando y ahora no solo parecía que Fabián viviese con ellas durante el día, sino que también dejaba claro que estaba allí de noche. Y aunque era Mari la que se creía una actriz porno y no él, la raíz del problema era Fabián. Y no solo por el sexo en estéreo.

Mari podía ser un auténtico cielo de chica, además de muy divertida, pero tenía un pronto... y últimamente lo sacaba muy a menudo a causa de Fabián. Llevaba con él apenas tres meses y Sofía no sabía si es que se sentía insegura o qué, pero su última discusión en el baño no había sido la única en la que la había acusado de cosas tan ridículas como que fuera en pijama y sin ropa interior por la casa. Por SU casa. ¡Y encima le había dicho que iba provocando!

¿Qué tipo de persona lleva ropa interior bajo el pijama? ¿Dormiría también con sujetador? ¡Qué locura! Lo mejor del día era llegar a casa y quedarse sin sostén.

Sofía lo aguantaba porque, en parte, sabía que era culpa suya que Mari estuviera atenta a todo lo que pasaba entre Fabián y ella. Había sido una estúpida al compartir con ella sus celos. No lo había hecho con maldad, no era su estilo, pero cuando Mari le había contado que habían empezado a salir, Sofía había sido incapaz de alegrarse por ellos y Mari notó enseguida que algo le pasaba.

—¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Es solo... No me lo esperaba. Eso es todo.

—No, a ti te pasa algo más.

—Que no, en serio. No es nada —le quitó ella importancia—. Solo una tontería.

—Venga, dímelo.

Y Sofía se lo había dicho porque creía que debía estar al tanto, porque a ella le habría gustado saberlo en caso de ser a la inversa.

—Es solo que... Fabián me pidió a mi salir hace dos semanas.

Debió haber añadido un «lo veo un poco raro» o algo por el estilo. Quizá así Mari habría entendido que solo lo decía porque se preocupaba por ella, que solo quería estar segura de que las intenciones de Fabián eran buenas. Pero no, su amiga se tomó aquello como que le estaba restregando por la cara que su novio se había interesado primero por ella. Sofía intentó explicárselo más tarde, pero Mari se quedó con aquella primera impresión de sus palabras y ahora se mantenía alerta, cual perro guardián, y no solo buscaba comportamientos raros en Fabián, sino también en ella, como si su intención fuera seducirlo o algo. ¡Increíble!

Fabián y Sofía se habían conocido en un curso de edición de vídeo enfocado al mundo *youtuber*. Él la había reconocido y se había declarado seguidor de su canal. Se habían hecho amigos. Sofía le había presentado a Mari porque su amiga buscaba a alguien que la ayudara a editar sus vídeos y

Fabián buscaba abrirse camino en aquel mundillo.

Y no había mucho más que contar sobre su relación: un buen día, Fabián le confesó que le gustaba y le pidió una cita como pareja. Sofía lo rechazó amablemente, pues solo lo veía como un amigo y no creía que pudiera sentir nada diferente por él. Dos semanas después, era novio de su compañera de piso.

Algo no le cuadraba a Sofía en aquella ecuación y no era ella.

Ahora dudaba de su intuición y se lamentaba de su decisión. Fabián y Mari llevaran varios meses juntos y, aunque de vez en cuando pillaba a Fabián mirándola, no podía decir nada malo de él.

Ojalá se hubiera callado. Despertar la inseguridad de Mari había sido lo peor que había podido hacer.

4.

Al día siguiente, lo primero que hizo Rafa al entrar en la oficina fue contar que tenían una vecina famosa y no escatimó en detalles sobre cómo LunaLoba le había estampado un flan en la cara a Rodrigo. Este, que lo oía todo desde su despacho, estuvo tentando de aprovechar que era el jefe para despedirlo o, al menos, acojonarlo un poquito con la posibilidad de echarlo a la calle, pero optó por levantarse y, tras apoyarse en el marco de la puerta, soltar:

—Rafa, Rafa, creo que estás saltándote una parte muy divertida de la historia, esa en la que se te fue la cabeza y te dio por pensar que nuestra vecina iba a por ti.

Y comenzó a relatarles a sus cinco empleados las excentricidades de Rafa la tarde anterior, exagerándolas un poco para mayor deleite de sus espectadores.

Allí, más que un jefe y sus trabajadores, eran un grupo de amigos. A algunos los conocía de la universidad, a Rafa prácticamente desde siempre, y los demás sin duda habían demostrado su valía y sabía que podía confiar en ellos. Era gente trabajadora, inteligente, leal y motivada, dispuesta a lo que fuera por hacer avanzar un proyecto que ya consideraban suyo. Eran una familia, así que hizo un poco el tonto delante de ellos sin preocuparse porque le perdieran el respeto.

—Pero entonces... —intervino Pepe, especialista en marketing, después de echarse unas buenas risas con la historia de Rodrigo—, ¿de qué conocías tú a LunaLoba, Rafa? No me ha quedado claro.

—Pues verás, ella y yo tenemos... ¿cómo decirlo? Una historia.

—¡No me jodas! ¡Qué calladito lo tenías!

—Rafa, no mientas —le censuró Rodrigo.

—¡No miento! ¿Tenemos una historia o no?

—Solo te besó.

—¡Te besó! Tío, eres mi ídolo.

—Julián, no te emociones hasta escuchar toda la historia —advirtió Rodrigo.

—Me da igual: como si me vais a contar que Rafa se estaba ahogando y ella fue quien le hizo el boca a boca. Si has besado a LunaLoba, eres mi ídolo y punto.

—Pues mira, mira.

Rafa, entusiasmado con ser el centro de atención, se giró hacia su ordenador e hizo una búsqueda en Internet. Cuando Julián vio que entraba en Youtube, no pudo contener la emoción.

—¡No me digas que está grabado!

—Mi novia me dejó por lo que vas a ver.

Rodrigo puso los ojos en blanco. ¡De verdad, qué cuentista! Aun así, imitó a sus trabajadores y se unió al corro que se había formado en torno a Rafa. Este no tardó en encontrar el vídeo que buscaba y le dio a reproducir.

En la pantalla apareció una LunaLoba un poco más joven que la que se había presentado en su casa el día anterior. En el vídeo parecía todavía una alocada adolescente y ahora era... ¿una alocada mujer? Porque seguía estando como una puta cabra: el flan volador daba buena fe de ello.

En el vídeo salía LunaLoba en unas fiestas universitarias. Estaba participando en una yincana y una de las pruebas consistía en besar a diez personas. Se había grabado porque la obligaban a ello los organizadores del juego y había acabado subiéndolo a Internet porque en algún momento debió de parecerle divertido y nada vergonzoso (¡cómo estaban las cabezas!). Rodrigo juraría que iba un poco borracha, ¿aunque cómo no iba a estarlo en una fiesta universitaria? Él todavía recordaba las suyas.

En el vídeo se la veía besando a varias personas sin importar su sexo, hasta que en último lugar se encontraba con Rafa, que no formaba parte de la fiesta, sino que pasaba por ahí.

—Yo acababa de asistir a una ponencia —les comentó Rafa, como si le hubiera leído la mente a Rodrigo.

LunaLoba lo abordaba junto a una parada de autobús y le decía que estaba participando en una yincana y que tenía que besarle en los labios para pasar una prueba.

—¿Me ayudas?

—¿Besándote?

Rafa tenía cara de *pasmao*. Pobre.

—Sí. Un besito de nada.

—No, lo siento. Tengo novia.

—Un besito de nada —insistió ella.

—Sofía —se oía entonces que la llamaba el compañero que estaba grabando.

¡Sofía! Así se llamaba LunaLoba en la vida real.

—Aquí pone que uno de los besos tiene que ser de película.

—¿Cómo que de película? —LunaLoba le cogió el papel a su amigo y leyó lo que ponía—. Pues vaya. Pero bueno, mira, mejor. ¿Cómo has dicho que te llamas? —interrogó girándose hacia Rafa, que seguía allí parado como un pasmarote.

—Rafa.

—¿Y tu novia?

—Alba.

—Bien —se giró hacia la cámara y comenzó a hablarle—: Alba, voy a robarle un beso de película a tu novio Rafa, pero no te cabrees con él: es todo teatro y lo hace obligado. ¿Sí?

Y sin esperar ni un segundo, se lanzó sobre Rafa, lo besó y lo empujó para desequilibrarlo y acabar sujetándolo en el aire, como en una película. LunaLoba estaba fuerte y tampoco echó a Rafa tan para atrás como para tener que soportar todo su peso, así que el teatrillo fue todo un éxito.

Todos podrían haberse ido contentos, Sofía con su prueba superada y Rafa con su relación con Alba intacta, si no hubiera sido porque cuando LunaLoba lo enderezó e intentó separarse de él, Rafa no la dejó. La sujetó por la cabeza, atrayendo más sus bocas. El vídeo llegó a captar cómo abría la boca y asomaba su lengua cual víbora en busca de víctimas. LunaLoba tuvo que quitárselo de encima de un empujón.

—¡Yo habría hecho lo mismo! —se carcajeó Julián—. Anda que no está buena la jodía.

—Si llamáis a eso beso, ahora entiendo por qué ninguno de los dos tiene novia.

—¡Habló el soltero de oro!

—Eso parece más el ataque de una anaconda que un beso —se burló Rodrigo, ignorando el comentario. Se inclinó hacia delante hasta coger el ratón y buscó el momento exacto en el que Rafa se descontrolaba e intentaba meter su lengua en la boca de la chica.

—Había que aprovechar —defendió Julián a su compañero.

—Yo estoy con Rodrigo, menudo animal. Eso no es una lengua, es el tentáculo de un pulpo. ¿Y qué te dio para hacer eso, a ti, que veinte segundos antes decías tener novia? —preguntó Pepe.

—Fue instinto. Llevaba demasiado tiempo sin un beso así.

—Entonces lo de la novia era mentira.

—No. Tenía novia de verdad. Ya te he dicho antes que rompí con ella por este vídeo. Lo que pasa es que un beso así, tan pasional, no se recibe todos los días.

—LunaLoba sacó el lobo que llevas dentro. Auuuu, auuuuu.

Rodrigo negó con la cabeza al oír cómo Julián empezaba a aullar. Decidió dar aquel descanso por terminado.

—Volved a vuestras cosas, pedazo de vagos, que os distraéis con cualquier cosa.

—Lo dices porque estás celoso —se burló Julián.

—¿Celoso?

—Rafa recibe besos y tú *flanazos*.

—Creo que el flan estaba más dulce que cualquiera de los besos que pueda dar esa loba.

—Puede ser, pero yo me ofrezco voluntario para que me arañe el cuerpo enterito. Auuu, auuuu.

—¡A trabajar!

Rodrigo regresó a su despacho y dejó la puerta abierta para que los demás supieran que podía escuchar todo lo que dijeran. Surtió efecto, pues durante los siguientes minutos sólo se oyó el sonido de los teclados. No obstante, el encargado de marketing no tardó en llamar con los nudillos a su puerta.

—¿Puedo?

—Mientras no hables con aullidos, eres bienvenido.

—Pues lo cierto es que vengo a hablar de LunaLoba.

—No sé qué te habrá contado Rafa, pero con toda probabilidad no es cierto o, si lo es, es una versión muy exagerada.

—No vengo por lo de Rafa, sino porque el hecho de que tengas a una *youtuber* viviendo a tu lado puede sernos de gran utilidad.

Aquello consiguió atraer toda la atención de Rodrigo.

5.

Habían llegado al acuerdo de que, si Rafa hacía la comida, Rodrigo se encargaba de poner la mesa, fregar los platos y hacer la compra. Al cocinillas le gustaba ir de vez en cuando él mismo al supermercado para curiosear e inspirarse, pero las compras de diario las hacía su compañero siguiendo al pie de la letra un elaborado listado que Rafa le preparaba. A este le encantaba hacer listas: con las tareas pendientes que tenía en el trabajo, con las series que había visto, con las películas a las que les tenía ganas... Por hacer, hasta hacía doble la lista de la compra, pues tenía un archivo compartido con Rodrigo en el que le iba apuntando las cosas que faltaban a través del móvil y luego, el día en que tocaba ir al supermercado, le pasaba una nota manuscrita con todo lo que había que comprar.

Rodrigo iba dos veces al mes a una gran superficie en la que llenaba el carro hasta los topes, pero además varias veces a la semana se acercaba a una tiendecilla que había a pocas calles de su casa donde podía comprar verdura, fruta y otros productos de diario.

Ese día le tocaba visita a la tiendecilla e iba ensimismado leyendo el listado para ver qué le faltaba cuando, en un cruce de los pasillos, su carrito chocó contra alguien. Por suerte no era un carro metálico como el de las grandes superficies, sino de plástico, y era más pequeño para poder circular por los estrechos pasillos, pero aun así la persona con la que chocó se dio contra una estantería que tenía al lado y varias cajas de cereales cayeron al suelo.

—¡Cuánto lo...! —La disculpa murió en sus labios por la sorpresa de reconocer a la otra persona.

—¡Tú!

—¡LunaLoba!

Era de esperar que la joven, viviendo en aquel barrio, fuera a aquel supermercado, ¿pero qué probabilidad había de que hubieran coincidido el mismo día, a la misma hora y en el mismo pasillo solo 24 horas después de su pequeño incidente? ¡Y encima casi se la lleva por delante con el carrito de la compra!

—Así que sabes quién soy —dijo ella a la vez que se agachaba para coger las cajas del suelo sin despegar los ojos de Rodrigo, como si temiese que fuera a hacerle algo si lo perdía de vista.

—Sí, yo... Ayer no tenía ni idea, pero Rafa sí sabe quién eres. Te sigue.

—¿Y Rafa quién es? ¿El otro que se quedó ahí pasmado mirándome?

—Sí, él... Siento lo que ocurrió.

—¿Por qué me cerraste la puerta en las narices?

—Ese no fui yo, fue Rafa. —Al ver que ella lo miraba con desconfianza, insistió—: Es verdad, el que te abrió la puerta fue él. ¿Pensabas que fui yo? No nos parecemos tanto.

—Fue un segundo, apenas si me dio tiempo a verte. O a verlo. Abrió y cerró. ¡Zas!

—Sí, él... En fin, también lo siente mucho, no te esperaba.

—¿Y recibís así a todas las visitas imprevistas? ¿Con un portazo?

—No, pero se sorprendió mucho al verte. Ya te he dicho que él sí sabe quién eres, y claro, no se lo creía.

—Normalmente, la gente cuando no se cree lo que ve, se pellizca o cierra los ojos un segundo, ¡pero estuve a un centímetro de tener nariz nueva!

—Lo siento, de verdad.

Rodrigo no sabía qué más decir para disculparse, entre otras cosas porque no era él quien debía pedir perdón sino el loco de Rafa. Sin embargo, quería quedar a buenas con ella, no solo porque era su vecina e

irremediablemente iban a verse más veces, sino también por lo que Pepe le había comentado.

Estaba muy de moda que los *youtubers* promocionaran productos y la tecnología de realidad virtual con la que ellos trabajaban era un tema que gustaba mucho en las redes. Si conseguía llevarse bien con LunaLoba, igual podía llegar a un acuerdo con ella para que probara sus productos y les diera difusión en su canal. Un poco de publicidad nunca viene mal, y teniéndola tan cerca...

Rodrigo se había despistado un momento y para cuando se dio cuenta, Sofía se había despedido de él y empezaba a andar, arrastrando su cesta de la compra tras ella. Tenía que decir algo ya. Quizá fuera su última oportunidad antes de que su relación se convirtiera en la típica entre vecinos, donde solo se habla del clima cuando se coincide en el ascensor.

—El flan estaba muy bueno —soltó.

Logró atraer su atención y se sintió satisfecho al ver la sorpresa pintada en el rostro de Sofía cuando se volvió.

—¿Es una broma? —preguntó ella con precaución.

—No, lo digo muy en serio. Estaba muy rico. Fue una pena que solo pudiera probar lo que me entró en la boca en el primer impacto. Aunque bueno, mi oreja también ha estado muy dulce desde entonces y me susurra cosas bonitas al oído.

Aquello consiguió hacer sonreír a Sofía. Rodrigo sospechó que incluso habría conseguido hacerla reír si hubiera sido otro momento. Se lo dijeron las comisuras de su boca, que hicieron fuerza para contener sus labios.

—Siento haberte lanzado el flan a la cara —dijo ella al fin—. Si no fuiste tú el que me cerró la puerta en las narices, no te lo merecías.

—No pasa nada, entiendo que te equivocases. Lo único que me da pena es el flan.

—Ya... Lo había hecho mi madre, ¿sabes?

—Oh, no. La comida de las madres siempre es la mejor. Qué desperdicio.

—Me lo dejó el día anterior, porque se iba de viaje y siempre tiene algún detalle de despedida conmigo... Y el caso es que le conté por teléfono que teníamos nuevos vecinos y que parecíais majos y me dijo que os lo llevara, que sería divertido. Supongo que se imaginó que nos tomaríamos el flan junto a una taza de café y nos haríamos superamigos.

De nuevo la sonrisa asomó a sus labios y aquello animó a Rodrigo a decir:

—Bueno, divertido fue. No en ese momento, pero si lo piensas ahora... Imagínate el cuadro: yo en la ducha, con el chorro enfocándome la oreja y la nariz porque intenté comer por sitios muy poco ortodoxos que, por cierto, no te recomiendo.

Al fin oyó su risa, clara y agradable. Rodrigo se lo anotó como un tanto.

—Lo siento mucho —se disculpó ella una vez más, todavía con la sonrisa en la boca.

—No, el que lo siente soy yo. De hecho, ¿por qué no vienes a casa un día y te invitamos a cenar? Rafa es muy buen cocinero. Aunque si prefieres un flan y un café...

—No, no. Mantengámonos alejados de los flanes durante un tiempo. Lo de la cena me parece bien.

—¿Sí?

—Claro.

—Estupendo, pues... ¿me das tu teléfono y así quedamos por WhatsApp?

—Vivimos al lado, ¿por qué no lo hacemos a la antigua usanza? Unos

toques en la puerta y prometo abrirte y no darte ningún portazo.

—Mecachis —bromeó Rodrigo—, y yo que pensaba que iba a conseguir el teléfono de la famosa LunaLoba.

—Quizá te lo dé pronto, solo tienes que demostrarme que no eres un fan psicópata.

—Uf, eso es mucho pedir.

6.

Quizá sí que era mucho pedir lo de no ser un tarado.

Cuando Rodrigo llegó a su casa, a las cajas que todavía había aquí y allá por la mudanza, se le sumaban unos papeles enormes fijados en la pared.

—¿Eso es...?

—Te presento lo que he llamado mi «carrera espacial» —dijo Rafa, orgulloso como un niño que enseña un elaborado trabajo de ciencias.

—De hecho, me refería a si esto lo has cogido de la oficina. —Rodrigo dejó las bolsas de la compra en el suelo y le dio unos toques a una de las hojas de la pared.— ¿Es uno de nuestros blocs de notas para presentaciones?

—Ehhhh... ¿no?

—¡Rafa!

—¡Es que así me motivo! En las presentaciones siempre flipan con esto y yo necesito todas las buenas vibraciones del mundo.

Rodrigo lo miró, molesto. Lo que su amigo había robado de la oficina no era precisamente un paquete de *post-it* al uso, sino una estructura de cartón con notas adhesivas de unos 50 x 50 centímetros que en sus presentaciones habían sustituido al típico rotafolio con mucho éxito, pues no solo permitían hacer anotaciones para que todo el mundo las viera, sino que después se podían pegar con facilidad en la pared para que, al final de la reunión, los presentes tuvieran una imagen general muy visual de lo que se había hablado. No era una herramienta muy frecuente y, como Rafa había dicho, solía sorprender a quien la veía por primera vez, por lo que Rodrigo siempre la usaba en sus presentaciones importantes desde hacía unos meses.

—Cada mierda de estas nos cuesta veinte euros.

—¿La hoja? Joder, qué estafa.

—¡El bloc entero! Te va a tocar pagarlos.

—Vale, no te preocupes, te los pago. Por veinte euros no me voy a morir. Vaya jefe más agarrado.

—Ya hago la vista gorda con los *pendrives* de la empresa que usas para tus fotos y la montaña de bolis que has cogido de la oficina. Tienes más bolis de la empresa que lápices del IKEA.

—Exagerado.

—¿Ese rotulador grueso también lo has cogido de la oficina? — preguntó señalándole la mano con la prueba del delito.

—Lo devolveré, ¿vale? Es que no podía usar un boli normal para estas hojas, perdería toda la gracia.

Rodrigo negó con la cabeza y al fin prestó atención a lo que su amigo estaba anotando. Sus queridas listas, pero a lo grande. ¡Qué miedo!

Leyó un par de notas y después miró la mesa del comedor, donde reposaba la estructura de cartón con los *post-it* restantes, así como una libreta A4 con garabatos en bolígrafo y el ordenador abierto en una página de Youtube. LunaLoba lo miraba desde la pantalla, congelada en una postura que la había dejado con la boca abierta y un ojo cerrado.

En el camino de regreso a su casa, cargado todavía con las bolsas del supermercado, Rodrigo había pensado en lo contento que se iba a poner Rafa cuando se enterara de que iban a tomar algo con LunaLoba. ¡Incluso podrían cenar en casa y así Rafa la sorprendería con uno de sus platos! Sería una velada perfecta en la que podrían enterrar por completo el hacha de guerra y en la que aprovecharían para dejar caer, como quien no quiere la cosa, a qué se dedicaban.

Sí, sería perfecto.

Había entrado en casa feliz y sonriente, pensando en la alegría que le iba a dar a Rafa. Y entonces se había encontrado con aquello.

—¿Qué has dicho que estás haciendo?

—Como te iba diciendo, yo lo llamo mi «carrera espacial». Y ahora es cuando tú, en lugar de ser un aguafiestas y un *agarrao* que se molesta por veinte euros, me preguntas «¿por qué?» y yo te contesto «porque voy a conquistar la luna».

Rodrigo, con aquellos nuevos datos, volvió a analizar la pared. Ahora sí pudo comprender lo que veía y miró con el ceño fruncido el ordenador de Rafa.

—¿Estás diseccionando a LunaLoba?

—Diseccionando, ¡cómo eres! Estoy asegurándome de que sé todo lo que necesito sobre ella. Verás —emocionado, se puso en pie y se acercó a la pared para señalar dos de las notas—, sin duda el vídeo más jugoso ha sido el de «50 cosas sobre mí», pero también he encontrado otros datos interesantes en otros vídeos. Muchas de estas cosas ya las sabía, claro, porque la sigo, pero necesitaba refrescarme la memoria. Aquí, en estas hojas, están todos los datos sobre ella que he considerado relevantes, y en estas de aquí he establecido una cronología de lo que debería pasar —señaló los papeles que había puesto a la derecha, en fila india; una gruesa raya los cruzaba todos y creaba lo que parecía ser una línea de tiempo.

—¿Lo que debería pasar? —repitió Rodrigo.

—Sí, mira. He pensado que para nuestra primera cita el mejor sitio para llevarla sería una cafetería. Me he anotado el nombre de varias que hacen el café que a ella le gusta. También le van muchos los dulces y otro día que quedásemos podría llevarla a ese sitio en el que hacen unas tortitas que le encantan. Tengo que decidirme si llevarla primero a un sitio o a otro, ¡pero ya lo veré! Basta con saber que tengo esos dos cartuchos guardados. También le gusta mucho el cine. Si sale alguna película que nos guste a ambos, podríamos ir a verla juntos. ¿Este año estrenan otra de La guerra de las galaxias? Creo que le gustaban...

Rodrigo se levantó y se acercó a la línea temporal que Rafa había dibujado. Como le había relatado, en el inicio había puesto «llevarla a una cafetería» y, un par de palmos más allá, «ir al cine juntos». Tras eso, había escrito otra cosa y Rodrigo parpadeó de forma repetida porque no podía creerse lo que veían sus ojos: «¿un beso?».

—Estás como una puta cabra —sentenció.

—Es importante planear las cosas para que salgan bien.

—Ya, ¿pero no te parece que entre salir a tomar algo en una cafetería y besarla a la puerta de un cine hay... yo qué sé... un abismo?

—Sí, bien visto. Igual, si vamos a ver la tercera o cuarta parte de alguna saga, antes podríamos hacer un maratón de las películas anteriores, ¿tú qué dices? Sí, a mí me suena genial. Tengo que hacer una lista con las películas que se lanzan este año. ¿De Jurassic Park cuando sale la nueva? ¿Y de Avatar? ¡A las tías les encantan los bichos azules esos!

Y sin esperar respuesta de Rodrigo, escribió en la línea temporal: «Maratón de pelis. Buscar info».

Su amigo lo miró con incredulidad, incapaz de creerse lo que estaba haciendo.

—¿No se te olvida algo importante?

—¿El qué?

—Algo de vital importancia para conseguir siquiera tomarte un café con ella.

—¿Qué?

—Pedirle perdón por cerrarle la puerta en las narices.

—¡Ostras, es verdad! Pero mira, me viene genial, porque ya había pensado en otra cosa y no sabía cómo encajarla.

Rafa volvió hasta la mesa y empezó a garabatear sobre las hojas gigantes que tenía todavía en la estructura de cartón. Despegó la nota con

energía y la colocó en la pared, delante de las demás. Con el rotulador, alargó la línea temporal unos centímetros hasta que sus nuevas ideas estuvieron delante de la cita en la cafetería. Rodrigo leyó lo que ponía: «pedirle perdón» y «darle lástima».

—¿Darle lástima? —indagó.

—Sí, he pensado que mi mejor baza sería darle pena con el vídeo. Alba me dejó por ella, así que, si juego bien mis cartas, podré darle lástima y se sentirá obligada a compensarme, y entonces será cuando la invite a tomar algo.

—Eso es....

—Lo sé, lo sé, es un plan maestro.

Rodrigo no le dio la razón. Ni se la quitó. No dijo absolutamente nada. Solo se lo quedó mirando un segundo y una idea surgió clara y nítida en su mente: no iba a decirle nada de lo de la cena con LunaLoba. Él había conseguido aquella cita comportándose como una persona normal, una persona que pide perdón incluso cuando no ha hecho nada y que no va por ahí intentando dar lástima para conquistar chicas. No pensaba regalarle aquella oportunidad a Rafa para que lo jodiera todo. No se la merecía, no después de haber convertido su salón en el cuartel general de un pirado.

¿Qué le había dicho Sofía al despedirse, «solo tienes que demostrarme que no eres un fan psicópata»? Él se lo había tomado a broma, pero quizá en su mundo no era algo tan descabellado.

7.

Aquella noche, mientras Rafa seguía con los planes maquiavélicos, Rodrigo se encerró en su habitación y se tumbó en la cama con el móvil. Primero consultó su correo, le echó una ojeada a Facebook y revisó los últimos mensajes de WhatsApp que le habían llegado. Después leyó por encima las últimas noticias del mundo en general y del sector tecnológico en particular. Era su pequeño ritual nocturno y, aunque por la mañana lo primero que hacía era coger su teléfono, le gustaba irse a la cama sin notificaciones en la barra superior. Siempre tenía mensajes de su familia que responder o algún artículo interesante que lo entretenía hasta que consideraba que era hora de intentar dormir.

En aquella ocasión, no obstante, le pudo la curiosidad y cargó la aplicación de Youtube. En el buscador introdujo el nombre de LunaLoba. Sabía que en el salón, a tan solo unos metros de él, Rafa estaba haciendo algo muy parecido a lo que iba a hacer él, pero se dijo que sus intenciones no eran tan rastreras como las de Rafa. Él simplemente tenía curiosidad y, además, como buen profesional que era, tenía la obligación de saber quién era LunaLoba.

Su Pepito Grillo particular en temas de *marketing* le había sugerido que podían usar a Sofía para conseguir visibilidad para su negocio. Y quien dice usar, dice contratar u ofrecer algo a cambio por su publicidad. No pensaba aprovecharse de ella ni estudiar sus puntos débiles ni intentar darle lástima. Eran vecinos, sí, pero su intención era que aquel detalle solo sirviera para hacer el acercamiento más sencillo.

Él no era Rafa, se repitió. Él iba a ver su canal de Youtube para ver qué tipo de vídeos hacía, estudiar quién era su público objetivo y un largo etcétera de pequeñas cosas que todo empresario debe barajar antes de invertir dinero o

tiempo en publicidad. Todo iba a ser muy profesional. Incluso era posible que después de ver sus vídeos decidiera que no era conveniente que se asociara a LunaLoba con su marca. A saber. En el súper le había parecido una chica agradable además de guapa, pero quizá en sus vídeos se dedicaba a tirar flanes a la cara a todo el mundo en plan payaso con una tarta de nata.

Le dio a reproducir el primer vídeo que encontró de ella y en sus cascos resonó el consabido «Auuuu, ¡hola, lobeznos!». Rodrigo se preguntó cómo se le habría ocurrido aquella locura. ¿Y por qué se hacía llamar LunaLoba? ¿Estaría obsesionada con los lobos?

En el vídeo que había elegido al azar, la joven veía un tutorial para hacerse un moño de una *youtuber* norteamericana e intentaba seguir los pasos para peinarse a sí misma. Sin mucho éxito, hay que decir. Rodrigo tardó casi un minuto en darse cuenta de que era un vídeo cómico en el que la chica se reía, con cariño hacia las *youtubers* de moda y muy poca vergüenza hacia sí misma, de sus habilidades con la peluquería. Tenía unos cuantos cortos más como ese, todos metidos en una categoría llamada «Pispás, despeinada estás», y por los comentarios y las reproducciones, a la gente parecían gustarle bastante porque había muchos manazas en el mundo. «En los vídeos todo parece sencillísimo y cuando te pones tú a hacerlo, acabas con una mofeta en la cabeza en lugar de un moño» rezaba un comentario, seguido de palabras de agradecimiento hacia LunaLoba por haberla hecho reír y haber logrado que se sintiera menos torpe.

Le dio a reproducir otro vídeo.

—¡Auuuuuuu! ¡Hola, lobeznos!

Vaya, si era artista. Dibujaba de maravilla. En una grabación de hacía un mes, se había immortalizado dibujando el busto de un lobo en un lienzo gigante que ahora colgaba de la pared de su habitación. Desde entonces posaba delante de él en sus vídeos.

—¡Auuuuuuuu! ¡Hola, lobeznos!

Pero qué fuerte. Grababa vídeos comiendo golosinas (o chuches, como ella las llamaba) que una tienda japonesa le mandaba. Se preguntó a quién podrían gustarle ese tipo de vídeos, pero se sorprendió viéndolo hasta el final. ¡Y eso que duraba nueve minutos! Y también le mandaban ropa para que se la probara y diera su opinión. Rodrigo no estaba seguro de que fuera un método de publicidad especialmente bueno, pues la mitad de las prendas salían muy mal paradas. Aunque claro, ¿no solía decirse que no hay mala publicidad? Al menos los seguidores de la chica se enteraban de la existencia de aquellas tiendas. Eso sí, a él no le haría ni pizca de gracia regalarle su producto para que lo probara y que finalmente su veredicto fuera que era una mierda y así lo dijera, sin pelos en la lengua, ante todos sus suscriptores. Que, por cierto, ¿cuántos seguidores se suponía que tenía? Se fijó en el cuadradito que había junto al botón de suscribirse y leyó impresionado que tenía 235.188 suscriptores. Pero qué locura ¿no? Estaba seguro de que había programas de televisión con menos audiencia. ¡Casi un cuarto de millón de personas la seguían! Alucinante.

—¡Auuuuuuuu! ¡Hola, lobeznos!

El siguiente vídeo que cargó lo hizo automáticamente y el azar quiso que saliese otro vídeo de chuches. Lo vio entero, se dijo que no porque le hiciera especial ilusión verla comer, sino porque quería saber cómo valoraba las cosas, aunque la comida no tenía mucho que ver con el producto que a él le interesaba dar a conocer. A medio vídeo le dio hambre y tuvo ganas de levantarse e ir a la cocina para empezar el paquete de galletas de chocolate que había comprado esa misma tarde, pero con toda probabilidad se encontraría con Rafa todavía en el salón y no le apetecía, así que buscó en su bolsa un chicle y lo masticó mientras ella seguía catando dulces, bebidas e incluso patatas fritas de los sabores más insospechados. ¿De dónde decía que

era todo aquello? Porque mira que hacer unas patatas con sabor pizza...

Miró su reloj y se sorprendió de lo tarde que se había hecho. Llevaba casi una hora viendo vídeos. Estuvo tentando de cerrar la aplicación y dejar el móvil en la mesita, pero entonces en la pantalla le apareció que lo próximo en reproducirse sería «50 cosas sobre mí». ¿Qué había dicho Rafa sobre ese vídeo? Ah, sí, que había sido muy succulento en lo que a información se refería. Dudó si verlo o no y al final pudo la curiosidad.

En la pantalla, la chica comenzó a enumerar cincuenta cosas que creía que sus suscriptores no sabían de ella. Así descubrió Rodrigo que se hacía llamar LunaLoba porque tenía un antojo en el abdomen en forma de luna menguante (o eso decía ella, pues también podría haber sido simplemente un antojo en forma de C) y desde pequeña se había obsesionado con la Luna y los lobos. Su padre la llamaba Lobita. También descubrió que le encantaba el chocolate (según ella era adicta) y que quien quisiera ganársela solo tenía que regalarle bombones o algún dulce con cacao. Seguro que eso aparecía en el listado de Rafa.

La lista continuaba: LunaLoba prefería el café al té, aunque no le gustaba solo sino mezclado con leche y otros sabores dulzones; su color favorito era el morado; hasta los trece no había tocado una videoconsola; era alérgica a los caballos; prefería los perros a los gatos; no le gustaba que le regalaran ramos de flores porque no tardaban en morirse...

Y seguía y seguía. Sabiendo cómo Rafa había diseccionado el vídeo, Rodrigo no pudo evitar ver aquel listado con otros ojos y se preguntó qué era aquello, ¿«50 cosas sobre mí» o «50 formas de conquistarme»?

Cuando la imagen de Sofía se fundió en negro, Rodrigo sintió que ya tenía demasiada información en la cabeza y decidió que había llegado la hora de dormir. Nada de «solo uno más», como había venido haciendo hasta ahora sin mucho éxito.

8.

Rodrigo no le había preguntado a Sofía en qué piso vivía, así que tuvo que echarlo a suertes. Sabía que para haber accedido a su terraza tenía que vivir también en el ático, y solo había tres casas por planta, así que la elección se reducía a los pisos B y C. Probó suerte primero en el B, pues era el más próximo a su casa y no se imaginaba a Sofía cruzando la terraza de un vecino inocente armada con el flan. Ya tenía bastante mérito haber saltado el murete que separaba sus terrazas como para haber tenido que saltar dos.

Tocó al timbre una sola vez y esperó. Oyó cómo alguien se acercaba a la puerta y se preparó para ver a Sofía, pero una joven morena con el pelo muy rizado le abrió la puerta y se lo quedó mirando.

—¿Sí?

—Ehhhh. —Dudó. Si era la hermana de LunaLoba, no se le parecía en nada—. ¿Vive aquí Sofía?

La joven lo miró con desconfianza.

—¿Quién lo pregunta?

—Soy Rodrigo, vivo en el A. Hola, por cierto.

—Ah, hola. Sí, ahora que lo dices, me suena haberte visto por aquí. ¿Eres tú el que se mudó hace poco?

—Exacto, Rafa y yo. Aquí mismo. —Señaló la puerta contigua.

—Pues encantada. Yo soy Mari. ¿Y dices que buscabas a Sofía?

—Sí, quedé en pasarme para decirle una cosa.

—¡Sofía! —gritó la joven, girándose hacia atrás. Al no obtener respuesta, insistió—: Sofía, ¿me oyes?

—Parece que no —se rio Rodrigo—. ¿Seguro que está en casa?

—Sí, sí. Seguro que está con la música. Esta chica se pone los cascos y no se entera de nada. Pasa, anda.

Se hizo a un lado y le dejó entrar. Rodrigo cruzó el corto recibidor y le echó un rápido vistazo al salón antes de volverse hacia Mari para ver qué quería esta que hiciera.

—Seguro que está pintando, ya verás —dijo la joven a la vez que lo adelantaba y se dirigía hacia la zona de dormitorios—. Se mete en su mundo y...

—¿No se huele un poco a quemado? —interrogó él, que empezaba a sospechar que sí que iba a tener un sentido del olfato muy desarrollado.

—¡Mierda, la cena!

Iban por la mitad del salón y Mari salió corriendo hacia la cocina. Rodrigo la siguió más despacio y, al llegar, pudo ver cómo maniobraba con un cucharón de madera dentro de una olla.

—¿Todo bien?

—Pues regular. No sé yo si las patatas podrán comerse o sabrán a quemado.

—¿Necesitas ayuda?

—No, no. Vete. La habitación de Sofía es la del fondo.

—¿No le importará que entre yo solo?

Si él estuviera tranquilamente en su cama y de pronto abriera la puerta de su habitación alguien que no fuera Rafa, le daría un patatús.

—No creo. Y si le importa, que se fastidie. Me tiene a mí como una chacha, abriéndole la puerta siempre. No querrá encima que sea su mayordomo y le lleve los invitados a la habitación.

A Rodrigo le sorprendió el comentario, o más bien el tono, pero tampoco le dio mucha importancia, pues se notaba que la joven estaba ofuscada intentando salvar lo que le quedaba de las patatas hervidas.

La dejó allí y cruzó el salón hasta la zona de las habitaciones. Se detuvo un instante delante de la puerta de LunaLoba y después tocó con los nudillos.

Aguardó respuesta y, al no recibirla, golpeó otra vez. Tras aquel segundo intento fallido, decidió abrir un poco y asomarse.

—Hola, Sofía.

Estaba de espaldas a la puerta, inclinada sobre un amplio escritorio que tenía colocado bajo la ventana. Ella no se volvió ni aun cuando él insistió en su saludo, así que Rodrigo se aventuró un poco más y entró en la habitación, dejando la puerta abierta.

—Sofía, ¿me oyes? Soy Rodrigo, tu vecino el del flan. El del carrito asesino. Sofííí. ¿No? —Cuando captó la música amortiguada que escapaba de sus cascos, murmuró—: Te voy a dar un susto que te cagas y no es mi intención.

Dicho y hecho. Por muy suave que le tocó el hombro, LunaLoba dio un bote en la silla y gritó a la vez que de un manotazo se quitaba los cascos que llevaba puestos.

—¡Dios, qué susto!

—Lo siento, te prometo que no era mi intención. Te he estado llamando un buen rato, y tu amiga también, pero no nos oías.

Sofía lo miró con una mano en el pecho.

—Primero me cierras la puerta en las narices, luego me atropellas con un carrito y ahora esto.

—Lo de la puerta no fui yo, creía que lo habíamos aclarado.

—Después de este intento de asesinato por infarto, ya no sé nada.

Rodrigo le siguió la broma.

—Si es que nos lo pones fácil a los asesinos: te pones la música demasiado alta y así cualquiera puede sorprenderte.

Rodrigo señaló los cascos, que reposaban sobre la mesa y emitían una música perfectamente audible.

—Oh, no.

Sofía, al mirar hacia los auriculares, se había dado cuenta de que el susto había arruinado la pintura en acuarela que estaba realizando. Una capa de color verde dividía en dos el dibujo, ¡y encima lo había hecho con pincel grueso! Suspiró.

—Cómo lo siento. Te estaba quedando genial.

—No importa. De todas formas, la acuarela tiende a hacer lo que le da la gana, así que... Quizá lo pueda arreglar con otro reguero por aquí y un poco de color por acá... Sí, no está mal.

Rodrigo, que la había observado hacer en silencio, admirado por su habilidad, no pudo evitar decir:

—¿No está mal? Es genial.

—No es lo que tenía en mi cabeza, pero bueno, con la acuarela nunca lo es. Me ha costado hacerme amiga de esta técnica, ¿sabes? Porque hay que adaptarse a lo que la pintura y el agua quieren hacer: más intensidad aquí, más intensidad allá, que me escurro para este lado, que me pongo encima de este otro color... Pero ahora me relaja. Es como la vida, ¿no te parece? Tú puedes intentar hacerlo lo mejor posible, pero siempre habrá cosas que escapen de tu control incluso en tu propia existencia.

Sofía terminó de decir aquello mirando a Rodrigo a los ojos y este se quedó muy parado, admirando sus irises marrones, embebiéndose de su bonito rostro... y devanándose los sesos en un intento de encontrar algo que decir.

—Guau —contestó al fin—. Y ahora es cuando yo me voy a mi casa y ya si eso vuelvo mañana cuando se me haya ocurrido una respuesta que esté a la altura.

Ella sonrió.

—No digas tonterías. Son solo divagaciones mías. Y, por cierto, ¿qué haces aquí?

—Me dijiste que pasara a verte para lo de la cena. Llamar a tu puerta y quedar a la antigua usanza. Lo que te faltó fue decirme el piso en el que vivías y avisarme de que no sueles oír el timbre, pero creo que hemos conseguido superar las dificultades del mundo analógico. Se nota que me manejo en estos temas por haber nacido en el siglo pasado.

—¡Oye, que yo también nací en el siglo pasado!

—Pero seguro que te criaste con Internet.

—No te creas, ¿eh?

—¡Anda ya, pero si eres super joven!

—Lo dices como si fueras un carcamal. ¿Qué tienes...? ¿Cuarenta años?

—¡Cuarenta! Dios, ¿tan viejo estoy?

Sofía no pudo evitar soltar una risita al ver su cara de horror.

—¡No! Pero lo que has dicho es de viejo total y me has confundido. ¿Qué edad tienes?

—¿Qué edad me echas?

—Ehhh... ¿veinticinco?

—¡Venga, hombre!

—Es que me da miedo volver a fallar por lo alto. Soy malísima echando la edad, no te lo tomes como algo personal.

—¿Qué edad me echas? Y ahora en serio. Como si nos cruzáramos por primera vez por la calle y no te hubiera dicho que me crié sin Internet ni que cuarenta son muchos.

—Jo, es que es tan difícil acertar con la edad. A ver... —Lo miró con atención, evaluando su aspecto—. Venga, diré... ¿treinta?

—¿Lo dices de verdad o solo porque es la cifra más redonda que hay entre cuarenta y veinticinco?

—¡No, de verdad! Aparentas treinta, treinta y pocos.

—Treinta y tres —confirmó Rodrigo.

—¡Sí! Qué buena soy. Venga, ¿y tú qué edad me echas a mí?

—Veintipocos.

—Cumpliré veinte en un mes.

—¡Acerté!

—Hombre, con el «y pocos» me has echado algún que otro añito más.

Oficialmente tengo diecinueve.

—Madre mía.

A Rodrigo la expresión le salió del alma. Acababa de darse cuenta de que se estaba convirtiendo a pasos agigantados en un viejo. ¡Diecinueve años que tenía LunaLoba! Y él cumpliría treinta y cinco en cuanto se descuidase. Qué rápido pasa el tiempo. Pensar que los nacidos en el 2000 ya eran mayores de edad... ¡uf! Sí, estaba viejo.

—¿Has pensado en dejarte barbita? —comentó ella divertida a la vez que se ponía en pie—. Irías a la moda.

—Pero si las barbas echan años encima que no veas.

—Hombre, no digo una barba a lo J.R. Martin ni a lo Gandalf. De hecho, ni siquiera a lo *híster*, pero un poquito de pelo siempre os favorece. Por aquí, por aquí también...

Le pasó los dedos por el mentón y la barbilla, y Rodrigo la miró muy sorprendido, sintiéndose estúpido por el latido que se saltó su corazón al notar la calidez de sus manos. ¡Por dios, que Sofía tenía solo diecinueve años!

—Claro, favorece porque oculta un sesenta por ciento de lo feo que eres.

—¡Que no! —negó ella a la vez que soltaba una carcajada—. Mira que eres malo. Lo digo muy en serio.

—Lo tendré en cuenta.

—¡Ay! ¡Qué maleducada soy! ¿Quieres tomar algo? Y siéntate. Aunque bueno, espera primero que quite todo esto de encima de la cama. Siento el caos, ayer me puse a ordenar mi armario y esto es todo lo que no sé dónde meter...

—No te preocupes, si vieras tú cómo está nuestra casa con la mudanza. Una pesadilla.

—Ufff, cuando yo me mudé aquí, mis cosas estuvieron mal colocadas durante meses. A Mari casi le da un infarto.

—¿Es muy maniática?

—No. Pero es que yo soy muy desordenada. No puedo evitarlo.

—Tampoco es para tanto —le quitó él importancia tras echarle un ojo a la habitación—. Me encantan los cuadros. ¿Son tuyos? Pintados por ti, me refiero.

—Sí. Y tengo un montón más, no sé ya qué hacer con ellos. Supongo que tendré que llevármelos a casa de mi madre porque aquí no me queda ya espacio ni para colgarlos ni para guardarlos. Mira todos los que tengo allí.

Le señaló un rincón de la habitación, donde había varios lienzos medio escondidos tras una guitarra.

—La verdad es que, si son así de buenos, es una pena que los tengas aquí escondidos. ¿Y también tocas la guitarra? ¿Hay algo que no sepas hacer?

—Muchísimas cosas. Pero como te he dicho, yo de pequeña no tenía Internet, ni videoconsolas, ni nada por el estilo. Mis padres eran más de desarrollar mis habilidades de otra forma. Pintar, tocar instrumentos, cantar...

—¿También cantas?

—No, qué va. Medio entono. ¿Tú tocas la guitarra?

—Casi nada. Un par de canciones que aprendí para ligar cuando era joven.

—¿En serio? —Aquello despertó su curiosidad. Se puso en pie y cogió

el instrumento—. A ver, quiero oírlas.

—No, no, hombre.

—Por si no lo has notado, soy una mujer. Y sí, sí. Venga, porfa.

—¡Uf, pero es que hace tanto tiempo!

—Oh, vamos. Me has atropellado con un carrito, dado un susto de muerte y hecho que estropease el dibujo. Me lo debes.

—Sí, te debo dejar tus oídos a salvo de mis gallos.

—*Porfa*, quiero saber cómo se ligaba en la época de los neandertales.

—Halaaa, ahí te has pasado.

Ella se rio, como una niña traviesa a la que pillan en falta.

—Venga, pues demuéstrame que no eres tan viejo y toca alguna canción así modernilla. Acepto cualquiera que esté dentro del siglo XX.

Rodrigo refunfuñó algo ante el nuevo ataque a su edad y cogió la guitarra intentando hacer memoria. Tocó unos acordes, como si el sonido fuera a refrescarle el pasado.

La miró, nervioso. No se acordaba ni de qué canciones eran las que solía tocar ¿cómo iba a saber las notas? Ella le sonrió y se acomodó en la cama, animándolo a probar. Rodrigo se relajó un poco y sus dedos comenzaron a moverse sobre la guitarra en una melodía sin definir hasta que por inercia su mano encontró el lugar adecuado y, al segundo intento, consiguió sacar el estribillo de una de aquellas canciones que tocaba de joven. Sofía la reconoció y canturreó un poco la letra.

—¡Pero sigue! —protestó cuando Rodrigo se detuvo.

—Es que no me acuerdo de más —se excusó él—. Hace mucho tiempo. Sofía suspiró.

—Sí que vas a ser de la época de los neandertales, sí. Aunque bueno, por lo poco que he escuchado, no se te da mal. Seguro que ahora también ligarías un montón si te animaras a tocar la guitarra.

—Claro, mañana mismo voy a un pub con micro abierto.

—Hombre, si tienes miedo escénico, una fotito en tu Instagram con la guitarra y los *hashtags* adecuados, pueden hacerte llegar muy lejos.

—¡Oye, qué buena idea! Porque para eso no hace falta ni saber tocar la guitarra.

—Exacto. Postureo, postureo. Ya me imagino la foto: tú sentado en el borde de la cama, con un pie en el suelo y la otra pierna doblada. Tú mirarías hacia la ventana con gesto soñador o pensador. Bueno, si quieres arrasar, podrías estar mirando a la cámara con una sonrisilla así todo sexy. O quizá no te interese ser sexy porque tienes pareja. ¿Tú y Rafa...?

—¿Yo y Rafa qué?

—Que si sois novios.

—¡No! No, claro que no. Solo somos amigos.

—Ah, no sé, como vivís juntos y ya no sois precisamente unos jovencitos...

Supo por cómo dijo la última palabra que intentaba picarle y no se dignó ni a responder a la provocación.

—¿Entonces tienes pareja? —interrogó ella.

—No. ¿Y tú?

—¡Uy! ¿Y por qué quieres saberlo? ¡Viejo verde!

Rodrigo sintió un golpe de calor en la cara. Deseó que ella no notase que se había puesto un poco colorado. Por un momento se había olvidado de que Sofía solo tenía diecinueve años y había interpretado su pregunta como que estaba interesada por él, aunque solo fuera un poco. Qué ridículo, ¿no? Era famosa, guapa, creativa y, sobre todo, joven. Demasiado joven para él.

—¡Tú has preguntado primero! —se defendió.

—Pero para saber qué enfoque queremos darle a la sesión de fotos que vamos a hacerte.

—Yo no me he ofrecido para ninguna sesión de fotos.

—No, pero yo te lo propongo y tú aceptas. Así suele funcionar la cosa.

—A veces la gente dice que no.

—Pero tú no vas a ser una de esas personas ¿a que no? Déjame tu móvil, anda, que verás qué bien se me da.

—Pintura, música, fotografía, ¿hay algo que no se te dé bien?

—Ser ordenada, por ejemplo. Aceptar un no por respuesta. Hay muchas cosas que no se me dan bien. Venga, dame tu móvil y coge la guitarra otra vez.

—¿Por qué tengo la impresión de que soy tu entretenimiento de esta tarde?

—¡Porque lo eres! Y puedes tomártelo como un piropo, porque últimamente nada me entretiene.

—Qué bien, soy tu mono de feria particular.

Pese a sus protestas, le tendió el teléfono y, tras cogerlo, Sofía se alejó un poco.

—Si sirvo de modelo para la dichosa foto, ¿saldremos el viernes a cenar?

—Si sale bien la foto, incluso te invito a tomar algo aquí luego.

Rodrigo se quedó callado, mirándola y considerando sus palabras. No iba a caer de nuevo en el rol de viejo verde. ¿Se refería a tomar algo cuando echara la foto o que, tras la cena del viernes, se tomarían la última en su casa? Si era lo último, ¿sabía ella lo que solía implicar aquello? Parecía que no, pues estaba concentrada en la foto y no lo había dicho con tono insinuante... ¿O sí? La juventud no era ingenua. Nacían ya resabiados.

Pero ella seguía concentrada en el móvil. No parecía esperar una respuesta. Quizá sí que era un viejo verde y pensaba que LunaLoba estaba intentando ligar con él de forma encubierta cuando no había nada detrás. Tal

vez tenía madera de asaltacunas y veía insinuaciones donde no las había.

Prefirió callar y no salir de la duda. Cogió la guitarra y miró a la joven. Ella ya había desbloqueado el teléfono, que iba sin patrón, y había abierto la aplicación de la cámara.

—Qué buena calidad —alabó en cuanto lo vio a través de la pantalla—. Uf, pero qué desastre de habitación. Ese fondo no puede salir así como está. Ponte aquí, a los pies de la cama, que esa zona sí está despejada.

—Para qué ordenar, si en la foto puedes recortar —se rio Rodrigo a la vez que le hacía caso y se cambiaba de sitio.

—Así no puede salir la ventana, pero sí sale el lobo de detrás. ¿Por qué no te pones en la misma postura que él?

—¿Que el lobo? —Rodrigo miró por encima de su hombro al animal pintado sobre el lienzo, el mismo que había visto por los vídeos y que le guardaba las espaldas. Era muy colorido y le aullaba a la luna—. ¿Quieres que aülle?

—¡Auuu, hola lobeznos!

—Ni de coña —contestó él riéndose—. Si quieres miro hacia arriba, hacia el infinito.

Lo hizo y, aun siendo su propia idea, se sintió ridículo.

—Aguanta ahí —le pidió ella al ver que Rodrigo solo se mantenía en la postura unos segundos.

Él hizo un esfuerzo por contener la vergüenza que le instaba a dejar de hacer el tonto y exigirle a Sofía que le devolviera el teléfono. Todo fuera por caerle bien a su vecina, misión que, por el rato que llevaba allí, le estaba saliendo más redonda de lo que jamás habría esperado.

—Rodrigo.

Sabía que se había ido acercando a él porque la había visto por el rabillo del ojo, pero cuando se giró al oír su nombre, se la encontró todavía

más cerca de lo esperado.

—Dios, un primer plano no.

Giró la cabeza rápidamente a la vez que extendía la mano para tapar el objetivo. Ella rio y no opuso resistencia cuando le quitó el teléfono. En cambio, se sentó a su lado y lo animó a ver las fotografías. Le había echado muchas, pues había empezado a retratarle antes incluso de que se bajara de la cama. Le había pillado sonriendo mientras pensaba en todo lo que los *instagramers* recortarían para que su vida perfecta de las redes no se viera empañada por platos sucios en la mesa, casas sin ordenar, días de soledad y un largo etcétera de cosas que no quedaban bien en el mundo de Instagram.

—No me dirás que no tienes buen material para tus redes —alabó ella su propio trabajo—. ¿Cómo te llamas en Instagram?

—Pues ahora mismo no lo sé. No lo uso mucho.

—Pero tienes, ya es un paso importante para alguien de tu edad.

—¡No soy tan viejo!

—Has sido tú el que ha empezado con eso de «en mi época...» —se justificó ella, divertida.

—Pues que sepas que las tecnologías se me dan muy bien. De hecho, tengo una empresa de tecnología.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Nos dedicamos a crear escenarios de realidad virtual.

—¿En serio? ¿De los que se ven con las gafas esas especiales?

—Sí. Y estamos especializados en turismo, para que la gente que por ejemplo está indecisa entre viajar a Perú o a México, pueda «ir» allí desde la comodidad de un sillón y decidir qué le gusta más. Eso, por ejemplo, lo hacemos para ferias como FITUR. También se lleva ahora mucho que los viajeros puedan pasear por un hotel antes de elegir si quieren alojarse en él o no, para así ver las instalaciones de primera mano, o incluso se puede simular

cómo sería hacer una parte del Camino de Santiago en bicicleta, o descender en piragua el río Sella... Hay muchas posibilidades.

—Qué pasada, ¿no?

Rodrigo se sintió muy satisfecho con su discurso al ver lo impresionada que se había quedado Sofía. Decidió ponerle la guinda al pastel.

—Si tú quieres, podría llevarte a la luna.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Tenéis un escenario en realidad virtual de la luna?

—Podría prepararlo para ti.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Para mí?

—Si te gusta la idea, sí.

—¡Me encanta! Oh, dios, ¡ir a la luna! Qué pasada.

—Igual hasta te saldría un buen vídeo de la experiencia —dejó caer él.

—Sin duda sería un vídeo épico. ¿Y para cuándo podría estar?

—Pues... mañana mismo hablo con mi equipo, pero supongo que podríamos tener una primera versión para dentro de un mes.

—¡Guau! Voy a viajar a la Luna en un mes. ¡Será el mejor regalo de cumpleaños!

A Rodrigo le hizo gracia verla tan ilusionada y sintió que se animaba ante la idea. Podía funcionar. No sería publicidad directa, pues ellos no trabajaban para el público final, sino que lo hacían para empresas, pero siempre les vendría bien que la realidad virtual aplicada a los viajes se diera a conocer, pues si el cliente final demandaba ese tipo de servicio, los negocios pedirían expertos en la materia, y su empresa aparecía en los primeros puestos de búsqueda en Google cuando se buscaban palabras clave relacionadas con ese sector.

Sí, podía funcionar. Y, además, sería divertido.

Cuando un buen rato después Rodrigo salió de casa de LunaLoba, se sintió extraño. Lo que en un principio iba a ser tocarle a la puerta y hablar con ella un minuto, se había transformado en casi una hora de charla fluida y animada. Aquel encuentro improvisado había resultado mejor que muchas primeras citas que había tenido.

Al entrar en casa, se encontró con Rafa tumbado en el sofá y entretenido con la *tablet*.

—¿De dónde vienes tan contento? —le preguntó su amigo.

—¿Eh?

—Traes una sonrisa de oreja a oreja.

Ah, ¿sí? Se dio cuenta entonces de que era cierto, que sonreía. Se forzó a ponerse un poco serio.

—Nada, venía acordándome de un vídeo que me han mandado hoy.

—¿De qué iba?

—Ehhhh... —Buscó una salida fácil—. De gente dándose tortazos mientras hacía el tonto. —Rodrigo se fijó entonces en que la pared seguía decorada con las notas de la conquista espacial de Rafa—. ¿Le has pedido ya disculpas a LunaLoba?

—Todo a su debido tiempo.

—Cuando menos te lo pienses y más improvisado sea todo, mejor.

—Ni hablar. No puedo fallar.

Rodrigo suspiró.

—Como tú veas.

9.

—¿Vas a cenar ya?

—No. Hoy ceno fuera.

—¿Ah, sí? ¿Con quién?

Rodrigo se quedó un momento callado y después dijo:

—Cosas del trabajo.

—Ohhh, ¿con tu novia?

—¡Oh, por Dios! ¿Por qué la llamáis así?

—Lo sabes perfectamente.

—Pues la verdad es que no, no lo sé.

—Ella quiere que lo seáis —contestó Rafa, haciéndole morritos.

—Solo ha habido alguna insinuación. Quizá ni siquiera eso. Ella simplemente es así.

Hablaban de Ana, la dueña de una cadena de gimnasios de lujo con la que habían intentado llegar a un acuerdo para ofrecer en sus establecimientos una versión de *spinning* muy exclusiva y peculiar: ciclo indoor virtual. Los usuarios se montarían en sus bicicletas estáticas con las gafas puestas y podrían recorrer durante la sesión algunas de las rutas ciclistas más importantes del mundo sin necesidad de salir del gimnasio. Había sido Ana la que se había puesto en contacto con ellos con la idea y, aunque su empresa se especializaba en realidad virtual aplicada al turismo, no habían podido dejar pasar la oportunidad de experimentar en aquel campo que todavía estaba poco explotado.

Y sí, Ana era encantadora, extrovertida y muy coqueta. Además de un tener un cuerpo de infarto. Un día había ido a la oficina y los había dejado a todos boquiabiertos con su desparpajo y la familiaridad que cogía rápidamente con todo el mundo. Sus trabajadores estaban convencidos de que

estaba interesada en Rodrigo porque no hacía más que cogerle del brazo, reírle las gracias y pegarse a él. Que lo llamara «mi amor» tampoco había ayudado, aunque Rodrigo no había tardado en darse cuenta de que llamaba así a casi todo el mundo. Era casi una coletilla. Además, hasta ahora siempre que hablaban era sobre temas de trabajo. Rodrigo podría haber tanteado un poco el terreno para saber si podía tener alguna posibilidad, pero lo cierto era que prefería mantener lo profesional y lo personal separado. El proyecto de Ana podría suponerles bastante dinero y no podía permitirse cagarla por un polvo, por mucho que este prometiera ser épico por lo fuerte y cañón que estaba Ana.

—Hombre, si habéis quedado a cenar, por algo será —pinchó Rafa.

—Yo no te he dicho que vaya a cenar con ella.

—¿Y con quién si no?

Rodrigo no contestó. No quería mentirle, pero tampoco decirle la verdad, así que mejor mantenerse callado. Rafa interpretó su mutismo como una confirmación de que cenaba con Ana.

Poco después, cuando Rodrigo salió ya vestido de su habitación, Rafa soltó:

—Uy, uy, uy, uy, uyyyy, qué guapo te has puesto. Tú esta noche quieres triunfar.

—Pero si solo llevo un suéter y unos vaqueros.

—Has elegido el suéter azul.

—¿Y qué le pasa?

—¿No fue ese el suéter que alabó Ana? Lo llevabas en la oficina el día que vino y te dijo que te sentaba muy bien el azul. Mi *amorrrrr*.

Rodrigo puso los ojos en blanco.

—¿En serio te acuerdas de esas cosas o te lo estás inventando?

—Palabrita del niño Jesús.

—Y después no te acuerdas de los cambios que te pido en los proyectos.

—Yo lo llamo memoria selectiva. Lo que pasa, es que mi cerebro no siempre selecciona los datos útiles.

—Ya veo. Menos mal que luego, de las cosas que te interesan, sí que haces listas. En fin, yo me voy ya. Buenas noches.

—¿Volverás muy tarde?

—Ni idea, ¿por qué? ¿Vas a esperarme despierto? —preguntó con tonillo.

—Ojalá cuando llegues esté durmiendo, eso significará que vuelves hecho un hombre.

Rodrigo salió de la casa pensando en que si Rafa supiera con quién tenía la cita realmente, no se cachondearía tanto. Más bien intentaría estrangularlo. Pero bueno, así al menos tendría una excusa para levantar el culo del sofá y hacer algo en lugar de darle a la lengua y al coco. Porque Rafa mucho pensar y hablar, pero poco hacer. Aún no había hablado con Sofía, pues seguía ultimando los detalles de su plan maestro. No se merecía cenar con ella, al menos no todavía. Tenía que ganársela él solito.

Se acercó a la casa de Sofía y tocó al timbre. Sonrió aliviado cuando quien le abrió fue ella, lista para marcharse. Tendría una habitación caótica, pero al menos era puntual.

—¿Llevas chaqueta? —le preguntó, y cuando ella asintió y se la mostró, Rodrigo asintió conforme.

—¿Has pensado dónde vamos a ir?

—Sí. Por ahora vamos a la cochera a coger la moto.

—¿Tienes moto?

—Sí. ¿Te gustan?

—Claro, ¿a qué chica no le gustan las motos?

Rodrigo se rio.

—A muchas. Hay quien les tiene miedo, quien odia llevar casco porque se despeina... también está la versión «ainsss, ¿y no tienes coche? Es que había pensado ponerme un vestido esta noche».

—Qué aguafiestas.

—¿Verdad? Huyo de esas mujeres como de la peste.

—No, si me refería a ti. La pobre mujer quería ponerse todo sexy para ti y vas y le cortas el rollo.

—¿Y qué me dices de la que me miró horrorizada al saber que no tenía coche y me dijo «¿y cuándo llueves qué haces?» ¿También te pones de su parte?

Sofía se rio bajito.

—La verdad es que yo también me lo pregunto. ¿Qué haces cuando llueve?

—Pues coger el transporte público, que para algo existe. O voy con Rafa en su coche.

—Podrías haberle dicho que los días de lluvia te escondías, porque el agua te sienta mal, como a los *gremlins*. Así te la habrías quitado de encima rápidamente.

Atravesaron el sótano hasta llegar a la moto de Rodrigo.

—¿Esta es tu moto? —preguntó Sofía sorprendida.

—Sí. ¿Por qué pones esa cara?

—No sé... me imaginaba otra cosa.

—¿Otra cosa?

Él la miró muy serio y Sofía se quedó callada, mirándolo atorada y sin saber qué decir.

—Es preciosa —afirmó al fin, con las mejillas ligeramente rojas e intentando salir del paso como pudiera—. Todo un clásico, ¿no? Vespa.

Rodrigo aguantó su expresión seria durante unos segundos más y después sonrió de oreja a oreja.

—Te estoy tomando el pelo. A todo el mundo le choca un poco la moto que tengo. Suelen esperarse una moto gorda y no a mi pobre Cabra.

—¿Cabra?

—Así la llamo. El primer día que la usé se me encabritó como si fuera un caballo. Nunca había conducido una moto y casi me mato.

—¿Y cómo te sacaste el carné?

—Esta preciosidad se puede conducir con el carné A1, el mismo que el de los coches siempre que tengas el carné más de tres años, así que mi primera práctica de moto fue directamente en la calle, con coches, abuelitas cruzando pasos de cebra, niños apareciendo sin previo aviso... Y antes, sin llegar siquiera a pisar la calle, mi mano le dio a tope al puño de la moto. Mi querida Cabra casi sale sola de la tienda dejándome a mí tirado en el suelo.

Sofía empezó a reírse al imaginárselo, aunque de pronto se le cortó la risa.

—Pero ya sabes llevarla, ¿no? Porque acabo de acordarme de que aún tengo que andar casi tres mil pasos para llegar a mis diez mil diarios y... no sé... no estaría bien quedarme con tantos pasos en el tintero.

—Claro que sé llevarla. No me atrevería a contar tan a la ligera el porqué del nombre de mi moto de no ser así. No se lo conté a nadie hasta que pasaron seis meses, ¿sabes? Qué vergüenza. El dueño de la tienda, que fue el único testigo de mi épico comienzo en esto de las motos, aún me lo recuerda así en tono jocosos cada vez que voy a hacerle un arreglo.

El trayecto en moto fue muy agradable, nada que ver con las carreras a toda velocidad que suelen protagonizar los dueños de motos gordas, donde el rugido del motor y la ciudad convertida en borrón es lo único que los sentidos pueden llegar a captar. De hecho, Sofía por un momento llegó a soñar que

atravesaba Roma abrazada a Rodrigo. En Italia las Vespas eran todo un clásico y su madre le había relatado muchas veces que uno de los días más románticos de su vida había sido un tour por las calles empedradas de la Ciudad Eterna abrazada a un chico que prácticamente acababa de conocer y que acabaría siendo el padre de Sofía.

Cuando llegaron al bar que Rodrigo había elegido, ella se bajó de la moto con una sonrisa soñadora en el rostro.

—Bueno, parece que al final no conduzco tan mal y te ha gustado el viaje —dijo Rodrigo, sonriendo a su vez.

Mientras buscaban mesa, Sofía le contó la historia de sus padres con la Vespa.

—¿Así que tus padres se conocieron en Italia?

—Mi padre era italiano —contestó ella.

—¿Era?

—Murió hace ya bastante tiempo.

—Lo siento. Fue él quien te inspiró para llamarte LunaLoba, ¿no?

—¿Cómo...? Ah, has estado viendo algunos de mis vídeos.

—Sí, sentía curiosidad. No todos los días se conoce a una *youtuber*. ¿No se te hace raro que la gente te conozca y sepa muchas cosas de ti sin tú saber nada de ellos?

Habían encontrado una mesa al final del local, en unos taburetes altos, y tras dejar sus cosas fueron a mirar los pinchos que había expuestos en la barra. Podían coger ellos mismos los platos fríos que quisieran y encargar los calientes para que el camarero se los llevara cuando estuvieran listos. Mientras estudiaban la comida, apartaron un momento la pregunta que Rodrigo le había hecho, pero al regresar a la mesa, él recuperó el hilo de la conversación al preguntar:

—¿Entonces cómo es ser *youtuber* y que todo el mundo te conozca?

—No todo el mundo me conoce. No soy tan famosa.

—Tienes casi doscientos cincuenta mil seguidores. ¿Te imaginas juntar a toda esa gente en un mismo sitio? Seguro que llenarías varios estadios de fútbol. ¿Cuánta gente cabe en el Santiago Bernabéu? —Se contestó él mismo a la pregunta al coger el móvil y buscar la información—. 81.044 personas. ¡Llenarías tres veces el estadio! ¿Qué te parece?

—Pues hombre, visto así, un poco abrumador. ¿Tres estadios de fútbol, en serio? Joder.

—¿La gente te reconoce por la calle y todo eso?

—No siempre. Pero sí, a veces me han parado o se me han acercado.

—¿Y qué se siente?

—Pues a mí me da muchísima vergüenza, la verdad. No sé qué decir o hacer, aunque normalmente vale con decir un par de cosas amables y posar para una foto. A Mari en cambio le encanta que la reconozcan por la calle y la paren para hablar y echarse fotos.

—¿Mari es tu compañera de piso? ¿La que me abrió?

—Sí. También es *youtuber*.

—¿En serio? Qué casualidad.

—De casualidad nada. Nos conocimos porque ambas grabábamos vídeos y después nos fuimos a vivir juntas.

El camarero llegó entonces con las cervezas que habían pedido y les anunció que los pinchos calientes saldrían enseguida. La conversación fluyó entre bocado y bocado, y para cuando dieron cuenta del último pincho, Sofía se había bebido tres botellines de cerveza. Rodrigo dos, en su caso 0,0. No necesitaban el alcohol para conversar, eso ya lo habían comprobado, pero las cervezas hicieron que Sofía se relajara todavía más y le confesara algunas cosas que quizá, sin la ayuda de la cerveza, no habría dicho en voz alta.

—No sé si cometí un error al irme a vivir con Mari.

—¿Por qué?

—Yo quería una amiga y solo tengo una compañera de piso.

—Todos necesitamos nuestro espacio en casa para estar solos.

—Ya, si yo soy la primera que necesita tiempo para mí, pero no sé... a veces me siento tan sola... Al principio, cuando nos fuimos a vivir juntas, solíamos tener muchas visitas de nuestros amigos porque éramos, por decirlo de algún modo, la casa *youtuber*. Pero después Las Chicas se fueron a vivir juntas y ahora estamos Mari y yo solas.

Soltó un largo suspiro, con la vista puesta en un punto indeterminado de la mesa, y cuando al fin alzó los ojos y vio que Rodrigo la miraba con cara de pena, pareció despertar y sonrió.

—No me hagas caso. Soy de esas que cuando se emborracha, se pone melancólica.

Apuró su botellín.

—Pero mujer, si beber te pone triste, no bebas más. En esta vida solo hay que aficionarse a las cosas que te hacen feliz.

—Tienes mucha razón. ¿Y sabes algo que me pone muy, pero que muy feliz? El chocolate.

—Pues me parece que he visto por ahí un par de postres con chocolate.

—Eso me ha parecido a mí también —contestó ella, y se pusieron de pie a la vez.

Mientras daban cuenta del mousse de chocolate que se habían pedido, Sofía dijo:

—Oye, te va a sonar un poco raro, pero... ¿tú para dormir llevas ropa interior?

—¿Cómo? —Rodrigo soltó una risilla—. ¿Por qué me preguntas eso?

—Es que me han dicho que soy rara por dormir sin ropa interior, pero yo creo que la extraña es la persona que me lo ha dicho.

—Ah, vale, que es un estudio antropológico. Pues... supongo que depende de la época del año. En invierno obviamente llevo pijama.

—No, si me refiero a si debajo del pijama llevas ropa interior.

—Ah, eso. Sí, claro.

—¿En serio? —Sofía lo miró con los ojos como platos—. ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Pues para que no esté por ahí dando vueltas!

—Tras decir aquello, a Rodrigo le dio la risa—. A ver, que me explico. Si vas a lo comando, se mueve para todos lados. Con ropa interior, no.

—Pero lo llevas ahí apretado toda la noche —protestó ella—. Yo, si duermo con ropa interior, me despierto con la marca.

—A lo mejor necesitas una talla más de bragas.

Sofía soltó una carcajada tan alta que se sorprendió a sí misma. Se tapó rápidamente la boca y miró a su alrededor, pero la poca atención que había atraído se transformó en sonrisas comprensivas que pronto volvieron a lo suyo.

—Creo que mis bragas son del tamaño adecuado, gracias.

—¿Seguro? A ver si te están ahí estrangulando toda la noche.

—No, me viene perfectas.

Para pasmo de Rodrigo, la joven se echó un poco para atrás, se apartó un poco el vaquero y el elástico de su ropa interior asomó. Eran azules. «Como mi suéter», pensó estúpidamente. Ella tiró del latiguillo para mostrarle que no le venían tan ajustadas y se oyó un chasquido suave de lo más sexy.

«Piensa en algo que decir» se apremió Rodrigo. «Y que no note que estás flipando ahora mismo por haberle visto las bragas, como si fueras un puto adolescente».

—¿Eso es el antojo en forma de media luna?

Al mostrarle la ropa interior, Sofía se había levantado un poco el

dobladillo de la camisa que llevaba y el rabillo de la luna había quedado a la vista. Ante la pregunta de Rodrigo, se levantó un poco más la prenda, dejando a la vista la marca y también un *piercing* en su ombligo.

«Mala idea haber desviado el tema de sus bragas a su ombligo» pensó Rodrigo, removiéndose incómodo sobre el taburete.

—Sí. —Sofía se pasó el pulgar por encima de la marca y, tras dejarla expuesta durante unos segundos más, se bajó la camisa—. Mucha gente no sabe qué nombre ponerse en Internet. Yo lo tuve claro desde el principio.

—¿Un tributo a tu padre?

—Sí y no. —Sofía cogió una servilleta del dispensador y, con cierto nerviosismo, empezó a doblarla—. Qué raro se me hace que sepas tantas cosas de mí sin que yo te las haya contado. Cuando ya conozco un poco más a la persona no me ocurre tanto, pero es que ahora mismo siento que lo sabes todo de mí y yo no sé nada.

—Eso no es verdad. Sabes que duermo con ropa interior bajo el pijama, que me dedico a la realidad virtual, que mal toco la guitarra, que soy de la época de los neandertales, que tengo una Vespa llamada Cabra y que no me saqué el carné de moto. Sabes muchas cosas. Y cosas que no todo el mundo conoce. La historia de Cabra no creas que se la cuento a todo el mundo. Pero si sientes curiosidad por algo, pregunta.

—¿Así de la nada? No se me ocurre qué quiero saber.

—Piensa un poco, seguro que se te ocurre algo.

—¡Oye! Serías perfecto para un vídeo con las preguntas esas que hacen que te enamores.

—¿Cómo?

—Hay un cuestionario que consigue que te enamores de la otra persona, aunque sea la primera vez que la ves.

Sofía cogió su teléfono y empezó a buscar.

—¿Quieres que me enamore de ti? —interrogó Rodrigo.

—En este caso, sería yo de ti, pues eres tú el que va a responder. A ver... Si pudieras elegir a cualquier persona en el mundo, ¿a quién invitarías a cenar?

—¿Esa es la primera pregunta del cuestionario?

—Sí.

—¿Pero de verdad vamos a hacerlo? ¿Dices que es para enamorarse?

—Para crear intimidad. Pero no te preocupes, no lo vamos a hacer entero. Solo vas a contestar algunas preguntas. Las del primer grupo, que parece que son para entrar en calor.

—¿En calor? —preguntó Rodrigo preocupado.

—Para romper el hielo, me refiero. Venga, déjame conocerte un poco, que tú lo sabes todo sobre mí. Si pudieras elegir a cualquier persona en el mundo, ¿a quién invitarías a cenar?

—A ti.

—¡Oh, vamos! Mójate un poco.

—Venga, pues... A Steve Jobs, Mark Zuckerberg o Nikola Tesla.

—Vale, todo gente lista y muy interesante. Me gusta. A ver qué más... ¿Te gustaría ser famoso? ¿De qué forma?

—Mmm... Me gustaría ser famoso o bien porque me haya tocado el premio de la lotería más gordo del mundo... O porque la gente disfrute tanto de mis productos de realidad virtual que se pregunte «¿y esta cosa tan chula quién la ha hecho?»

—Interesante. Otra: antes de hacer una llamada telefónica, ¿ensayas lo que vas a decir? ¿Por qué?

—Depende. Con mi familia y amigos no, con llamadas de trabajo sí, siempre. El principio sobre todo, y si es realmente importante la llamada, me hago un listado con los puntos que tengo que mencionar.

—Para ti, ¿cómo sería un día perfecto?

—Mmm... pues... Un día en el que no hubiera ni un solo problema en la empresa. En el que todo fuera rodado y no hubiera llamadas de pesados, ni dudas de mis empleados, ni *deadlines* que cumplir. ¿Y para ti como sería un día perfecto?

—Te estoy preguntando yo a ti.

—Oh, vamos, dame el gusto de saberlo.

—Pues... un día en el campo, sin hacer nada salvo pasear y escuchar los pájaros. Sin remordimientos por todo lo que no estoy haciendo, sin dudas sobre qué haré mañana. Solo el campo, los pájaros, el aquí y el ahora. Ah, bueno, y probablemente en ese día perfecto sería verano y habría una poza de agua fresca que nadie conoce y que puedo disfrutar yo solita.

Rodrigo sonrió. No era lo que había esperado y no le serviría para intentar ayudar a Rafa en su carrera espacial, pero le gustaba que Sofía hubiera compartido aquel idílico día con él.

—A ver cuál es la siguiente, que se me ha apagado la pantalla... Ah, sí. Si pudieras vivir hasta los 90 años y tener el cuerpo o la mente de alguien de 30 durante los últimos 60 años de tu vida, ¿cuál de las dos opciones elegirías?

—Tengo que elegir entre tener el cuerpo o la mente de alguien de 30, ¿no?

—Exacto.

—Pues... La mente, sin duda.

—¿En serio?

—Sí. Lo entenderás cuando seas mayor, pero conforme va pasando el tiempo, dejas de querer comerte el mundo. A tu edad piensas que puedes conseguir cualquier cosa y lo intentas, vas a por ello porque nadie te ha dicho que es imposible... Conforme empiezas a tener más años, tú mismo te dices que no es posible.

—La edad es un estado mental. Yo elegiría el cuerpo de alguien de 30 porque ya me esforzaría yo en mantener una mente joven.

—Eso es trampa, quieres las dos cosas.

—Hombre, pues claro.

—Pero tienes que elegir una.

—Pues eso he hecho. Elijo el cuerpo de 30 y ya me mantendré yo joven mentalmente. Tú al elegir la mente de alguien de 30, estás renunciando a todas las experiencias de la vida, a toda la sabiduría que te dan los años.

—No, que me quede con la mente de alguien de 30 años no quiere decir que tenga amnesia de lo que me ocurre durante esos años. Me quedaría con la actitud y las ganas de comerse el mundo de la juventud, pero no renunciaría a todo lo demás. ¿O sí? Si tengo que ser un descerebrado de 30 años toda la vida, entonces elijo el cuerpo.

—¡Oye! Que yo no soy una descerebrada.

—Es verdad. Tú no llegas ni a los 20, así que imagínate.

Sofía le golpeó en un brazo y Rodrigo se rio.

—En cualquier caso, insisto: la edad es un estado mental. Eres joven mientras tu mente esté joven. Puedes comerte el mundo mientras tengas el convencimiento de que eres capaz de hacerlo.

Su propia afirmación dejó a Sofía pensativa y Rodrigo aprovechó para cogerle el teléfono y mirar el cuestionario.

—¡Uf, cuántas preguntas! Podríamos pasarnos toda la noche. Este sitio creo que cierra a las doce.

—No vamos a hacerlas todas. No quieres que me enamore de ti, ¿verdad? —Se rio Sofía—. Elige tú alguna. De ese grupo de preguntas o de los demás, lo que quieras. Cuanto más bajas, me parece que las preguntas se hacen más personales.

—Mmm —Rodrigo deslizó la pantalla—. Esta me gusta, pero tienes

que contestarla tú.

—Y tú.

—Vale, pero tú primero. Dile a tu compañero qué es lo que más te ha gustado de él o ella. Sé muy honesto y dile cosas que no dirías a alguien a quien acabas de conocer.

—¡Jolines, te has ido casi al final! Eso es super personal.

—Venga, esto del cuestionario ha sido idea tuya.

—Vaaale. A ver... Me gusta mucho de ti que consigues hacerme reír.

—¿Eso es algo que no le dirías a alguien a quien acabas de conocer? Cómo tú dices: «¡mójate!».

—Me gusta mucho de ti que consigues hacerme reír —al ver que él la miraba con el ceño fruncido, se apresuró a añadir—: porque llevo una racha un poco mala de desgana, de estar triste, de no querer salir, de no querer hacer nada. Y, aun así, aquí estoy, cenando contigo, riéndome más de lo que me he reído en varias semanas y contándote esto, que ni siquiera lo he compartido con mi madre.

Sofía se lo confesó mirándolo a los ojos y Rodrigo sintió un cosquilleo. Podía entender a la perfección por qué se decía que aquel cuestionario podía hacer que te enamorasas de la otra persona. Si se realizaba entero y mirando a los ojos de la otra persona... Uf, se le ponía la piel de gallina.

—Venga, te toca. ¿Qué es lo que más te ha gustado de mí?

—Que eres auténtica y espontánea. Se te ocurre una cosa y la haces. Hacerme cantar, la sesión de fotos, este cuestionario... Contigo uno nunca se aburre y haces que la gente se sienta bien a tu lado. Es como si te conociera, y créeme que no es solo por los vídeos sino también por ti, porque haces que la gente se sienta a gusto junto a ti.

10.

Poco después, regresaron en moto a casa y Rodrigo, sabiendo que ella disfrutaba del trayecto, eligió el camino más largo y con mejores vistas. Tras aparcar en el sótano y mientras Rodrigo guardaba los cascos, Sofía preguntó:

—¿Te apetece tomar la última en mi casa?

De nuevo aquella proposición. La miró fugazmente a la vez que terminaba de guardar los cascos. Ella lo observaba tranquila y con una sonrisa, pero no parecía estar insinuándose.

—Si te vas a poner melancólica con la última, mejor no —contestó al fin.

—Prometo que no me voy a poner triste sino muy, muy feliz. Seré la mejor compañía del mundo. La caña de España. El alma de la fiesta. La salsa de la vida.

—Vale, vale, me has convencido. Además, ahora ya no tengo que conducir, así que también podré beber.

—¿Qué tipo de borracho eres tú?

—Oye, que no pienso emborracharme.

—Ni que yo estuviera borracha —protestó Sofía—. Solo estoy feliz.

—O triste.

—Feliz, feliz. Mira qué feliz que estoy.

Para diversión de Rodrigo, fue bailoteando y canturreando hasta el ascensor.

Sin embargo, su buen humor no tardó en aguarse. Al entrar en su casa, todo parecía en silencio. Las luces apagadas del salón y la cocina presagiaban que o no había nadie o sus habitantes ya estaban durmiendo. Pero a Sofía apenas si le había dado tiempo a dejar caer su bolso en el sofá cuando empezaron a oírse ruidos.

—¿Qué es...?

Rodrigo no llegó a decir «eso», pues los sonidos no tardaron en ser reconocibles.

—Fabián y Mari —explicó Sofía escuetamente. No hacía falta que le dijera que estaban en la cama, pues era evidente—. Mierda.

Lo miró azorada por los gritos y jadeos que se escuchaban.

—¿Se están matando o qué? —bromeó Rodrigo para intentar que el momento no resultara tan incómodo.

—Ojalá. Así al menos dejarían de montar estos *shows* en algún momento.

Que él se lo hubiera tomado con humor la animó a no salir corriendo de allí. Se acercó a la puerta del baño y la cerró de un portazo, simulando que era la de la calle.

—¡Qué bien estar en casa y traer visita! —elevó la voz Sofía.

Durante un instante se hizo el silencio... hasta que los gritos regresaron, todavía más fuertes y exagerados.

—No me lo puedo creer.

—Diría que les gusta tener público —dijo Rodrigo.

—Sí, eso creo yo también. Ven conmigo.

La siguió hasta la cocina, no muy seguro de lo que hacía. Se había tomado a cachondeo todo aquel escándalo, pero no le parecía buena idea quedarse allí escuchando. Los gritos y sonidos que llenaban la casa eran como de película porno mala, pero eso no hacía que su cuerpo no reaccionara a escuchar los jadeos y gritos de placer de una mujer.

Por suerte, Sofía cerró la puerta de la cocina tras ellos, haciendo que los ruidos llegaran mucho más amortiguados.

—¿Y suelen estar así mucho rato?

—Pilas Duracell parece que tenga Fabián —murmuró ella mientras

abría varios armarios en busca de algo.

—Vaya. ¿Y cómo lo aguantas?

—Me pongo música a tope.

—Vaya fiesta: sexo y música a tope. ¿Los vecinos nunca han llamado a la policía?

—Por suerte, vuestros dormitorios creo que dan a esta zona, la de nuestra cocina, así que no os enteráis de nada. La que sí debe oír el espectáculo porno es la señora Remedios, pero usa audífono y se lo quita para dormir, así que... Su gato debe tener sueños de tres rombos. Aunque solo se les escucha a ellos: mi música no se oye porque me la pongo con cascos. A Mari le molesta la música alta.

—Ah, claro. Y a ti no te molesta esto, ¿no?

—¿Y qué quieres, que les ponga una mordaza?

—No, mejor no, que a lo mejor hasta les gusta.

Sofía lo miró por encima del hombro, riéndose con su comentario. No tardó en encontrar lo que buscaba en el armario: una botella de vino y el sacacorchos.

—¿Te gusta así el vino? Yo suelo echarle gaseosa.

—Dos tintos de verano, entonces —aceptó él—. Aunque tampoco es que haga mucho calor.

Rodrigo observó cómo mezclaba el vino y la gaseosa en unos grandes vasos y le echaba también unas rodajas de limón.

—Un brindis —dijo ella al darle el vaso.

—¿Por qué?

Sofía lo pensó durante un instante.

—Por el silencio y el tiempo para nosotros.

Tras brindar y dar el primer sorbo, se quedaron callados, allí parados en medio de la cocina. Era la primera vez que no sabían de qué hablar en toda la

noche. Sofía se acercó hasta la puerta que daba acceso al patio y miró fuera.

—Vaya, mira, ha salido la luna. —Deslizó la puerta—. Y encima está casi llena.

Rodrigo la siguió al ver que ella salía al exterior y se acomodaba en una de las sillas de plástico que tenían allí. Lo cierto es que no hacía calor, pero había quedado una noche bastante buena y agradable. Se sentó a su lado y ambos miraron la Luna mientras bebían. El silencio fue cómodo, aunque Rodrigo no dejaba de lanzar miradas hacia su patio por si veía alguna luz encendida en su casa.

Hasta que de pronto se oyó cómo se abría una ventana. Rodrigo temió que fuera Rafa, que los había pillado tomando el fresco, pero al poco de oír cómo se deslizaba la ventana, empezaron a oír con más claridad los ruidos de Fabián y Mari.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Sofía, poniéndose en pie de un salto—. ¡Pero que os he oído abrir la ventana, pervertidos!

—¡Es que hace mucho calor! —se excusó Fabián con voz lejana.

—Y una...

Se calló el «mierda» y, en su lugar, se giró decidida hacia Rodrigo. Este se enderezó en la silla, alerta, y después observó con pasmo cómo Sofía se sentaba en su regazo y empezaba a acariciarle la cabeza con brío.

—¡Oh, dios! ¡Sí! —exclamó ella—. ¡Estás tan bueno! Ahhh. Sí, así, así.

Rodrigo la miraba con los ojos abiertos como platos y los brazos extendidos, sin atreverse a tocarla. Ella, mientras, seguía con el masaje salvaje de cabeza, cuello y hombros.

—Sígueme la corriente —le dijo Sofía en voz baja.

Él negó con la cabeza con fuerza. Ni en broma iba a jugar a aquel juego. Si tenía que fingir que se estaba poniendo cachondo, acabaría

estándolo de verdad. Era más que suficiente tener la boca femenina a tan solo un palmo y notar sus manos revolviéndole el pelo y descolocándole el suéter.

—¡Ahhh! —gritó ella, frustrada por que él no quisiera seguirle el rollo—. ¡Ahhh! —Se puso en pie a la vez que gritaba a pleno pulmón. Su exclamación ya no tenía nada de erótico—. ¡Auuuu! ¡Soy LunaLoba y no podéis joderme! Auuuuu. Pervertidos. Auuuu. Exagerados. Auuu. Salidos. Au, au, auuuuuuu.

Había empezado a aullar mirando hacia la ventana de su amiga, pero con aquel último aullido se giró hacia la Luna y se acercó al borde de la terraza. Estiró el cuello hacia el lucero terrestre, como haría una auténtica loba y siguió aullando con tanta energía que le entró calor y se quitó la chaqueta con brusquedad, tirándola a un lado.

—Odio a la gente que folla como si estuviera en una película porno, auuuu. Odio no sentir que estoy en casa, auuuu. Os odioooooo. Auuuuuuuuu.

El último aullido se alargó como un auténtico lamento y cuando al fin terminó, Sofía incluso se tambaleó un poco, falta de fuerzas. Inhaló profundamente y se giró hacia Rodrigo, dedicándole una mirada fiera.

—¿Te has quedado a gusto? —interrogó él cuando se repuso del pasmo.

—Ni te imaginas cuánto. Ven, hazlo tú también.

—¿Yo?

—Sí. Aúllale tú también a la luna. Hoy ha salido así de bonita por nosotros.

—Pero... ya no se oye nada —dijo Rodrigo señalando hacia la zona de los dormitorios.

—Olvídate de ellos. Esto es cosa nuestra. Tuya y mía. Vamos. —Se acercó a él y, tras quitarle el vaso de la mano y colocarlo en el suelo, tiró para ponerle en pie.— Grita todo lo que odias, verás qué bien se te queda el

cuerpo.

Rodrigo se giró para quedar de espaldas a las ventanas de su casa, pues si Rafa no había estado curioseando antes, seguro que se asomaría ante la llamada de LunaLoba en forma de aullidos.

Nervioso, intentó escapar de ahí.

—Lo cierto es que creo que debería irme a casa ya.

—Venga, hombre, lo hemos pasado muy bien. Aúlla al menos una vez y grita algo que odies.

—Yo no odio nada.

—Todo el mundo odia algo. Odio cuando no hay papel del váter y no me doy cuenta hasta que es demasiado tarde, auuuu.

—Ehhhh.

—¡Odio que el chocolate engorde, auuuuu! —Le dio ella otra idea—. Mira la Luna qué preciosa, Rodrigo. Aúllale tus penas. ¡Odio que no sea luna llena cada noche, auuuu!

Ella lo sujetaba con fuerza por el brazo y no parecía dispuesta a dejarlo marchar sin que se uniera a aquel alocado juego, así que se devanó los sesos buscando algo que decir. Cuanto antes ella se diera por contenta, antes lo soltaría y antes podría desaparecer de su terraza, donde quedaba a la vista de Rafa. Mientras encontraba algo que decir, solo podía desear que su amigo no lo reconociera si se asomaba a la ventana: con la poca luz que había ahí fuera y estando de espaldas a las cristaleras, aún confiaba en tener una oportunidad.

—Odio...

—Venga, Rodrigo, que tú puedes. Piensa algo que odies y déjalo marchar.

—Odio... ¡que los planes más sencillos se compliquen siempre!

—Auuuuu —le recordó ella.

—Ah, sí, auuuuuuu.

—Odio que el cartero me deje una nota como que no estaba en casa cuando sí que estaba porque me había quedado esperándole toda la mañana, auuuuuu —aulló LunaLoba.

Aún no le había soltado, por lo que debía estar esperando que dijera algo más, así que Rodrigo dijo:

—Odio tener que estar siempre encerrado en la oficina, auuuuu.

—Odio...

Pero antes de que Sofía pudiera terminar su frase, una tercera voz exclamó:

—Odio a mi jefe, ¡auuuuu!

¡Era Rafa!

Rodrigo se agachó para que el murete de piedra que separaba ambas terrazas lo ocultara y cogió a Sofía de la mano. Tiró de ella hasta meterla dentro de la casa y, con el corazón acelerado, cerró la puerta de golpe. Ella reía a carcajadas.

—¿Ese era tu compañero de piso?

—Sí, creo que sí.

—¡Se ha unido a la manada!

A Rodrigo no le hacía tanta gracia como a ella.

—Creo que debería marcharme ya.

—Hay que repetir esto.

—Claro, ha sido una noche muy divertida. Aunque quizá lo de los aullidos mejor nos lo ahorramos.

—¡Pero si ha sido lo más divertido de todo! Auuuuuu.

Desde luego, se había aficionado a aullar también fuera de la cámara.

La puerta de la cocina se abrió de golpe y una Mari cubierta solo con una sábana apareció con cara de pocos amigos.

—¿Qué es todo este ruido?

—¿Qué es todo este ruido? —repitió Sofía, incrédula—. ¡Tendrás cara dura!

—¡Te has puesto a aullar en la terraza como una loca!

—Y tú a follar como si te estuvieran descuartizando, ¡y no es precisamente algo nuevo! Os tengo que aguantar todas las santas noches, ¡y encima hoy vas y abres la ventana! ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Eres una envidiosa.

—Y tú una exhibicionista salida que necesita protagonismo extra hasta en la cama.

—¡Estás loca!

—Y tú enferma.

Rodrigo aprovechó el silencio que se instauró entre ambas mientras intercambiaban miradas envenenadas.

—Ehhh... creo que yo me mejor me voy ya.

Ninguna puso reparos y terminó de despedirse de Sofía con un «ha sido divertido».

11.

Al salir de casa de Sofía, se quedó parado unos largos segundos. Inhaló profundamente un par de veces, intentando calmar los nervios. Se imaginaba a Rafa esperándolo en el recibidor, con los brazos cruzados sobre el pecho y dando golpecitos con la punta del pie en el suelo, como si fuera una madre que espera a su hijo tras una fiesta sabiendo que volverá borracho.

Giró la llave en la cerradura y abrió un poco. Todo estaba oscuro. Entró, cerró con cuidado la puerta y aguardó un segundo, por si oía a Rafa, pero dentro reinaba el silencio. No era posible que su amigo estuviera durmiendo, pues no había tardado ni cinco minutos en volver de casa de Sofía. ¿Entonces qué pasaba, por qué no estaba allí recriminándole que había ido a cenar con LunaLoba sin él? Le dio al interruptor de la luz, asustado de pronto ante la idea de que Rafa quisiera hacérselo pagar con un susto de muerte.

El recibidor estaba desierto, pero en cuanto la luz iluminó un par de metros a su alrededor, oyó que Rafa decía con voz aguda:

—¡Apaga la luz!

—¿Dónde estás?

—¡Apaga la luz!

—¿Por qué?

—¡Joder!

Su amigo apareció corriendo y derrapó en calcetines al llegar junto al interruptor. Apagó la luz del recibidor desde el interruptor que había junto a la cocina.

—¿Qué pasa? —interrogó Rodrigo a la vez que intentaba adivinar qué tramaba por los ruidos que hacía.

Oyó que echaba a andar y temió que fuera hacia él, pero cuando Rafa

habló, su voz sonó lejana.

—Ven al salón sin encender ninguna luz, ¿quieres?

Temeroso, Rodrigo hizo lo que le pedía. ¿Qué se suponía que quería? ¿Por qué no le gritaba ya? ¿Por qué estaban a oscuras?

Llegar al salón fue un alivio, pues a través de las ventanas se filtraba algo de luminosidad y pudo ver la silueta de Rafa pegada a la cristalera.

—¿Qué haces? —interrogó Rodrigo en un susurro.

—Nada.

—Me estás dando un poco de miedo. ¿De verdad no puedo encender ninguna luz?

—No. Siéntate ahí en el sofá un rato.

—Mejor me voy a la cama.

—No, que te conozco y enciendes la luz para ir al baño o para ponerte el pijama. Siéntate un momento.

—De acuerdo.

Rodrigo se acercó hasta el sofá y se acomodó en él tras palparlo y asegurarse de que la sombra que tenía delante era el mueble que creía. Miró la silueta recortada de Rafa. Estaba claro que miraba el patio de Sofía, lo que no hacía más que confirmar que el que había gritado que odiaba a su jefe era él. ¿Entonces por qué no hacía ni decía nada? Nada aparte de comportarse como un lunático, claro.

Lunático... Nunca mejor dicho al tratarse de espiar a una chica que se hacía llamar LunaLoba.

—¿Qué tal con Ana? —interrogó Rafa en voz baja tras casi medio minuto de silencio—. Has vuelto pronto.

—¿Qué?

—Que qué tal con Ana. Esta noche parece que estés sordo, mi *amorrrrr*.

Rodrigo se limitó a hacer un ruidito con la garganta que podía

interpretarse de prácticamente cualquier forma. No sabía qué se suponía que debía contestar. ¿Qué quería Rafa, que confesara que no había estado con Ana sino con Sofía? ¿Para qué? Los había pillado y ya está. Además, por cómo había salido corriendo tras oírle gritar que odiaba a su jefe, resultaba evidente que él también sabía que lo había cazado. ¿Por qué andarse con aquel jueguito estúpido?

—¿Qué significa...? —interrogó Rafa, imitando el ruidito que había hecho Rodrigo.

—No significa nada —respondió de malos modos.

—Qué mal humor traes, hay que ver. —Mientras hablaba, en todo momento miraba hacia la ventana, sin perder detalle de lo que pasaba fuera —. Parece que quisieras acostarte con Ana y no lo hubieras conseguido, aunque según decías no quieres nada con ella.

Sin poder aguantarse más, Rodrigo se puso de pie y se acercó a la ventana. Por lo último que le había dicho Rafa, parecía que de verdad no sabía que había estado con LunaLoba, pero era imposible, ¿no? Si estaba pegado a la ventana... Mejor terminar con aquel juego de una vez.

—Pero vamos a ver, ¿qué narices miras?

—Es que quiero que lo veas. Si te lo cuento, no me vas a creer.

—¿Contar el qué?

—LunaLoba se ha puesto a aullarle a la Luna hace un momento. Desnuda.

Rodrigo lo miró con los ojos abiertos como platos. Por suerte, la oscuridad protegió su expresión y, de todas formas, Rafa miraba hacia la terraza de Sofía.

—¿En serio? —interrogó al cabo de un rato al ver que el otro no seguía hablando.

—En serio.

—Desnuda.

—Sí.

—Ya veo...

—Te he dicho que no ibas a creerme si no lo veías con tus propios ojos.

—Hombre, es que me estás diciendo que nuestra vecina se ha puesto a aullarle a la luna, desnuda y sola en su terraza.

—No estaba sola.

—Ah, ¿no? —cuestionó Rodrigo con precavido interés.

—No. Estaba con un hombre. No he llegado a verle la cara, pero el cabrón con suerte seguro que ahora se la está tirando en el sofá o en la cama.

—O en el suelo. Puestos a ser lobos salvajes...

—Sí.

La voz de Rafa adquirió un tono entre soñador y lascivo.

—¿Y él también estaba desnudo?

—No, él no. Y ella creo que todavía llevaba los pantalones, pero te prometo que se ha quitado la chaqueta que llevaba y se ha quedado ahí, desnuda. Una pena que me diera la espalda.

Rodrigo comprendió qué era lo que Rafa había creído ver. Era cierto que Sofía se había quitado una chaqueta, pero ni mucho menos se había quedado desnuda. Debajo llevaba una camisa color salmón que, quizá, desde la distancia y con poca luz, Rafa no había sido capaz de ver.

Intentó indagar en el tema que más le preocupaba.

—¿Y no lo has reconocido? —Al darse cuenta de lo que acababa de preguntar y que podría estar dándole pistas, sugirió—: Quizá sea otro *youtuber*.

—No sé. Estaba demasiado lejos.

—A lo mejor no has visto bien y tampoco era LunaLoba.

—A ella la reconocería en cualquier sitio. Además, su voz era

inconfundible.

—¿Y la de él no?

Rafa se giró y, a la escasa luz que se colaba por las ventanas, lo miró como si estuviera loco.

—¿Tú crees que voy por ahí oyendo aullar a hombres?

—No, claro, supongo que no —Rodrigo se rascó la cabeza—. ¿Pero entonces sólo aullaban?

—No. También estaban gritando cosas, pero a la única que entendía era a LunaLoba, el otro hablaba bajito. Creo que ha dicho algo de que odiaba su oficina o no sé qué, pero es que no se le oía bien.

—Ah.

Rodrigo no podía creérselo. ¡No sabía que era él! Increíble pero cierto. Se había librado por los pelos de una buena discusión. Eso o Rafa quería ver hasta dónde podía llegar mintiendo... No, no creía que fuera eso.

—Y si ya se han ido, ¿por qué sigues mirando? —preguntó Rodrigo tras casi un minuto de silencio frente a la ventana.

—Por si vuelven a salir.

—No creo que lo hagan, yo de ti me iría a la cama.

—Voy a quedarme un poco más, por si acaso.

—Como quieras, pero yo voy a acostarme.

—No enciendas ninguna luz —pidió Rafa.

—Vale, buenas noches.

Rodrigo se había librado milagrosamente de que Rafa lo pillara con Sofía, pero el karma le devolvió la jugada haciendo que el dedo meñique de su pie izquierdo le diera un desagradable besito a la pata de la cama.

—Me cago en...

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Tú sigue ahí vigilando, no se te vaya a escapar una teta.

12.

La madre de Sofía volvió de viaje el domingo por la mañana y esa misma tarde se pasó a recogerla en coche, pues le había pedido que fuera a por ella para así poder llevarse varios cuadros y despejar un poco su habitación, que estaba a reventar. Cuando se encontraron, su madre le dio un fuerte y largo abrazo, como siempre. Era una fiel creyente de las energías y le gustaba abrazar a sus seres queridos, pues decía que así, pecho con pecho, era capaz de sentir a la otra persona e incluso transmitirle sus buenas vibraciones.

Y cuando creía que alguien necesitaba cariño, sus abrazos podía fácilmente durar un minuto completo. Ese día, de vuelta en España y en casa de su hija, el abrazo casi batió un récord.

—Parece que me has echado de menos —se rio Sofía.

—Y yo siento que tú a mí también.

La verdad es que sí. Su madre había estado más de una semana fuera, en un congreso con su pareja, y se le había hecho muy largo aquel tiempo sin ella. Solía pasar todos los fines de semana en su casa, de viernes a domingo, y los dos últimos findes le había tocado quedarse allí, en su piso, que últimamente se le antojaba más un campo de batalla que un hogar.

Después de la noche que había pasado con Rodrigo y que había acabado en aullidos a la luz de la luna para acallar los ruidos que hacían Fabián y Mari, no había vuelto a hablar mucho con su compañera de piso, a la que no le había sentado nada bien que le echara en cara que hacían mucho ruido en la cama. ¡Ni que no se oyera a si misma! Aunque claro, habían seguido gritándose después de eso y se habían dicho cosas que sin duda eran solo fruto de la rabia y frustración de ambas, pero que una vez pronunciadas, eran difíciles de olvidar.

Desde esa noche, apenas si habían hablado.

Volver a sentir la calidez y el amor incondicional de su madre fue todo un bálsamo para su alma.

Macarena, que así se llamaba su madre, se sorprendió con todos los cuadros que su hija quería transportar.

—¿Todo esto lo has pintado estos últimos días?

—En las últimas semanas, sí. Llevo un mes que es lo único que me apetece hacer.

—¿Y qué pasa con los vídeos? No has subido nada desde hace tiempo, ¿no estás inspirada? Me habría gustado verte mientras estuve fuera.

—Ya... —Se sintió incómoda con la pregunta y, aunque sabía que su madre prácticamente podía leer dentro de ella, soltó una mentira a medias—. Me habría gustado haber subido algo nuevo, pero no he podido.

No había podido, ¿por qué? No había sido precisamente por falta de tiempo, sino más bien de ganas. Por suerte, su madre no insistió y simplemente comentó:

—Tus cuadros son muy buenos, quizá podrías hacer una exposición. Pedro conoce a mucha gente y...

—Eres mi madre, no eres imparcial.

—Claro que soy imparcial. ¿No te he contado lo que dije cuando naciste?

—Sí, unas cuantas veces. ¿Mil, quizá?

—Todo el mundo me decía «ay, qué bonita» y yo «no digáis bobadas, pero si es muy fea». La gente se horrorizaba: «no digas esas cosas, que es tu hija» y yo les contestaba «es mi hija, pero no estoy ciega». Tenías la carita muy arrugada y más pelo que un mono. Menos mal que después se te cayó porque habrías sido digna de un estudio sobre evolución humana. Contigo podría haberse investigado nuestro parentesco con el mono. Así que no me digas que soy imparcial. Si yo te digo que tu trabajo es bueno, lo es.

—Por ahora, lo que tenemos que hacer es llevarlo a tu casa —contestó Sofía, quitándole el cuadro a su madre y poniéndolo junto a los demás—. Allí tendrás todo el tiempo del mundo para verlos. Incluso te dejo que los cuelgues por la casa si quieres.

Cargaron el coche de su madre con los cuadros y después Sofía hizo un último viaje para coger la pequeña maleta que se había preparado para pasar unos días con su madre. Necesitaba unas mini-vacaciones de su día a día.

No obstante, se llevó el susto de su vida cuando al girarse tras echar la llave se encontró con un hombre plantado justo detrás de ella.

—¡Hola! —saludó con un tono más alto y agudo de lo que deseaba—. ¿Puedo ayudarte?

—Hola, soy Rafa. Vivo justo aquí al lado. El otro día... bueno, no sé si te acordarás de mí, pero yo soy el que te cerró la puerta de golpe.

—¡Hombre! Claro que me acuerdo, como para no hacerlo.

—Sí, lo siento muchísimo. Yo... me sorprendió un montón verte. Siento mucho mi reacción, de verdad.

—No te preocupes, Rodrigo ya me ha explicado que no fue intencionado.

—¿Rodrigo? —Se sorprendió él—. ¿Has hablado con Rodrigo?

—Sí, nos encontramos en el supermercado hace unos días y me lo explicó todo.

—Qué majo —comentó Rafa con el ceño ligeramente fruncido. Su amigo no le había dicho nada de su encuentro.

—Sí, la verdad es que es un tío muy majo. Anoche me lo pasé genial.

—¿Anoche?

—Sí. Oye, tengo que irme, que mi madre me está esperando en el coche. ¿Querías algo más?

—No, nada. Solo eso, pedirte perdón por lo que ocurrió.

—Pues perdonado quedas, no te preocupes. Por cierto, qué camiseta más guay.

Rafa, que estaba concentrado intentando procesar lo que había descubierto, bajó la cabeza para mirar su camiseta, pues no se acordaba de qué llevaba puesto. ¡Y eso que la había escogido pensando en ella! Sabía que le gustaba Star Wars y en la prenda salía Yoda con una tetera en la mano. Arriba ponía «Te quiero» y abajo rezaba «Y Yoda se hizo un té».

Sofía no siempre había sabido que su madre era un poco rara. De niña había estado rodeada de gente bastante excéntrica, pero no se había dado cuenta de ello hasta que salió al mundo real y comprendió que lo «normal» no se ajustaba mucho a su familia ni, de hecho, a su entorno.

Hasta los ocho años había vivido en una comuna hippie en Italia, junto a sus padres, Macarena y Paolo. Los dos eran jóvenes y soñadores; se habían conocido en Roma mientras su madre estaba de Erasmus y habían acabado teniéndola a ella tan solo un año después. Su madre dejó la universidad, aunque no por el embarazo. Lo hizo porque tras conocer a Paolo, decidió dar un giro radical a su vida. Un cambio de lo más extremo, pues dejó atrás todo lo que su estricta familia le había inculcado y se mudó a un pueblo abandonado de la Toscana donde un grupo de amigos buscaba vivir una idílica vida de paz y amor. Tenían su huerto, sus cabras, sus gallinas y su fuente de agua. Todos eran bastante jóvenes, como Paolo y Macarena, y había varios niños con los que Sofía creció como si fueran sus hermanos.

No obstante, cuando Sofía cumplió los ocho años, Paolo y Macarena sintieron que necesitaban un cambio y habilitaron una furgoneta para que tuviera un espacio para dormir, una zona de cocina e incluso un baño. Y con

ella recorrieron Europa.

Sofía nunca había ido al colegio. En la comuna uno de los hombres había estudiado magisterio y se ocupaba de su educación. Unos días daban clases en medio del campo, otras junto al arroyo. Incluso habían aprendido a sumar en el gallinero, contando huevos.

A lo largo del año que duró el viaje por Europa, fueron sus padres los encargados de instruirla en matemáticas, lengua y vida. Sí, vida. Descubrió muchísimo sobre el mundo y lo que los demás niños aprendían en clases de Ciencias Sociales, Historia y Ciencias Naturales, ella lo aprendía fuera, en el mundo real.

Tras un año recorriendo Europa con la furgoneta, llegaron a España. Macarena quería volver a tener trato con su familia y con su tierra. Al dejar la universidad y quedar embarazada en Italia de un hombre al que prácticamente acababa de conocer, tuvo que renunciar a los suyos, que no entendían por qué actuaba así y no podían perdonarle un comportamiento tan poco «católico».

Nueve años después, las cosas se habían calmado bastante y, según Macarena, la carita sonriente y preciosa de Sofía logró ablandar los corazones de sus abuelos para que volvieran a aceptar a su díscola hija.

Durante un año, vivieron en una pequeña casa de campo a las afueras de la ciudad en la que se había criado su madre. Seguían llevando una vida relajada y bastante... *hippie*. Casi como en la comuna, solo que ahora Sofía no tenía más niños con los que jugar y tuvo que aprender a entretenerse sola. Dibujar era su gran pasión entonces. Decían que se le daba muy bien, que tenía futuro como pintora. También se entretenía con su padre aprendiendo música; sus voces y la guitarra eran el gran entretenimiento por las noches.

Sofía no había exagerado al decirle a Rodrigo que su niñez transcurrió muy lejos de las tecnologías y de las modernidades típicas de los *millenials*.

Y sí, Sofía tuvo una infancia muy feliz que terminó cuando ella apenas

había cumplido los once años. Su padre cayó muy enfermo. Tuvieron que ingresarlo en el hospital y su madre se quedaba con él la mayor parte del tiempo, así que Sofía no tuvo más remedio que irse a casa de sus abuelos a vivir. Ese año fue el primero que entró en una escuela y se sintió la niña más tonta del mundo, aunque era la más espabilada y sabía cosas que dejaban a sus compañeros boquiabiertos. Pero en las clases desconocía muchas de las cosas que los demás daban por sentadas.

Odió la escuela, odió a sus abuelos y odió a su madre por dejarla allí. Deseó que aquello terminara cuanto antes...

Y lo hizo, solo que de la peor forma posible, pues su madre solo pudo volver con ella cuando Paolo murió, derrotado por su propio cuerpo.

Macarena tardó mucho en recuperarse de aquello y ella, su lobita, también. Nada volvió a ser igual. Retomaron su vida en la pequeña casa de campo y Sofía abandonó la escuela privada llena de pijos a la que sus abuelos la habían apuntado, pero su madre la inscribió en una pequeña escuela local que había a pocos kilómetros de su residencia. Sofía cada día hacía el trayecto en bicicleta hasta el centro y, por suerte, a los pocos meses de empezar el nuevo curso, comenzó a acudir sin arrastrar los pies. Tenía un maestro maravilloso al que le encantaba transmitir sus conocimientos y que de verdad sentía pasión por los niños y la educación. Aquel hombre sacrificó muchos de sus ratos de descanso para llenar las lagunas educativas de Sofía, que se bebía toda su información.

Si alguien le preguntaba a Sofía por un profesor que la hubiera marcado, en su mente aparecía el rostro de aquel maestro que había conseguido que no odiara el cuadriculado sistema educativo. Estaba convencida de que gracias a él había llegado a la universidad, aunque al final la hubiera dejado sin llegar a terminar.

Así que no, la madre de Sofía no era normal a los ojos del resto del

mundo. Macarena creía en las energías y en las auras; le hablaba a las plantas y a los animales con el convencimiento de que la entendían; no tenía microondas porque decía que las ondas que emitían eran malas para su salud y hasta hacía poco se había negado a llevar móvil porque afirmaba que también la radiaban; era toda una experta en yoga y pilates...

Sofía sabía que tenía mucha suerte de tener la madre que tenía. Era su mayor amiga y, aunque siempre velaba por su bienestar y su futuro, no era una de esas madres sobreprotectoras y controladoras. Cuando Sofía decidió dejar la universidad, Macarena la escuchó atentamente, le preguntó si estaba segura de lo que iba a hacer, si estaba convencida de que no era solo que tenía unos días malos en los que lo veía todo negro. Y al comprender que no, la apoyó en su decisión. «Te vendrán bien estos meses de descanso, podrás aprovecharlos para saber qué quieres hacer con tu vida y qué rumbo deseas tomar.»

Por eso, cuando vio que Sofía había empleado sus semanas libres pintando casi como una maniaca, Macarena creyó que su hija había descubierto que lo que quería hacer el resto de su vida era pintar y crearse una carrera como artista. Pero no, al hablar con ella esa noche, mientras observaba en detalle los cuadros, se dio cuenta de que Sofía no quería vender sus cuadros ni darlos a conocer más allá de los vídeos que hacía pintando. De hecho, notó en su conversación una apatía y desgana poco frecuentes en ella.

—He tenido varias ideas para nuevos vídeos —comentó Macarena—. ¿Te has traído la cámara? Podríamos grabar algo mañana. ¿O tenías pensado grabar tú algo?

—Sí, me he traído la cámara, y no, no tenía nada en mente, así que podemos grabar lo que quieras. ¿Qué se te había ocurrido?

Su madre y ella habían hecho algunos vídeos juntas para una sección que habían bautizado como «consejos de una madre hippie». En ella

Macarena daba ideas sobre cómo llevar una vida más saludable. Sorprendentemente, los vídeos habían funcionado bastante bien, pues su madre los enfocaba siempre de forma práctica y amena. Según Pedro, Macarena tenía el mismo carisma que su hija. O al revés. El caso es que ambas daban bien ante la cámara y la gente las quería. Lo que en un principio iba a ser una aparición en dos vídeos, acabó siendo una colaboración recurrente que se subía el primer lunes del mes en el canal de LunaLoba.

—En el vuelo de regreso íbamos en clase turista y prácticamente no podía moverme. Se me ha hecho el viaje larguísimo y he acabado con los tobillos hinchados y la espalda destrozada. He pensado que podría dar algunos consejos para activar la circulación de las piernas sin levantarse de la silla. Muchos de tus seguidores trabajan sentados frente a un ordenador, ¿no? Les vendría genial un vídeo sobre cómo cuidar su espalda y su circulación sin tener siquiera que levantarse. Algo que puedan hacer mientras trabajan.

—Me parece muy bien.

—Pero si estás desganada con los vídeos...

—No, me apetece hacer vídeos contigo. Esos me gustan.

Su madre la estudió por el rabillo del ojo, pero no quiso girarse para mirarla. Siguió analizando un cuadro que le había gustado especialmente y preguntó con tono despreocupado:

—¿Y los demás no te gustan?

Su hija contestó encogiéndose de hombros.

—Sé que conmigo todo es mejor —bromeó su madre—, pero pensaba que disfrutabas haciendo también los otros vídeos. Igual debería hacer una aparición especial en el resto de tus secciones.

—¡Oye! Pues sería buena idea. —Se giró hacia su madre, emocionada de pronto—. Podría practicar contigo un vídeo de «plisplás despeinada estás». Una trenza o un recogido difíciles.

—Esos te gustaba mucho hacerlos.

—Ya, pero es que...

—¿Qué?

—¿Te puedes creer que ahora ya no me salen graciosos porque, de tanto hacer las cosas mal, han empezado a salirme bien?

—Todo se aprende con la práctica, y quieras o no, haciendo vídeos de cómo no conseguías maquillarte o peinarte como las profesionales, has aprendido a hacerlo decentemente bien.

—Qué putada.

—¿Y los vídeos de vestidos y chuches que hacías? ¿Tampoco te gustan ahora?

—Pues es que no sé qué pasa, pero hace tiempo que no me llega nada. De la ropa, debió de perderse en el camino uno de los paquetes porque supuestamente sí me lo han mandado, pero de eso hace un montón. Y de la gente de las chuches no sé nada de nada.

—Tendría que haber entrado en un supermercado de Estados Unidos y haber comprado las cosas más raras que encontrase.

—¡Mala madre! ¿Por qué no lo hiciste?

—¡No caí! Si hubieras subido algún vídeo, seguro que se me habría ocurrido.

—Pronto subiré alguno —afirmó en voz alta, aunque sabía que llevaba diciéndose aquello desde hacía varias semanas, sin éxito.

De nuevo, se sintió culpable por no subir nada y en su móvil abrió Youtube para empezar a ver vídeos. Cotilleó lo que habían hecho *youtubers* amigos suyos, incluida Mari, que subía vídeo todas las semanas sí o sí, y después indagó en los vídeos que eran tendencia, tanto en España como en todo el mundo. Llevaba ya una hora tumbada en el sofá y su búsqueda de inspiración había acabado llevándola hasta un video de gatitos cuando le saltó

un aviso de que Connie Moore había subido nuevo vídeo. Se emocionó al ver la notificación.

Connie Moore era una modelo chilena que había abierto un canal de Youtube hacía menos de seis meses y había tenido un éxito fulgurante. Ya contaba con casi 700.000 seguidores. A Sofía le fascinaban sus vídeos y le encantaba lo buena pareja que hacía con su chico, un americano que apenas sí hablaba español y que no dejaba de chapurrear en los vídeos las pocas palabras que sabía. Su frase estrella era «yo como comida».

A su madre no le pasó desapercibida la sonrisilla que se dibujó en su cara.

—¿Qué ves?

—Connie Moore está en Tulum.

—¿México? Qué bonito. Dicen que las playas son fantásticas.

—Ya ves, son espectaculares. Mira, mira.

Se enderezó un poco en el sofá para que su madre pudiera ver el vídeo.

—Qué bonito. Y qué chulo el montaje.

—Sí, me encanta cómo mezcla los paisajes con la música. Y la gente con la que viaja es fantástica. Ojalá pudiera hacer yo vídeos como este. Transmiten tan buen rollo...

—¿Y por qué no los haces?

—Claro, voy a hacer yo una secuencia del paisaje de mi habitación.

—Podrías irte de viaje. Ahora no estás haciendo nada.

—¿Y con quién me voy?

—Pues con tus amigos, o sola, o conmigo... ¡lo importante es que le des una oportunidad si crees que esto es lo que quieres hacer!

Y como si Connie Moore quisiera darle la razón a su madre, anunció al otro lado de la pantalla:

—Bueno, chicos, mañana vuelvo a Chile. Han sido unos días

fantásticos en México y estoy super agradecida de haber podido venir y disfrutar de esta experiencia. Cuando empecé el viaje estaba un poco nerviosa, siempre lo estoy cuando me toca alejarme de casa, pero sin duda ha merecido la pena. Una experiencia fantástica y en la mejor compañía, porque es cierto que lo importante no es dónde estés, sino con quién. Puedes tener el mejor viaje de tu vida a solo cincuenta kilómetros de casa si la compañía es buena. Y la mía es la mejor, por mis chicos y por ustedes, que sé que siempre me acompañan. Un beso y nos vemos en el próximo vídeo. ¡Chao, chao!

—¿Ves? —aprovechó la oportunidad su madre—. Tienes que irte, aunque te dé miedo al principio. A todo el mundo le asustan los cambios, incluida a tu adorada Connie. Lo importante es ser valiente y tirar hacia delante.

Sofía no contestó y siguió con la mirada fija en el móvil. A Macarena le dio mucho coraje que su hija prácticamente fingiera no oírla, pero prefirió no insistir en aquel momento. Sin embargo, un rato después aprovechó para volver a sacar el tema cuando llegó Pedro, su pareja.

—¿Qué hacen estas dos bellezas aquí sentadas?

—Estamos planeando un viaje.

—Ah, ¿sí? ¿A dónde? Y más importante, ¿puedo apuntarme?

—No, es una cosa de chicas.

—Oh, vaya.

—No le hagas caso a mi madre. No estamos planeando ningún viaje.

—Puede que tú no, pero yo sí.

Sofía miró a Pedro y negó con la cabeza a la vez que ponía cara de «está loca, no le hagas caso».

—Mira qué cuadro más bonito —dijo Macarena, mostrándole el lienzo a Pedro—. ¿Verdad que es precioso?

—Sí que lo es. ¿De quién es?

—¡De Sofía, claro! —aseveró llena de orgullo.

—¿En serio? ¡Es precioso!

—¿Verdad que sí? ¿Y a que podría venderlos si se lo propusiera? Díselo tú; a mí no me cree porque soy su madre, pero a ti tiene que creerte: tú eres un hombre sofisticado y entendido en arte. Podríamos organizarle algo, ¿no te parece?

—¡Mamá! —protestó Sofía.

13.

A Rodrigo no le sonó la alarma del móvil y fueron los ruidos que Rafa hacía al moverse por la casa los que lo despertaron. Miró su reloj y dio un bote en la cama: ¡llegaba tarde! Y aquel día no iba a la oficina, sino que tenía una reunión en la otra punta de la ciudad. Se puso en pie a toda velocidad, se quitó el pijama más rápido todavía y se vistió a toda prisa. Salió al salón cuando Rafa ya se dirigía hacia la salida.

—¿Cómo no me has despertado? —le acusó.

—Pero si hoy no vamos juntos a la oficina.

—¡Tengo una reunión importante y el despertador no ha sonado!

Cruzó como una exhalación el salón.

—Aún llegas, ¿no? —se aseguró Rafa, consultando su reloj.

—Sí, pero ¡joder!

—Te he dejado café hecho. Y me marcho ya, que como mi jefe se entere de que llego tarde...

Rodrigo no contestó, demasiado ocupado sirviéndose una taza de café. Le echó una cucharada generosa de azúcar y un chorro de leche y le dio un trago. En cuanto el líquido aterrizó sobre sus papilas gustativas, lo escupió, poniendo perdido el mueble que tenía justo delante.

—¡Mierda!

Se apresuró a coger una servilleta para limpiar el estropicio y evitar que el café chorreara hasta el suelo. Rafa, que lo había oído maldecir desde la puerta, se interesó:

—¿Estás bien?

—Sí, pero me he echado sal en el café. ¡Joder!

—Si es que hoy tienes la cabeza en otro lado. ¿Necesitas que te lleve a la reunión? No vaya a ser que le des al acelerador cuando quieras darle al

freno. Ya sabes cómo es Cabra.

—No, no, estoy bien. Me voy sin desayunar y así no tiento más a la suerte.

Pero la suerte lo buscaba. O, mejor dicho, la mala fortuna. No recordaba haber apurado tanto el depósito de la moto, pero resultó que llevaba la gasolina justa para ir hasta la reunión, y eso sin contar el tráfico, por lo que llegó por los pelos y sudando como un cerdo por los nervios de pensar que en cualquier momento la moto se le iba a parar. El encuentro, por suerte, fue bien. Llegó tarde casi diez minutos porque tuvo que pasar por el baño para adecentarse, pero ¡estaba en España!, diez minutos de retraso no eran nada. O al menos eran menos dañinos para su imagen que presentarse ante unos ejecutivos con las sobaqueras marcadas por el sudor. Tendría que haberse quitado la chaqueta de protección que solía llevar cuando conducía, para así airearse de camino a la reunión, pero pararse, aunque solo fuera un minuto, habría supuesto más retraso todavía y no podía permitírselo.

Al terminar, le tocó empujar la moto hasta la gasolinera más cercana. Por suerte, estaba a solo un kilómetro. O quizá fue por desgracia, pues de haber estado solo un poco más lejos habría cogido un taxi para comprar una lata de gasolina y regresar a la moto. El trayecto en coche, aunque más caro, habría sido mucho más rápido.

Regresó a la oficina, donde se sacó un sándwich de la máquina expendedora que había en la planta baja. Gracias a Dios, el paquete no quedó atrancado en ningún recoveco y pudo almorzar tranquilamente.

Con el estómago lleno y sintiéndose seguro en su despacho, casi empezaba a ver su accidentada mañana como algo anecdótico cuando, al rodar sobre la silla para ir hasta un archivador, se le salió una rueda y ¡catapúm!, cayó al suelo de espaldas. El sonido fue tan fuerte, que acudieron sus trabajadores a ver qué ocurría y fue el hazmerreír del día.

Afortunadamente, pasó tranquilo lo que le quedaba de jornada hasta que, ya de noche y de vuelta en casa, se estaba duchando cuando el agua se cortó. Y no estaba terminando, ¡qué va!, acababa de enjabonarse e iba cubierto de espuma de los pies a la cabeza.

—¡Rafa! —gritó—. ¡No hay agua!

—Espera que miro a ver si hay en la cocina.

Pero no había en la cocina ni en la terraza.

—¡Voy a ver si las vecinas tienen! —anunció Rafa.

Rodrigo le gritó que no hacía falta, que mejor le trajese las garrafas de agua que guardaban en la despensa, pero su compañero no lo oyó y tardó casi cinco minutos en regresar. Para ese entonces, Rodrigo tiritaba.

Tras aclararse usando una garrafa de agua helada, salió de la ducha, cenó y se acostó. No quería arriesgarse ni a tocar el portátil no fuera a ser que, de forma misteriosa, acabara explotando.

El resto de la semana transcurrió más o menos tranquila, aunque siguió sufriendo ataques esporádicos de mala suerte: el martes el dichoso despertador volvió a fallarle, en esta ocasión porque sonó a las 4 de la mañana; el jueves, al poner la lavadora todos sus calcetines blancos salieron de color rosa porque Rafa había dejado olvidados unos calzoncillos rojos en el tambor y el viernes por la noche, otra vez en plena ducha, se acabó el agua caliente. Rafa se había marchado hacía cinco minutos, por lo que le tocó salir mojado y tumbar la bombona de butano para poder terminar de ducharse. ¡Estaba deseando que aquella maldita semana terminara de una vez!

No había vuelto a hablar con Sofía desde el viernes anterior, cuando acabaron aullándole a la luna. Tampoco le había vuelto a preguntar a Rafa si había hablado con LunaLoba o no. El lunes las notas de la «carrera espacial» habían desaparecido de la pared del salón y Rodrigo pensó que igual Rafa se había dado cuenta de que aquello resultaba hasta un poco siniestro, pero al

pasar frente a la puerta de su habitación vio que la línea temporal y las notas ahora ocupaban una pared de su dormitorio. La guarida de un psicópata.

Sentía curiosidad por saber si había hablado con Sofía o seguía esperando el momento perfecto, pero no le preguntó hasta varios días después, cuando al llegar a casa con la compra, se encontró con un Rafa muy emocionado con una caja.

—¿Y eso? —preguntó.

—Un paquete.

Como si no resultara obvio.

Se dirigió a la cocina para meter los congelados en la nevera y, desde allí, le comentó a Rafa:

—Tu amiga la del súper me ha recomendado una salsa fresca nueva que han sacado.

—¿Qué amiga?

—¿Carla? ¿Carlota? Algo con Ca. Morena con el pelo rizado.

—Ah, sí, Carlota.

—¿Qué rollo te traes con ella? Siempre me pregunta por ti.

—Nada.

—Es guapa.

No recibió respuesta por parte de Rafa y le extrañó, así que en cuanto hubo colocado todo en el frigo, se asomó de nuevo al salón. Él seguía ensimismado con la caja y lo curioso era que seguía cerrada. En aquel momento, Rafa sacudía el paquete como si quisiera descubrir su contenido por el peso y los ruidos que emitía.

—¿Qué haces?

—Intento adivinar qué hay dentro.

—¿Y por qué no lo abres?

—¿Crees que debería abrirlo?

—Claro, si es para ti...

—Es que no es para mí.

—¿Es para mí?

—No, para LunaLoba.

El nombre puso en alerta a Rodrigo, que se acercó rápidamente al paquete y leyó el nombre del destinatario.

—¿Y qué haces tú con un paquete de Sofía? ¡No se lo habrás robado!

—Por supuesto que no. El cartero me lo ha dejado a mí porque no había nadie en su casa.

—¿Te lo ha dejado a ti? Normalmente dejan una nota y se recoge en la oficina.

—Pues mira, le he ahorrado el viaje.

—¿Y cómo has convencido al cartero para que te deje un paquete que no es tuyo?

—Siendo amable.

—¿Amable? —interrogó Rodrigo, desconfiado—. Le has mentado.

—No.

—Seguro que sí. Déjame adivinar: le has dicho que eres muy buen amigo de Sofía.

—Bueno, no es exactamente una mentira.

—Ah, ¿no?

—No.

—¡Pero si ni siquiera habéis hablado!

—Claro que sí. El otro día fui a hablar con ella.

—¿Al fin? ¡Milagro! ¿Le pediste disculpas?

—Sí, y ahora, como buen vecino que soy, le voy a ahorrar un viaje a la oficina de correos.

—¿Y cuando la viste? No me habías dicho nada.

—El domingo —contestó Rafa, encogiéndose de hombros—. Estuvimos hablando un rato antes de que se fuera con su madre.

—¿Y todo bien?

—Sí. ¿Por qué te interesa tanto? —interrogó Rafa mirándolo con el ceño ligeramente fruncido.

—Quiero que nos llevemos bien con la vecina.

—Ya...

Rafa lo miró unos segundos más y luego volvió a centrar su atención en el paquete.

—¿Y qué vas a hacer con él? —preguntó Rodrigo—. Aunque bueno, es una pregunta estúpida. Obviamente, se lo vas a dar, ¿no?

Y aunque había dicho que era una pregunta tonta, lo cierto es que dudaba de las intenciones de Rafa.

—Claro. —Tras una larga pausa, se giró hacia su amigo e interrogó—: ¿Estaría muy mal que lo abriera? Solo para ver qué tiene, luego lo cierro y nadie se entera.

—Pues hombre, diría que abrir la correspondencia de otros es delito.

—Esto no es correspondencia, es... —lo abarcó con las manos— un paquete.

—¿Y un paquete no es correspondencia?

—Aquí dentro no hay datos bancarios, ni de salud, ni nada importante. Solo chuches.

Aquello atrajo la atención de Rodrigo.

—¿Son chuches? ¿Cómo lo sabes?

—Por el remitente. Es la tienda con la que ella colabora para hacer vídeos.

Rodrigo miró la caja con nuevos ojos.

—Vale, entiendo que sientas curiosidad por lo que hay dentro, pero no

puedes abrirla. No estaría bien.

—No se enteraría. Tenemos el mismo tipo de celo para volver a cerrarla. Es el de la mudanza. Solo abrir, mirar qué le han mandado y volver a ponerlo todo en su sitio.

—No estaría bien, Rafa. Además, piensa que no tardarás en ver lo que hay dentro: en cuanto haga un nuevo vídeo de chuches, se desvelará todo el misterio.

—¡Pero no es lo mismo! —protestó su amigo.

—Ya sé que no es lo mismo. Pero plantéatelo así: habrás tenido en tus manos la misma caja que ella va a abrir y con la que va a hacer un vídeo. Ya es todo un honor, ¿no te parece?

Rafa sopesó aquella nueva idea.

—Igual me deja ver cómo graba el vídeo.

—Podría ser —concedió Rodrigo, aunque no estaba seguro de que a Sofía le gustase trabajar con público—. Lo importante es que se la lleves cuanto antes.

—Luego me pasaré.

—¿Luego?

—Sí, el cartero ha estado aquí hace solo media hora, no creo que estén ya de vuelta. Luego me paso.

—Que «luego» no se convierta en días, que te conozco. Nada de añadir esto a tu línea temporal de la carrera espacial.

—Que no.

—Si no, se la llevaré yo.

Rafa cogió con posesividad la caja.

—No, tú no.

14.

La prontitud con la que Rafa cogió el paquete y la forma en que dijo «tú no», mirándolo como si fuera el enemigo, se grabaron en el cerebro de Rodrigo, aunque en un principio no le dio demasiada importancia a su reacción y más bien se lo tomó a risa.

Su mente, no obstante, siguió trabajando y al día siguiente, mientras se preparaba el café y pensaba en cómo días atrás había podido equivocarse con la sal y el azúcar si los recipientes eran totalmente distintos, algo en su cabeza hizo clic. Unió sus miradas, el «tú no», el hecho de que hubiera hablado con Sofía y no se lo hubiera dicho, y como pieza mágica, su racha de mala suerte de la semana pasada. ¿No era demasiada casualidad que Rafa y ella hablaran el domingo y que justo el lunes todas las cosas le salieran torcidas?

Pero no, no podía ser. Era demasiado retorcido e infantil. Aunque claro, hablaban de Rafa, y con él todo podía ser. Además, su amigo tenía acceso a todo lo que había fallado en su vida durante la última semana: su móvil no tenía patrón, así que podía haber tocado las alarmas sin problema; las llaves de la moto las dejaba en la puerta, por lo que podría haber dado varias vueltas al vecindario hasta dejarla con la gasolina justa; la sal y el azúcar perfectamente podría haberlas intercambiado él, sabiendo que con las prisas de llegar tarde a la reunión no se pararía a mirar qué había pasado para equivocarse de un cacharro a otro; asimismo, tenía acceso a su silla de trabajo y podría haberle dejado los tornillos un poco sueltos, y también podía haber cortado él el agua de la ducha desde la llave que había en la entrada de la casa y haberle dejado la botella de butano casi vacía justo antes de marcharse.

Maquiavélico, sí, pero factible. Si lo pensaba bien, a Rafa le pegaba gastar todas esas bromas, y si se había enterado de que había cenado con Sofía y no se lo había dicho...

Sí, lo veía muy pero que muy capaz. Debía andarse con mil ojos a partir de ahora, aunque por suerte la caja de Sofía parecía haber distraído a Rafa de todas las maldades que su cabeza podía cavilar y ese día habían firmado una pequeña tregua.

Rodrigo se levantó y miró el paquete, que seguía en su casa, en un lugar apartado del salón. Rafa había tocado a la puerta de las vecinas a última hora del día anterior, pero nadie había contestado, así que ahí seguía. Al menos su amigo había conseguido resistirse y no lo había abierto de madrugada. O igual sí y lo había cerrado con cuidado para que no se notara. Se acercó y lo miró con detenimiento. Parecía bien precintado, pero necesitaba estudiarlo más de cerca. Lo cogió y se sorprendió por su peso. Lo sacudió un poco y escuchó su contenido. Seguro que le habían mandado galletas, patatas fritas de sabores raros y alguna bebida exótica. Al darse cuenta de que se estaba comportando como Rafa, devolvió el paquete al suelo y se alejó de él.

Le daba igual si Rafa lo había abierto o no. Lo importante era que el paquete acabara con su legítima dueña. Pensó en llevarlo él mismo. De hecho, se sintió realmente tentado de hacerlo, pues si de verdad Rafa estaba detrás de su racha de mala suerte, sería la venganza perfecta, pero decidió no hacerlo. Al menos debía haber un adulto en aquella casa.

Unos días más tarde, Rodrigo desconfió de Rafa en cuanto lo vio aparecer con una botella de ron y otra de Cola bajo el brazo junto con dos vasos altos, uno en cada mano. Con una sonrisa enorme, su amigo dejó toda la carga sobre la mesa baja del comedor y Rodrigo, por educación, bajó los pies de la mesa. No apartó el portátil, que le calentaba el regazo, ni dejó de arrugar el ceño por mucho que Rafa dijo:

—Si Rodrigo no va a la fiesta, la fiesta viene a Rodrigo.

—¿Qué fiesta?

—Pues LA FIESTA, con mayúsculas. Ya sabes.

Rodrigo negó con la cabeza y Rafa puso los ojos en blanco a la vez que le quitaba el precinto a la botella de ron.

—Sí, ya sabes, la fiesta, la vida divertida y animada que llevan las personas de nuestra edad cuando llega el viernes.

—Eso es cosa de universitarios.

Rafa no contestó y Rodrigo le observó llenar los vasos con la mezcla de ron y cola. Al terminar, su amigo empujó uno de los cubalibres en su dirección, pero Rodrigo no hizo amago de cogerlo y se limitó a mirar a Rafa con desconfianza.

—¡Vamos, cógelo! ¡Hagamos un chinchín!

Tras pensárselo un segundo, Rodrigo cerró el portátil, lo dejó sobre el reposabrazos del sofá y se inclinó hacia el vaso de líquido oscuro que su amigo le había preparado. No obstante, en el último momento cogió el que estaba en el lado contrario de la mesa, el que Rafa había servido para sí mismo.

—¿Eh, qué haces? Ese es mío.

—Es que tu vaso lleva menos y prefiero beber poco esta tarde —se justificó Rodrigo y, para desviar rápidamente el tema, interrogó—: ¿Por qué brindamos? Aunque no sé si un brindis con un par de cubalibres se supone que da buena suerte o no.

Rafa se encogió de hombros.

—¿No eres tú el que dice que la buena suerte no llega, sino que se persigue?

—¿Y qué vamos a hacer, perseguirla borrachos?

—¡Un chinchín por nosotros! —exclamó Rafa, alzando su mano.

Lo imitó y entrechocaron los vasos en el aire. Con premeditada lentitud, Rodrigo se llevó el cubalibre a los labios. Sus ojos no se apartaban

de Rafa, para asegurarse de que bebía. Se relajó al ver que su amigo inclinaba el vaso... pero entonces se percató de que Rafa también lo escrutaba a él. Se quedaron durante unos segundos así, estáticos, fingiendo que bebían de sus vasos, pero tan solo humedeciéndose los labios con el líquido.

Tras lo que a Rodrigo le pareció una eternidad, Rafa apartó el vaso de su boca. El cubalibre estaba intacto.

—¿No bebes? —inquirió Rafa.

—¿Y tú? —El corazón le latía pesado y lo notaba en las sienes.

—Sí, claro —Rafa le dio un pequeño sorbo a su bebida. Uno pequeñísimo.— Es solo que me sorprende no verte bebiendo a toda velocidad. En la uni te los ventilabas como si fueran vasos de agua.

Rodrigo no contestó ni bebió de su vaso. Se hizo evidente que Rafa esperaba que hiciera alguna de esas dos cosas, pero él se negó a decir o a beber nada hasta saber qué pasaba allí.

El incómodo silencio que se había creado entre ellos lo rompió la carcajada que Rafa soltó de pronto.

—¿Qué piensas, que he puesto matarratas en la bebida?

—Lo cierto es que pensaba más en un laxante. Sé que no quieres matarme, solo joderme.

Rafa siguió riéndose a la vez que se acomodaba en el sofá y miraba a su amigo, divertido.

—Así que sabes que el duendecillo travieso que te ha estado haciendo putas soy yo.

Rodrigo prefirió no contestar. El cubalibre seguía intacto en su mano.

—Pero bebe, hombre, que no le he puesto nada raro. Mira, para demostrártelo... —Se llevó el vaso a los labios y vació media bebida en su garganta. Se relamió con placer—. ¡Qué rico!

Al ver que Rodrigo seguía mirándolo con suspicacia y evidente mal

humor, dijo:

—Entiendo que estés molesto, pero bebe, hombre, es mi ofrenda de paz.

—Prefiero esperar unos minutos. Eres capaz de tomarte un laxante solo por hacer que yo me lo beba también.

—Ahora que lo dices... —dijo Rafa, tocándose la barriga—, lo cierto es que voy un poco estreñado, no me vendría mal una ayudita.

Rodrigo resopló y dejó el vaso sobre la mesita.

—Cómo quieras —suspiró Rafa—, pero menudo desperdicio. —Le dio otro trago a su bebida.

—¿Qué quieres?

—Que pongamos las cartas sobre la mesa. Este mediodía me he dado cuenta de que me habías pillado por cómo te comportabas, así que ya no tiene gracia seguir con el juego. Mejor que hablemos claro.

—Casi me haces tener que cancelar una reunión importante.

—Casi, pero no.

—¡Podría haberme quedado sin gasolina antes de llegar a la reunión, pedazo de imbécil!

—Podrías, pero no.

Rodrigo tenía ganas de estrangularlo.

—¡Me dejaste tiritando dentro de la ducha!

—Hay gente que va a un spa para meterse en una iglú y pagan una pasta por eso. Dicen que es bueno para la circulación y ahora que lo dices, yo te veo mucho más joven desde entonces.

—¡Y podría haberme matado con la bromita de la silla! Imagina que, en lugar de caerme al suelo, me doy con el pico de la mesa.

—Qué exagerado que eres. Siempre te pones en lo peor.

Rodrigo tuvo que morderse la lengua para no insultarle. ¡El cuentista y

melodramático era Rafa, no él! Intentó controlar la rabia que lo asaltaba y respiró hondo antes de hablar. Aunque la sonrisilla que lucía Rafa al ver cómo hacía esfuerzos por calmarse no ayudaba nada.

—Está claro que no te arrepientes de lo que me has hecho, así que ¿por qué brindamos exactamente?

—Me arrepentiré de lo que he hecho cuando tú te arrepientas de haber cenado a solas con LunaLoba.

—Yo solito conseguí esa cita. ¡Tú ni siquiera te dignabas a pedirle perdón por haberle cerrado la puerta en la cara!

—Sabes lo importante que es para mí.

—¿Lo sé? Lo único que sé es que pareces un maniaco, con un plan detallado en tu pared de cómo quieres seducirla.

—LunaLoba me gusta y lo sabes. Y si a ti también te gusta, tenemos un problema.

—A mí no me gusta.

—Claaaaaaaro.

—Sólo quiero que nos llevemos bien con Sofía.

—Ya, lo que tú quieres es llevarte demasiado bien con LunaLoba.

Rodrigo negó con la cabeza y fue a decir algo, pero Rafa se le adelantó:

—¡Vamos, no me mientas! Te gusta y quieres ligártela.

—Te digo que no.

—Eres hombre, tienes ojos y, hasta donde yo sé, pene. Quieres ligártela. Reconócelo y ya está, sin malos rollos. Si lo peor es que te entiendo perfectamente. Yo habría hecho lo mismo de tener la oportunidad.

—¡No entiendes nada! Quiero que nos llevemos bien con ella porque Pepe me dijo que podríamos usarla para hacer una campaña publicitaria.

La boca de Rafa se frunció en un gesto de desagrado.

—¿Qué? —interrogó Rodrigo—. Los *youtubers* hacen eso:

promocionar productos a cambio de dinero o cosas.

—¡Ah, bueno! Que quieres darle algo a cambio.

—Hombre, claro.

—Es que lo de que podríamos usarla ha sonado de mal... Por un momento te he imaginado como el señor Burns de los Simpsons diciendo «hagámonos sus amigos, muajaja».

—Has puesto voz de Gollum.

—El señor Burns, Gollum... —Rafa hizo un movimiento con la mano que daba a entender que eran prácticamente lo mismo.

—Lo que no puedo creerme, de verdad que no, es que hayas sido tan capullo —atacó Rodrigo—, ¡y todo porque pensabas que estaba interesado en ella!

—No te hice todas esas putadas porque creyera que te gustaba. Es normal que te guste.

—¿Entonces?

—Estaba vengándome de tu traición. ¿Cómo pudiste ir a cenar con ella sin avisarme?

—Ella no te invitó.

—¡Y tú tampoco lo hiciste!

Rodrigo prefirió no decirle por qué había tomado la decisión de no decirle nada, pues estaba seguro de que Rafa no comprendería que no se había ganado aquella invitación. En lugar de contestar, se inclinó hacia su cubalibre, que seguía olvidado en la mesa, y lo cogió. Fue a darle un sorbo cuando Rafa lo detuvo.

—¡No bebas!

Se alejó el vaso de la boca rápidamente, pero parte del líquido había entrado en su boca. Lo escupió y se limpió la barbilla con el dorso de la mano que tenía libre.

—¿Qué pasa?

—¡Que ya noto los efectos del laxante! —exclamó Rafa, poniéndose en pie de un salto y corriendo hacia el váter.

—¡No será verdad! —Rodrigo dejó el cubalibre sobre la mesa como si quemara y después se frotó con energía la boca—. ¡Rafa! —Lo siguió hacia el baño, donde su amigo acababa de encerrarse con un portazo—. ¡Rafa, por dios, dime que no habías puesto laxante en las bebidas!

Se oyó un sonido estrangulado y Rodrigo se llevó una mano al estómago, preocupado. Hacía falta ingerir una buena cantidad para que tuviera efecto, ¿verdad? Sí, seguro. Por haberse mojado un poco la boca no le pasaría nada. Más tranquilo, atacó:

—¡Bien merecido lo tienes! Por capullo, mira que intentar intoxicarme...

—¡Que nooooo! —exclamó de pronto Rafa, abriendo de par en par la puerta con una sonrisa—. Que era broma. ¡Has caído, tonto!

Al ver la cara de pasmado que se le quedó a Rodrigo, Rafa se rio todavía más fuerte.

—Una broma—murmuró Rodrigo mientras se alejaba—. Yo de ti tendría cuidado con lo que comes durante la próxima semana.

15.

Las cosas empezaban a mejorar para Sofía y se sentía de mucho mejor humor. Para empezar la semana, al fin le habían entregado uno de los paquetes de chuches que tanto tiempo llevaba esperando y que ya creía que había perdido. Se lo había entregado Rafa, el vecino nuevo, que había tenido el atrevimiento de preguntarle si podía estar presente cuando grabara el vídeo. Se había declarado su fan número uno, pero aun así Sofía tuvo que decirle que no, pues se habría sentido bastante incómoda comiendo frente a la cámara mientras un desconocido la miraba desde un segundo plano. En un intento de suavizar su negativa, le dijo que una vez grabase el vídeo, se pasaría por su casa para que pudiera ver las cosas que le habían mandado y probar lo que quisiera.

Pero si la semana había comenzado con aquel regalito, mejoró todavía más cuando el jueves salió a tomar algo con Mari y Las Chicas. Las llamaba así aunque había un chico entre ellas, pues la verdad era que Lucio tenía más pluma que un loro. Cuando Mari y ella se habían ido a vivir juntas, su casa había sido el centro neurálgico del grupo y se reunían allí para todo, incluso habían grabado un montón de vídeos en la casa, todas juntas o por grupos. En aquella época, Sofía vivía por y para Youtube. Se despertaba pensando en los vídeos, se pasaba las clases con ganas de llegar a casa para poder grabar, se acostaba tarde inspirándose en vídeos de otra gente...

Las Chicas tenían cada una su canal y cuando se juntaban prácticamente toda la conversación giraba en torno a aquel mundillo. Hasta entonces, Sofía se había tomado Youtube como un entretenimiento: subía vídeos cuando le apetecía, improvisaba en lugar de prepararse un guion, no había invertido en un equipo de grabación, no se programaba nada... Según Las Chicas, no se lo tomaba en serio y era una lástima porque tenía mucho

potencial. Con su caótica forma de subir vídeos, iba pisándole los talones a Mari en cuanto a seguidores, y su amiga sí cumplía todos los requisitos del buen *youtuber*. ¿Qué ocurriría si Sofía se empleaba a fondo con su canal? Pues sucedió que en cuanto LunaLoba empezó a tomarse en serio aquello, sus *followers* comenzaron a crecer como la espuma y no tardó en superar a Mari. Hubo marcas que se interesaron por ella, que empezaron a mandarle productos, que le pedían colaboración, y con aquel subidón, Sofía había tomado la decisión de dejar la universidad y centrarse en Youtube.

No le gustaba lo que estaba estudiando y la plataforma era una gran oportunidad. Si con un poco de esfuerzo había conseguido tan buenos resultados, ¿qué podría resistírsele si se volcaba al cien por cien en su canal?

Resultó que sus planes habían sido como el cuento de la lechera. Todo se había torcido. No fue solo falta de inspiración, sino más bien de un cúmulo de coincidencias, pues a la vez que Las Chicas se iban a vivir juntas y Sofía se quedaba un poco de lado, Fabián entró en sus vidas sembrando la discordia entre Mari y ella. Además, empezaron a lloverle los mensajes negativos en sus vídeos: «cómo se nota que ya no tienes inspiración», «originalidad cero», «estás acabada», «eres ridícula», «qué vídeo más chorra».

Ella nunca había tenido *haters*, pero desde hacía unos meses le llovían las valoraciones negativas. Había una chica que parecía odiarla tanto que se había puesto como *nick* Caperucita Enfurecida. Dejaba un comentario negativo en cada vídeo que subía. A todo le sacaba punta, se cebaba con el más mínimo error. Y lo peor es que Caperucita estaría muy enfurecida, pero volvía una y otra vez. Si tanto la odiaba, ¿por qué no dejaba de ver sus vídeos? Resultaba irritante, y lo peor es que Sofía la buscaba en los comentarios. No podía remediarlo. Sabía que lo mejor sería no leer lo que decía, pero no podía contenerse. Igual que tampoco podía evitar darle más importancia de lo debido al resto de mensajes negativos. Una mala valoración

pesaba más que diez buenas.

Las Chicas ya estaban cansadas de decirle que pasase de los comentarios, pero era incapaz. Sofía se había criado en una cultura de refuerzo positivo y necesitaba sentirse querida y que halagasen su trabajo. No es que tuvieran que estar dándole todo el rato palmaditas en la espalda, pero los comentarios negativos se le clavaban en el corazón, en la mente y en las ganas. ¿Y si tenían razón aquellos que la criticaban? Quizá los que la alababan la querían tanto que estaban ciegos a sus fallos. Tal vez tuviera que escuchar a sus detractores para abrir los ojos.

El distanciamiento con Las Chicas, la inseguridad, los *haters*... todo se había unido en su contra justo cuando estaba haciendo un cambio muy importante en su vida, cuando había decidido dar un salto al vacío, y al final parecía que se había quedado corta en el salto y caía y caía sin cuerda, ni paracaídas, ni red de seguridad.

Por eso, volver a reunirse con Las Chicas después de varios meses en los que no habían podido verse, fue un soplo de aire fresco para Sofía. Todo parecía ser como antes y no había malos rollos entre ellas, ni tan siquiera con Mari, que parecía haber olvidado su encontronazo. Además, el entusiasmo de las demás resultaba contagioso. Todas tenían muchos planes e ideas para sus futuros vídeos, que compartían entusiasmadas con los demás, y en una atmósfera tan creativa el lado *youtuber* de Sofía florecía.

Pero la guinda del pastel aún estaba por llegar. Lucio, Susana, Claudia y Mari tenían una sorpresa para ella. Le tendieron un sobre entre risillas y miradas cómplices.

—Es tu regalo de cumpleaños.

—Pero si aún faltan varias semanas.

—Ya, pero es que era ahora o nunca. ¡Ábrelo y flipa!

Nerviosa y emocionada, Sofía les hizo caso y abrió el sobre.

—¿Esto son...?

Como no daba crédito a lo que veían sus ojos, los demás la ayudaron.

—¡Unos billetes de avión a Londres para este viernes!

—Pero... ¿para mí? —Sofía los miraba con ojos agrandados.

—¡Claro! ¡Las Chicas al completo nos vamos a Londres! Hemos comprado los vuelos y ya tenemos mirado un apartamento. ¡Vamos a pasarlo genial!

—Pero... pero...

Sofía no encontraba las palabras para expresar su sorpresa y emoción.

—Gracias, de verdad. Gracias. —Logró decir al fin, y fue besando y abrazando a todas, una a una.

¿Y ella pensaba que la estaban dejando de lado? ¿Qué no tenía amigos? ¿Qué estaba sola? ¡Pero si hasta habían elegido como destino Londres! ¿Cómo sabían que estaba entre los primeros puestos de su lista de ciudades pendientes de visitar? Sin duda debía de haberlo comentado en alguna conversación.

—Además —comentó Claudia—, las fechas coinciden con el concierto de BiBi. ¿¡Te lo puedes creer!?! ¡¡Vamos a ver a BiBi en directo!!

Sofía sonrió. La música de aquel DJ no es que le gustase especialmente, pero seguro que si iba con sus amigos, se lo iba a pasar bomba.

¿No le había preguntado su madre que por qué no se lanzaba a viajar si tanto le gustaban los vídeos de viajes? ¡Pues toma escapada a Londres en tan solo una semana! Seguro que entre las calles del Soho, La City y Notting Hill encontraría la inspiración y esa chispa que llevaba tanto tiempo buscando.

Se apresuró a compartir con el mundo su felicidad, agregando una foto a las redes sociales con los billetes de su viaje a Londres.

Y las sorpresas y buenas noticias no acababan ahí. Durante el fin de

semana, Connie Moore anunció que iba a viajar a España en los próximos días. Mencionó varias ciudades, aunque parecía no saber muy bien cuál iba a ser su plan de ruta. Sí tenía claro que iba a llegar a Madrid para finales de esa semana y Sofía se emocionó ante la idea de que una *youtuber* a la que admiraba tanto como Connie Moore fuera a estar en su país. ¡Y en Madrid! ¿Y si se la encontraba por la calle? ¿O y si resultaba que su avión llegaba el mismo día que el de ella partía hacia Londres y se encontraban en el aeropuerto? ¡Madre mía, madre mía! Iba a ir por la terminal a la caza y captura de su pelo rubio.

Con el positivismo a tope, no solo se animó a grabar el vídeo con la caja de chuches sino también otro en el que, como introducción, se sinceró con sus seguidores y, tras pedirles disculpas por la falta de vídeos nuevos durante las últimas semanas, les contó que estaba planeando novedades para el canal y que pronto se avecinarían cambios muy positivos.

Sí, podía sentirlo. Las cosas volvían a encauzarse y por ello pudo iniciar sus vídeos con un sincero y potente «auuuu, hola lobeznos».

La tarde antes de su viaje a Londres, con la maleta ya prácticamente hecha a falta de meter las cosas de primera necesidad, se dirigió a casa de sus vecinos con la caja de chuches.

Los ojos de Rafa no pudieron ocultar la sorpresa que sintió al verla.

—¡LunaLoba! —exclamó.

—Hola, Rafa. Lo prometido es deuda y vengo para que pruebes las chuches que quieras.

—Pasa, pasa.

Sofía entró en la casa y se dirigió al salón, donde preguntó dónde podía dejar la caja.

—Pues aquí mismo y así nos sentamos en el sofá.

Ella obedeció y dejó el paquete sobre la mesa baja que había frente a la

tele.

—¿Está Rodrigo?

—Ehhh... no sé.

—Ni que esto fuera un palacio con veinte dormitorios —se rio Sofía.

—Ya, je, je. —Rafa se rio de forma un poco forzada a la vez que se rascaba la nuca.

Sabía perfectamente que Rodrigo estaba en el cuarto de baño, dándose una ducha, pero con un poco de suerte, no saldría hasta un buen rato después y él tendría a LunaLoba para él solito durante unos preciosos y largos minutos.

Pero Rodrigo tenía que fastidiarlo todo hasta sin darse cuenta y el sonido de la ducha atrajo la atención de Sofía.

—Creo que Rodrigo sí que está —afirmó, risueña. Se puso en pie y fue hasta la puerta del baño, a la que tocó con los nudillos—. ¿Rodrigo, estás ahí? ¿Rodrigo?

—¿Sofía? —La voz masculina, que respondió a la segunda y tras cortar el chorro del agua, sonó sorprendida.

—¡Sí! Hola, Rodrigo. ¿Te queda mucho? He traído chuches y me gustaría que las probaras.

—Pues...

Rafa, que también se había levantado y acercado hasta el baño, dijo con voz potente para que su compañero lo oyera y se diera por enterado:

—Rodrigo suele tardar bastante en salir de la ducha. Pero mucho, mucho, ¿a que sí, Rodrigo?

—Eh... esto... sí, claro.

—Jooo, noooo. Hoy date una ducha rápida, *porfa*. Quiero verte antes de irme.

Rafa miró a LunaLoba y después a la puerta del cuarto de aseo con el

ceño fruncido. ¿Habría ocurrido algo entre Sofía y Rodrigo que su amigo no le hubiera contado? Creía que habían aclarado las cosas, pero igual Rodrigo se había callado algo. La familiaridad con la que LunaLoba le hablaba a su compañero no parecía la de dos vecinos que solo se han visto y hablado un par de veces.

Para su alivio, tras escuchar que Rodrigo le decía «vale, salgo enseguida», Sofía se dio por contenta y regresó con una amplia sonrisa hasta el sofá, donde empezó a sacar los productos que le habían mandado. En sus vídeos los llamaba «chuches», pero no todos eran dulces y el paquete también incluía patatas fritas de sabores extraños, refrescos e incluso cereales típicos de otros países.

—¡Ohhh, *dorayakis*! —Rafa cogió la bolsa y miró con avidez el bizcochito relleno.

—¿Eres muy fan de Doraemon?

—Hombre, fan, fan... Veía la serie de pequeño. Y siempre pensé que lo que comía era una especie de galleta grande, hasta que viendo un vídeo tuyo de chuches descubrí que lo que comía realmente era esto y que encima el nombre de Doraemon venía de *dorayaki* porque era su dulce favorito.

—Vaya, sí que prestabas atención —se rio LunaLoba.

—Siempre. Tus vídeos me encantan.

—Gracias —contestó ella, encantada. Señaló el paquete que Rafa tenía en la mano—. Pues estás de enhorabuena, porque me los han mandado como a Doraemon le gustaban: rellenos con *anko*, judías dulces. Yo los había probado de chocolate y de crema de Taro.

—¿Qué era la crema de Taro?

—Boniato japonés.

—¿Y estaba bueno? Porque mira que suena raro, raro.

—Pues sí, estaba rico. Estos también, ya verás.

—¿Puedo? —interrogó Rafa sujetando la bolsa en el aire.

—¡Claro! Puedes probarlo todo e incluso si hay algo que te gusta especialmente, te lo puedes quedar.

Rafa abrió el paquete de *dorayakis* y se llevó uno a la boca. Su cara era un fiel reflejo de la emoción que sentía.

—Mmm, pues está rico. Y eso que siempre tuve mis dudas por lo del relleno de judías dulces. ¿Entonces ya has grabado el vídeo?

—Sí, ayer.

—¿Y qué es lo que más te ha gustado de toda la caja?

—Uy, pues... Es difícil elegir, pero mira, prueba estas Oreos rellenas de fresa. O estas cookies rellenas de *browni*. ¡No! El Kit-Kat de *matcha*.

Rafa se rio.

—Y eso que te he preguntado por uno.

—Venga, elijo uno. —Sofía se tapó los ojos, movió la mano delante de ella haciendo círculos y después la dejó caer sobre la mesa. Se descubrió la cara y sonrió—. ¡Las cookies! Con esto te voy a acompañar, que están muy buenas.

Rafa se llevó una galleta a la boca y no pudo evitar cerrar los ojos con placer al saborearlo.

—Qué bueno, por dios. No sé cómo has podido contenerme para no comértelas todas nada más abrir la caja.

—Con el primer paquete que me mandaron, me puse mala del estómago. Pero malísima. Así que aprendí a dosificarme. Una caja ahora puede durarme... no sé, varias semanas seguro.

—Yo me lo comería todo de una sentada.

—Oye, qué camiseta más chula. Acabo de darme cuenta.

Rafa llevaba toda la semana poniéndose sus camisetas más frikis por si se volvía a encontrar con LunaLoba, pero precisamente ese día se había

quedado sin ropa chula en el armario y se había puesto una bastante vieja que usaba cuando quería ir cómodo y que tenía el escudo del Capitán América.

—¿Te gusta? La tengo desde hace bastantes años.

—La del otro día, la del Yoda que bebe té, me encantó. ¡Por cierto! También me han mandado *mochis*, que son supertípicos de Japón. ¿Dónde están? —Miró todos los productos que había sobre la mesa y frunció el ceño—. ¿Igual me los he dejado en casa? —Se asomó a la caja por si acaso—. ¡Ah, no! Aquí están. ¿Los has probado alguna vez?

—Nunca. Y también les tengo ganas. A ti te gustan mucho, ¿verdad?

—Sí, están muy ricos. Toma, coge uno.

Le tendió la bolsa y Rafa cogió uno de los envoltorios de plástico que había dentro. Lo abrió y olió. No sabía de qué eran, pues no reconoció el aroma, pero cuando cogió el *mochi* con los dedos, se sorprendió de su textura blandita. De un bocado, se lo metió entero en la boca y comenzó a masticarlo. Su cara fue cambiando poco a poco conforme sus papilas gustativas y su boca procesaban lo que llevaba dentro.

—¿No te gusta? —interrogó Sofía, que estudiaba con atención su expresión.

—Sí, sí —respondió sin abrir mucho la boca y dándole vueltas y más vueltas al pastelito de arroz.

—La verdad es que este está un poco mazacote, pero no está mal, ¿no te parece?

Rafa asintió con la cabeza. Estaba sudando porque no sabía qué hacer con la bola que se había formado en su boca y que parecía imposible de deshacer. No quería hacerle el feo a LunaLoba, pero con aquel *mochi* se había llevado el chasco de su vida. Decidió tragárselo de golpe y fingir que le había gustado, pero la pelota era demasiado grande para su garganta y mientras el dulce bajaba a duras penas, le dio por toser.

—¡Oh, por dios, que te ahogas! —Sofía empezó a darle palmadas en la espalda para aliviarle—. ¿Estás bien? ¡Rafa!

Le vino a la cabeza las palmaditas que él le había dado a Rodrigo cuando se atragantó con la cerveza hacía ya unas semanas. Su amigo le había preguntado si es que quería matarlo y la verdad es que los golpes que Sofía le estaba dando en la espalda no servían para nada por mucho entusiasmo que ella le pusiera. Quiso quitársela de encima con un manotazo, pero le pudo el saber estar y lo que hizo fue ponerse en pie para huir de ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rodrigo saliendo rápidamente del cuarto de baño—. Rafa, ¿qué pasa?

—¡Se ha atragantado con un *mochi*!

—¿Con un qué?

Rodrigo jamás había oído aquella palabra japonesa y miró a Sofía con miedo, imaginándose de todo. Sabía que Rafa, por impresionar a LunaLoba, haría cualquier cosa. ¿Qué tenía que convertirse en un tragador de espadas? ¡A mandar!

Por suerte, el dulce había terminado de bajar y Rafa pudo hablar por sí mismo.

—Ya está, ya está.

—¿Estás bien? —inquirió Rodrigo, acercándose a él.

—Sí, sí.

—¿Te traigo un vaso de agua?

—Sí, por favor.

Rodrigo fue a la cocina y sirvió un generoso vaso. Al regresar al salón, se encontró con Rafa sentado y recuperando el aliento. Su amigo se limpió la frente perlada de sudor a la vez que cogía el recipiente y le daba un sorbito.

—Se me ha hecho bola, no sé.

—La verdad es que esta variedad está un poco densa —admitió Sofía, y

cogiendo un *mochi*, se metió medio en la boca como si así fuera a encontrar una explicación al casi ahogamiento de Rafa. Ella, por lo que se vio, no tuvo problemas en masticarlo y tragárselo—. ¿Quieres probarlo, Rodrigo? Está bueno.

Y le acercó la mitad del pastelito a la boca, por lo que a él no le quedó más remedio que aceptarlo. Abrió la boca y Sofía le dio de comer lo que quedaba de dulce. Mientras masticaba, miró a Rafa, que lo observaba con el ceño fruncido.

Se encogió de hombros tras tragar el *mochi*.

—No es santo de mi devoción, pero no está malo.

—Creo que ha sido porque me he echado uno entero en la boca.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó Rodrigo, preocupado.

—Sí, sí. ¿Y tú no vas a llegar tarde?

—¿A dónde?

—A tu cita.

—¿Qué cita?

—La cita con tu novia.

—Ya te he dicho que no...

Pero Rodrigo se interrumpió y no llegó a completar la frase con un «no es mi novia» porque la mirada de Rafa fue bastante elocuente. Quería que se largara y lo dejara a solas con Sofía.

—Ahhh, ya.

—¿Tienes novia, Rodri?

—Ehhh...

¿Sofía acababa de llamarlo Rodri?

—Sí —afirmó Rafa.

—No —negó Rodrigo a su vez.

—¿Sí? ¿No? —Divertida por la contradicción, Sofía los miró a uno y a

otro—. ¿Eso que quiere decir?

Tras un breve duelo de miradas con su compañero, Rodrigo dijo:

—Solo somos amigos.

—Mi *amorrrrr* —pinchó Rafa con la muletilla que la explosiva Ana solía usar y que en su oficina se habían tomado tan en serio.

Sofía los miró divertida.

—Ahhh, ya. Amigos —La joven le dio un tonito especial a la palabra y después le guiñó un ojo dos veces, como si fuera un código secreto.

Él sonrió de forma forzada. No le gustaba mentir, pero Rafa no le daba otra opción y al menos era verdad que podía considerarse amigo de Ana si aplicaba la acepción más amplia del término, aunque la interpretación que había hecho Sofía sí que se alejaba bastante de la realidad.

—Bueno, pero quédate y prueba algunas cosas —le animó ella—. Será solo un momento, si yo también tengo que irme casi ya. ¿Te gustan las Oreos? Pues estas son de sabores que no se ven nunca en España. Mira: de fresa. Prueba una.

Por suerte, en aquella ocasión le tendió el paquete en lugar de darle de comer de su propia mano, aunque Rafa, a espaldas de Sofía, le hacía señas para que se largara de allí, así que cogió una galleta y empezó a andar hacia la salida.

—Está muy rica —comentó tras darle un bocado—. Pero de verdad que tengo que irme ya. Lo siento mucho.

—Pero...

—Tengo que irme, de verdad.

—Pero Rodrigo...

—Tengo muchísima prisa, en serio.

—¡Rodrigo!

—Dime —se rindió al fin.

—Creo que vas en pijama. ¿O sueles salir así a la calle?

Tuvo que mirarse para comprender lo que le decía. Desde luego, aquellos pantalones de algodón a cuadros no se habían lucido en los desfiles de moda de la Fashion Week de aquel año. ¡Si hasta iba descalzo!

De forma teatral, se dio un golpecito en la frente.

—Vaya, sí, ¡qué cabeza la mía! Menos mal que me lo has dicho. Es que me he equivocado al meterme la ropa al baño y contigo aquí no iba a salir en albornoz.

—¿Te gusta ir descalzo por casa?

—¿Eh? Sí, sí —asintió a la vez que se dirigía hacia su habitación bajo la acuciante mirada de Rafa.

—Bien. Eso te devuelve el minipunto que te quité por dormir en ropa interior.

Rodrigo se encerró en su habitación sin llegar a contestar, pues la cara de Rafa había sido todo un poema. Sus ondas mentales le habían llegado alto y claro, y gritaban «¿cómo que ropa interior? ¡¡Rodrigoooo!!»

Una vez dentro de su cuarto, suspiró y pensó en qué hacer. Igual si se quedaba allí, fingiendo que tardaba bastante en vestirse, la parejita de fuera no se preocuparía por él. Desde luego, si por Rafa era, podía tragárselo el váter con tal de que estuviera fuera de su vista. Sofía, en cambio, sí podría preguntarse qué le había ocurrido, así que muy a su pesar, fue a su armario y buscó algo que ponerse para salir a la calle.

Una vez listo, abrió la puerta del dormitorio, salió al salón y se despidió de ambos, pero entonces Sofía se puso en pie y anunció que también se marchaba.

—Pero mujer, quédate —la animó Rodrigo.

—No, qué va. Tengo que irme ya que mañana madrugamos para el viaje. Os dejo la caja, ¿vale? Así podrás comer tú también cuando vuelvas. Si

es que Rafa te deja algo —se rio.

—Gracias. Y sí, ya veremos a ver... je, je.

Salieron a la puerta los tres y mientras Rafa se despedía de ella, Rodrigo dijo:

—Anda, se me ha olvidado el teléfono en mi habitación.

Regresó al interior de la casa y no volvió a asomarse hasta oír cómo se cerraba el acceso. Esperó hasta que Rafa apareció en el comedor.

—¿Se ha ido ya? —preguntó aliviado.

—Tú y yo tenemos que hablar —contestó Rafa, señalándole con un dedo.

—Yo no he hecho nada. Si hasta me he vestido para irme. ¡Y ya iba en pijama!

—¿Por qué Luna te llama Rodri?

—Pues... ¿quizá porque me llamo Rodrigo?

—Nadie te dice Rodri.

—No sé qué decirte, a mí también me ha sorprendido, la verdad.

—¿Y por qué te ha dado de comer?

—No me ha dado de comer, solo...

—¡Te ha metido el *mochi* en la boca!

—Y yo qué sé por qué hace Sofía las cosas. Habrá pensado que como ella ya tenía las manos sucias, pues me ahorra a mí manchármelas.

—¿Y lo de la ropa interior?

—Solo fue una encuesta.

—Pero ¿qué dices de una encuesta?

—Nada, es una tontería. Te prometo que Sofía no ha visto mi ropa interior.

—Entre vosotros ha pasado algo que no me has contado. A ver, ¿cuántas veces os habéis visto? En el supermercado y en la cena, ¿no?

—Sí, bueno, quizá nos hayamos visto una vez más, pero...

—¿¡Cuándo!?

—Pues entre lo del supermercado y la cena, pero no te alteres, que no fue nada. Fui a su casa y estuvimos un rato hablando.

—¿Hablando de qué? ¿Del tiempo? ¿De vuestra ropa interior?

—No. De nada en especial. No sé... De sus pinturas... de la guitarra que tiene en su habitación...

—¿Has estado en su habitación? —A Rafa casi se le salen los ojos de las órbitas.

—Sí, pero en serio, no fue nada. Solo fue maja, como contigo. Le ha gustado tu camiseta —dijo, jugando aquella baza que había conseguido espionando la conversación de ambos desde el cuarto de baño.

Por suerte, aquello pareció apaciguar un poco a Rafa.

—Sofía me gusta y lo sabes.

—Te prometo que yo no quiero nada con Sofía. En serio.

—Bien, porque yo la vi primero y todo el mundo sabe que, entre amigos, eso es sagrado.

Rodrigo tuvo ganas de reírse de Rafa en su propia cara. ¿Qué pasa, que estaban todavía en el colegio? Entre amigos se respetaba a las novias y a las ex, pero lo del «yo la vi primero» era de parvulitos, vamos. Aun así, si aquella idea conseguía calmarlo, no iba a ser él quien le hiciera ver lo ridículo de su planteamiento.

—No quiero nada con Sofía, te lo prometo. Por mi parte, tienes vía libre para salir con ella.

«Si es que puedes» pensó, pero no lo dijo en voz alta.

16.

La aventura del viaje a Londres iba a empezar antes de lo esperado, pues al regresar a casa tras la visita a sus vecinos, Mari le dijo que Susana y Claudia les habían propuesto ir a dormir a su casa, en pleno centro, para así salir todos juntos a primera hora. Era buena idea, pues si no al día siguiente tendrían que coger un taxi para llegar al Aeropuerto de Barajas, mientras que con ese plan podrían ir cómodamente en bus hasta el centro y de allí, al día siguiente, coger un metro que los llevaría directos.

Al final no tuvieron ni que coger un bus, pues Fabián se ofreció a llevarlas. Él también se había apuntado al viaje, aunque no dormiría con ellas aquella noche. Les dejaba «una noche de chicas», como él mismo dijo, y se acercaría al día siguiente a primera hora para ir todos juntos al aeropuerto. Y lo cierto es que sí resultó una velada cien por cien femenina, pues Lucio tampoco durmió con ellas ya que quería pasar aquella última noche con su novio.

Fueron unas horas muy divertidas que los seguidores de Instagram de las chicas pudieron seguir casi en directo, pues todas subieron *stories* y, entre unas y otras, el mundo entero pudo sumarse a su cena. Incluso hicieron un directo en el que pidieron que la gente les propusiera planes para hacer en Londres y en el que contestaron a todas las preguntas que sus seguidores tenían sobre el viaje.

Para cuando se acostaron, ya bien entrada la madrugada, Sofía estaba más que emocionada con aquel viaje e incluso soñó con Inglaterra. En su mente, recorrió la ciudad grabando tomas maravillosas. Casi podía ver ante sus ojos el vídeo tan estupendo que le quedaría una vez lo montara. ¡Sería como uno de los de Connie Moore! De hecho, en su ensoñación recorría la capital inglesa con la modelo y su novio, que poco antes de la media noche

habían subido un vídeo a Instagram en el que se los veía muy emocionados por estar a punto de empezar su viaje a España.

Pero acostarse tan tarde cuando tenían que partir a primera hora de la mañana no fue una buena idea y su debate de «pon tú la alarma», «no, ponla tú», al final tuvo unas consecuencias catastróficas.

El despertador debería haber sonado a las seis y cuarto de la mañana para poder salir a menos cuarto de casa, pero en lugar de una melodía, lo que las levantó fueron los timbrazos de la puerta. Mientras Claudia iba a abrir, algo somnolienta todavía, Sofía miró su móvil y...

—¡Son menos cuarto!

Su grito logró ponerlas a todas en pie y hacer desaparecer los restos de sueño como por arte de magia. La casa se convirtió en un hervidero de actividad y, aunque prescindieron incluso de tomarse un café, no podían eludir el paso por el cuarto de baño y tener que vestirse.

—¡Vaaaamos, Mari! —gritó Sofía dando unos golpes en la puerta del aseo, pues su amiga se estaba entreteniendo más de la cuenta.

—Ya voy.

—¡Que no llegamos! —la apremió Fabián, que había sido quien las había despertado tocando al timbre después de ver que no bajaban y que su novia tampoco contestaba al teléfono móvil.

—Ya casi estoy.

—¡No te estarás maquillando! —exclamó Sofía—. ¡No hay tiempo! Luego en el avión lo haces.

—Que no, que no me estoy maquillando.

Para Mari, pintarse la raya de los ojos, echarse colorete y ponerse brillo en los labios no era maquillarse, era una necesidad básica. Cuando las demás refunfuñaron al verla, ella hizo oídos sordos y zanjó el tema con un:

—¿No decíais que teníamos prisa? ¡Pues andando!

Salieron a la calle a toda velocidad, arrastrando las maletas y trazando un nuevo plan a gritos.

—¿Entonces cogemos el metro?

—¿Nos da tiempo?

—Sí.

—No. ¡Tenemos que ir en taxi!

—Sí, así serás más rápido.

—¡Qué va! Más tráfico. El metro es más rápido.

—Si ahora no hay tráfico. Cogemos un taxi y nos lleva en un santiamén a la puerta de la terminal.

—¡Sí, un taxi mejor!

—Mirad, por ahí viene uno. Ehhhh. —Susana empezó a gritarle al taxi, como si este fuera a escucharla. Por suerte, también había levantado la mano y el conductor la vio.— Necesitamos ir a la T4. ¡Rapidísimo!

El hombre se bajó del coche diligente para abrir el maletero y acomodar todas las maletas.

—¡Adentro! —gritó Mari cuando vio que el hombre bajaba el portón.

Se apresuraron a acomodarse dentro del coche. Susana se sentó en el asiento de delante, Claudia y Mari entraron por la puerta de la derecha y Fabián y Sofía fueron a entrar por la izquierda...

Y fue entonces cuando se dieron cuenta de que no cabían todos en el taxi. Eran cinco y el coche solo podía llevar a cuatro pasajeros más el conductor. Durante un segundo, Sofía y Fabián se miraron a los ojos y ambos vieron en la expresión del otro el momento en que su cerebro hacía el sencillo cálculo matemático.

—No hay sitio —dijo él, que ya estaba sentado en el coche—. Tenemos que coger otro taxi.

—¡Madre mía, que no llegamos! —gritó Claudia, nerviosa.

—Tenemos que repartirnos. Sofía y yo iremos en otro coche —se ofreció Fabián, saliendo del vehículo.

—No —Mari cogió a su novio del brazo con posesividad—. Tú quédate.

—Pero no hay sitio para todos —protestó él.

—Que ella coja otro taxi. Sofía, pilla otro taxi y luego hacemos cuentas. Lo pagamos entre todos, no te preocupes.

—Pero... —protestó Fabián.

—Da igual —lo cortó Sofía—. Ahí viene otro taxi.

LunaLoba se acercó corriendo y con la mano levantada hacia el otro vehículo. Mientras se montaba falta de aire, se tomó un segundo para mirar al taxi de sus compañeros y este ya no estaba.

—A Barajas, por favor. Deprisa.

Le habría gustado poder decir «siga a ese coche». Habría sido emocionante y de película de acción, pero lo cierto era que aquel día tenía más tintes de tragedia y al poco de incorporarse a la autovía, se detuvieron por un atasco.

—¿Qué pasa? —preguntó Sofía, inclinándose hacia delante en su asiento.

—No lo sé.

—¿Suele haber atasco aquí a esta hora?

Lo cierto es que le había sorprendido todo el tráfico que había cuando el reloj aun no marcaba las siete y media.

—No. Quizá haya habido un accidente.

—No, no puede ser —murmuró Sofía, aunque no se refería a la posibilidad de un accidente, sino a su mala suerte—. ¿Y cree que tardará mucho en solucionarse?

—Pues depende —contestó el conductor, que parecía estar

acomodándose en su asiento, resignado a aquella parada—; si acaba de pasar, estaremos aquí para largo. Si ya ha llegado la policía y todo eso, puede que menos.

Sofía sentía que le faltaba el aire. Rebuscó en su mochila de mano y sacó el teléfono. Llamó a Mari y su móvil le salió como apagado o fuera de cobertura. ¿Les habría pasado algo? Se tranquilizó al recordar entonces que se le había quedado sin batería y por eso no les había sonado la alarma. Llamó a Susana.

—¡Hola! ¿Has cogido al final el taxi?

—Sí, pero ahora estoy parada en el atasco. ¿Vosotros también?

—¿Qué atasco?

—Pues... —Sofía tragó saliva con dificultad. Sabía lo que significaba aquella pregunta, pero no quiso creerlo—. El que hay en la autovía. ¿No os ha pillado?

—No, nosotros estamos ya casi llegando al aeropuerto.

Sofía se hundió en su asiento.

—¿Has pillado un atasco? —Quiso cerciorarse Susana, aunque antes de que Sofía le respondiera, dijo dirigiéndose al resto—: Chicas, Luna está en un atasco.

Oyó que los pasajeros del otro taxi empezaban a hacer preguntas: «¿pero está parada?», «¿es un atasco muy grande?», «¿dónde?», «¿va a poder llegar?» Y ella no tenía respuesta para ninguna de ellas.

—Por si le interesa —dijo entonces el taxista, y Sofía se olvidó del teléfono al instante—, parece que el atasco no es muy grande.

—¿Cómo lo sabe?

—Por mi móvil.

Sofía se soltó el cinturón y se acercó a él. Por encima de su hombro pudo ver que tenía Google Maps abierto en el móvil y consultaba en tiempo

real el tráfico. Justo en la carretera por la que pasaban ellos, la línea verde que marcaba la carretera se había puesto roja.

—¿Eso le parece no muy grande?

—Son solo unos kilómetros.

¡Solo unos kilómetros! Sofía se echó hacia atrás con ganas de llorar y al conductor no se le escapó su expresión desolada.

—¿A qué hora llega la persona a la que vas a recoger?

—No voy a recoger a nadie, ¡tengo que coger yo un vuelo!

—¿Sin maletas?

—Mi equipaje va en otro taxi. No cabíamos todos y nos hemos separado.

—¿Y a qué hora sale el vuelo?

Sofía miró su reloj.

—En media hora cierra la puerta de embarque.

El taxista soltó un silbido.

—Se te ha hecho un poco tarde, ¿no? Recomiendan estar dos horas antes del vuelo en el aeropuerto.

Sofía lo fulminó con la mirada y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no soltar un «gracias» cargado de ironía. Si todo hubiera ido según lo planeado, no habrían llegado dos horas antes al aeropuerto, pero sí una. La idea era salir con tiempo más que suficiente para coger el dichoso vuelo incluso aunque en el camino les hubiera surgido algún imprevisto como aquel atasco.

Se fijó en que Susana le había colgado el teléfono al no recibir respuesta y que, en su lugar, había empezado a escribirle por WhatsApp en el grupo de Las Chicas.

Susana: Nosotros ya estamos en el aeropuerto. ¿Cómo va el atasco, Sofía?

Lucio: Yo también estoy aquí. ¿Dónde estáis que no os veo?

Debían de haberse encontrado, pues el chico, que había ido al aeropuerto directamente desde casa de su novio, no volvía a preguntar dónde estaban. En cambio, Claudia intentaba llamar la atención de Sofía con un «Lunaaaaaa».

Decidió escribir.

Sofía: Seguimos parados. El taxista dice que el atasco no es muy largo.

Susana: ¿Pero entonces llegas o no llegas?

Sofía: No lo sé aún.

Pese a que ya lo había escrito y enviado, le hizo al conductor la misma pregunta con la esperanza de que le contestara «por supuesto que llegamos, mujer», pero no tuvo tanta suerte y el hombre solo dijo «no sé decirte».

Los siguientes minutos pasaron con una lentitud pasmosa, casi agónica, y los coches no se movían ni un metro. Sofía comenzó a agobiarse y en un momento dado, cuando ya no aguantó más, salió del taxi pese a las protestas del conductor y oteó el horizonte. Lo que vio consiguió que acudieran lágrimas de frustración a sus ojos, y más cuando miró su reloj y vio que solo faltaba un cuarto de hora para que cerraran el embarque.

Su teléfono sonó entonces y se sorprendió al leer en la pantalla el nombre de Fabián con una llamada entrante. Sus amigas hacía ya unos minutos que no le mandaban ningún mensaje.

—Dime, Fabián.

—¿Cómo vas?

Sofía tuvo que tragarse el nudo que se había instalado en su garganta, aunque su voz sonó bastante afectada.

—No llego, Fabián. No llego.

—Aún quedan unos minutos para que cierren la puerta. De hecho, ni la han abierto todavía, así que creo que vamos con un poco de retraso. Quizá...

—No creo que llegue ni aunque el atasco desaparezca ahora mismo como por arte de magia.

—No pierdas la esperanza.

—¿¡Qué esperanza ni qué ocho cuartos, Fabián!? ¡No voy a llegar y punto! Joder, lo siento. No quería gritarte. Es que estoy...

—No te preocupes —su voz sonó comprensiva—. Te entiendo. Acaba de llegar una mujer al mostrador de embarque, voy a hablar con ella, ¿vale? A ver si pudieran hacer algo. Ahora te llamo.

Pasaron casi cinco minutos antes de que Fabián volviera a ponerse en contacto con ella.

—¿Cómo vas?

—Exactamente en el mismo sitio —contestó ella con tono derrotado.

—He hablado con la mujer del mostrador. Los billetes ya no podemos cambiarlos, pero me ha dicho que cada pocas horas hay vuelos a Londres y que en muchos casos salen ofertas de última hora que se pueden consultar directamente aquí en el aeropuerto. Podríamos conseguir billetes a buen precio para los próximos vuelos.

—Gracias, Fabián. Preguntaré en el mostrador de la compañía en cuanto llegue, a ver qué me dicen.

Al menos, aunque perdiera el vuelo, aún quedaba la esperanza de incorporarse al viaje unas horas después. Más vale tarde que nunca.

—¿Quieres que te espere? No debí dejarte sola.

—No, no te preocupes. No ha sido tu culpa ni hace falta que...

Pero Sofía se interrumpió entonces al oír la voz de Mari al otro lado de la línea, algo lejana.

—¿Qué haces?

—Estoy hablando con Sofía.

—¿Por qué?

—Le estaba contando que...

Pero Mari no le dejó terminar.

—Cuelga ahora mismo. Ya le hemos dicho nosotras lo que hemos decidido. Cuelga.

¿Le habían dicho qué a quién? El único que se había dignado a llamarla era Fabián y, hasta hacía un momento, no tenía ningún mensaje en WhatsApp.

Cuando volvieron a hablar al otro lado de la línea, las voces de Fabián y Mari sonaron todavía más lejanas, como si él hubiera bajado el móvil.

—No me parece bien que la dejemos tirada así porque sí. Cualquiera de nosotros podría haber ido en ese taxi. Yo podría haber ido en ese taxi.

—Ya sé que a ti te habría encantado ir en ese taxi con ella. Lo has dejado claro delante de todo el mundo.

—¡Oh, vamos! No empieces otra vez.

—Pues no te comportes tú así.

—Así, ¿cómo? Vamos a Londres por su cumpleaños y la dejamos en tierra. ¿No te parece una marranada?

—Haz lo que quieras. Yo no pienso perderme el concierto de BiBi.

Se produjo entonces un silencio y, al poco, Fabián volvió a acercarse el teléfono a la cara e interrogó con voz suave.

—¿Sofía?

Pensó en colgar en aquel momento. No sabía qué decir, no podía ni hablar. Pero al final logró encontrar voz para decir con voz tomada:

—Gracias por preocuparte, Fabian. No me esperes. Ve con ellos y pásalo bien. Adiós.

Oyó que él decía algo más, pero no llegó a saber qué, pues colgó incapaz de contener las lágrimas por más tiempo.

17.

¿Era una egoísta por desear que sus amigas se hubieran quedado a esperarla? Sí, probablemente, pues una parte de ella sabía que lo que habían hecho era lo correcto, que no tenía sentido que todos perdieran el vuelo por su culpa. Ella podría coger un avión después y unirse a la aventura. No tenían por qué pagar todos un vuelo nuevo porque ella se hubiera quedado atrapada en un atasco.

Y aun así... Ojalá hubieran decidido quedarse. O ni eso: habría bastado con que pensasen en hacerlo, aunque solo fuera un segundo. Que se ofrecieran a esperarla, como había hecho Fabián. Ella les habría dicho que no era necesario, que no era práctico, y sus amigas se habrían ido, como ahora, pero todo sería diferente. Muy diferente.

«Yo no pienso perderme el concierto de BiBi.»

Tenía esa frase clavada en el pecho. ¿Era egoísta por sentirse defraudada al comprender que no habían ido a Londres porque fuera una de las ciudades que tenía pendientes, sino porque todos quería ir a aquel espectáculo? Puede que sí. Ella no era el centro del mundo. Sus amigas ya habían hecho mucho regalándole el vuelo a Londres por su cumpleaños. Era un buen regalo. Lo sabía e intentaba consolarse con eso, pero aun así...

Todo era diferente ahora. El viaje, su ánimo, Las Chicas.

Estaba sentada en uno de los incómodos bancos del aeropuerto, frente a los mostradores de las empresas que vendían vuelos al Reino Unido. Llevaba un cuarto de hora mirando a la señora que atendía el puesto, pero no se había acercado. Debería hacerlo. Ir hasta ahí y preguntarle si podía conseguirle un vuelo en las próximas horas a la capital de Inglaterra. Pero no quería. Ya no le apetecía ir a Londres y menos todavía unirse a sus amigas, esas que la habían dejado tirada igual que a su maleta. No se habían dignado ni a dejarla

en una consigna: tenían demasiada prisa y la habían abandonado junto a un banco, creyendo que a Sofía le resultaría más fácil cogerla de ahí, y también más barato. Le escribieron un wasap explicándole tras qué macetero la habían dejado y unos minutos después empezaron a bromear ante la idea de que, quizá, una maleta olvidada haría saltar las alarmas de la policía por riesgo de atentado.

Genial.

Por suerte, para cuando Sofía llegó al aeropuerto, aún nadie parecía haberse dado cuenta de que su macuto estaba allí y pudo recogerlo sin problemas. Tras eso, se había sentado en el banco en el que estaba ahora y había releído los mensajes de sus amigas. Si para cuando llegó al aeropuerto, casi tres cuartos de hora después de la salida de su vuelo, aún le quedaba algún resquicio de ilusión por el viaje, aquellos *wasaps* terminaron de matarla.

Mari le había dicho a Fabián que ya le habían explicado ellas lo que habían decidido, pero Sofía no veía explicación ninguna. Los mensajes, plagados de iconos con caritas tristes, parecían un chiste. Y ya, la historia que compartieron en Instagram cuando todavía estaban en el aeropuerto, mandándole muchos «besitos» y diciendo que la echaban de menos y que estaban muy tristes, fue de risa. O lo habría sido si Sofía hubiera podido siquiera esbozar una sonrisa.

Y ahí seguía, sin saber qué hacer. No tenía ánimos como para irse a Londres, eso estaba claro. Le daba igual si sus amigos después decían de ella que se comportaba como una cría, que era una egoísta o una rencorosa. No iba a ir a Londres y punto.

Finalmente, cogió el teléfono y llamó a su madre.

—¿Ya estás en Londres, cariño?

—No, he perdido el vuelo.

—¡No me digas! ¿Y qué vais a hacer?

Su madre hablaba en plural. Pobre inocente. Prefirió no sacarla de su error.

—¿Podrías venir al aeropuerto a por mí? Me gustaría pasar estos días contigo.

—Claro, cariño. ¿Pero habéis pensado en coger otro vuelo? ¿O es que sale muy caro?

—No puede ser. ¿Te viene bien venir a por mí o cojo un autobús?

—No, no, voy yo. No te preocupes. Salgo en cinco minutos.

—Gracias, mamá.

Sofía se sintió aliviada. Con ella siempre podía contar.

Se quedó allí sentada, esperando, y un buen rato después, con morbosa curiosidad, entró en los perfiles de sus amigos para saber si habían llegado ya, pero todavía no había noticias de ellos. Para hacer tiempo, también buscó a ver si Connie Moore había subido algo, pero nada; ni ella ni su novio habían actualizado. Debían de estar volando.

Sofía alzó la cabeza y miró a su alrededor. Igual habían llegado ya y estaban allí mismo. Menudo sueño cumplido sería tropezarse con ellos en el aeropuerto y poder decirles hola. Animada con aquella idea, se puso en pie y se acercó a uno de los paneles donde se anunciaban las llegadas y salidas. Desde Estados Unidos había varios vuelos que llegaban en breve y uno atrajo especialmente su atención. ¡Dios, un vuelo desde Los Ángeles acababa de tomar tierra! Ese debía ser el avión en el que venía Connie, pues su novio y ella llevaban varios meses viviendo en Santa Mónica.

Con el corazón acelerado, se dirigió hacia la zona de llegadas. ¡Podrían salir en cualquier momento! Miró a su alrededor con curiosidad. ¿Habría alguien esperándolos? Quizá la agencia de modelos para la que ella trabajaba les habría mandado un coche y en un cartel podría leer «señorita Moore». O

tal vez algún grupo de fans se habría animado a probar suerte en el aeropuerto, como ella. Pero no vio nada que llamara su atención. ¿Quizá ya habían salido? Según el panel, hacía ya varios minutos que el avión había tomado tierra, ¿les habría dado tiempo a desembarcar y salir? Lo veía poco probable incluso aunque no tuviesen que recoger maletas.

Aguardó ahí un buen rato y cuando ya empezaba a desanimarse, oyó que una pareja que tenía al lado comentaba que su hijo les había mandado un mensaje para decirles que las maletas estaban tardando en salir. Se animó a preguntarles qué vuelo esperaban y le contestaron que su niño volvía a casa tras pasar tres meses en Los Ángeles.

Emocionada al darse cuenta de que la posibilidad de ver a Connie era real, llamó a su madre y cuando esta le contestó, preguntó:

—Mamá, ¿podrías aparcar y venir a la zona de llegadas? Estaré aquí.

Su madre no puso pegats ni hizo preguntas, pues no le gustaba hablar por teléfono mientras conducía, ni aun usando el manos libres.

—Ya estoy llegando —le avisó—. Si tengo que aparcar tardaré un poco más, pero en un cuarto de hora estoy ahí, como mucho.

Llegar le llevó un poco más, unos veinte minutos, pero a Sofía no le importó puesto que Connie aún no había salido. Los padres que esperaban a su hijo seguían en su puesto, bastante impacientes.

—¿Qué haces aquí, cariño? ¿Y tus amigos dónde están?

—En Londres. Ellos sí cogieron el vuelo.

—Pero... —Su madre no entendía nada.

—¡Voy a ver a Connie, mamá! —la cortó Sofía, muy emocionada.

—¿A quién?

—A Connie Moore.

—¿La modelo esa que te gusta tanto? La de los vídeos que me enseñas.

—¡Sí, esa! Viene a Madrid y está a punto de salir. Es una señal que

haya perdido el vuelo, ¡tenía que ver a Connie!

—¿Pero estás segura de que viene en este vuelo?

—No al cien por cien, pero es muy posible. ¿Te imaginas, mamá? ¡Qué ilusión!

Su madre sonrió y le pasó la mano por la larga melena morena. Recordó que hacía no mucho había visto en las noticias a un grupo de madres que acompañaban a sus hijas en las colas de los conciertos. Podían llegar a pasar hasta una semana acampadas en la puerta para ser las primeras en entrar. Niñas de menos de quince años que incluso perdían clase en el colegio para guardar su sitio en la cola. En algunos casos, los progenitores preferían ocupar su lugar por la mañana para que su retoño fuera al instituto. Cualquier cosa porque sus hijos estuvieran contentos.

Sofía jamás le había pedido algo por el estilo. Su hija, cuando era más joven, ni tan siquiera empapelaba sus carpetas ni las paredes de su habitación con fotos de actores o cantantes famosos. Había tenido la adolescencia tranquila que todo padre sueña para sus hijos.

Si ahora, con casi veinte años, quería *fangirlear* un poco, adelante. Como si tenían que montar allí un camping. La notaba animada y emocionada, más de lo que la había visto en bastante tiempo, con una energía vibrante y potente a su alrededor. Si ver a Connie Moore tenía ese efecto en ella, la chilena era más que bienvenida.

La familia que tenían al lado se alborotó cuando al fin llegó su hijo, ¡y vaya con el «niño»!, si tenía al menos cuarenta años. Sofía agarró la mano de su madre con fuerza.

—Están a punto de salir, venían en el mismo vuelo que este chico.

—Vale, recuérdame cómo eran. Ella es rubia, ¿no?

—Sí, rubia con ojos azules muy bonitos. Y su chico es moreno, un poco más alto que ella, con el pelo lo suficientemente largo como para

llevarlo revuelto. ¡Oh, dios mío! Esos son. ¡Esos son!

Macarena temió que su hija le amputase algún dedo de tan fuerte que apretaba su mano. Contempló a la pareja de la que hablaba con curiosidad. Sí, ahora que los tenía delante los reconocía de las veces que su hija le había enseñado los vídeos de sus viajes. La verdad es que hacían una pareja muy bonita y tenían ese aire cosmopolita y moderno de la gente que ha viajado mucho y vive en grandes ciudades. Arrastraban cada uno un par de maletas bien grandes y, aunque miraban a su alrededor, no parecían buscar a nadie entre la multitud.

—¿No vas a decirles nada? —le preguntó a su hija al ver que la pareja casi había llegado a su altura y Sofía seguía ahí, muda y bien aferrada a ella—. Venga, diles algo.

—Oh, dios, ¿y qué les digo? ¡Míralos!

—Los miro, hija, los miro. ¡Y se están yendo! ¡Di algo! Salúdalos al menos.

—Pero ¿qué les voy a decir yo? ¡Qué vergüenza! Con haberlos visto me conformo.

—¡Pues sí hombre! ¡Connie! —grito de pronto su madre—. ¡Connie Moore!

Sofía se quedó sin aliento al ver que la chica se detenía y miraba a su alrededor en busca de quien la había llamado. Su madre empezó a agitar la mano para que no quedaran dudas de que era ella quien gritaba su nombre. Connie sonrió e intercambió una mirada con su chico antes de dirigir sus pasos hacia allí.

—Hola chicas, ¿cómo están? Qué gusto verlas.

LunaLoba se sorprendió de su amabilidad con dos completas desconocidas. La miró con auténtica adoración sin saber qué decir o hacer. Por una vez en su vida, se había quedado muda. Por suerte, su madre salió en

su ayuda.

—Hola, Connie. El gusto es mío, créeme. ¿Habéis tenido buen vuelo?

—Sí. No pude dormir porque nunca duermo en los vuelos y estoy bastante cansada, pero bien. Todo bien.

Miró a madre e hija sonriente, aunque Sofía notó que no sabía qué más decir o hacer. «Di algo» se dijo a sí misma LunaLoba. «Di algo, cualquier cosa». Pero su cuerpo la traicionaba y, aunque entreabrió los labios, de su boca no escapó nada salvo una risita nerviosa. Su madre, que la miraba expectante, le tomó el relevo al darse cuenta de que, por ahora, su hija era un caso perdido.

—¡Qué maleducadas somos! No nos hemos presentado. Yo soy Macarena y esta es mi hija Sofía. He venido a recogerla y, casualidades de la vida, vosotros estabais aquí también. A Sofía le encantan tus vídeos, no hace más que decirme que ojalá pudiera hacer el mismo tipo de vídeos que haces tú.

—Oh, muchas gracias. Me alegro de que les gusten.

—¿Viene alguien a recogeros? Si no, puedo llevaros donde queráis — propuso Macarena, mostrándoles las llaves del coche.

—¿En serio?

—Claro, será un placer.

Sofía miró alucinada a su madre. El corazón le latió más rápido ante la idea. Oyó cómo Connie hablaba con su chico en inglés y este aceptaba encantado la idea de que los llevaran. Se había mantenido todo el rato detrás suyo, escuchando la conversación, pero sin intervenir. En los vídeos intentaba hablar español, pero lo cierto era que incluso la palabra «chapurrear» el idioma se le quedaba un poco grande. ¿Entendería más español del que hablaba?

—Pues si no les importa, estaría muy *cool* que nos acercaran al hotel.

—*Yeah, amazing. Thank you!* —afirmó Jack, el novio.

—*Thank you* a ti, guapo. ¡Vamos, vamos! Dejadme que os ayude con las maletas, que vais muy cargados.

Como en un sueño, Sofía comenzó a andar al lado de Connie, a la que solo se atrevía a mirar por el rabillo del ojo. Dios, era todavía más guapa en persona, ¡y superalta!, y tan simpática como se veía en sus vídeos. Y...

—¿Y de dónde vienes tú?

A Sofía casi le da un ataque al comprender que la modelo le estaba hablando a ella.

—¿Có... cómo?

—Tu madre ha venido a recogerte, ¿no? ¿Dónde has estado? —Le señaló la maleta para dar más significado a su pregunta.

—Yo... pues... dios, lo siento, estoy muy nerviosa.

—Ohhh, no te preocupes. Relájate. —Alargó la mano y le apretó cariñosamente el brazo—. No muerdo. *I don't bite. Right, babe?*

—*What?*

Jack, al que su chica había intentado meter en la conversación en un intento de que Sofía se relajara, no comprendía a qué venía que Connie le preguntara si ella mordía o no.

—*Nothing. Just kidding. She's nervous.*

Sofía decidió tomar cartas en el asunto y soltarse sí o sí. Se animó a hablar en inglés.

—Sí, estoy un poco nerviosa. Lo cierto es que es un sueño poder veros y hablar con vosotros. Me encantan tus vídeos, Connie, por tu fuerza, por tu vitalidad, por tu alegría, por cómo los editas, por los paisajes... por todo. Eres una artista.

—¡Vaya! Muchas gracias. Me alegro de que te gusten.

—Eres fantástica y te mereces el éxito que estás teniendo.

—Ohhhh. Me vas a poner colorada —dijo a la vez que le pasaba un brazo por la espalda a modo de abrazo.

Lo cierto era que Connie había tenido un éxito fulgurante en Youtube y en Instagram. Sus primeros vídeos, grabados en inglés, no habían tenido mucha repercusión, pero en cuanto empezó a hablar en español en sus grabaciones, se notó que se sentía mucho más cómoda y su energía atravesó la cámara hasta llegar a las pantallas de la gente que se la encontraba por casualidad en Youtube. En tan solo unos meses había conseguido más de medio millón de *followers*, más de los que muchos *youtubers* verían en toda su vida.

—Entonces, ¿dónde has estado?

Sofía miró su maleta, no sabiendo qué contestar. Finalmente, dijo:

—Mi viaje era a Londres.

—Oh, qué *cool* Londres. Nunca he estado, pero tenemos que ir, ¿verdad, Jack?

Al llegar al coche de su madre, acomodaron las maletas detrás y salieron del aparcamiento. Connie les dijo el nombre del hotel donde se alojaban y Sofía lo metió en el mapa de su móvil para que la voz femenina del navegador les guiara.

Mientras avanzaban hacia el centro, Macarena fue preguntándole cosas a Connie y así descubrió que habían viajado a Madrid por un trabajo que le había salido para una revista de moda. Serían dos días de trabajo, aunque habían decidido volar a Madrid unos días antes para poder conocer la ciudad. Después no sabían si volvería a Estados Unidos, a Chile o seguirían su aventura hacia otro sitio.

Cuando apenas quedaban un par de minutos para llegar a su destino, Macarena propuso:

—¿Tenéis hambre? Si queréis, podéis dejar las maletas en el hotel y os

llevamos a probar algo típico de España.

—Oh, no sé... Ya habéis hecho mucho y además estamos bastante cansados.

—Pero seguro que tenéis hambre. Comemos y os vuelvo a dejar en el hotel, ¿qué os parece? Sé dónde hacen la mejor paella de Madrid. ¡Os parecerá que estáis en Valencia!

—¿Paella? —interrogó Jack.

—Sí, paella y olé —se rio Macarena, y después le habló en inglés al joven—. ¿Tienes hambre, Jack?

—Mucha hambre —contestó este en español.

—Yo como comida —dejó escapar Sofía, causando la risa de la pareja. Aquella era una de las frases estrellas de Jack en español.

—Pues está decidido. Dejáis las maletas, vamos a comer y luego os vuelvo a llevar al hotel para que descanséis un rato. Aunque sí queréis evitar el *jet lag*, os recomiendo que solo os echéis una siesta corta y salgáis a conocer un poco la ciudad.

Llegaron al hotel y bajaron las maletas, ayudados por Sofía, mientras su madre los esperaba mal aparcada en un vado a unos metros de la puerta. Se acercaron a la recepción del hotel y LunaLoba miró a su alrededor con curiosidad. Aquel sitio no se parecía en nada a lo que había esperado, el edificio era bastante viejo y no estaba precisamente bien cuidado. Además, era oscuro y frío.

Jack y Connie, que también miraban a su alrededor, llegaron al mostrador de la recepción y Sofía se quedó atrás, en medio del recibidor, pues su móvil estaba sonando con una llamada. Se lo sacó del bolsillo y vio que se trataba de Fabián. Pensó en no contestarle, en ignorar su llamada como había hecho con el resto de mensajes de sus amigas que habían empezado a llegar hacía ya una media hora, pero al final lo cogió porque Fabián había

sido el único que se había preocupado por ella aquel día.

—Hola, Fabián. ¿Habéis llegado ya?

—Hola, sí. ¿Cómo estás? ¿Tienes ya el billete? ¿A qué hora llegas?

—Pues... —Sofía miró a Connie y a Jack; el recepcionista los estaba atendiendo ya—. No voy a ir, Fabián.

—¿Qué? ¡No! Me dijiste que cogerías otro vuelo.

—No, te dije que preguntaría —respondió ella, y no se sintió culpable, aunque sabía perfectamente que ni eso había hecho—. No te preocupes por mí, de verdad. Todo tiene un por qué y yo debía quedarme en tierra.

—¿Pero qué dices? ¡Menuda gilipollez!

—Pasadlo bien en Londres; yo lo voy a pasar aquí muy bien también.

—Pero... ¡joder, vaya mierda!

—Un beso, Fabián. Intenta disfrutar del viaje. Y gracias por llamarme.

Colgó y, tras asegurarse de que Connie y Jack seguían en la recepción, miró los mensajes que le habían llegado de sus amigas. Susana y Claudia le preguntaban si al final había cogido otro vuelo. De Mari ni rastro. Pensó en contestarles que no iba a viajar a Londres y añadir que en el aeropuerto se había encontrado con Connie Moore y que iba a pasar el día con ella. Tal vez incluso pudiera añadir una foto para ponerles los dientes todavía más largos. Pero no, decidió simplemente decir que no iba a ir y desearles buen viaje. Después silenció el móvil y se lo guardó en el bolsillo. Un sueño cumplido la esperaba en la vida real y pensaba disfrutar al máximo de aquella comida.

18.

Macarena frunció el ceño al verlos aparecer de nuevo con las maletas. En aquella ocasión fue Jack el que acomodó el equipaje en el maletero.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Había una rata del tamaño de un gato en la habitación! —exclamó Connie horrorizada—. Estaba encima de la cama, mirándonos cuando hemos entrado. Jack, tú también la has visto, ¿verdad?

Resultaba divertido ver cómo cambiaba el idioma con tanta soltura. Por suerte, Sofía y Macarena la entendían perfectamente en ambas lenguas.

—¡Claro que la he visto! ¡Ese bicho tiene que ser la mascota del hotel! Estaba cebado, ¿tú has visto lo gordo que era? Juraría que nos ha saludado con su pataca. Hola, ¡bienvenidos al hotel!

—Oh, por favor, ¡qué asco, qué asco! Imagina que hubiéramos dormido ahí.

—La verdad es que el sitio es cutre, cutre —admitió Sofía—. Yo no he visto la habitación, pero lo de fuera... estaba alucinando porque os hospedarais ahí.

—En Internet estaba mucho mejor, tenía buenas opiniones y las fotos eran bonitas. ¡Qué horror! —Connie se frotó los brazos y las piernas como si temiera que se le hubiera pegado alguna enfermedad en aquel antro.

—¿Entonces qué hacemos ahora? —interrogó Macarena.

—Vayamos al restaurante que has dicho. Allí buscaremos hotel desde el móvil.

No tardaron mucho en llegar; de hecho, les llevó más tiempo encontrar aparcamiento que recorrer la distancia que había entre el restaurante y aquel hotel cochambroso.

El sitio estaba genial, con un diseño elegante y luminoso que mezclaba varios ambientes, entre ellos un patio acristalado con un bonito jardín vertical, que fue donde los acomodaron. Una camarera no tardó en llegar para entregarles la carta y tomarles nota de las bebidas. Primero les tendió a Jack y a Connie los libritos y después se giró hacia Sofía y Macarena.

—¡Ostras! —exclamó de pronto—. ¡Hola!

—Hola —saludó Sofía, sorprendida. ¿La conocían?

—Yo... ¡no me lo puedo creer! Me encantan tus vídeos. Y los suyos —dijo dirigiéndose a su madre—. El de los masajes para cuando se tiene dolor de cabeza... ¡mano de santo! Mi novio suele sufrir muchas jaquecas y ahora, en cuanto le doy un masaje, se le reducen un montón.

—¡Cuánto me alegro!

—Sé que es poco profesional —la joven miró a su alrededor un poco nerviosa—, ¿pero podría echarme una foto con vosotras?

—¡Por supuesto! Ven aquí, guapísima —le dijo Macarena, haciéndole hueco entre las dos.

La camarera, con una sonrisa emocionada que amenazaba con ocupar toda su cara, le pidió a Connie que les echara la foto y se colocó entre ambas.

—¡Lindísimas! —alabó tras tomar un par de instantáneas.

—Gracias, gracias, muchas gracias. ¿Qué puedo traeros para beber?

Pidieron no solo de beber sino también para comer, pues no necesitaban ver la carta. Habían ido allí para que Connie y Jack degustaran una rica paella al estilo valenciano. La joven se marchó como en una nube.

—¡Son famosas! —exclamó Connie, sorprendida.

—Hombre, famosas, famosas...

—Mi hija tiene un canal de Youtube, como tú. Y yo colaboro en algunos de sus vídeos.

—¡Pero es fantástico! ¿Por qué no me lo habíais dicho?

Madre e hija intercambiaron una mirada y después se encogieron de hombros.

—No sé, no ha salido el tema.

Jack también las miraba con cara de sorpresa y admiración. Sofía supuso que no era muy frecuente que a ellos les tocara echar la foto con los fans; estaban más acostumbrados a ser los que posaban.

—Por cierto, he estado pensando que, si no tenéis donde dormir, podríais quedaros con nosotras —intervino Macarena, saltando de una sorpresa a otra—. Nuestra casa es bastante grande y tenemos varios dormitorios libres. Además, hay muchos rincones que seguro podríais utilizar para grabar si os interesa, ¿verdad que sí, Sofía?

Su hija, que no cabía en sí de asombro ante lo que proponía su madre, se apresuró a asentir.

—Sí. El jardín tiene muchos sitios estupendos para grabar y en el interior también hay mucha luz.

—¿Lo están diciendo en serio, chicas? ¡Pero sería demasiado!

—Para nada, sería un placer para nosotras teneros en casa. Lo único malo es que no estamos en el centro, pero hay una parada de autobús justo delante de la casa y, además, yo me ofrezco a llevaros donde queráis siempre que pueda.

—Serían solo dos noches. Después mi agencia nos ha buscado un hotel.

—¡Entonces está hecho! —Macarena tendió la mano por encima de la mesa para cerrar el trato.

—¡Qué chido! —exclamó Connie, y se apresuró a contarle a Jack que ya tenían sitio donde dormir aquella noche.

Al llegar, el restaurante estaba casi vacío porque era muy pronto para el horario español, pero para cuando se marcharon casi todas las mesas estaban ocupadas. Sofía se despidió de la camarera que los había atendido y al salir

sostuvo la puerta abierta para su madre, Jack y Connie.

—Gracias, señorita —dijo Jack a la vez que hacía una teatral reverencia.

Centrada como estaba en sus acompañantes, Sofía no se fijó en la pareja que se acercaba hacia el restaurante hasta que prácticamente los tuvo al lado.

—¡Sofía! Qué sorpresa.

—Rodrigo.

Lo único que atinó a decir Sofía fue su nombre. Lo tenía plantado justo delante y la fragancia de su colonia la envolvió por completo. ¡Olía de maravilla! Ella no solía fijarse en el olor de las personas y hasta ese momento no entendía que la gente se gastase auténticos dinerales en perfumes, pero allí, de pie frente a Rodrigo, sí que lo comprendió. Solo con olerlo le habían dado ganas de acercarse más a él.

Se quedaron mirándose. Apenas si fueron unos segundos, pero Sofía los vivió a cámara lenta.

—Mi amor, voy entrando que tengo que ir al baño.

Parpadeó confundida. ¿De dónde había salido esa voz? ¿A quién le hablaba?

Cuando Rodrigo se giró un poco hacia su derecha, Sofía hizo lo mismo y vio a una rubia espectacular pasando a su lado.

—¿Te... te ha llamado «mi amor»? —interrogó Sofía mientras observaba cómo aquella altísima mujer se adentraba en el restaurante. No pudo evitar mirar obnubilada el movimiento de su redondísimo y prieto culo.

—Tonterías —afirmó él sacudiendo la cabeza—. ¿Qué haces tú aquí? ¿No te ibas de viaje?

Le habría gustado preguntarle a qué se refería con que era una tontería. ¿Se suponía que se había imaginado el «mi amor»? ¿Qué había oído bien

pero que era una tontería? ¿Qué no le hablaba a él? ¿Qué...? Pero no se atrevió a preguntar y en su lugar articuló:

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—¿Eh? —interrogó confundida tras lograr despegar la vista de la mujer.

—¿No te ibas de viaje? —insistió él con la curiosidad pintada en los ojos.

—¡Ah! Sí, pero al final no ha podido ser. Oye, tengo que marcharme, que me están esperando —señaló hacia el grupo—. Un beso.

Se marchó de allí a toda prisa, sin hacer amago si quiera de plantarle un beso en la mejilla. Se sintió estúpida por haber dicho «un beso», como si hubieran estado al teléfono o escribiéndose un correo. En persona uno se despide con un «adiós» o con un beso de verdad, no así. ¡Tonta, tonta, tonta!

Cuando su madre se interesó por quién era Rodrigo, Sofía se sentía tan avergonzada por lo torpe que había sido, que prefirió contestar que no era nadie.

19.

La casa de Macarena les impresionó bastante. No se esperaban una mansión como aquella por mucho que les hubieran dicho que tenían jardín. Sofía no podía culparlos, pues viendo a su madre nadie se esperaría que viviera en una casa como esa en una de las zonas más exclusivas de Madrid.

—Es la casa de mi pareja —les explicó Macarena—. Es médico.

La historia completa, por supuesto, tenía su jugo.

Hacía tan solo tres años había conocido a un cirujano que se había separado de su mujer y que necesitaba ayuda con su jardín porque era su exesposa la que se ocupa de él hasta entonces y ahora parecía más una selva que un lugar de relax. Su madre, una experta en el cuidado de la naturaleza, consiguió en tiempo récord que aquella jungla volviera a ser el más bonito, verde y colorido jardín del mundo. Sin duda, el que les cantase cada día a las plantas tuvo mucho que ver. Aunque su melódica voz no solo enamoró a las flores, sino que el dueño de la casa se acostumbró a abrir cada mañana la ventana para desayunar oyéndola cantar. De ahí pasaron a almorzar juntos cada día y, pocos meses después, a vivir juntos.

Desde fuera, la gente no lo entendía. Macarena y Pedro parecían ser polos opuestos, él un elegante cirujano que iba siempre impoluto y ella una alocada *hippie* que vestía casi siempre con ropa holgada y que había acabado plantando un huerto en el jardín de la casa.

Sofía sí sabía qué había entre ellos, por qué eran buenos el uno para el otro. Eran muy diferentes, era cierto, pero habían conseguido un equilibrio perfecto. Pedro estaba cansado de aparentar y de tener una vida vacía en la que solo lo banal importaba: siempre que salía un iPhone nuevo tenía que comprárselo porque sus compañeros lo tenían; cada año renovaba el coche

para no ser menos que sus colegas; tenía un jardín enorme que no sabía ni tenía tiempo de mantener porque todo el mundo esperaba que alguien como él tuviera una casa como aquella en un barrio como ese. Y así suma y sigue, suma y sigue.

Macarena fue la primera que le dijo que le parecía admirable que estuviera pensando en irse de voluntario a África para operar a los enfermos más necesitados. Todos los demás lo miraban con recelo al oír aquella idea que llevaba barajando desde hacía varios meses como forma de escapar del asqueo que sentía de su propia vida. Algunos incluso le llegaron a preguntar si es que quería hacerse famoso. Pensaban que un cirujano de su nivel no podía tener otro motivo para ir a África que para anunciarlo a bombo y platillo y echarse unas fotos con las que fardar de lo buena persona que era.

Macarena no, Macarena era auténtica, Macarena era todo corazón.

Finalmente, Pedro se fue a África, y mientras estuvo allí, cada martes llamaba a Macarena con la excusa de saber cómo estaban las plantas de su jardín. De ahí, su relación no hizo más que fortalecerse y no habían tardado mucho en irse a vivir juntos. Cuando Macarena le había preguntado si podía plantar un pequeño huerto en el jardín, pocos meses después de haberse mudado allí, una parte de ella pensaba que le iba a decir que no. ¡Su precioso jardín! Pero Pedro le dijo que sí, que por supuesto, y la animó a cambiar todo lo que quisiera de la casa. Si eso se lo hubiera dicho a su exmujer, esta habría llegado a la semana siguiente con un presupuesto de cuatro o cinco ceros para hacer reformas innecesarias en toda la casa. ¿Macarena? Macarena había plantado su huerto, comprado una cómoda hamaca doble para el jardín, sustituido un par de cuadros de la casa que le parecían demasiado fríos y habilitado una habitación que tenían en desuso para practicar sus posturas de yoga.

Sí, Macarena era una persona sencilla y auténtica. Y le encantaba.

¿Y qué veía su madre en alguien como Pedro? Las malas lenguas decían que el dinero, pero Sofía sabía perfectamente que no era eso. Su madre nunca había tenido problemas en trabajar y, de hecho, seguía empleándose como jardinera en varias casas pijas y dando clases particulares de yoga y pilates que le permitían llevar de sobra su modesto nivel de vida. Su madre había acabado con Pedro porque era cariñoso y divertido, y porque lo admiraba por lo bondadoso y generoso que era. En varias ocasiones lo había acompañado a África y de cada viaje volvía más enamorada de él.

Era curioso, pues ella se había enamorado del hombre que su propio amor había creado. Pedro no sería así sin ella, y ella no lo querría de no ser como era... Y aunque algunos pensaban que aquella ecuación era peligrosa pues las personas no cambian realmente y Pedro podría volver a ser como era en cualquier momento, lo cierto era que para él no había marcha atrás, pues no había dejado de ser como era por amor, sino que el amor lo había cambiado a él. Encontrar a Macarena, que pensaba tan diferente a su entorno, fue una bendición que llegó en el momento perfecto para salvarle.

Tras enseñarles un poco la casa y mostrarles su habitación, los dejaron solos un rato para que pudieran echarse una siesta de media tarde. Pero al final se les fue de las manos y acabaron levantándose a las dos de la madrugada.

Tenían mucha hambre y sus cuerpos insistían en que no era de noche sino por la tarde. ¿Qué hora sería en Santa Mónica? ¿Las cinco? ¿Las seis? Por mucho que Macarena les hubiera insistido en que debían intentar dormir la noche del tirón, no les quedó otra que levantarse y salir de la habitación procurando no hacer ruido. Sintiendo mal por curiosear de aquella manera en casa ajena, se dirigieron a la cocina y encendieron las luces. Con un poco de suerte, habría un frutero por algún sitio y podrían picar algo antes de acostarse sin necesidad de abrir el frigo sin permiso.

—Oh, cariño, mira —le dijo Connie a Jack—. Nos han dejado comida.

Sobre la isla de la cocina había un plato tapado junto con una nota en la que podía leerse «Connie, Jack, os dejamos esto por si os entra hambre a media noche». Destapó el plato y un delicioso aroma les envolvió.

—¿Qué es? —preguntó Jack.

—No sé, parece... una tortilla muy gorda. Quizá sea tortilla de papa, dicen que es típica de aquí. Huele delicioso.

—Ya lo creo.

—Qué encanto. No puedo creerme que nos hayan dejado esto por si nos levantábamos.

—¡Ven el futuro porque me muero de hambre! Vamos, llevémoslo a la mesa.

Jack cogió el plato con las dos generosas raciones de tortilla de patatas y se dirigió hacia la robusta mesa de madera que había unos metros más allá. En el camino, no obstante, tropezó con algo y a la vez que un ser peludo salía disparado gritando «miauuuuu», el plato voló de su mano. Ambos vieron, casi a cámara lenta, cómo la cerámica levitaba en el aire durante unos segundos antes de estamparse contra el suelo y hacerse añicos de forma ruidosa.

—*Babe!* —exclamó Connie.

—¡Mierda! —replicó este en inglés—. ¡Ha sido por el gato!

—Oh, no. —Ella se llevó las manos a la cabeza al oír cómo una puerta se abría y unos pasos apresurados se acercaban. Sofía apareció bajo el quicio de la puerta—. ¡Cómo lo siento! No queríamos despertarte. A Jack se le ha caído un plato.

Sofía tardó un poco en asimilar lo que sus ojos estaban viendo. De lo primero que se aseguró fue de que ambos estuvieran bien, pues por sus caras de horror parecía que acabarían de presenciar un asesinato.

—No pasa nada. ¿Os habéis cortado o algo?

—No, no, estamos bien. Solo... ha pasado el gato, Jack no lo ha visto y ha tropezado. Lo siento mucho.

—Sí, siento mucho, mucho —corroboró él, esta vez en español.

—No os preocupéis, voy a por una escoba y lo recojo todo en un momento.

Estaba barriendo los restos de tortilla y vajilla cuando su madre apareció también en la puerta.

—¿Qué ha pasado?

—Oh, no, ¿también te hemos despertado a ti? —Connie estaba realmente apurada—. Cómo lo siento.

—No te preocupes, mujer. ¿Habéis llegado a comer algo?

—No, íbamos a sentarnos a la mesa cuando el plato se ha caído.

—Pues entonces mientras Sofía limpia eso, yo os saco algo de cena. Por suerte, ha quedado más tortilla. Y si queréis también puedo partiros algo de jamón serrano, ¿lo habéis probado alguna vez?

Pese a las protestas de Connie, que insistió en que no hacía falta todo aquel despliegue de generosidad, Macarena sacó del frigorífico lo que quedaba de tortilla y lo acompañó con un plato de quesos y de jamón serrano. Los demás la ayudaron poniendo los cubiertos y descorchando una botella de vino.

En apenas unos minutos, improvisaron una cena ligera y Connie no dejaba de darles las gracias y de repetir que no hacía falta que se esforzaran tanto.

—No es molestia, mujer. Cuando me despierto de madrugada siempre me entra hambre y ya que pico algo, lo hago en condiciones —le quitó importancia Macarena, llevándose la copa de vino a la boca.

—He estado pensado —le comentó Connie a Sofía cuando ya se iban a

dormir—, que quizá podríamos hacer un vídeo juntas. Para tu canal o mi canal, lo que prefieras, ¿qué te parecería?

A Sofía no le salieron las palabras, pero su expresión lo dijo todo y Connie asintió con una sonrisa.

—Ya pensaremos de qué hacerlo, ¿sí?

—¡Claro! Buenas noches, que durmáis bien.

Pese a su deseo, Sofía apenas pudo pegar ojo aquella noche por lo emocionada que estaba.

20.

Facebook era muy siniestro. Y Google más todavía. Desde que se dedicaba a ver vídeos de LunaLoba, a Rodrigo no dejaba de salirle publicidad relacionada con ella. O más bien con la luna, aunque para él era prácticamente lo mismo. Y todo porque una vez, ¡solo una!, había hecho clic en un anuncio que había visto junto a uno de los vídeos de Sofía. Se trataba de banner que anunciaba una lamparilla de noche con forma de luna. Le había llamado la atención, había pinchado... y desde entonces en cada página que entraba, incluidos Facebook y Youtube, le salían anuncios de lámparas, colgantes, posters, camisetas y un sinfín de artículos más, todos con forma o estampado de luna.

Resultaba irritante, como un recordatorio continuo de LunaLoba. ¿No quieres olvidarte de Sofía? ¡Pues toma bombardeo cibernético!

Aunque prefería eso a los anuncios que Internet había decidido mostrarle una y otra vez hacía un par de meses, todos relacionados con la inseminación artificial y la reproducción in vitro. ¿Qué búsquedas habría hecho él para que Google creyera que tenía problemas para concebir niños? Los caminos de la Red son inescrutables.

Desde luego, prefería las lunas a ese otro tipo de publicidad, pero no podía arriesgarse a que Rafa lo viese, pues no hacía falta ser muy listo para atar cabos de por qué le tocaba tragarse tantos anuncios sobre lunas. Así que, de buena mañana, al ver que su ordenador volvía a regalarle recordatorios de LunaLoba cada dos por tres, decidió borrar las cookies de su portátil.

Cuando recargó la página en la que estaba, sonrió al ver que en el espacio publicitario había aparecido un anuncio genérico.

Estaba a salvo.

Sofía se despertó relativamente temprano y al salir fuera se encontró con su madre en la cocina.

—¿Siguen durmiendo?

—Eso parece. ¿Has descansado bien?

—Regular —confesó Sofía, aunque lo hizo con una sonrisa—. No me puedo creer que estén aquí. Gracias, gracias, gracias. —Se acercó a su madre y la abrazó por la espalda.— Eres la mejor.

—No podía permitir que se fueran del aeropuerto sin que les dijeras nada.

—¡Y ahora los tenemos durmiendo en casa! ¿Y a que no sabes qué?

—¿Qué?

—¡Connie me dijo que podríamos hacer un vídeo juntas! ¿Te lo puedes creer? —Sofía comenzó a dar saltitos—. Me he pasado la noche en vela pensando en qué podríamos hacer y no tengo ni idea. Tiene que ser un vídeo potente, interesante... Quiero que sea épico.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: las mejores cosas suelen ser las improvisadas.

—Como ir a recoger a Connie y a Jack al aeropuerto.

—Hablando de eso... ¿y tu viaje a Londres?

—Ah, eso. Perdí el vuelo.

Lo dijo sin darle importancia, y la verdad es que para Sofía ya prácticamente no la tenía. El destino había querido que no llegara al avión para que pudiera encontrarse con Connie. La decepción que había sentido al darse cuenta de que sus amigas se habían ido sin mirar atrás parecía muy lejana en el tiempo.

Su madre la miró durante unos segundos con la duda pintada en la cara. Después, al darse cuenta de que su hija de verdad no parecía apenada por haberse quedado en tierra, pese a que sabía que aquel viaje le hacía mucha ilusión, dejó correr el tema y no indagó más.

—¿Qué haces? —preguntó Sofía, curioseando en lo que su madre tenía delante.

Sobre la isla de la cocina había colocado varios botes pequeños de plástico e iba echándoles colorante de distintos tonos.

—Pues verás, llevo unos días buscando ideas para vídeos. Te vi un poco desanimada con el tema de Youtube y se me ocurrió buscar retos que pudieras hacer.

Sofía miró los botes con renovado interés. Cogió uno que todavía no llevaba colorante y lo olió. El aroma era dulzón y agradable, no químico como había esperado.

—¿Esto es para un vídeo? ¿Qué es? Huele bien.

—Sí, quería probar yo antes de enseñártelo, pero ya que estás aquí, mira.

Estiró la mano y tocó una tableta que tenía a mano derecha, apoyada en un soporte de madera. El dispositivo estaba encendido y tenía la aplicación de Youtube abierta con un vídeo. Su madre le dio a reproducir. Una mano que parecía de hombre apareció en escena sobre un fondo gris oscuro y comenzó a echar el producto que había en aquellos botes trazando el contorno de un unicornio. Después rellenó la silueta con sustancia de otros colores.

—Se le está yendo un poco de las manos, ¿no? —comentó Sofía, que había seguido el proceso con bastante curiosidad hasta que, casi terminando, el hombre estropeó todo el diseño con unos reguerones de producto.

Su madre no contestó, pues entonces el plano se abrió y Sofía se dio cuenta de que el fondo casi negro que servía de lienzo era una plancha de

asar. Se vio cómo la mano encendía el termostato y la pintura se coció a cámara rápida hasta que con una espátula alguien le dio la vuelta y el dibujo del unicornio apareció con una precisión magnífica.

—Son tortitas.

—¡Anda ya! —Sofía miró alucinada a su madre—. ¿Y se comen?

—Claro, es masa de tortitas con colorante comestible, por lo que sabe a *pancake*. ¿Nunca habías visto hacerlas?

—No así.

—¿Quieres probar a hacer una? Ya tienes bastantes colores listos.

—Vale, sí. —Conforme lo decía, se animó y repitió con más energía—.

Venga, sí.

—Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Quiero grabarte.

—¡Pero si voy en pijama!

—Te doy cinco minutos para cambiarte si quieres mientras lo preparo todo.

—Pero...

—Cuatro minutos y cincuenta y nueve segundos, cuatro minutos y cincuenta y ocho...

Sofía salió corriendo hacia su habitación y buscó en el armario algo que ponerse, aunque solo para la parte de arriba, pues de cintura para abajo nadie iba a verla y podía hacer el vídeo en pijama sin problemas. Tras vestirse, se miró al espejo, se arregló el cabello con las manos y se echó un poquitín de maquillaje, el suficiente para tener un look fresco.

Al regresar a la cocina, su madre le sonrió. Había colocado frente a la plancha, a medio metro más o menos, un trípode con su móvil.

—¿Y ese trípode? —preguntó curiosa.

Su madre se había comprado hacía medio año un móvil de última generación. Algo que para cualquier otra persona era normal, había sido todo un acontecimiento en aquella familia. Sofía aún seguía parpadeando dos veces cada vez que veía a su madre con aquel teléfono, pues no terminaba de creérselo. Cuando era pequeña sus padres estaban en contra de todo lo que emitiese ondas. Los móviles, junto a los microondas, ocupaban un puesto privilegiado en la lista de objetos a odiar.

Y ahora, su madre hippie no solo llevaba un móvil con una cámara y unas prestaciones que eran la envidia de muchos, sino que encima le compraba accesorios.

—Lo compré hace poco, ¿te gusta?

—Sí. Es de los que se enganchan en cualquier sitio, ¿no?

Lo preguntó, pero ante sus ojos tenía la respuesta. Con sus patas articuladas, era perfecto para sujetarse a barandillas, señales de tráfico y superficies desniveladas. Era un trípode todoterreno. Aunque al ser tan pequeño, su madre había tenido que alzarlo usando unas cajas vacías de fresas.

—Sí. Ponte ahí delante que vea si te he encuadrado bien. Creo que la luz es buena.

Sofía sonrió al oír a su madre. Ella también creía que la iluminación natural de la cocina era suficiente para hacer el vídeo, así que decidió confiar en Macarena y dejar que, por una vez, fuera ella la que se encargara de grabarlo todo. Se sentó sobre el taburete que su madre había colocado frente a la plancha y sonrió.

—¿Estoy guapa?

—Tú eres guapa. No hacía falta ni que te maquillases. ¿Vas a decir algo antes de empezar?

—¿Cómo qué?

—Pues unas palabras para introducir el vídeo.

—Pues... —Si se suponía que iba a subirlo a la red, tenía que hablar un poco antes de ponerse manos a la obra. Empezó a agobiarse—. ¿Qué digo?

—Cuéntales qué es lo que vas a hacer y listo.

—Vale. —Inhaló—. Dale al *play*.

—Tres, dos, uno...

En lugar de decir «ya», su madre le hizo un gesto con la mano, como Sofía hacía cuando la grababa. ¡Macarena se estaba convirtiendo en toda una experta!

—¡Auuu, hola lobeznos! Hoy voy a hacer un vídeo especial, idea de mi madre. Es la hora del desayuno, tenemos hambre y a mi madre se le ha ocurrido que nos comamos unas tortitas muy especiales con dibujos hechos por mí. Me ha preparado estos tarritos con masa y colorante —los enseñó a la cámara— y vamos a probar a ver qué sale. No lo he hecho nunca, ni siquiera sabía que esto se hacía, así que puede salir muy bien por la suerte del principiante o muy mal porque piense que es como pintar y sea totalmente distinto. ¡A ver qué tal! ¿Qué dibujo, mamá?

—Lo tienes en la *tablet*.

Sofía se estiró hasta alcanzar el dispositivo y lo encendió.

—¡Ah, bueno! Esto es facilito.

Le enseñó a la cámara la instantánea de David el Gnomo que su madre había elegido y durante los siguientes minutos Sofía se dedicó a perfilar y rellenar la silueta del mítico dibujo de televisión. Pintar así, directamente desde un bote con boquilla pequeña era diferente a hacerlo con pincel y de vez en cuando se reía por un trazo que no había salido como quería. Por suerte, cuando dio por terminado el dibujo, coció la masa y le dio la vuelta, el resultado fue bastante bueno salvo por un ojo que tenía un poco a la virulé.

—¡Qué chulooo! ¿Nos lo podemos comer? ¡Yo quiero el gorro!

Su madre se rio de forma audible.

—Claro, tengo crema de chocolate y avellanas que preparé el otro día.
¿Quieres?

—Uhhh, sí. Qué rico. ¡Ah, ah! Quema, quema.

—¡Pero no te lo comas aún! —protestó Macarena al ver que su hija, nada más sacar al gnomo de la plancha, le había pegado un bocado al gorro—. Y claro que está bueno, es masa de tortitas.

—¿Qué otros dibujos has pensado? —preguntó Sofía tocando de nuevo la tableta. —¿Un perro? ¿Un perro de verdad?

—¿Por qué no? —interrogó su madre—. Se puede dibujar cualquier cosa si tienes habilidad, y tú la tienes.

—Pero esto es de pro.

—¿Y qué eres tú? ¡Una artista!

—Vaaale, creo que podré hacerlo, pero en lugar de un perro quiero dibujar un caballo. A Connie le encantan y cuando se levante podría desayunar eso.

—Pues adelante. Busca uno que te guste.

Cuando Connie y Jack salieron de su habitación, Sofía estaba casi terminando la tortita equina.

—¡Buenos días! —saludó la modelo con tono animado al entrar en la cocina, y después, al ver la cámara, se tapó la boca y dijo en voz más baja—. Lo siento, ¿están filmando?

—Sí, pero no te preocupes. Pasa, pasa. Sofía tiene algo para ti.

—¿Para mí?

—Sí, mira, acércate.

Sofía, que había parado de dibujar al verlos entrar en la cocina, sonrió y volvió a ponerse manos a la obra. Por suerte, ya no le quedaba mucho y en seguida pudo encender de nuevo la plancha y ver cómo a la masa

comenzaban a salirle agujeritos conforme se hacía.

—¿Es un *pancake*? —preguntó Jack con curiosidad.

—No —contestó Connie.

—Sí —contestaron Sofía y Macarena a la vez.

Cuando Sofía le dio la vuelta, la modelo exclamó:

—¡No puede ser!

—Tachááááán. Es una tortita y toda para ti. Un caballo, que sé que te gustan.

Sofía puso el dulce sobre un plato y se lo tendió sonriente a Connie.

—Oh, dios mío. Lo amo. Qué lindo.

—¿Y puedes hacer cualquier cosa? —se interesó Jack.

—Eso parece, aunque no prometo nada porque estoy empezando y a lo mejor esto ha sido la suerte del principiante.

Él la miró con la intención de decir algo, pero se contuvo y Sofía tuvo que animarle a hablar. Jack no dijo lo que quería en voz alta, sino que se acercó a ella y le susurró algo al oído. A Sofía se le iluminó la cara.

—¡Hala! Qué chulo. No prometo nada, pero puedo intentarlo.

—¿Qué vas a dibujar? —se interesó Connie.

—No, tú no puedes mirar. Ponte ahí con Macarena.

—¿Por qué?

—No mires, es una sorpresa.

Emocionados, Sofía y Jack curiosearon durante un momento en el móvil de él, buscando la imagen que querían, y después LunaLoba se puso manos a la obra. Connie no dejaba de preguntar qué estaba dibujando y Jack, situado junto a LunaLoba, no dejaba de bromear y hablar. A Sofía casi le da un ataque de risa mientras dibujaba la tortita y tuvo que retirar un trozo de masa que no le había quedado como ella quería.

—¡Soy yo! —exclamó Connie alucinada cuando el dibujo cogió la

suficiente consistencia.

—¿Cómo vas a ser tú? —se rio Jack.

Su chica bordeó la isla y se colocó al lado de Sofía.

—Sí, mira, es una foto de mi Instagram. La que me echaste con el bikini azul. ¡Incluso tiene el detalle este en el pecho!

—Que no eres tú, cariño. Lo que pasa es que el dibujo no está terminado.

—Enséñame la foto.

Connie quiso ver la fotografía en la que se había basado Sofía, pero Jack escondió el teléfono y siguió negando que fuera ella hasta que Sofía dio por terminado el dibujo y encendió la plancha. Los minutos que tardaron en poder darle la vuelta a la tortita se hicieron eternos y el nerviosismo pudo palpase en el ambiente.

—¿Haces los honores, Jack? —propuso Sofía, tendiéndole la pala.

—¿Y si la rompo? No, mejor dásela tú.

—Sí, mejor no me rompáis.

—Que no eres tú —dijo Jack por millonésima vez.

Pero cuando LunaLoba le dio la vuelta al *pancake*, nadie pudo seguir negando que se trataba de una Connie Moore de lo más sexy. Y dulce, por supuesto, pues según Jack fue la mejor tortita que había probado en la vida.

Cuando días después Sofía subió a su canal el vídeo del reto, al que tituló «Hincándole el diente a Connie Moore | Dibujando pancakes» no pudo resistirse a poner en bucle y con zoom la expresión de sorpresa de la modelo cuando volteó la tortita, pues fue épica.

Y aquel vídeo que habían grabado de forma improvisada, con pijama de cintura para abajo, usando el móvil de su madre en un trípode apoyado sobre una caja de fresas y sin muchas pretensiones de que fuera un vídeo importante, acabó siendo uno de los más vistos de LunaLoba en cuanto lo

publicó. Sin duda, el que Jack y Connie lo compartieran con sus seguidores tuvo mucho que ver.

Por supuesto, no gustó a todo el mundo. Caperucita Enfurecida la criticó por su aspecto, pues en un momento dado Sofia se había levantado y todos sus seguidores pudieron ver su pantalón de dormir. «Qué patético, hacer un vídeo en pijama. ¿No te da vergüenza?» fue el agradable mensaje que le dejó Caperucita.

21.

—No entiendo nada.

Rodrigo miró a Rafa, pero al ver que la atención de su amigo estaba fija en el móvil, supuso que no estaba hablando con él, sino que pensaba en voz alta. Volvió a su trabajo hasta que, casi un minuto después, Rafa interrogó:

—¿Tú entiendes algo?

Rodrigo volvió a alzar la cabeza. El otro seguía con la vista fija en el móvil y parecía ignorarlo.

—¿Hablas conmigo?

—Pues claro, ¿con quién voy a hablar si no? —Rafa lo miró como si estuviera loco.

—¿Con el móvil? ¿Contigo mismo? Normalmente, cuando la gente me habla, me mira a la cara.

—Es que estoy aquí viendo las historias de Mari, LunaLoba y sus amigas.

Rafa volvía a tener su atención centrada en el móvil y parecía ausente. Rodrigo se preguntó si eso era precisamente de lo que se quejaba su hermana cuando decía que sus hijos estaban todo el rato con el móvil y no le hacían caso. «Es como si estuvieran en otro mundo» solía decir, y por lo que había comentado Rafa, Rodrigo sospechaba que su amigo se encontraba en la luna.

Sabiendo que volvería a la carga en el momento menos esperado con un «¿pero tú entiendes algo o no?», cerró el portátil que tenía sobre la mesa del comedor. Se acercó hasta el sofá y se dejó caer junto a su compañero. Si el móvil abducía a Rafa, no le quedaba otra que dejarse atontar también por la dichosa maquineta.

—¿Qué estás viendo y qué es lo que no entiendes?

Su cercanía pareció sacar a Rafa de su letargo tecnológico y al fin lo miró como si de verdad lo viera.

—A ver, te cuento. LunaLoba y varias amigas se iban a ir a Londres unos días. ¿Te acuerdas? Lo anunciaron a bombo y platillo por las redes sociales, estaban muy emocionadas. Subieron un montón de vídeos la noche antes. Y ahora, de pronto, LunaLoba sale en los *stories* de una modelo chilena y juraría que en Londres no está. Pero sus amigas sí, porque han subido fotos con el Big Ben y con una cabina roja, y no sé si es que me he perdido algún vídeo de los que han subido, pero nadie explica qué ha pasado. ¿Tú sabes algo?

Rodrigo tragó saliva.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿LunaLoba no te ha dicho nada?

—No. —Pensó en dejarlo ahí, en no añadir más, pero sabía que, si Rafa se enteraba por otro lado de que había visto a Sofía en el restaurante, lo mataría—. No fue nada, por eso no te lo había contado, pero...

—¿Pero qué? —interrogó Rafa sin darle tiempo a seguir.

—Que ayer me encontré con Sofía a mediodía. Aquí, en Madrid.

—¿Qué quéééé?

—Sí, la vi cuando fui a comer con Ana para hablar sobre el proyecto de los gimnasios.

—¿Y no me habías dicho nada?

—Es que fue un segundo. Hola, adiós y poco más. No sé por qué no está en Londres ni nada.

—¿Iba sola?

—No, iba con más gente, pero no reconocí a nadie.

—¿Estos quizá? —preguntó Rafa enseñándole una foto.

—Sí, puede ser. ¿Quiénes son?

—La modelo de la que te he hablado y su novio.

—Ammmm.

—¿Y no sabes nada más?

—No.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Rafa lo miró con desconfianza durante unos segundos, pero al final pareció creerle.

—¿Y no tienes su teléfono ni nada de eso?

—¿Yo? —se sorprendió Rodrigo.

—No te hagas el loco, que con LunaLoba te gusta demasiado hacerte el tonto —le reprochó Rafa.

—No tengo su número y te prometo que no sé nada más.

Rafa suspiró desencantado y siguió curioseando en su móvil bajo la atenta mirada de Rodrigo.

—Eso es Instagram, ¿no?

—Ajá.

—¿Es ahí donde han subido todo lo que me has contado? Porque Sofía no ha subido ningún vídeo nuevo a Youtube, ¿verdad?

—¿Ahora la sigues?

—Puede ser.

—Te recuerdo que yo la vi primero.

Rodrigo puso los ojos en blanco.

—Que sí, pesado.

—Es Instagram, sí —confirmó Rafa, de nuevo mirando el teléfono—.

Ahora se ha puesto de moda que la gente suba vídeos cortos contando qué hacen o compartiendo pequeñas partes de su día a día. Duran solo 24 horas: después se borran.

—Qué efímero.

—Así tienes que entrar todos los días a verlo si quieres mantenerte al día.

Todos tus días, todas tus horas. Eso era lo que buscaban las redes sociales. Formar parte de tu vida y usar artimañas como aquella para volverse casi una obligación. Se volvían indispensables si querías mantenerte al día, estar en la onda.

¿Seguía diciéndose aquello de «estar en la onda» o los jóvenes ya lo mirarían con cara de qué está diciendo este tío? Él se quedaba atrás a pasos agigantados y cada vez lo notaba más. Se hacía viejo. *Era* viejo. Aún recordaba lo que su sobrina Nuria, de tan solo seis años, le había preguntado el día anterior cuando cenaron todos juntos en casa de su madre.

—¿Has tirado de la cadena, monito? —le había preguntado Rodrigo a la niña al verla salir sonriente del baño. Sabía perfectamente que no lo había hecho porque no había escuchado el agua correr.

La niña lo miró, se giró hacia el baño y después volvió a mirarlo.

—¿Qué cadena, tate?

La duda sincera en sus ojos inocentes hizo que Rodrigo se inclinara hacia el aseo y, por primera vez, se diera cuenta de que en el váter ya no había cadena ninguna de la que tirar.

—Esto es tirar de la cadena —le explicó su otra sobrina, algo mayor. Entró en el aseo y presionó el botón que liberó el agua.

Rodrigo miró a las dos niñas y preguntó con curiosidad:

—Roci, ¿tú sabes por qué se dice tirar de la cadena?

La mayor, de diez años, se encogió de hombros.

—No. ¿Por qué?

Desde luego, entre sus sobrinas y él había un salto generacional importante. Pero es que después le dio por pensar que entre Sofía y él

también lo había. Si LunaLoba iba a cumplir ahora veinte años, lo más seguro era que ni siquiera hubiera manejado Pesetas, que no hubiera usado jamás un walkman (¡o incluso un discman!) y que no supiera lo que era vivir sin móvil a los trece, catorce e incluso dieciséis años.

Había sentido malestar ante la idea y cuando recapacitó por qué le embargaba aquel sentimiento, se convenció a sí mismo de que no era porque se hubiese dado cuenta de que eran de épocas distintas y, por lo tanto, estaban muy alejados el uno del otro. No, no era por eso. Simplemente, se sentía triste porque se acababa de dar cuenta de que era mayor. Tenía treinta y tres años. A su edad, sus padres ya tenían a sus tres hijos. ¿Y él? No podía quejarse, no para la época en que vivían. Algunos de sus compañeros de colegio aún seguían viviendo con sus padres, así que él podía considerarse afortunado. Sí, tenía suerte. Bueno, no era suerte realmente. Había trabajado duro para montar la empresa y poder vivir de ella; había renunciado a muchas cosas, sacrificado horas, aficiones, ligues, conciertos, viajes. El trabajo duro tenía su recompensa y él tenía lo que había sudado.

¿Pero era su vida como se la había imaginado cuando empezó el proyecto? No, desde luego que no. Siempre estaba muy ocupado y llevaba varios años pensando que pronto tendría más tiempo para él. «El año que viene haré ese viaje a Estados Unidos», «la próxima Semana Santa me cojo un puente sí o sí y me voy con la moto yo solo», «este mes empiezo a hacer deporte». Promesas a futuro que nunca cumplía, que se posponían de forma indefinida porque tenía mucho trabajo. ¿Hasta cuándo iba a ser así?

«Hasta que tú digas basta» le dijo una vocecilla en su interior. «Hasta que decidas que ha llegado el momento de trabajar para vivir y no vivir para trabajar».

Por curiosidad, decidió instalarse Instagram en el móvil. Ya había usado la aplicación antes, pero la última vez que cambió de terminal decidió

no volverla a instalar y no la había echado de menos a nivel personal. Su empresa también tenía cuenta, pero era Pepe el que se encargaba de mantener actualizado aquel perfil.

Pudo recuperar la cuenta que ya tenía creada y en la pantalla le aparecieron las cuatro fotos que había llegado a subir antes de rendirse con aquello de Instagram. Ninguna de ellas decía mucho de él.

—¿Cómo busco a Sofía?

Rafa lo miró y, al darse cuenta de que se había instalado la app, su interés por lo que le preguntaba creció. Durante los siguientes minutos le dio una clase rápida de cómo moverse por la aplicación y cómo sacarles partido a sus nuevas utilidades. Tras la lección, Rodrigo cotilleó las fotos de Sofía. Era muy consciente de que Rafa no perdía detalle, así que se abstuvo de hacer clic en las pocas fotos en primer plano que había de ella, aunque sin duda eran las que más llamaban la atención.

Sofía era bonita. ¡Joder! ¿Bonita? Preciosa. Y su mirada y su sonrisa llenaban la cámara cuando se animaba a posar para el objetivo, aunque por lo que podía ver, le gustaba más fotografiar cosas que dejarse capturar. Rodrigo recordó las fotos que ella le había echado, las que todavía guardaba en su móvil. Su actitud al tomarle las fotos, sumada a aquel perfil de Instagram, hablaban de su pasión como fotógrafa y no como modelo. Aunque sí, se notaba que la cámara la quería, tanto para fotos como para vídeos.

Un buen rato después, seguía en Instagram. Había seguido el perfil de su empresa y curioseaba entre la gente que comentaba y le daba a «me gusta» en las publicaciones de Pepe. Así encontró varios perfiles que le hicieron replantearse muchas cosas.

Sin duda, el que más le llamó la atención fue el de Mateo, un colaborador de su empresa con el que contactaban cada vez que había que hacer una grabación en un hotel o un destino de su zona. Y por «su zona» no

solo se referían a Argentina, de donde él era originario, sino a buena parte de América del Sur. Mateo era prácticamente nómada y se movía por el continente como quien va al trabajo o a ver a la familia. Para él, no había vuelo demasiado largo y su Instagram lo demostraba. Se fotografía en todas partes, con todo tipo de gente, en todo tipo de situaciones. Siempre sonriente, siempre feliz, siempre lleno de curiosidad.

Y si sus fotos ya le habían dado envidia, su breve descripción hizo que se quedara patidifuso: «Fotógrafo. Trotamundos. Cuarenta años de pura vida.»

¿Cuarenta años? ¿Mateo le sacaba siete años? ¿¡Más de un lustro!?! Pero si parecía más joven que él. Tenía mejor cuerpo y mucha más vitalidad. Se rodeaba siempre de gente joven. Hacía cosas de gente joven. ¿Ser un trotamundos a los cuarenta? A los veinte la sociedad todavía lo tolera: con esa edad aún no sabes exactamente qué vas a hacer con tu vida, sigues siendo un soñador, quieres comerte el mundo, recorrer todas sus playas y subir hasta la última de sus montañas... pero con cuarenta se espera que tengas una familia y un trabajo estable. Si no, eres un fracasado que llega tarde al amor y al dinero.

Y si a Rodrigo le habían enseñado eso, que en la vida lo que había que hacer era estudiar para encontrar un buen trabajo, trabajar para ganarse la vida y tener una familia para ser feliz, ¿por qué no era capaz de ver ni un ápice de insatisfacción en la mirada de Mateo? Solo veía ilusión, alegría, pasión, felicidad, vida.

Durante un buen rato, se quedó mirando su última foto, un primer plano de Mateo en el que podía ver una puesta de sol marítima reflejada en sus gafas estilo aviador.

¿Hacía cuánto que él no sacaba tiempo para ir a la playa?

22.

Joder. Su cuerpo conspiraba contra él. Tanto pensar en que se estaba haciendo mayor y ahora iba y se despertaba con una cana. ¡Toma ya! Y encima ahí, prácticamente sobre la frente, bien visible. Se la arrancó, haciendo oídos sordos a la vocecilla de su cabeza que le recordaba que la creencia popular era que las canas debían cortarse y no quitarse de raíz, pues entonces salían dos donde solo había una.

Se hizo un meticuloso repaso delante del espejo y, al removerse el pelo y ver otra cana, maldijo entre dientes. Se la quitó y se metió en la ducha, pues sabía que si seguía buscando, encontraría más. No haber tenido ninguna cana hasta los treinta y tres años era todo un mérito. A un amigo suyo le habían empezado a salir a los dieciocho, así que tampoco tenía mucho que ver con la edad, ¿verdad? Era cosa de genética.

Al salir de debajo del chorro, tuvo que contenerse para no volver a mirarse el pelo y en su lugar estudió su reflejo completo en el espejo. No hacía deporte, pero no abusaba con la comida, así que tenía un cuerpo decente. Mucho mejor que el de muchos, aunque su trabajo siempre sentado le había pasado factura y empezaba a notársele una barriguita.

Iba a encontrar tiempo para hacer deporte, se dijo, y esta vez iba en serio. Mejor coger las cosas a tiempo, pues si el «embarazo» seguía desarrollándose igual, la situación se le iría de las manos y en vez de barriguita acabaría con una panza de seis meses.

Sí. Iba a empezar a hacer deporte, y decidió que sería media hora diaria de *running* al volver de trabajar.

Sacó del armario la maquinilla de afeitar y la espuma. Agitó el tarro y fue a llenarse la mano de aquella nata blanca cuando un pensamiento cruzó su

mente y lo frenó. Durante unos segundos se quedó ahí, mirándose, hasta que dejó el bote sobre el lavabo y se acercó al espejo para estudiarse más de cerca.

Sofía le había dicho que una barbita le quedaría bien. ¿Y si probaba? Nunca había dejado que el pelo de la cara le creciera más de un par de días. En su casa estaba mal visto, era de marranos no afeitarse, cosa de vagos. Todo hombre que se preocupase por su aseo personal podía dedicar unos minutos cada dos días a afeitarse.

Se pasó las manos por las mejillas rasposas y miró su reflejo desde todos los ángulos. Había visto a sus padres hacía dos días, no volvería a verlos hasta el fin de semana siguiente y para entonces podría volver a afeitarse y que no le dieran la lata. Sí, podía probar a ver si Sofía tenía razón y un poco de barba le quedaba bien.

Renovarse o morir.

Desayunó tranquilamente, aprovechando que era domingo y que estaba solo en casa, pues Rafa había salido temprano para comer con su familia. Él solía cenar los viernes con sus padres y sus hermanas, y Rafa prefería los domingos para pasarlos con los suyos.

Tras desayunar, leyó las noticias desde su móvil y después fue a ponerse con el ordenador a trabajar, pero al mirar por la ventana y ver el cielo azul, cambió de opinión. ¿Por qué no iba a dar un paseo? Acababa de ducharse y prefería no correr, pero un paseo a buen ritmo le serviría de entrenamiento para cumplir su propósito de salir a hacer *running* a partir del día siguiente.

«Sí», se dijo animado. «Voy a salir a dar un paseo. Me vendrá bien.»

Tras coger una chaqueta y el móvil, se encaminó hacia la puerta con una sonrisa alegre. En su cabeza sonaba una música animada y comenzó a silbar mientras cerraba la puerta con llave.

—¡Buenos días, Rodrigo! Qué feliz te veo.

—¡Sofía! —se sorprendió al verla. Desde luego, seguía sin estar en Londres—. ¿Qué haces aquí?

—Pues... —Ella pareció confundida y señaló la puerta frente a la que estaba parada, con la llave metida en la cerradura—. Vivo aquí.

—Sí, claro. Yo solo... —Negó con la cabeza. No iba a decirle que pensaba que estaba en Inglaterra—. Nada. Que tengas buen domingo.

—Gracias. Igualmente.

Rodrigo se sorprendió pensando en qué podría decir o hacer para quedarse un rato más con ella. Después se acordó de Rafa e hizo un gesto de despedida con la cabeza antes de girarse y encaminarse hacia la puerta.

—Rodrigo —lo llamó ella, y él se volteó con más entusiasmo del que quería sentir.

—¿Sí?

—¿Podrías ayudarme a sacar unas cosas al coche? Le he dicho a mi madre que no necesitaba ayuda, pero era porque iba a aparcar mal. Si pudieras echarme una mano, te lo agradecería un montón.

—Claro —se acercó sonriendo—. Para eso estamos los vecinos.

—Gracias. Tengo que sacar mis focos y ya que me ayudas, voy a coger también los de Mari. Pero no se lo digas, ¿eh? Es un secreto. No puede enterarse.

—Soy una tumba —dijo él a la vez que se pasaba los dedos por la boca como si cerrase una cremallera.

Sofía abrió el acceso a su casa y ambos entraron, yendo directos a su habitación, que estaba más caótica todavía que la última vez que la había visto puesto que la joven parecía haber vaciado el armario sobre la cama.

—No te asustes por todo el caos —comentó como si le leyera la mente—. No tuve tiempo de volver a guardar toda la ropa que no pude llevarme al

viaje.

La joven se acercó hasta los focos que tenía colocados en una esquina de la habitación, junto al trípode de la cámara, y empezó a recogerlos. Enrolló el cable de uno y encogió el pie de uno mientras Rodrigo la imitaba con el otro.

—Y ahora a por los de Mari —anunció tras sacar sus focos al salón.

Entraron en la habitación de su compañera, mucho más ordenada. Los focos estaban en la pared opuesta, cerca del tocador, que era donde Mari hacía la mayor parte de sus vídeos.

—Espera, que tengo que desenchufarlos.

Sofía se puso a cuatro patas para colarse debajo del tocador-escritorio y poder desconectar los focos de la luz.

—Mira que dejárselos enchufados —murmuró, sin ser consciente de que Rodrigo hacía serios esfuerzos por no mirarle fijamente el culo.— Ya está, a ver... —Salió de debajo de la mesa y tiró del cable, pero unas cajas que había junto al tocador lo tenían presionado y se acercó para moverlas. — ¡Mierda!

Era una torre considerable de cajas, casi alcanzaba la altura de la mesa, y se cayó al suelo al moverlas. Terminó de sacar los cables de los focos de detrás del tocador y empezó a colocar las cajas en su sitio cuando algo atrajo su atención. Uno de los paquetes todavía llevaba el nombre del destinatario y no era para Mari, sino para ella. Frunció el ceño. Supuso que su amiga le había cogido una caja vacía para guardar algo, pero cuando sus ojos captaron la palabra Indianápolis entre los datos del remitente, se extrañó. ¿Qué había recibido ella de Estados Unidos? Ahora mismo no caía. Con suspicacia, abrió el paquete, que ya tenía el precinto roto, y apartó un poco el plástico de burbujas, encontrándose con una bonita caja negra con un diseño más cuidado y brillante. ¿Por qué Mari guardaría una caja dentro de otra caja?

—¿Voy bajando esto?

Sofía, que se había olvidado de que Rodrigo estaba allí, asintió con la cabeza. Se sintió ridícula por estar revisando las cosas de Mari. Su amiga simplemente había reutilizado una caja suya, ¿qué más daba? Pero lo de que el paquete viniera de Estados Unidos seguía teniéndola un poco mosca y, pese a que pensó en dejar de hurgar en cosas que no eran suyas, al final terminó de retirar el plástico de burbujas que cubría la caja. Pudo ver con nitidez la inscripción blanca que había sobre el cartón.

Sintió como si algo le golpeará en el pecho y se quedó sin aliento.

No, no podía ser.

—¿Sofía?

Debía haber emitido algún ruido raro, porque Rodrigo se acercó a ella para curiosear por encima de su hombro. Luna tapó rápidamente la caja negra, se puso de pie dejándola en el suelo y miró a Rodrigo con ojos asustados.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Ella volvió a mirar la caja, pero no dijo nada. Rodrigo, ante su mutismo, se agachó y sacó el paquete negro en el que podía leerse claramente «Youtube». Sofía le arrebató la caja y se la pegó al pecho. Abrió la boca para decir algo, pero no pudo articular palabra y se sentó en la cama perfectamente echa de Mari. Sus piernas parecían de gelatina.

—Sofía, me estás asustando, ¿qué ocurre?

—Yo...

No fue capaz de continuar. Fijó la vista en la caja y empezó a acariciarla con dedos temblorosos.

Rodrigo se sentó a su lado en la cama.

—¿Qué hay dentro?

Ella tragó saliva y, lentamente, alzó la mirada para fijar sus ojos en los

de Rodrigo. Él captó duda, dolor y desconcierto en su expresión y sintió que el corazón se le encogía ante aquellos iris fijos en él. Extendió un brazo y le acarició la mejilla, sintiendo cómo Sofía temblaba bajo su mano. Le retiró un mechón de pelo de la cara, colocándoselo a la espalda, y después le rodeó los hombros con su brazo.

—¿Qué hay dentro, Sofía? Enséñamelo.

Muy lentamente, ella abrió la caja y retiró la capa protectora que cubría el contenido.

Rodrigo no sabía qué esperaba, pero desde luego, no lo que se mostró ante sus ojos.

—Es preciosa.

Sofía se tapó la boca con la mano, haciendo esfuerzos por no llorar.

Rodrigo no entendía nada.

—¿No te gusta?

—Sí, es... fantástica.

—¿Entonces?

Al no recibir respuesta, Rodrigo prefirió preguntar otra cosa.

—¿Qué es?

Aquel interrogante, o quizá la descabellada idea de que él no supiera qué tenía en su regazo, consiguió que Sofía hablara.

—Es mi placa de los cien mil suscriptores —dijo acariciando el marco negro. En el centro, sobre un fondo gris, había un botón plateado y enorme de Youtube, mientras que un poco más abajo, el gigante americano le daba la enhorabuena a LunaLoba por haber alcanzado aquella abultada cifra de suscriptores—. Youtube las manda a los cien mil, al millón y a los diez millones de suscriptores.

Rodrigo miró a Sofía. Su brazo seguía alrededor de sus hombros y él continuaba sin entender qué turbaba tanto a Sofía de aquel cuadro. Era bonito

y además simbolizaba todo un logro, ¿por qué no estaba feliz? Verbalizó sus dudas.

—¿Por qué no estás contenta? Si no te gusta, sé de alguien a quien le haría muy feliz. Y no vive muy lejos de aquí.

Sofía no sonrió ante su broma, en su lugar contestó:

—Esta placa debería haberme llegado hace dos meses. Youtube tarda en mandarlas una vez las pides, pero aun así, hace ya más de dos meses que debería haberme llegado. Yo ya creía que se había perdido, pero la tenía Mari aquí guardada.

Rodrigo hizo de abogado del diablo.

—¿Quizá no sabía que la tenía aquí?

—¡Estaba en su habitación! ¡Y abierta! ¿Cómo no iba a saber que estaba aquí?

—Y seguro que no es suya, ¿no?

—Mira, LunaLoba. Lu.Na.Lo.Ba. —Leyó sílaba a sílaba el nombre que figuraba en la placa—. Esa soy yo, no ella. Me la ha escondido.

—Igual hay una explicación más razonable.

—¿Cómo cuál?

—No lo sé. Solo Mari puede responderte a eso.

Su comentario desinfló un poco la ira que había despertado en Sofía. Le recordó que no estaba hablando con Mari, sino con alguien que no tenía nada que ver con el sentimiento de traición que tenía en el pecho.

En aquel momento llamaron al timbre.

—¿Puedes ir tú? —le preguntó Sofía.

—¿Yo?

—Sí, supongo que será mi madre. Ábrele. Necesito un momento sola.

—Vale.

Rodrigo se puso en pie, aliviado al alejarse de ella porque no sabía qué

decir o hacer para calmarla, y a la vez sintiendo la ausencia de su cuerpo cálido pegado a su costado.

Reconoció a la mujer del día anterior, aunque jamás habría pensado que era la madre de Sofía. No se parecían en nada. Tenía el pelo rojizo y corto, y su cara era más redonda. Su expresión fue de clara sorpresa al encontrárselo allí abriéndole la puerta, pero cuando Rodrigo se presentó como el vecino de Sofía, el rostro de la mujer se iluminó y dijo:

—Ah, tú eres el del flan y la Vespa. Y te vimos ayer.

Sin esperar respuesta, le dio un fuerte abrazo al que él respondió con cierta torpeza, pues el achuchón se alargó y alargó.

—Me gusta tu aura y tu energía, muchacho —dijo ella al soltarle—. ¿Dónde está mi hija, por cierto? La estaba esperando en el coche, pero no sale. No habré interrumpido nada, ¿verdad?

Rodrigo sintió que enrojecía ante la mirada de aquella mujer y su propio rubor lo abochornó, acalorándolo todavía más. ¿Qué se suponía que le había contado Sofía a su madre sobre él? Estaba claro que habían hablado sobre su accidentado primer encuentro y sobre el paseo en moto, pero ¿qué más le había dicho LunaLoba? Que su madre preguntara si había interrumpido algo daba a entender muchas cosas. ¿Se habría mostrado Sofía interesada en él? ¿Le habría dicho algo interesante a su madre sobre sus encuentros?

—No, no, claro que no —se apresuró a negar Rodrigo—. Lo que ocurre es que... —Miró hacia el salón—. Sofía ha encontrado algo en la habitación de Mari que la ha... sorprendido.

—¿Sorprendido? —Macarena arrugó el gesto, pues la indecisión de Rodrigo al buscar la palabra correcta la alertó de que la sorpresa no había sido grata—. Esa chica... Nunca me ha gustado. ¿Qué ha encontrado?

—Nada, mamá, no te preocupes.

Ambos se sobresaltaron al oír a Sofía, que acababa de aparecer en el pasillo.

—¿Seguro, cariño?

—Sí. Rodrigo tiene razón, no sabré qué ha ocurrido hasta que hable con Mari, así que me olvido del tema hasta que vuelvan de Londres. Si no, lo único que voy a hacer es amargarme.

—Pero... ¿qué es?

—Nada de lo que deba preocuparme hoy —insistió Sofía con firmeza—. Aún me queda otro día con Connie y pienso aprovecharlo. ¿Puedes coger mis focos, Rodrigo? Yo llevo los de Mari.

—Sí, claro.

Él se apresuró a alcanzar los focos de Sofía de donde los habían dejado en el salón y los tres salieron juntos al exterior, donde montaron el equipo en el coche de la madre de Sofía.

—Gracias por todo, Rodrigo.

—No ha sido nada, mujer.

—No, en serio. Por todo —recalcó ella a la vez que se ponía de puntillas para darle un beso en la mejilla. Al separar su boca, le pasó ambas manos por la mandíbula—. ¿Te estás dejando barbita? Te sienta muy bien. Estás muy guapo.

Rodrigo sonrió como un tonto.

23.

Los focos eran para un vídeo del canal de Connie. Al principio, cuando la modelo les contó su idea, Sofía no se mostró especialmente entusiasmada. De hecho, su actitud fue más bien escéptica. ¿Connie hablaba en serio o era una especie de prueba? Quería usarlas a ella y a su madre como ejemplos para un vídeo de *tips* sobre cómo posar en las fotos. ¿Quizá los chilenos tenían un sentido del humor muy especial y aquello era solo una broma?

Pero no, Connie lo decía muy en serio y acabó convenciéndolas porque no quería enfocar el vídeo como una modelo que da consejos para otras profesionales, sino que sus recomendaciones estaban pensadas para todos los públicos. Trucos básicos que, según ella, marcaban la diferencia y hacían que una persona que se consideraba poco fotogénica pasase a gustarse en las fotos. Eran cosas tan sencillas como no mirar a la cámara de frente, sino ligeramente ladeada, sacarle el mayor partido al «lado bueno» de la cara, alzar la barbilla en lugar de bajar la mandíbula como si quisieras tapar una papada, o entreabrir un poco los labios mejor que dejarlos apretados. También quería recalcar la importancia que tenía una buena elección de fondo y una correcta iluminación. Y, según ella, el truco más importante se escondía en la mente. Si en una foto querías salir feliz, debías estar pensando en cosas bonitas; si querías mostrarte melancólica, buscar recuerdos que te pusieran en ese estado emocional; para las miradas sexys, tenías que creerte de verdad que eras sensual.

—Todo está en la mente. Todo es actitud, chicos. ¿Quieren salir guapos? Díganse «¡soy guapo!», «¡qué linda soy!». Piensen en lo que más les gusta de ustedes. En sus ojos, en su cabello. Piensen en lo que sintieron la última vez que alguien les dijo «te amo». ¡Sean felices y la cámara les

devolverá felicidad! Créanme. Mis fotos nunca me gustaron tanto, siento que nunca salí tan bien como ahora, y es que justo en este instante soy feliz, chicos. Sí, muy feliz. Por todo el amor que ustedes me dan, por Jack, por mi trabajo, por mis viajes, por toda la gente que estoy conociendo. Sí, soy dichosa y la cámara lo atrapa.

Sofía no había querido participar en el vídeo al principio, pero después se sintió muy satisfecha con el resultado y se lo pasó muy bien durante la larga y entretenida sesión fotográfica. Le sirvió para salir de su zona de confort y además le encantó el mensaje que Connie logró transmitir en un vídeo con una temática que podría haber sido tan superficial.

Si es que aquella chica valía su peso en oro y se merecía cada uno de los suscriptores que tenía. Era la mejor, y si Sofía ya la admiraba viéndola solo a través de sus vídeos de Youtube, tras aquellos días juntas su amor por ella creció de forma exponencial. Ni siquiera el mensaje que Caperucita dejó cuando el vídeo vio la luz una semana después consiguió amargarla, y eso que decía «qué lista que eres, Connie, te rodeas de feas para parecer más guapa; ¡la técnica de “la amiga fea” de toda la vida!»

Connie y Jack también se habían ganado a su madre. A Macarena le gustaba su positivismo, su energía, su alegría. Sus auras eran potentes y brillantes, y le encantaban como amigos para su hija.

—Ojalá te juntaras con más gente así —le había comentado, para después preguntarle de nuevo qué había ocurrido en su casa cuando entró a recoger los focos.

Sofía, tras dudarlo un momento, se lo contó. Necesitaba hablar de ello con alguien, pues aunque había intentado relegarlo a un rincón de su mente, la duda no hacía más que asomar el morro en sus pensamientos. ¿Por qué Mari tenía guardada su placa de los cien mil?

—Solo ella puede contestarte a eso —dijo su madre cuando terminó de

relatarle lo ocurrido—, y tenías razón al querer olvidarlo por ahora, pues no puedes hacer nada al respecto. Pero en cuanto vuelva de Londres quiero que hables con ella y que te lo explique. No lo dejes correr ni te guardes lo que sientes, pues será mucho peor.

—¿Y si no me gusta lo que descubro?

—Con las conjeturas siempre nos ponemos en lo peor. Con un poco de suerte, su explicación será mejor que lo que te estás imaginando.

—¿Tú crees? —interrogó con un deje de duda.

—Si no lo es, dejas el piso. No quieres a alguien así en tu vida.

—Igual podría irme de viaje con Jack y Connie —bromeó Sofía—. Hacerme medio nómada, cómo ellos, y recorrer el mundo.

—¿Y por qué no? Yo lo haría. Mejor dicho, yo lo hice. Cogí todo lo que me importaba, que básicamente eráis tú y tu padre, y recorrí Europa en furgoneta. Fueron probablemente los mejores años de mi vida. Aprovecha estos meses que no estás haciendo nada; viaja hasta que llegue septiembre y te apuntes a ese curso que me has dicho que querías hacer. Haz la maleta y vete.

—Haces que suene tan fácil...

—Y lo es.

Al darse cuenta de que presionando más a su hija en ese momento no conseguiría nada, Macarena cambió de tema.

—Tu vecino... ¿cómo se llamaba?

—Rodrigo.

—Parece simpático. Y no me habías dicho que era tan guapo.

—¿Te parece guapo?

—¿A ti no?

Sofía se encogió de hombros, intentando disimular la emoción que había sentido al pensar en su vecino. Le pareció raro que su madre no

añadiese nada más, así que la miró por el rabillo del ojo y entonces Macarena exclamó:

—¡Ajá! Te pillé. Te parece guapo.

—Es muy mayor para mí.

—¿Muy mayor? Pedro me saca a mí un montón de años. Y tu padre me sacaba siete. La edad es solo un número.

—Tiene trece años más que yo.

—¿Trece? —Su madre pareció meditar bien aquella cifra—. ¿Tiene treinta y dos?

—Treinta y tres, según me contó. No veas el cachondeo cuando le dije que era de la época de los neandertales —bromeó Sofía, pues el cambio que se había obrado en el rostro de su madre la había preocupado un poco. ¿Macarena creía que trece años eran demasiados? Había sacado el tema de la edad para fingir que Rodrigo no le llamaba la atención tanto como lo hacía, pero al ver que su madre había dejado de sonreír con picardía, se preocupó. No quería que estuviera en contra de Rodrigo.— Tú con Pedro te llevas más, ¿no?

—Sí, casi veinte. Pero nos hemos encontrado en otra época de nuestra vida. Tú aún no tienes ni los veinte y él tiene treinta y pico.

—Treinta y pocos —corrigió Sofía.

—Treinta y pocos —concedió su madre.

Se quedaron en silencio durante unos largos segundos hasta que Sofía la miró de nuevo por el rabillo del ojo y no pudo contenerse:

—¿Verdad que es guapo?

—Sí, sí que lo es.

LunaLoba sonrió satisfecha al ver que el gesto pícaro había regresado al rostro de su madre.

Macarena volvió al ataque con el tema de los viajes un par de horas

más tarde, cuando estaban cenando con Jack y Connie. Sabía que en ellos encontraría el aliado perfecto para convencer a su hija de que estaba en el momento perfecto para no hacer planes a largo plazo y disfrutar de la vida.

—Hazlo —aseveró Connie—. No dejes que el miedo te bloquee y hazlo. Ahora mismo estás asustada, lo sé. Yo lo estaba. Salí de mi casa con dieciséis años para trabajar como modelo y tenía mucho miedo. Ahora, cada vez que dejo Chile sin saber cuándo volveré, me vuelvo a asustar y me pregunto si estaré haciendo bien. ¿No sería más fácil quedarme allí, con mi familia, con mis amigos, en lo conocido? Pero siempre merece la pena si viajas con las personas adecuadas.

—¿Y con quién voy a viajar yo? ¿Con Mari?

Le daba risa solo de pensarlo.

—Viaja sola. Conocerás a gente en el camino, gente como tú, que esté conociéndose a sí misma, o simplemente personas con las que compartirás unos días estupendos en cada país.

—También puedes viajar con tu madre —sugirió Jack en inglés a la vez que la miraba con intensidad—. No sabes la suerte que tienes de tener la madre que tienes.

—Claro que lo sé.

—No, no lo sabes. Mi padre cuando le dije que no quería seguir trabajando con él, que a mí lo que me gustaba era hacer vídeos y viajar, me contestó que eso estaba muy bien... pero para mi tiempo libre. «De eso no vas a poder vivir», «deja de soñar», «eres un vago», «es hora de que crezcas». Cuando dejé el trabajo y me mudé a Santa Mónica, dejó de hablarme. Estaba esperando a que volviera con el rabo entre las piernas en cuanto se me agotara el dinero. De eso hace ya dos años y ahora vuelve a hablarme, pero sigue sin entender que esta es mi vida y que es tan válida como la suya. No necesito un taller físico en un pueblo concreto para trabajar,

me vale con una cámara y un ordenador.

—Pero tú tenías a Connie —protestó Sofía.

—No al principio. Llevamos juntos solo un año y unos meses. Al principio salté al vacío yo solo, sin saber si habría red o no, y cada día doy las gracias de haberme atrevido. Piensa en cuando seas mayor, ¿de qué crees que te arrepentirás? ¿De haber intentado vivir como realmente quieres o de no haberlo hecho?

—Llevas meses triste, cariño —intervino Macarena—. Veo la insatisfacción en todo lo que haces. Dejaste la universidad y no te dije nada porque si era lo que de verdad querías, tenías todo mi apoyo, pero... ¿qué haces ahora con ese tiempo que tienes? Nada. Sueñas con tener una vida como la de Connie y Jack que te permita hacer vídeos tan bonitos como los suyos, pero ahí te quedas, soñando y quejándote por la vida gris que tienes. Uno no consigue nada quejándose. Hay que hacer.

—¿Y con qué dinero hago yo todo lo que quiero, mamá? Con el alquiler, la comida, lo que pagué de la universidad... No tengo casi dinero en el banco. Y antes de que digas nada, no voy a aceptar tu dinero para esto, mamá.

—Trabaja y ahorra —dijo Jack—. Fue lo que yo hice con mi padre. Callarme y trabajar hasta que tuve suficiente ahorrado como para asegurarme de que, por muy mal que me fueran las cosas, no me quedaría sin dinero hasta al menos cuatro meses después. Y yo me fui a Los Ángeles, que es bastante caro, pero conozco gente que se va a países con un nivel de vida mucho más bajo: la India, Birmania, Camboya... tengo muchos amigos ahí y te puedo asegurar que es precioso. Ellos pueden trabajar desde cualquier parte del mundo y en Estados Unidos lo que ganan les daría justo para llegar a fin de mes, mientras que en esos sitios les da para una casa en primera línea de playa. Y si no, hay otras formas de viajar barato a sitios caros: haz

CouchSurfing, así no pagarás alojamiento y conocerás a mucha gente; alójate en hostales o campings; busca ofertas de vuelos tirados de precio; viaja en temporada baja; huye de los restaurantes y tiendas más céntricas y come donde lo hacen los lugareños... Hay mil posibilidades. Yo, por ejemplo, participo en una iniciativa que busca creadores de contenidos. Ahora mismo estamos buscando gente creativa con talento para la edición de vídeos. ¡Manda tu solicitud! O si no, eres artista y pintas genial. Vende tus cuadros, gana dinero así, y sigue pintando en tus viajes para tener más obras con las que financiar tus aventuras.

—Ya, claro vender mis cuadros —se rio Sofía—. ¿Quién va a comprarlos?

—Tienes más de doscientos mil seguidores en Youtube, ¿de verdad crees que al menos cien de ellos no matarían por conseguir un cuadro tuyo?

—Es cierto —corroboró Connie—, y piensa más allá. Tienes miles de personas ahí fuera que estarán encantados de ayudarte: te dirán sitios chidos y poco conocidos para visitar, te contarán dónde alojarte barato, te dirán dónde comer mejor. ¡Incluso te propondrán planes y te buscarán contactos para que hagas cosas que jamás soñaste hacer! A nosotros nos han dejado casas en primera línea de mar, nos han dado paseos en yate... hoteles nos han regalado noches gratis a cambio de publicitar su establecimiento o de hacer una sesión de fotos en su piscina, un chico incluso nos consiguió pases para un concierto super exclusivo.

—Pero eso... yo me sentiría mal, es aprovecharse de la gente.

—¿Tú sientes que nos hayamos aprovechado de ti?

—No, claro que no —negó rápidamente—. Es un regalo teneros aquí. Un sueño.

—Pues nos has dado de comer, hemos dormido gratis... Según tú, nos hemos aprovechado de ti.

—No. Yo quería daros todo eso y más. Vosotros me habéis aportado mucho.

Connie sonrió e, inclinándose sobre la mesa, le cogió las manos a Sofía.

—Tú también tienes ahí fuera a casi trescientas mil personas que te siguen porque les aportas algo. No desprecies su generosidad y amor por ti. Con las empresas es diferente, pues les estás haciendo publicidad, pero con la gente lo que vale es la generosidad. Cosas que para ti son super lejanas o super complicadas, para otra gente son normales. El chico de las entradas era parte del *staff* del cantante y sabía que a nosotros nos encantaba ese artista. Consiguió entradas gratis y nos las regaló. Hemos hecho submarinismo porque uno de mis *followers* es instructor de buceo, conducido motos de agua porque el primo de un seguidor tenía una empresa de deportes náuticos, montado en un barco al atardecer porque el tío de una seguidora tenía un velero... Son cosas que a esa persona realmente no le suponen un gasto y que para ti se convierten en un regalo maravilloso. Tus casi trescientos mil *followers* no son solo un número. Son gente en el mundo con la que estás unida. Son tus amigos. Tu familia.

24.

No sabía muy bien cómo abordar el tema de la placa de Youtube con Mari, así que al final optó por la opción más sencilla y le mostró el cuadro a su amiga para ver cómo reaccionaba. Lo hizo al día siguiente de que volviera de Londres.

La noche anterior Mari la había bombardeado con preguntas sobre Connie: cómo se la había encontrado, cómo había conseguido pasar tiempo con ella, qué habían hecho... Sofía fue parca en palabras. No se sentía a gusto hablando con ella, no sin saber todavía cómo y por qué había acabado su placa de los cien mil en el cuarto de su compañera de piso.

Así que, como sabía que la situación no podía seguir así, lo primero que hizo al día siguiente fue coger la placa, que había guardado en su habitación el día que la encontró, y salir al encuentro de su compañera, que en aquel momento se encontraba desayunando en la cocina.

No dijo nada, solo se quedó allí plantada, mirándola y mostrándole el cuadro. Carraspeó para que Mari se girara y pudo ver que su sorpresa fue mayúscula.

—¡Tu placa!

Sofía no dijo nada, solo la miró, estudiando su reacción al detalle. Quería que Mari fuera la primera en hablar.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó su compañera—. ¿No estás contenta porque te haya llegado?

Sofía frunció el ceño.

—¿Llegado?

—¡Claro! —La joven se acercó hasta ella y se agachó para mirarla—. Qué bonita. Creo que es más grande que la mía y todo, ¿no? Hiciste bien en

esperarte.

¿En esperarse? Sofía no había tardado en pedir la placa porque hubiera querido, la había solicitado mucho después que su amiga porque no sabía que había que pedirla. Pensaba que la mandaban de forma automática al llegar a cierto número de suscriptores y nadie la sacó de su error hasta que finalmente preguntó abiertamente cómo era que a ella no le mandaban nada. Pero ese tema era agua pasada. Ahora lo que tenían que tratar era algo muy diferente y parecía que Mari no se lo iba a poner fácil. ¡Se estaba haciendo la loca, como si el paquete hubiera llegado mágicamente a su habitación y ella no supiera nada!

—La placa no me ha llegado, Mari, la he encontrado en tu habitación, entre tus cosas. ¿Puedes explicarme qué hacía ahí?

—¿En mi habitación?

—Sí, en tu habitación, así que más te vale tener una buena explicación.

—¿Yo? Más bien tendrás que explicarme tú qué hacías mirando entre mis cosas.

Sofía no pudo contener la carcajada incrédula que escapó de su garganta.

—¿En serio?

—¿Me voy a Londres y aprovechas para revisar mi habitación?

—Te recuerdo que, en teoría, a Londres nos íbamos las dos.

—¡Claro! Es eso, ¿no? Estás cabreada por lo del viaje. ¡Cómo no!

Mari soltó aquello muy indignada, pero Sofía no dejó que su amiga desviara su atención.

—¡He encontrado mi placa de los cien mil en tu habitación, Mari! ¡Escondida! Y según el paquete, salió en su fecha, así que lleva en tu habitación varios meses. Explícamelo.

—Yo no sé nada.

—¿¡Cómo no vas a saber nada!? Estaba en tu habitación, al lado de tu tocador.

—No sé cómo ha llegado ahí.

—¡Mentira!

—Si sabes tan bien qué ha ocurrido, ¿por qué me preguntas?

—Porque quiero que me expliques por qué.

—¿Por qué, qué?

—¡Por qué me escondiste la placa!

—Ya veo. No me vas a conceder ni un ápice de duda. Crees que te he escondido el dichoso paquete y ya está. Esa es tu verdad y punto.

—¿Qué otra verdad hay, Mari? Dime. El paquete estaba en tu habitación, abierto y escondido, y lleva ahí varios meses. Explícamelo.

—No puedo.

—¡Venga, hombre!

—No puedo, de verdad. No sé cómo ha llegado el paquete a mi habitación.

Sofía no podía creerse la desfachatez de su amiga, mintiéndole a la cara y encima atreviéndose a mostrarse ofendida.

—Tenemos duendecillos que le abren la puerta al cartero, reciben paquetes y luego los guardan en tu habitación en lugar de en la mía.

—No sé, Sofía. No sé. Sé que es muy raro todo, pero te prometo que yo no sabía que la placa estaba en mi habitación. Te habría dicho algo.

LunaLoba la miró fijamente durante unos largos segundos. Sentía rabia y ganas de llorar. No la creía y sabía que le estaba mintiendo a la cara. No había otra explicación.

Sabía que su relación últimamente no era la mejor, pero ¿en qué punto habían llegado a eso?

Tragó el nudo de emociones que tenía en la garganta y se dio la vuelta.

No podía seguir hablando con Mari. Simplemente no podía.

Se encerró en su habitación y no salió ni para comer. Se dedicó a garabatear con rabia en sus cuadernos de bocetos y calmó su hambre con unos frutos secos que guardaba en el primer cajón de su escritorio. Ya por la tarde, unos golpes en la puerta la sacaron de su trabajo. No contestó porque sabía que era Mari.

—Sofía, ¿me oyes?

Continuó en silencio, convencida de que se iría pensando que tenía los cascos puestos con la música a tope, pero su compañera de piso abrió la puerta y al verla dándole la espalda y mirando por la ventana, dijo simplemente:

—¿Puedes venir? Por favor. Te lo explicaremos todo.

¿Explicaremos? ¿Ella y quién más? La curiosidad y la promesa de respuestas hizo que al fin se girara para mirar a su amiga, que la observaba desde la puerta.

Mari, al ver que al fin había conseguido que le hiciera caso, echó a andar hacia el salón y Sofía la siguió infundiéndose coraje. No le gustaban las confrontaciones, solía huir de ellas aunque eso supusiera perjudicarse a sí misma, pero en aquel caso no iba a achantarse. Necesitaba respuestas.

Le sorprendió encontrar a Fabián en el salón, pero no dijo nada. De hecho, nadie pronunció palabra hasta que Mari, con tono impaciente, exigió:

—Fabián, explícaselo.

Su novio parecía bastante azorado y se rascó la nuca con energía antes de hablar. La explicación salió a trompicones de su boca.

—Fui yo el que recibió el paquete. Mari se estaba duchando y como no había nadie más en casa, abrí yo. Lo dejé en la habitación de Mari para que ella te lo diera y se me olvidó decírselo. Tampoco me acordé luego de decírtelo a ti.

Él no la miraba a los ojos. Parecía muy avergonzado, pero Sofía no se permitió sentir pena por él.

—¿Que no te acordaste?

—No, lo siento.

—¿Pero cómo no te vas a acordar, Fabián? ¡Era mi placa de los cien mil!

—Yo... yo no sabía que...

—¡El paquete estaba abierto!

—Yo... yo...

Fabián miró a su novia en busca de ayuda, pero esta lo observaba con expresión dura y le hizo un gesto con la cabeza, exigiéndole que continuara con su explicación. Él estaba muy alterado, respiraba con rapidez y seguía sin poder mirar a Sofía a la cara.

—Tienes razón lo siento. Abrí el paquete, sentía curiosidad. Pero te prometo que no quise escondértelo, simplemente se me olvidó. Llegó un viernes, tú pasaste ese fin de semana con tu madre y... —Al fin alzó los ojos y la miró—. Se me olvidó, lo siento. Lo siento muchísimo. Perdóname.

El remordimiento era visible en su mirada. Parecía incluso desesperado. Sofía sintió que la rabia desaparecía de su cuerpo como si fuera un globo desinflándose. En su lugar, apareció la desilusión y una sensación de vacío. Miró a Mari y una chispa de alivio prendió en su interior. Al fin tenía su respuesta y, por suerte, la relación con su amiga estaba mal pero no tanto como había llegado a creer durante aquellos días.

Nadie había escondido a posta aquel paquete, todo había sido simplemente un malentendido. Un olvido.

—No te preocupes —dijo al fin, dirigiéndose a Fabián—. No pasa nada.

—¿Me perdonas?

—Te perdono.

—Gracias, Sofía.

—Pero no vuelvas a abrir nunca algo que llegue a mi nombre. Lo dejas en el salón y listo.

—Por supuesto. Lo siento muchísimo, de verdad.

25.

Rodrigo sonreía pese a ir cargado como una mula. Aquellas bolsas de la compra estaban convirtiendo sus dedos en morcillas amoratadas, pero no le importaba. Una mujer le había dado su teléfono en el supermercado y, aunque sabía que no había ligado y que aquellos dígitos no eran para él, le hacían casi tanta ilusión como si lo fueran. Carlota, la dependienta que intercambiaba recetas con Rafa, le había garabateado su número de móvil en el ticket de la compra. Se notaba que estaba interesada y a Rafa le bastaría con intercambiar con ella unos cuantos mensajes para que de ahí surgiera algo.

Al llegar a casa, encontró a su amigo en el sofá, viendo un vídeo a través de la tableta. Rodrigo fue a guardar la compra en el frigorífico, pero al darse cuenta de que la voz que salía del aparato era la de Sofía, regresó rápidamente al salón como atraído por un canto de sirena.

—¿Qué ves?

—LunaLoba ha subido nuevo vídeo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, con la modelo que te dije y su novio. Está divertido, pero me está entrando hambre. ¿Te apetecen unas tortitas?

Rodrigo se puso a su lado para ver mejor.

—¿Eso son tortitas? —preguntó alucinado

—Sí.

—¡Pero si parece un cuadro!

—Tendrías que haber visto la cara de Connie cuando le ha dado la vuelta a la tortita que ha hecho con una foto suya. Ha sido muy gracioso y la verdad es que creo que todos nos hemos quedado con la misma cara —Rafa

se rio al recordarlo—. Tienes que verlo entero.

—Lo haré—. Aun así, se quedó ahí mirando el final.

—Hacía bastante tiempo que LunaLoba no subía vídeo y ahora van dos seguidos: el de las chuches y este. Ojalá siga así —comentó Rafa cuando terminó la reproducción.

—Sí, ojalá. Por cierto, tengo algo para ti.

—¿Qué?

—En el supermercado me he encontrado con alguien y te manda saludos y algo más —dijo Rodrigo sonriente, mirando atentamente a su amigo para ver su reacción.

—¿Con quién te has encontrado?

—Con una amiga tuya muy mona.

—¿Quién? —interrogó Rafa. La expresión picarona de su compañero lo estaba poniendo nervioso.

—Alguien con quien compartías recetas y que te ha echado mucho de menos últimamente.

—¿Alguien con quien compartía recetas? —repitió con el ceño fruncido—. ¿Quién?

—Ca... —le dio él una pista.

—¿Ca qué?

—Carrrrrr...

Rodrigo se sentía frustrado. Con lo interesada que había estado la dependienta, ¿cómo era posible que Rafa ni siquiera se acordara de ella?

—No caigo ahora mismo.

—¡Carlota! La dependienta mona. ¿En serio que no sabes quién es? Si hemos hablado de ella.

—Ah, sí, sí. Carlota. Sí, ya. Morena con el pelo rizado, ¿no?

—Sí, esa.

—Ah, vale.

—¿Ah, vale? ¿Y ya está? Porque yo la he visto muy interesada en ti. De hecho, cada vez que voy me pregunta por ti y hoy me ha dado su número pidiéndome expresamente que te lo de.

—¿En serio?

—Vaya que sí. Quiere hablar contigo.

Le tendió el ticket y Rafa lo extendió para ver la pulcra letra de la mujer.

—¿No te gusta? —preguntó Rodrigo—. No te veo muy entusiasmado. Pensaba que te iba a hacer mucha más ilusión.

—No sé, es que... me ha pillado por sorpresa, es solo eso.

—Es guapa y parece simpática. Y la tienes en el bote, créeme. Además, me ha dicho que compartís *hobbie*, porque a ella también le gusta cocinar y le encanta compartir recetas contigo.

—Sí, Carlota está muy bien.

—¿Pero? —interrogó al ver aquella palabra pintada en la cara de Rafa.

—Pues que a mí me gusta LunaLoba.

—¡Oh, vamos, Rafa!

—¿Qué?

—LunaLoba es solo un sueño, un amor platónico. Carlota es real.

—De amor platónico nada. Es nuestra vecina, la tengo a tan solo unos metros y le caigo bien.

—¿Acaso has vuelto a hablar con ella desde que trajo la caja de chuches? Y ver sus vídeos en Youtube o en Instagram no cuenta como hablar con ella, ¿eh?

—¡Pues sí, listo! He hablado con ella. Nos escribimos todos los días.

Rodrigo se quedó parado ante aquella noticia.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Tienes su teléfono?

¿Qué era aquella presión que sentía en el pecho?

—No me hace falta. Hablamos por mensajes de Instagram.

Al ver que Rodrigo se había quedado sin argumentos, Rafa añadió triunfal:

—No te lo esperabas, ¿eh? LunaLoba no es mi amor platónico, es algo real. Poco a poco lo conseguiré. Pico, pala, pico, pala.

—Me alegro por ti. Ojalá lo consigas, de verdad. Pero por favor, escríbele a Carlota, ¿vale? Le he prometido que te daría su número y la pobre estará esperando que le digas algo.

—Sí, no te preocupes.

Rodrigo volvió a la cocina para colocar la compra y después sacó su teléfono. Entró en Instagram y abrió el perfil de Sofía. Ahí estaba la opción de contactar y, tras pinchar, la aplicación le hizo una tentadora propuesta.

«Escribe un mensaje...»

Sí, puntos suspensivos incluidos, como evocando todo lo que podía ocurrir si se atrevía a teclear algo y darle a enviar.

Cerró la aplicación.

26.

Después de su aparición en varios *stories* y fotos de Instagram en la cuenta de Connie, su número de seguidores en la plataforma había dado un salto considerable. Casi mil personas en muy poquito tiempo. Eso le había permitido llegar antes de lo provisto a los 80.000 seguidores en Instagram y las repercusiones de su encuentro no terminaban ahí. Tan solo unos días después de despedirse de Connie, la agencia para la que la modelo había posado en España le mandó un mensaje invitándola a un evento. ¡A ella! A un evento de moda. Vale que le gustaba la ropa, que tenía varios tableros en Pinterest con ideas de conjuntos y que siempre intentaba ir arreglada, pero que la invitaran a un evento del mundo de la moda se le antojaba una auténtica locura. ¡Si hasta entonces lo único que había tenido que ver su canal de Youtube con la moda eran los *unboxing* de ropa china que hacía!

Todavía no había aceptado la propuesta, que le había llegado esa misma mañana, pero aquello le había dado una idea. Connie la había animado a sacarle el máximo partido a sus seguidores y a sus cuentas, ¿y si intentaba convertirse en una auténtica *influencer*? Conocía a varios que se lo habían montado muy bien y que podían vivir de ello echándose fotos con productos, probando artículos, acudiendo a eventos... *Youtubers* con muchos menos seguidores que ella ya eran autónomos y vivían de eso.

Sofía sentía que aquel mundo estaba a años luz de ella, pues no se sentía para nada una *influencer* pese a sus 80K seguidores en Instagram y a su cuarto de millón de fans en Youtube (sí, también habían subido). Pero quizá así podría conseguir dinero, efectivo para viajar y salir de la rutina gris que se había instaurado en su vida. No estaba tan desesperada como para venderse a cualquier marca, pero había visto muchas colaboraciones con

empresas en canales de *youtubers* a los que admiraba, y gran parte de ellas estaban hechas con arte y buen rollo, de tal forma que eran un vídeo más, no un anuncio promocional. Quizá ella también sería capaz de eso. Con la tienda de chuches japonesas le había ido bien; disfrutaba con aquellos vídeos y sus seguidores también. ¿Por qué no intentar hacerlo un poco más a lo grande?

—Sofía, cariño, ¿puedes venir?

La petición de su madre hizo que detuviera su búsqueda de información a través del móvil y se levantara de la cama. Siguió su voz hasta llegar al salón. Se detuvo en seco en la puerta al ver que su madre había vuelto a sacar su trípode mágico y, de nuevo usando varias cajas, había montado un set de grabación frente a la ventana del salón para que la luz les incidiera bien sobre el rostro, tal y como Connie les había enseñado.

—¿Qué es esto, mamá? ¿Vamos a grabar un nuevo vídeo de «consejos de una madre hippie»?

—Sí, ven, siéntate aquí a mi lado —palmeó el suelo, en el que ella estaba sentada haciendo la flor de loto.

—Podemos grabarlo con mi cámara si quieres —dijo Sofía a la vez que se sentaba—. Sabes que tiene el visor para ver lo que estamos grabando y es mucho más práctica.

—No te preocupes, Pedro nos va a echar una mano. ¡Pedro! Ven un momento.

Su pareja parecía estar esperando que lo llamara, pues apareció al instante y se dirigió directamente al móvil, como si supiera lo que tenía que hacer.

—¿De qué es el vídeo, mamá?

—Es una sorpresa.

—¿Una sorpresa? ¿Y vamos a hacerlo así, sin guion ni nada?

—Es una sorpresa —insistió Macarena. —¿Salimos bien encuadradas?

—Perfectas y muy guapas. ¿Lo pongo ya?

—Sí.

Sofía se echó la larga melena hacia atrás. Solía toquetearse el pelo en los vídeos, sobre todo cuando se ponía nerviosa.

—Tres, dos... ya le he dado. Puedo sentarme aquí para veros, ¿verdad?

—Sí. Pero siéntate ya y *shhhh*, que está grabando —le regañó Macarena.

—No te preocupes, Pedro, siempre quedan divertidas estas tomas falsas.

—¡Hola, lobeznos! —saludó su madre.

—Auuu —coreó su hija, como solían hacer en los vídeos de una madre hippie.

—Hoy estamos grabando esto por algo muy especial. Sofía no tiene ni idea de qué va a pasar ahora, ¿verdad que no?

—Solo puedo rezar porque no sea muy vergonzoso —replicó ella con cara de susto.

No sería la primera vez que su madre quería que hiciese algo poco decoroso frente a la cámara, como cuando se le había ocurrido grabar un vídeo con ejercicios para fortalecer el suelo pélvico y había insistido en grabar la cara de Sofía mientras la joven estaba sentada en la taza del váter y orinaba a intervalos, cortando la micción siguiendo las pautas de su madre. En el vídeo salía roja como un tomate y encima de fondo se oía perfectamente el chorrillo. Fue un vídeo bastante visto, por un lado porque a la gente le gusta ver a otras personas pasando vergüenza y por otro porque el panel de comentarios no tardó en llenarse de detractores de aquella técnica. Según decían, los últimos estudios habían demostrado que hacer eso no solo no fortalecía el suelo pélvico, sino que además era peligroso. La polémica estaba servida y mientras los usuarios se peleaban en los comentarios, el

contador de reproducciones no dejaba de subir.

—Te puedo asegurar que lo que tengo preparado te va a encantar —le dijo su madre, y Sofía se sorprendió al darse cuenta de lo ilusionada que estaba.

Miró a Pedro y vio que también estaba expectante. Era extraño, pues él nunca se quedaba para verlas grabar y en aquella ocasión allí estaba. ¿Qué habría preparado su madre?

—Adelante, pues. ¿Qué tienes preparado para mí?

—Verás. —Su madre se giró y cogió del suelo un portátil que tenía al lado y que Sofía no había visto hasta entonces—. Hay una empresa que se dedica a hacer tests de ADN para saber de qué partes del mundo provienes, de dónde eran tus ancestros.

—Eso está guay —admitió Sofía—. ¿Quieres que nos hagamos las pruebas?

—Sí y no. Las pruebas ya están hechas y hoy me han llegado tus resultados.

—¿En serio?

—Sí. Normalmente la gente regala el kit para hacérselas, pero yo quería sorprenderte más todavía. Iba a esperar para tu cumpleaños, pero han llegado hoy y creo que es el momento perfecto para dártelo.

—Pero... ¿no necesitabas mi ADN?

—Sí, ya lo mandé.

—¿Cómo?

—Pues cogiendo una muestra y enviándola por correo, claro.

Sofía frunció el ceño al ver que su madre se mostraba algo reticente a explicarse mejor.

—¿Una muestra mía? ¿De pelo? ¿Qué hiciste, coger los pelos que dejo en el cepillo?

—Lo cierto es que... Necesitaba saliva.

—¡Dios, mamá! ¿¡No habrás cogido ningún escupitajo mío!?

—Claro que no, ni que esto fuera el viejo oeste y fueras escupiendo por ahí.

—¿Entonces de dónde lo has sacado, de un vaso o algo?

—Venga, Macarena, díselo —la animó Pedro—. Es un poco de película de terror, pero lo hiciste para que fuera una sorpresa.

—Sí, es cierto, lo hice para sorprenderte —corroboró su madre, mirándola.

—Mamá, ¿de dónde sacaste el ADN?

—Pues verás, el kit incluía unos bastoncitos que debían frotarse por la parte interior de la mejilla y eso hice.

—¿Cuándo?

—Mientras dormías.

—¡Joder! Sí que es de película de terror sí. ¡Podrías habérmelo pedido!

—Habría perdido toda la gracia —protestó Macarena.

Sofía se giró hacia la cámara y, resignada, negó con la cabeza. Costaba acostumbrarse a las excentricidades de su madre incluso aunque llevaba toda la vida con ellas.

—Entonces, tienes ya los resultados —dijo al fin LunaLoba, recuperando el hilo del vídeo—. ¿Y qué ha salido?

—No lo sé, no he querido mirar.

—Vaya, hubiera estado bien que me susurraras las nacionalidades al oído esta noche, mientras duermo.

—¡Anda, calla! —Rio su madre a la vez que abría el portátil sobre su regazo—. Me han mandado los resultados al correo. Mira, este es. Toma y cuando estés lista dale al enlace.

Sofía cogió el ordenador, sintiendo que el nerviosismo de su madre se

le contagiaba.

—Cuando le dé, ¿qué se supone que voy a ver?

—Si no me equivoco, un mapa del mundo en el que te va a marcar los porcentajes de coincidencia.

—¿Qué crees que va a salir?

—Íbero e italiano seguro, por mí y por tu padre. También supongo que saldrá algo de Marruecos. Y lo demás... ni idea. Pero dale y lo descubrimos en un momento.

Sofía cogió a su madre de la mano.

—La mitad de lo que salga es tuyo —dijo justo antes de pulsar en el link.

Cargó una página web con un fondo de estrellas en la que se pudo leer «Sofía, usted es...». Tras eso, una bola del mundo aparecía sobre la constelación e iba haciéndose grande a la vez que en un lateral aparecía: 43,1% ibérica.

—Vale, vale, vale —dijo su madre emocionada—. Tienes un 43% de mí.

Tras unos segundos fijo sobre el mapa de España, el mundo comenzó a dar vueltas una vez más. Sofía le apretó más fuerte la mano a su madre al ver que la Tierra giraba hacia América, pero la imagen pasó de largo y volvió a Europa. Apareció en la pantalla «20,5% italiana».

—¿Veinte por ciento solo? —interrogó Sofía, y después, riéndose, preguntó—: Mamá, ¿quién es mi padre?

Pero entonces el mundo volvió a girar y se detuvo sobre la isla de Cerdeña. «21,4% sarda».

—Y tu padre empeñado en que toda su familia era romana de pura cepa.

Los segundos que el globo terráqueo permaneció sobre Cerdeña se le

hicieron eternos.

—¿Y el otro 15% que queda? —preguntó Sofía nerviosa.

—Seguro que del norte de África.

Otra vuelta al mundo y una nueva panorámica sobre Europa, en este caso con la zona de Inglaterra subrayada. «5,2% irlandesa, escocesa y galesa».

—¡Ohhhh, Irlanda, Escocia, Inglaterra! Si ya sabía yo que las ganas que tengo de viajar a todos esos sitios no son normales. ¡Tengo sangre *highlander*!

La siguiente mancha en el mapa se detuvo sobre Europa del este. «4,1% judía Askenazi». Sus caras fueron un poema.

—¿Y eso qué es?

Se miraron entre sí y para cuando volvieron a mirar a la pantalla, el mundo acababa de detenerse sobre Grecia: «3,6% griega». Una última vuelta y les marcó «2,1% 2 etnias más», con zonas de Noruega y Turquía coloreadas. Entonces, la bola se fundió a blanco y en la pantalla apareció un resumen con todos los resultados y un mapamundi con las zonas coincidentes sombreadas.

—¿Y África? —preguntó su madre—. ¿No hay nada del norte de África?

—Parece que no. —Sofía releyó entusiasmada los datos—. ¡Tengo sangre noruega! ¡Alucinante! Y lo de Irlanda, Escocia y Gales me ha matado. ¿Y quiénes son los judíos Askenazi? Voy a buscarlo en Internet.

Pero Sofía todavía no había encontrado respuesta a su pregunta cuando se dio cuenta de que algo ocurría. Pedro y su madre se estaban desternillando de risa a su lado y ella no sabía por qué.

—¿Qué pasa?

A su madre solo le faltaba revolcarse por el suelo de la risa, así que

Sofía miró a Pedro que, aunque también se estaba carcajeando, parecía un poco más controlado.

—¿De qué os reís?

—Que te lo cuente tu madre —contestó él a la vez que le tendía un sobre a Macarena.

LunaLoba tuvo que esperar un buen rato para saber qué había dentro de aquel papel, pues el ataque de risa que sufría su madre le duró bastante. Al fin, a la vez que se secaba las lágrimas, Macarena dijo:

—Mi idea con este regalo era que hiciéramos un pacto y me prometieras que vas a viajar a todos los sitios de los que provienes.

—Vale, me gusta la idea.

—¿Entonces lo prometes?

Sofía miró de nuevo el mapa y asintió llena de ilusión.

—Lo prometo.

—Bien, pues mi idea era que tú y yo hiciéramos el primer viaje a tus orígenes juntas. Y no sé por qué... bueno sí lo sé, pero a la vista está que me he equivocado. Estaba convencida de que saldría que teníamos sangre del norte de África: Marruecos, Argelia... se dice que todos los españoles tenemos sangre mora, ¿no? ¿Cómo iba yo a pensar que no saldría nada de esa zona? El caso es que toma —le tendió el papel—, no está en tu sangre, pero seguro que sigue siendo igual de bonito.

Sofía cogió el sobre y lo abrió. Eran unos pasajes de avión para Marrakech.

—¡Son para mañana!

—¿Te hace ilusión?

—¡Contigo al fin del mundo, mamá! —gritó a la vez que se lanzaba a su cuello para abrazarla.

27.

Su madre tenía más sorpresas preparadas y no las desveló hasta que estuvieron en el aeropuerto. Habían llegado con tiempo y se sentaron en unos bancos antes de pasar el control de seguridad para que así Pedro pudiera estar con ellas un rato más.

—Se me han ocurrido un par de cosas para hacer este viaje más divertido y quiero que te comprometas conmigo a que vas a seguir mis reglas.

—¿Tus reglas? —preguntó Sofía sin entender nada.

—Sí, ¿confías en mí?

—Pues ahora mismo me estás dando un poco de miedo, la verdad.

—No te preocupes. Todo va a ser por tu bien. Va a ser una experiencia única.

—Vale, aunque lo de que va a ser por mi bien suena muy pero que muy mal.

—¿Me prometes que vas a hacer todo lo que yo te diga?

Sofía dudó un momento más, pero después aceptó:

—Lo prometo.

Cerraron el pacto con un apretón de manos. Después, su madre le tendió una caja de regalo.

—¿Más regalos, mamá? No puede ser.

—Tú ábrelo.

El tono de Macarena no aceptaba réplica, así que Sofía empezó a desenvolver el paquete.

—¿Es un estabilizador para mi cámara? —preguntó sorprendida.

—Sí, así podrás hacer un vlog de nuestro viaje. Quiero que lo grabes todo y hagas un vídeo todavía mejor que los de Connie y Jack. He estado

mirando la convocatoria de la que nos habló Jack, esa en la que participaba y en la que buscaban creativos, ¡y creo que sería perfecta para ti! Has de hacer un vídeo de menos de 40 segundos demostrando todo tu talento.

—¿Un vídeo sobre qué?

—¡Sobre lo que quieras! ¿Te ves capaz?

Macarena se sintió muy satisfecha al ver el brillo de ilusión en la mirada de su hija.

—Lo intentaré.

—Lo harás.

—¡Lo haré! —exclamó ella, entregada.

Aquel estabilizador le permitiría grabar imágenes mientras iba andando, pues el aparato compensaba los vaivenes y hacía que la cámara se mantuviera siempre estable. Miró la caja con detenimiento. Su madre se había vuelto de pronto toda una experta en el mundo tecnológico, pues había acertado de lleno al comprar aquel modelo. Era el ideal para su cámara compacta, que era la mejor para grabar vídeos diarios por su ligereza y maniobrabilidad. Si lo hubiera comprado para su cámara réflex, habría sido bastante más engorroso.

—Luego lo ajustas en el avión —le dijo Macarena al ver que se disponía a abrir el paquete—. Ahora dale tu cámara a Pedro que nos grabe un momento.

—¿Qué va a grabar?

—Tú dásele. Has prometido hacer todo lo que yo te diga durante el viaje.

—Vale, vale.

Sacó la cámara de su funda y se la tendió al novio de su madre, que necesitó instrucciones para encenderla y activar el modo de grabación. ¡Y eso que hasta hacía no mucho Pedro se llevaba mucho mejor con la tecnología

que Macarena!

—¡Hola, lobeznos!

—Auuuuu.

—Estamos aquí en el Aeropuerto de Barajas, preparadas para empezar nuestro viaje a Marrakech y quería compartir con vosotros el momento en el que Sofía va a descubrir de qué va este viaje realmente.

LunaLoba supo en ese instante que, al editar el vídeo, tendría que hacer zoom sobre su propia cara para que nadie se perdiera la expresión que puso al oír aquello.

—Miedo modo *on* —murmuró.

—Ella sabe que nos vamos a Marrakech, vosotros también lo sabéis por el vídeo anterior de la prueba de ADN, pero lo que nadie sabe hasta ahora es que este viaje viene con *challenge*.

No, en serio, ¡su madre se había vuelto demasiado moderna! ¿De verdad había usado la palabra *challenge*? Otro zoom a su cara, por favor.

—Durante este viaje no vas a poder usar el móvil. Cinco días sin móvil ni Internet.

—¿Qué? —Sofía sintió que le faltaba el aliento.

—Vas a dejar tu móvil aquí, en España.

—Pero... ¿y si me pasa algo?

—Vamos a estar todo el rato juntas y yo sí llevaré teléfono por si hay una urgencia.

—Pero...

—Nada de móvil y nada de Internet. Podrás usar tu ordenador, pues quiero que edites algunas noches para tener el vídeo del ADN y el del viaje casi listos para cuando volvamos, pero no podrás conectarte a Internet. El *riad* en el que nos alojaremos no tiene WiFi, ya me he encargado yo de eso.

—Pero... pero...

—Has prometido hacer todo lo que yo te dijera. Así que dale el teléfono a Pedro.

—¡No! Déjame que lo lleve, por favor. No lo usaré, te lo prometo. Bueno, igual para grabar algo, pero eso es todo.

—No, nada de móvil. El teléfono se queda aquí con Pedro. Para grabar y echar fotos tienes la cámara.

—Pero...

—Dámelo.

—Pero...

Al ver que no se lo iba a dar por voluntad propia, Macarena cogió la mochila de su hija y sacó el teléfono de donde sabía que lo guardaba. Sofía hizo un esfuerzo por no decir nada más, consciente de que la cámara seguía grabándolas. Podría editar el vídeo más tarde, pero si quitaba justo aquel trozo, sus seguidores seguro que se darían cuenta.

Pese a la sensación de vacío, inseguridad e impotencia que le causó ver cómo su madre le daba el celular a Pedro, no dijo nada.

—¡Cinco días de libertad! —exclamó Macarena, divertida al ver la cara que tenía su hija.

Sofía murmuró algo que su madre prefirió no entender y que, en la edición de vídeo, LunaLoba pondría con símbolos raros, como si hubiera dicho un taco.

28.

Rodrigo no se animó a escribirle por Instagram hasta varios días después. Y antes de llegar a teclear nada, actualizó su perfil tras muchos meses sin hacerlo. Lo hizo con una de las fotos que ella le había tomado en su habitación, instantánea que también se puso como foto de perfil para que Sofía lo reconociera rápidamente.

No se sintió culpable por escribirle a espaldas de Rafa. Lo hacía por trabajo. Tenía que decirle que el proyecto de realidad virtual de la Luna estaba casi terminado y que en poco más de una semana podría hacer ese viaje tan especial. Sí, era trabajo. Todo muy profesional. Lo de haberse puesto su foto como imagen principal era solo para que supiera que era él y sus palabras no se perdieran entre las decenas de mensajes que seguro recibía cada día. ¿Decenas? ¡Ja! Seguro que solo de Rafa ya tenía al menos veinte mensajes cada día.

Esperó su respuesta con más ansia de la que podía admitir, incluso ante sí mismo, y se sintió como un estúpido cuando pasó un día y no recibió respuesta. Tal vez no le interesaba su propuesta de la luna y solo había dicho que sí por quedar bien. Quizá había estado trabajando como un tonto para crear aquel entorno espacial.

Su humor se torció todavía más cuando dos días después de su mensaje, ella subió una foto a su perfil. Parecía que estaba en Marruecos o lo había estado recientemente. Era una foto preciosa en la que la joven salía mirando a la cámara por encima del hombro. La luz del atardecer a su espalda volvía rojizos los mechones que volaban junto a su cara, impulsados por el viento. Tenía una mirada soñadora y el texto que acompañaba a la instantánea animaba a sus lobeznos a permanecer atentos porque se acercaban novedades

muy interesantes. Rodrigo solo se quedó con que había actualizado su perfil, lo que implicaba que había entrado en Instagram, y había ignorado su mensaje por completo. Quizá, después de todo, no eran más que vecinos que habían coincidido un par de veces. Tal vez había sido un idiota por pensar que, tras los momentos compartidos, ella al menos se dignaría a contestarle. ¿Qué tenía él que ver con los veinteañeros de ahora? Nada. ¿Qué compartía él con LunaLoba? Menos todavía.

Se sintió molesto, pero no con ella, sino consigo mismo. Por tonto. Por ridículo. Él no quería nada con Sofía por muchos motivos: por Rafa, por su trabajo, por la diferencia de edad. Y aun así se sentía decepcionado por la ausencia de respuesta, como cuando de pequeño le mandaba notitas de amor a Sara, que se sentaba dos filas por delante de él, y estas quedaban sin respuesta.

Sí, se cabreó consigo mismo por estúpido.

A nivel profesional, no obstante, era consciente de que no debía dejar correr la cosa. Varios de sus trabajadores llevaban varias semanas dedicándose al proyecto de la luna y aquella inversión de tiempo no podía malgastarse. Habló con Pepe, de marketing, y le comentó lo que ocurría: habían desarrollado un entorno virtual del satélite terrestre especialmente pensado para LunaLoba porque esta había mostrado su interés en la idea, pero la joven ahora no le devolvía los mensajes. Quería saber qué impacto comercial creía que podía tener una aparición en el canal de la chica para calcular cuánto dinero resultaría rentable ofrecerle por probar su producto. Era un dato que quería tener en mente cuando volviera a verla, por si lo necesitaba. Pepe se puso manos a la obra enseguida. Ya había hecho sus indagaciones sobre LunaLoba cuando Rafa anunció que era su vecina, pero ahora necesitaba información más concreta para hacer sus cálculos.

—¿Has visto últimamente a LunaLoba?

Rodrigo levantó la mirada y vio que era Rafa el que le hablaba desde la puerta del despacho.

—No —contestó de forma escueta, comiéndose el «¿y tú?» que le quemaba en los labios.

Rafa, que como era habitual llevaba el teléfono en la mano y le había hablado mientras miraba la pantalla, se acercó hasta el escritorio y se sentó en la silla que había al otro lado. Cuando pasaron un par de segundos, Rodrigo preguntó:

—¿No deberías estar trabajando?

—Estoy en mi rato de descanso —fue la respuesta del otro, que seguía abstraído en el celular.

Rodrigo miró la hora en su ordenador, ¿cuántos ratos de descanso se tomaba Rafa? No obstante, no dijo nada porque otra cosa no, pero al menos Rafa rendía y siempre terminaba su trabajo a tiempo.

Transcurrieron varios minutos en silencio hasta que se oyó:

—No entiendo nada.

—Esta escena me suena —dijo Rodrigo, aunque no despegó los ojos de la pantalla—. Déjame adivinar: te dedicas a cotillear en la vida de Sofía, Mari y todo su círculo a través de sus Instagram *stories* y no te enteras de qué está ocurriendo. ¿Es eso? Pues pregúntale directamente aprovechando que tanto hablas con ella.

—Hace días que no me contesta.

Aquello atrajo la atención de Rodrigo y consiguió que desviara la mirada un momento para observar a su amigo.

—Ah, ¿no? —Y después, para camuflar su interés, soltó—: Algo habrás dicho que no deberías.

—No. Está desaparecida para todos.

—Pero si ha estado subiendo fotos.

—Una foto —corrigió Rafa—. Y no ha respondido a ningún comentario. Y tampoco ha subido historias. Ni una. Y ahora un montón de *instagramers* están haciendo *stories* mostrando unas invitaciones que les han llegado y de las que nadie sabe nada. Los citan dentro de dos días en una discoteca de moda para un evento del que no se ha desvelado nada.

—Suen a película de terror en la que todos acaban muertos. ¿Y qué tiene que ver eso con Sofía?

—Ese día es su cumpleaños y, además, esta es la invitación —contestó Rafa a la vez que le mostraba una imagen que había subido alguien a la red. La tarjeta era negra y tenía la silueta de un lobo dibujada. Un lobo como el que Sofía tenía pintado en la pared de su habitación, solo que en dorado.

—Sin duda parece el suyo. ¿Y ella qué dice?

—Nada de nada. Parece que se la haya tragado la tierra.

Rodrigo miró durante unos segundos más la invitación, pensando en todo lo que Rafa le había dicho. Finalmente, se encogió de hombros y le devolvió el teléfono a su dueño antes de girarse hacia la pantalla del ordenador para fingir que los datos que aparecían en el ordenador eran los más interesantes del mundo.

—¿Y ya está? —preguntó Rafa—. ¿No sientes curiosidad por saber qué está ocurriendo?

—¿Te ha llegado a ti una invitación?

—No.

—A mí tampoco, así que ¿qué más nos da lo que sea?

Esa tarde, cuando Rodrigo regresó a casa, no se dio cuenta de que le habían colado un papel bajo la puerta. Lo pisó y dejó la huella grisácea de su calzado sobre el sobre blanco. Fue Rafa el que lo encontró cuando llegó a su casa un rato después.

«Rodrigo & Cia» podía leerse sobre el sobre. Rafa lo recogió del suelo

y lo puso al trasluz. ¿Sería la invitación a la fiesta de LunaLoba? Las postales que había visto en Internet no iban en un sobre blanco, pero de algún modo deberían haberlas entregado, ¿no? El contenido no se reveló al ponerlo a contraluz y al tacto era más duro que un simple papel. ¡Era la invitación! Rafa estuvo a un tris de abrir el sobre él mismo para ver qué había dentro. No obstante, al oír a Rodrigo en el salón resistió la tentación. ¿Y si no era lo que él creía?

—Tienes una carta —anunció a la vez que se dirigía directamente hacia él.

—¿Una carta? Si he revisado el buzón al venir.

—Estaba aquí, en casa. O se te ha caído al entrar o la han colado por debajo de la puerta.

Rodrigo extendió la mano y al palpar el sobre no pudo evitar mirar a Rafa con sorpresa.

—¿Crees que es...?

—Ábrela ya o lo hago yo —fue la respuesta de su amigo.

Ambos contuvieron la respiración al ver la tarjeta negra decorada con el lobo en dorado.

Era casi más bonita de lo que se veía en las redes. Rodrigo la volteó con avidez y ambos leyeron lo que ponía. Lo único personalizado que tenía la tarjeta era el código único de cada invitación. No había ningún mensaje privado de Sofía, ni siquiera una firma suya que hiciese más personal la postal.

—Pues nada —dijo girándose hacia Rafa—. Ahora sí que puedes preocuparte por la fiesta.

—¿Preocuparme?

—Claro. Estamos invitados. Investiga todo lo que quieras a ver de qué va esto. Aunque si nos ha llegado a nosotros, está claro que es cosa de Sofía.

—¿Estamos invitados? ¿Yo también?

—Claro. —Rodrigo miró el sobre. Ni se había dado cuenta de que solo ponía su nombre, aunque por eso se lo había dado Rafa, ¿no? Si no, lo habría abierto nada más verlo. Como ambos se quedaron mirando el «Rodrigo & Cia», intentó aliviar la tensión del momento con una broma—. Está claro que tú eres Cia. ¿Tienes alguna camiseta de la Agencia Central de Inteligencia o solo esa del FBI?

29.

Los cinco días sin móvil y sin Internet habían resultado toda una experiencia. Al principio, Sofía había echado de menos su teléfono. Muchísimo. Casi se podía decir que había tenido que pasar unos días de desintoxicación, ¡ella!, que decía que podía dejar de mirar el celular cuando quisiera. ¡Ja!

Durante todo el trayecto hasta la ciudad de Marrakech habló poco con su madre. Estaba cabreada con ella por haberle confiscado el teléfono y no podía quitarse el mal humor de encima. Por suerte, aquel estado taciturno se disipó un poco al llegar a la ciudad. En cuanto el taxi las dejó cerca de la plaza Jamaa el Fna, el caos y exotismo de aquella ciudad las envolvió y ella se distrajo. Con el minarete de la Kutubía a su espalda, avanzaron hasta la famosa plaza y, una vez allí, tuvieron que zigzaguear entre la multitud y buscar entre el laberinto de calles estrechas que conformaban la medina antigua hasta dar con la callejuela de su *riad*. Se trataba de un hostel encantador que ocupaba una casa tradicional, con patio central en el que los viajeros podían tomarse un té mientras escuchaban el sonido de la fuente. Atravesaron el portal de la casa a la vez que por toda la ciudad se extendía la llamada a la oración gracias a los altavoces colocados en lo alto de las mezquitas.

Sí, Sofía tenía un sinfín de cosas con las que ocupar su mente. La plaza Jamaa el Fna tenía muchísimas distracciones: encantadores de serpientes, multitud de carritos de zumos, aromáticos puestos de comida, monos amaestrados y mujeres que pintaban las manos de henna. Aquello consiguió que su enfado se evaporara, pero aun así la adicción al móvil seguía ahí. Tenía la necesidad de mirar el terminal para comprobar si tenía

notificaciones. Incluso notaba su teléfono vibrar, ¡y no lo llevaba encima!

No fue hasta el tercer día que consiguió de verdad olvidarse del móvil. Por las noches o en sus ratos de descanso seguía preguntándose quién le habría escrito y cuántos miles de notificaciones y mensajes tendría cuando volviera a encenderlo, pero incluso en aquellos ratos su madre conseguía distraerla con la edición de vídeo y las ideas que tenía para grabar. La verdad es que, sin teléfono y, sobre todo, sin redes sociales, el tiempo le cundía mucho más. Incluso se volvió más imaginativa. Ya había montado el vídeo de la prueba de ADN y estaba preparando también el del viaje, editando día a día el material que grababan, pero sin Internet no tenía música con la que acompañar las imágenes y, una de las tardes en las que estaban descansando en el patio del hotel, se le ocurrió que podía hacer ella misma la música con trozos de audio de los vídeos y algunos *clips* de ella tocando los instrumentos tradicionales que el dueño del alojamiento tenía en el establecimiento. Al final, el propietario le dio una clase de música árabe que se convirtió en uno de los recuerdos más bonitos del viaje, y a la hora de montar el vídeo, la libertad creativa que le brindó el pensar que sería solo algo temporal hasta que volvieran a España, hizo que creara una banda sonora sin ataduras ni prejuicios. Solo para ella. Y el resultado fue sorprendente.

Para cuando regresaron a Madrid, se sentía otra. Sin duda, cinco días de desconexión le habían sentado de maravilla y al pensar que pronto recuperaría su móvil sentía más pereza que otra cosa. ¡Tantos mensajes por contestar y notificaciones que revisar! Y seguro que solo un pequeño porcentaje de ellos merecería la pena.

Por eso, cuando llegaron a casa de Pedro y él no estaba allí, Sofía no se molestó en preguntarle a su madre si sabía dónde estaba su teléfono. Sintió que alargaba unas horas más el viaje.

Durante su estancia en Marruecos había tenido tiempo para hablar largo

y tendido con Macarena sobre lo que quería hacer en el futuro. Los consejos de Jack y Connie habían calado en ella y se había decidido a buscar un trabajo y ahorrar lo suficiente como para poder hacer un gran viaje antes de que llegara septiembre. Tras el verano, decidiría si se apuntaba al curso de pintura al que le había echado el ojo hacía unos meses o seguía con aquel plan de trabajar, viajar, trabajar, viajar. Sofía no se veía como una nómada como Connie y Jack. No quería pasar temporadas muy largas fuera de casa y pensaba que para ella lo mejor era hacer escapadas de unas pocas semanas y regresar a casa para recargar pilas. Además, su madre había conseguido convencerla de intentar vender sus cuadros para obtener dinero. Pedro conocía a gente que estaba metida en el mundo del arte y no perdían nada por intentarlo. No muy convencida de la rentabilidad de aquella idea, Sofía aceptó: cualquier euro que pudiera ganar, bienvenido sería.

El día que regresaron de Marrakech era su cumpleaños y su madre quería salir a celebrarlo. Había reservado una mesa en un restaurante y se verían allí con Pedro, que tenía mucho trabajo ese día y por eso no había podido ir a recogerlas al aeropuerto. Su madre le pidió que se arreglara, incluso le eligió ella el vestido para ponerse.

Horas después, Sofía se preguntaría cómo había podido estar tan ciega como para no darse cuenta de que su madre tramaba algo. Se consoló pensando que lo que Macarena y Pedro habían estado preparando a sus espaldas era tan grande que no se lo habría creído ni aunque se lo hubieran dicho abiertamente. De hecho, tardó toda la noche en poder asimilar lo que realmente estaba ocurriendo. Al principio, cuando en lugar de a un restaurante su madre la llevó a una discoteca llena de gente, pensó que era una fiesta sorpresa por su cumpleaños. Todo el mundo le daba la enhorabuena. Por cumplir años, se dijo, ¿por qué si no? Cuando se dio cuenta de que las paredes de la discoteca estaban decoradas con sus cuadros,

comprendió que aquello no era solo una fiesta de cumpleaños, sino también una exposición. Después notó que, entre canapés y copas, no solo había *youtubers* e *instagramers* de moda compartiendo en sus redes lo que ocurría en aquella fiesta en la que parecía estar todo el mundo importante, sino que además había gente de otras esferas. Gente adinerada, bohemios, periodistas. Pedro había movido sus hilos para que aquella exposición tuviera la máxima difusión posible.

Sofía lo vivió todo como en un sueño, como si le estuviera ocurriendo a otra persona. Y cuando a media noche su madre se acercó a ella y le dijo que se habían vendido todos los cuadros de la exposición, no llegó a asimilar la magnitud de lo que le decía.

—Todos —recalcó Macarena comiéndosela a besos.

Luna necesitó muchas horas para asimilar todo lo que sucedió esa noche y todo lo que vendría después. La fiesta fue un no parar, pues tuvo que hablar con todo el mundo, echarse fotos con los invitados, aceptar un sinfín de copas, incluso bailar con algunos de ellos. Los nombres y caras comenzaron a desdibujarse en su mente y llegó a saludar varias veces a la misma persona porque no recordaba haber hablado con ella. Por ello, encontrarse de pronto con el rostro conocido de Rodrigo fue como encontrar una isla en pleno naufragio.

—¡Rodri! ¿Pero qué haces aquí? —Se lanzó a abrazarlo.

—Estaba invitado. ¿O mi carta se extravió por error?

—¿Carta? Os han mandado cartas, ¿en serio?

Rodrigo miró hacia los lados, titubeante.

—¿A caso no estaba invitado?

—No, no, tranquilo. Es que... no me he encargado yo, ¿sabes? Ha sido una sorpresa. Me han tenido incomunicada durante varios días, sin Internet, sin móvil... nada. ¿En serio os han mandado cartas físicas? ¿Por correo

postal y todo eso?

—No sé si pasó por Correos, a mí me la colaron por debajo de la puerta, pero sí, era en papel con su sobre y todo. Quizá llegó mágicamente, a lo carta de Hogwarts.

A Sofía se le abrieron los ojos al oírlo hablar del colegio de magia y hechicería.

—¿Ya existía Harry Potter en la época de los neandertales?

—Los libros sí. Porque sabes que Harry Potter no son solo películas, ¿verdad, *millennial*?

LunaLoba le dio un puñetazo de broma en el brazo.

—Serás tonto. Claro que sé que como las películas funcionaron tan bien, después hicieron libros.

—¡Sacrilégio! ¡*Abracadabra*!

Sofía se llevó la mano al pecho de forma teatral y ambos se echaron a reír.

—No te hacía friki —confesó Sofía—. Eso le pega más a Rafa.

—Rafa lo lleva por fuera (y sí, estoy hablando de sus camisetas). Yo por dentro. Además, porque me guste Harry Potter no soy friki. Todo el mundo ha leído algún libro de Harry Potter, igual que todo el mundo ha leído El código Da Vinci.

Alguien chocó contra Rodrigo, que estuvo a punto de manchar a Sofía con su bebida. Se giró molesto, pero quien tenía detrás era Rafa, que los miró con cara de espanto.

—¡Perdón! Casi hacemos una nueva versión del *flanazo*. —Se giró hacia Sofía sonriendo—. ¡Feliz cumpleaños!

—Muchas gracias, Rafa. Y gracias por venir.

—A ti por invitarnos.

Sofía y Rodrigo intercambiaron una mirada y se sonrieron, gesto que

no le pasó desapercibido a Rafa.

—¿Lo estás pasando bien? —preguntó LunaLoba.

—¡Genial! La fiesta es una pasada. Por cierto, tengo un regalo para ti.

—Para mí, ¿en serio? No hacía falta que te molestases.

—Por supuesto que sí, es tu cumpleaños. Toma.

Le tendió un paquete envuelto en papel de regalo y Sofía lo rasgó rápidamente. Nunca había sido de las que despega delicadamente el celo. Descubrió una camiseta azul que jugaba con el emblema de Superman para poner «SuperLoba».

—¡Gracias, Rafa!

—Para que empieces con tu colección de camisetas frikis.

En aquel momento, Pedro apareció junto a Sofía y muy educadamente le dijo que unos amigos suyos estaban deseando conocerla. Rafa y Rodrigo la habían acaparado demasiado tiempo.

En cuanto se quedaron solos, Rodrigo se giró molesto hacia su amigo.

—¿No me dijiste que no hacía falta que le comprásemos nada?

—Y no hacía falta, pero a mí me ha apetecido.

—Te dije de comprarle algo y me dijiste que no hacía falta. Me la has jugado.

—Y la mirada que has intercambiado hace un momento con Luna, ¿qué? —interrogó Rafa con tono acusador.

—¿Qué mirada?

—Cuando le he dado las gracias por invitarnos, os habéis mirado y habéis sonreído. Os estabais riendo de mí, ¿no es eso?

—Claro que no.

—Porque yo no estaba invitado.

—No, lo que pasa es que Sofía no ha invitado a nadie. Su madre se ha encargado de todo y ella no sabía nada. Y ahora relájate, anda, que esta noche

debería ser inolvidable para ti, rodeado de tanta gente a la que sigues.

30.

Cuando al día siguiente encendió el teléfono, al pobre celular casi le da un infarto. En cuanto se conectó a Internet y las aplicaciones comenzaron a sincronizarse, se quedó bloqueado y no pudo usarlo en varios minutos. Cuando al fin pareció que los botones reaccionaban e intentó entrar en Instagram, la app dejó de funcionar y se cerró de golpe. Tuvo que armarse de paciencia para poder ponerse al día. Tenía un sinfín de menciones de la noche anterior y la habían etiquetado en muchísimas fotografías.

—Dios mío —fue la expresión que más repitió aquella mañana mientras veía las fotos, los comentarios, los vídeos, las historias... Tenía fotografías con gente a la que admiraba y a la que ni siquiera recordaba haber visto la noche anterior.

Y de pronto rozaba los cien mil seguidores en Instagram y los treientos mil en Youtube. Con la repercusión que había tenido en las redes la exposición del día anterior, Sofía podía ver cómo sus *followers* subían cada vez que actualizaba su perfil.

Cuando intentó hablar con su madre, no sabía ni por dónde empezar.

—Mamá... yo...

—No me odias, ¿verdad?

—¿Odiarte?

—Por hacer todo esto sin avisarte.

—Yo... —Sofía tragó saliva con dificultad. No encontraba las palabras.

—Tú no creías en ti misma. En tu arte. Pero yo sí creo. Siempre he creído ciegamente en ti, siempre creeré, y mereces poder vivir de tu creatividad porque llevas el arte en las venas. No lo he hecho solo por ti, sino también por mí. Eres mi mejor creación y todos merecían verla. Eres el

cuadro más bonito del mundo por dentro y por fuera, cariño.

—Mamá...

Si antes no había encontrado las palabras, ahora no le salía ni la voz. Se echó a llorar y la abrazó.

Entre la montaña de mensajes que había recibido, Sofía tardó en darse cuenta de que tenía un mensaje de Rodrigo. Nada más leer sus palabras se dispuso a contestarle, y ya tenía escrito lo que iba a decirle cuando pensó que su respuesta era muy sosa, sobre todo si tenía en cuenta el tiempo que había tardado en responderle. Tras dudarlo un instante, se animó a mandarle un vídeo en lugar de escribirle y, para más cachondeo, eligió un filtro que le ponía corazoncitos en los ojos y lanzaba flechas de Cupido por la pantalla.

—¡Hola, Rodrigo! Esta es la mirada que se me ha puesto al oír que pronto podré viajar a la luna. *Oh my God!* Estoy taaaaaan emocionada. Cuando tú quieras quedamos, ¿sí? Te escribo ahora mi número aquí abajo para que me llames cuando quieras, ¿vale? —Lo envió y después cambió de filtro y buscó el que ponía la boca enorme—. La Luna, *oh my goooood!*

Riéndose, lo mando también. Ojalá Rodrigo la llamara pronto. Le hacía ilusión oír su voz, pues los minutos que habían logrado compartir en la fiesta le sabían a poco.

La respuesta de Rodrigo se hizo de esperar unas horas. Le escribió un wasap y Sofía, aprovechando que ahora tenía su teléfono, lo llamó.

—¿Sofía?

—¡Hola, Rodri! ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. —Se aclaró la garganta—. ¿Y tú?

—Muy bien. Con un poco de resaca todavía, y no porque bebiese, ¿eh? Si no por todo lo que está ocurriendo.

—Ya me imagino.

—Siento haber tardado tanto en contestar a tu mensaje. Como te

comenté, estuve sin teléfono y cuando volví al mundo real tenía un millón de notificaciones.

—No te preocupes. Lo importante es que siga interesándote lo del viaje a la Luna.

—¿Interesándome? ¡Estoy impaciente! ¿Cuándo crees que estará listo?

—Pues ya lo tenemos casi. ¿Podrías quedar el miércoles?

—¡Claro! Dime hora y sitio y allí estaré.

—Pues... ¿qué te parece si lo hacemos en mi oficina? —Con nerviosismo, añadió—: Tenemos una zona con espacio para que te puedas mover cómodamente y, además, así podría salir el logotipo de la empresa de fondo, que lo tenemos colocado en la pared.

—Genial. ¿La iluminación es buena o crees que necesitaríamos focos?

—Tú no te preocupes por nada, lo organizamos todo nosotros.

—Fantástico. Pues entonces el miércoles tú y yo tenemos una cita.

—Genial.

—Estupendo.

—Fabuloso.

—Fenomenal.

Sofía sonrió ante el estúpido intercambio de adjetivos. ¿Era su imaginación o ambos estaban intentando alargar aquello? Se quedaron entonces callados, sin saber muy bien qué decir. Continuar diciendo sinónimos de fantástico habría resultado demasiado bochornoso.

—Bueno —dijeron ambos a la vez, y se echaron a reír.

—Dime, Rodrigo.

—No, nada, simplemente te iba a desear buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Sofía colgó con un suspiro y susurró de nuevo «buenas noches».

Desde la fiesta llevaba varios días encerrada en casa de su madre, tan desbordada con las redes sociales que no se despegaba del móvil y del ordenador. Macarena no estaba dispuesta a permitir que la situación siguiera así, pues no era esa la vida que tenía en mente para su hija cuando montó la exposición para buscar financiación con la que Sofía pudiera llevar una existencia llena de aventuras.

—Sofía, ¿estás vestida? —Su madre se asomó a su habitación e hizo una mueca al ver que todavía iba en pijama a medio día—. Ponte algo cómodo que nos vamos.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa.

—¿Más sorpresas? Miedo me das.

—Como si alguna de mis sorpresas hubiera sido mala. Vamos, tienes cinco minutos.

Sofía no rechistó. Su madre tenía razón: siempre que había confiado en ella había sido para bien.

Pedro y Macarena la esperaban en la puerta de la casa y estaban visiblemente nerviosos.

—¿Dónde vamos? —No pudo evitar preguntar Sofía, pero su madre solo sonrió y salió de la casa, seguida por su pareja.

Se montaron en el coche y, cuando llevaban varios kilómetros, su madre se giró en el asiento y le pidió que se pusiera un antifaz.

—¿Por qué? ¿Dónde vamos que no puedo verlo?

—Te he dicho que confíes en mí.

Sofía se cubrió los ojos, pero precisamente confiada no estaba. Intentó imaginar su destino en base a los giros que habían tomado, pero solo sabía que no se dirigían al centro porque la circulación era fluida y no se oía demasiado ruido de tráfico.

—Pedro, dime por favor dónde me lleva la loca de mi madre.

—Lo siento, pero no.

—Si me lo dices, mañana te haré para desayunar crepes. ¡No! Tortitas.
Con la forma que tú quieras.

—Lo siento, pero tu madre tiene más platos en su repertorio con los que sobornarme.

—Mamá, dame al menos alguna pista sobre qué vamos a hacer.

—Es algo que no has hecho nunca.

—Vale... ¿y tú lo has hecho alguna vez?

—No. Ni yo ni Pedro lo hemos hecho antes.

—¿Qué no has hecho, Pedro? —probó suerte Sofía con el que creía que era el eslabón más débil de aquella cadena de silencio.

—Mis labios están sellados.

—¿Entonces vais a hacerlo vosotros también? ¿Los dos?

—Sí.

—Bueno, yo no lo sé. Por ahora conduzco —dijo Pedro.

—Quedamos ayer en que sí ibas a hacerlo.

—Ya, pero... Venga, sí, lo haré. Eres la locura de mi vida, cariño.

—¿Locura? ¿Cómo que locura? —interrogó Sofía—. ¿Qué vamos a hacer?

—Algo inolvidable —fue lo único que respondió Macarena.

Ni ella ni Pedro dieron su brazo a torcer, así que LunaLoba se tuvo que resignar a no saber qué le deparaba su futuro inmediato. Cuando finalmente el coche se detuvo, apenas si se oía el ruido de coches a su alrededor. La hicieron bajar del vehículo y después la guiaron, todavía cegada, hasta quedar apoyada en el capó. Su madre se posicionó a su lado y de pronto:

—¡Hola, lobeznos!

Macarena le dio un codazo cuando Sofía no se acordó de decir la

coletilla.

—Auuuu —se apresuró a soltar a la vez que se llevaba la mano a la cara para quitarse el antifaz, pero Macarena se lo impidió.

—Hoy tenemos una nueva sorpresa preparada para LunaLoba y para vosotros, y es que vamos a inaugurar una sección que se va a titular «Mi primera vez». Y no, no tiene nada que ver con sexo, al menos de momento. En esta sección Sofía hará cosas por primera vez en su vida y para ello necesitamos vuestra ayuda. Queremos que nos sugiráis cosas que ella pueda hacer por primera vez; si nos gustan y Sofía no las ha hecho nunca, las haremos y las compartiremos en esta sección. Y estad muy atentos y sed muy ingeniosos, porque si nos gustan vuestras propuestas y vosotros estáis dispuestos, puede que vengáis con nosotros a disfrutar de estas experiencias. ¿A que estás ansiosa, Sofía?

—Mucho. ¿Puedo quitarme ya esto?

—No, primero tienes que prometerles a tus lobeznos que vas a aceptar el desafío que te propongo.

—Pero si no sé cuál es.

—Pedro y yo estaremos a tu lado en todo momento.

—Pero...

—Tienes que decir alto y claro «acepto el reto de mi primera vez y, sea lo que sea, lo llevaré a cabo. Auuuuuuuu».

—No hay arañas ni sustos ni nada de eso, ¿verdad?

—Hombre... sustos...

—¿Vamos a una casa del terror? Dime que no. Las odio y, además, no sería mi primera vez.

—No, nada de miedo.

—¿Y entonces lo del susto?

—Promete hacer el desafío sea el que sea y todas las incógnitas

desaparecerán.

Sofía inhaló profundamente:

—Vale, prometo hacer el desafío, sea el que sea, siempre y cuando tanto tú como Pedro lo hagáis conmigo.

—Lo prometemos. Ahora solo te falta sellar la promesa con un aullido.

De nuevo, Sofía tuvo que tomar aire, pues su instinto le decía que no le iba a gustar el plan que su madre le había preparado. Tanto secretismo no podía presagiar nada bueno.

—Lo prometo. Auuuu.

—Buena chica.

Macarena al fin la venda de los ojos y, aunque volver a ver fue un alivio, no reconoció el lugar ni encontró nada que pudiera chivarle qué hacían allí. Se encontraban junto a un almacén y desde allí no podía ver ningún cartel. Pedro estaba delante suyo, grabándolas con la cámara y el estabilizador.

—¿Dónde estamos?

—Ven por aquí.

Macarena la llevó hacia la parte delantera del almacén y en cuanto dieron la esquina, a LunaLoba le dio un vuelco el corazón.

Se trataba de un hangar en el que había varias avionetas.

Sofía dejó de andar, pero su madre se puso a su espalda y la empujó hacia delante. Mientras, Pedro se había posicionado a su lado para poder grabar su reacción.

—Dime que simplemente vamos a dar una vuelta en avioneta.

—Vamos a dar una vuelta en avioneta —confirmó su madre.

—Solo eso.

—Has prometido que harías el desafío fuese cual fuese.

—¡Porque me habéis obligado!

Sofía vio que un hombre se acercaba hacia ellos. Era alto y fuerte y, por su forma de moverse, se lo imaginó como un militar retirado con cuarenta y pocos años.

—¡Ya estáis aquí! Cómo me alegro.

La presencia de un extraño consiguió que Sofía dejara de intentar huir, aunque cuando este les preguntó con entusiasmo si estaban listos, ella se mantuvo callada.

—Qué cara de susto tienes —dijo el hombre, mirándola divertido—. Ya me ha dicho tu madre que iba a ser una sorpresa. También me ha comentado que queréis grabarlo todo. Lo que pase en tierra y en la avioneta podéis immortalizarlo con vuestras cámaras, pero el salto lo grabaremos nosotros por seguridad. No podéis llevar cámaras vosotros, ni siquiera GoPro.

—¿¡Salto!?

—Tranquila, cariño.

—¿¡Salto!?

—Antes de subir ahí arriba —continuó el hombre—, os daremos una pequeña clase teórica en tierra, con algunos aspectos de seguridad que debéis tener en cuenta.

—A los tres, ¿no? —interrogó Sofía.

—Claro, a todos los que vayan a tirarse. Incluso si ya habéis saltado antes, os pedimos que prestéis atención para así refrescaros las normas y el procedimiento.

LunaLoba miró a su madre y a Pedro, que le devolvieron una sonrisa. ¿Aquellos dos iban a saltar? ¡Y una mierda! No los veía capaces, seguro que acabarían echándose atrás en el último momento. Era como cuando un grupo de amigos salta a una piscina y hay uno que un segundo antes decide no lanzarse y se queda en la orilla riéndose de sus compañeros... Solo que allí el salto iba a ser a miles de metros de altura y Sofía no pensaba ser la pardilla.

Si querían que se subiera al avión, ella sería la última en montarse. Si querían que saltase, antes vería a los demás lanzarse. Seguro que alguno de sus dos compañeros se rajaba. Apostaba porque sería Pedro, aunque todo era posible y quizá la cobarde fuese su madre, la cabeza pensante de toda aquella locura.

Miró al instructor y de nuevo a Pedro y a su madre. El primero estaba muy atento al visor de la cámara, se había tomado muy en serio su misión de captarlo todo, aunque Sofía no estaba muy segura de la calidad de su grabación. ¿Y si le pedía que le dejara ver lo que había filmado hasta entonces? Igual nada del material mereciera la pena y tendría una excusa para marcharse de allí corriendo porque no tendrían introducción con la que empezar el vídeo.

Uno de los trabajadores de la empresa se ofreció a grabar con la cámara para que así Pedro pudiera prestar atención a la charla, que duró unos diez minutos y detalló lo que iba a suceder en el aire, cuáles eran las partes del equipo y en qué postura debían saltar. Cuando terminó la clase, el instructor que se había hecho cargo del móvil se acercó directamente a Sofía y la grabó desde tan cerca que la chica estaba segura de que en la pantalla podrían apreciarse hasta los poros de su cara.

—¿Estás nerviosa, LunaLoba?

No lo conocía de nada, ni tan siquiera sabía su nombre, pero él la miraba con cara de estar aguantándose la risa y Sofía no pudo evitar sonreír también.

—Un poco, pero todavía confío en que no voy a saltar.

—¿Y eso? —Se extrañó el chico.

—He prometido que saltaría, pero solo si Pedro y mi madre también lo hacen, y sé que no lo van a hacer.

—¿Entonces crees que alguno de tus compañeros se rajará?

—Por supuesto que sí. Apuesto por Pedro, pero tampoco descarto a mi

madre.

—Yo los veo muy dispuestos.

—Venga, hombre, si a Pedro a lo mejor le da un ataque al corazón del susto. No está el pobre para estas cosas.

—¡Te estamos oyendo! —exclamó Macarena.

—Pedro, yo te quiero mucho, ¿pero de verdad quieres hacerme creer que con tu edad vas a saltar?

—Solo tengo 59 años.

—¡Solo! Si de aquí a nada te jubilas. ¿No quieres disfrutar de una vida larga y plena después de la jubilación?

—Claro que sí, haciendo locuras como esta. ¿Por qué crees que me eché de novia a tu madre? Para que fuera la locura de mi existencia justo cuando todo el mundo me anima a llevar una vida larga, tranquila... y aburrida.

Aquello hizo que Sofía, más que nunca, se plantease si subir a la avioneta o no. ¿Y si saltaban los dos? ¿Sería ella capaz de lanzarse tras ellos, de saltar al vacío? Les habían dicho que el avión subiría hasta los 2.700 metros de altitud y el paracaídas lo abrirían a los 1.500, por lo que la caída duraría unos 25 segundos. Los que saltaban más alto, desde los 5.000, llegaban a estar 75 segundos cayendo, ¡más de un minuto! Por suerte, su madre había decidido ser comedida y había elegido la opción más corta, aunque a ella 25 segundos precipitándose a toda velocidad hacia el suelo ya le parecían demasiados.

—Venga, LunaLoba, que se lo has prometido a tus seguidores.

—De hecho, ellos aún no han visto este vídeo y no tienen por qué verlo nunca, así que...

—Si salto yo, saltas tú —dijo Pedro con seriedad—. ¿O vas a dejar que un sesentón te deje en evidencia?

—¡Eso, eso! —coreó el instructor, divertido.

Las piernas le temblaban cuando se subió a la avioneta vestida con el mono amarillo que le habían dado, y tuvo unas ganas terribles de ir al baño en cuanto oyó los motores de la avioneta ponerse en marcha.

—Ay, señor —lloriqueó aterrada al darse cuenta de que aquello iba en serio.

La nave aceleró por la pista y pronto estuvieron en el aire.

El joven monitor se había puesto delante de ella, con el móvil todavía en la mano, grabando. Se le veía en la cara que estaba disfrutando con aquello.

—Vamos a apagar casi ya, ¿algo que quieras decirles a los que nos están viendo?

—Que sé que estáis disfrutando con esto y que os odio a todos. Y a ti la primera, mamá —alzó el tono para que los motores no acallaran su voz y su madre pudiera oírla.

—¡Yo también te quiero!

Sofía miró por la ventanilla, donde el exterior comenzaba a hacerse pequeño.

—¿Luna? —Se giró para mirar al monitor y descubrió que había dejado de grabar—. Ya he parado la cámara. ¿Te encuentras bien?

—No. En mis planes de hoy no entraba saltar al vacío desde un avión.

Él extendió las manos y sujetó las de Sofía, que temblaban de forma exagerada. La miró a los ojos al decir:

—Es una experiencia que nunca olvidarás, te lo prometo. Un subidón de adrenalina que apenas dura unos segundos y que te dejará como loca. Y los 10 minutos de después, los de bajada con el paracaídas abierto, son también alucinantes. Es un 2x1: haces salto al vacío y parapente.

—Tampoco entraba en mis planes hacer parapente.

—¿Nunca has soñado con volar?

—¡Lo que vamos a hacer es caer al vacío!

—Y después volarás entre las nubes. Unos segundos de caída y 10 minutos de volar como los pájaros. Es un buen trato, ¿no te parece?

Sofía no dijo nada. En su lugar, miró sus manos entrelazadas. Él le acariciaba el dorso con los pulgares de forma relajante. Cerró los ojos y, enderezando la cabeza, llenó sus pulmones de forma lenta, como su madre les había enseñado a ella y a todos los lobeznos a hacer como técnica de relajación.

Cuando finalmente los abrió, dijo con una risa nerviosa:

—Necesito ir al baño, dime que hay uno aquí.

—Si fueras tío, te sugeriría que abrieras la ventanilla y sacaras el pajarito, pero a lo mejor el viento te lo arrancaba.

Sofía se rio un poco histérica.

—¿Qué te parece si aullamos al saltar? —preguntó el monitor.

—¿Ves mis vídeos?

—Sí. Quizá tu día se haya torcido al saber que ibas a saltar al vacío, pero el mío ha mejorado mucho cuando mi jefe me ha dicho que venía una tal LunaLoba.

Ella sonrió y le apretó las manos con energía. Ahora entendía muchas películas en las que dos personas que acababan de conocerse se declaran amor eterno después de pasar por una situación de peligro juntas. El miedo une.

—Vale, aullemos al saltar. Voy a saltar. Voy a saltar —se repitió para convencerse a sí misma—. Si mi madre y Pedro saltan, yo también.

—No, tú vas a saltar salten ellos o no. Dilo, «voy a saltar, auuuu».

—Voy a saltar.

—Voy a saltar, auuuu —repitió él.

—¡Voy a saltar! Auuuuuuuu.

—Así me gusta. Ven, déjame que voy a atarte. Ya falta poco.

Sofía intentó relajarse con unas respiraciones profundas, pero el aire le salía a trompicones y cuando el monitor le pidió que se moviera, las piernas tardaron en responderle. El poco espacio que había en la avioneta tampoco ayudaba mucho.

—Ya casi estamos —anunció otro de los monitores—. ¿Quién saltará primero?

Como los novatos no se decidían, el monitor de Sofía dijo:

—¡Nosotros!

—No, ni hablar. Ellos primero.

—Has prometido que saltarías.

—Pero ellos primero.

Para sorpresa de Sofía, Pedro se ofreció voluntario. El eslabón débil de la cadena, el que ella pensaba que sería el primero en rajarse, el hombre viejo que podía sufrir un ataque al corazón, se acercó con una sonrisa de oreja a oreja a la puerta de la avioneta. Se le veía emocionadísimo, sin duda con un subidón de adrenalina enorme.

Cuando abrieron la compuerta, LunaLoba sintió un fuerte viento que, al pillarla por sorpresa, la habría desequilibrado de no haber estado atada al monitor. El corazón comenzó a latirle con ferocidad en el pecho a la vez que veía cómo Pedro, su tándem y el saltador que los grabaría, se acercaban más todavía a la puerta y, tras sentarse junto al borde como les habían indicado en tierra, saltaban y al segundo desaparecían de su vista, siendo sustituidos por el azul del cielo.

—Me va a dar algo.

Si antes estaba a punto de hiperventilar, ahora ya lo estaba haciendo. Se agarró con tanta fuerza a su arnés que se dobló una uña, pero ni siquiera le

dolió.

Su madre fue la siguiente y empezó a gritar a todo pulmón antes siquiera de saltar, así que fue un alivio para sus tímpanos perderla de vista.

—Nuestro turno —anunció el monitor cuando se quedaron ellos dos solos junto con el hombre que los grabaría y que llevaba un casco con unas cámaras enormes acopladas—. ¿Llevas las gafas bien puestas?

¿Si las llevaba bien puestas? Se las había apretado tanto que le iban a dejar una marca de por vida en la cara.

Se acercaron hasta el borde y Sofía pudo ver el color marrón y verde de la tierra a sus pies, muy, muy abajo. Sintió que se desequilibraba al sentarse y se agarró a un asidor que había junto a la puerta.

—Vamos a saltar, ponte en posición.

—Vale.

—Vamos a saltar. Manos al pecho como te hemos dicho y cuello hacia atrás.

—Sí, sí. —Sofía apoyó la cabeza en su hombro.

—Venga, vamos.

—¡Pero salta yaaaaa! —gritó nerviosa a más no poder.

—¡Pues suéltate!

Al mirar hacia un lado, vio que su mano seguía agarrada al asa que había junto a la puerta. Su piel estaba blanca de la fuerza que estaba haciendo y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para conseguir soltarse y colocar las manos en su pecho.

Al segundo siguiente, estaba cayendo. Se le olvidó aullar, pero el monitor, su lobezo, lo hizo por ella.

31.

El miércoles llegó volando y con él su cita con Rodrigo. Había quedado con él en que la recogería en su casa para llevarla a la oficina y se sintió desilusionada al ver que quien pasaba a por ella era Rafa y no Rodrigo. Había fantaseado con un paseo en Cabra, disfrutando del buen clima que hacía últimamente en Madrid y también, por qué no, de la agradable compañía.

Por suerte, Rafa era muy divertido y parlanchín y no dejó de hablar en todo el trayecto. Le dijo que le había gustado mucho el vídeo de la herencia genética y Sofía le reveló que el siguiente vídeo que subirían sería el de Marrakech. Ya estaba listo desde hacía varios días y no lo había subido por no desbordar a la gente.

—Después de los meses de sequía, no creo que tus lobeznos se quejen si subes muchos vídeos de golpe. Yo, desde luego, no lo haría, y soy tu fan-lobezno *number one*.

Sofía se rio ante aquello.

—Pues algo así voy a tener que hacer, porque de pronto tengo un montón de vídeos que subir. Está ese, el del salto al vacío...

—¿Salto al vacío?

—Sí... esto... vaya, quizá no debería habértelo dicho. Es un secreto todavía.

—Sé guardar secretos —la tranquilizó él.

Estaba muy emocionado con aquella conversación porque se estaba enterado de muchas cosas que el resto del mundo no sabía. Era un lobezno VIP. Cuando viera a Rodrigo iba a darle un beso en los morros por haberle dejado ir a recoger a LunaLoba. Su insistencia había merecido la pena, sin duda.

—No le diré nada a nadie, palabrita de lobezno.

—Bueno, pues... sí, he saltado desde un avión. A mi madre se le ha ocurrido una nueva sección y ha sido mi bautismo de fuego.

—¿Y de qué va la nueva sección exactamente?

—No puedo hablar de ello todavía.

Rafa prefirió no insistir, aunque se moría por saberlo. Tras unos minutos de silencio, interrogó:

—La exposición que hiciste fue todo un éxito, ¿no?

—Sí. La verdad es que sí. También fue idea de mi madre, cómo no. Debería nombrarla mi *manager*.

—¿Vas a vender más cuadros o dibujos tuyos? A mí me encantaría tener alguno. ¡Podrías abrir una tienda con productos! Si haces camisetas, te reservo un hueco en mi armario, junto al resto de camisetas frikis.

—¿Qué llevas hoy? —interrogó Sofía.

Rafa se echó hacia atrás y, orgulloso, se abrió un poco la chaqueta que llevaba para que ella pudiera ver la elección de camiseta que había hecho. En la tela aparecía el dibujo de un átomo y una flecha lo señalaba junto a la palabra «átomo». Otra flecha señalaba un puntito más pequeño dentro de la partícula; esta rezaba «atomá porculo». Sofía se rio.

—Mola.

—Si haces camisetas con tus dibujos, te compro una.

—¿Tendrían que ser graciosas en plan SuperLoba?

Rafa pareció meditarlo seriamente y después se encogió de hombros.

—Yo me adapto a todo. A mí con que diga «auuuuu, soy un lobezno» me vale.

—Tomo nota.

La risa fácil de Sofía le encantaba. Le hacía sentir que iba por buen camino. Sin embargo, el humor de Rafa se aguló un poco cuando, al llegar a

la oficina, LunaLoba en lugar de saludar a Rodrigo con un «hola» y un gesto de la mano como había hecho con él, fue y lo abrazó. Después le pasó las manos por las mandíbulas lampiñas.

—¡Te has afeitado!

—¡Qué remedio! Mi madre casi me echa de su casa cuando me presenté a cenar sin afeitar. El cachondeo fue bonito durante toda la noche: todo el mundo preguntándome si es que tan mal iba el negocio que me había vuelto un vagabundo.

—Qué tontos.

A Rafa le pareció que las risas que Sofía le dirigía a Rodrigo sonaban diferentes. Más... ¿coquetas? Se apresuró a intervenir para arrebatarse protagonismo a su compañero.

—Hemos pensado que la grabación puedes hacerla aquí —dijo—. Por luz, fondo y amplitud creemos que es el mejor sitio, ¿qué te parece?

—Bien, sí, creo que quedará genial. Aunque pongo la cámara y te confirmo, ¿de acuerdo? Mientras id contándome qué vamos a hacer exactamente.

Sofía sacó su equipo de la mochila. En aquella ocasión se había llevado la cámara réflex junto al trípode y la instaló para aprovechar al máximo la luminosidad de la ventana y de las luces de la oficina. Mientras escuchaba lo que le contaban, lo ajustó todo. Le gustaba estar al mando de aquello, poder elegir el ángulo y la posición, aunque cuando se pusiera delante de la cámara y se colocara las gafas, podría ocurrir de todo, ¿y si se salía del encuadre? Si seguía haciendo vídeos fuera de casa, y sobre todo los de «mi primera vez», iba a necesitar a alguien que la grabase. Las tomas que se habían filmado de la experiencia del salto al vacío no estaban tan mal como había pensado al principio; Pedro tenía buen ojo. Pero aun así ella aspiraba a poder ofrecer vídeos de mejor calidad, como los que había logrado con paciencia y mucha

inspiración en Marrakech.

—Saldrás conmigo en el vídeo, ¿verdad?

El silencio se instauró en la oficina ante la pregunta de Sofía. Todos miraron a Rodrigo, que era el interpelado.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Tú me has regalado este viaje a la luna. Además, seguro que das bien en la cámara. Igual conseguís unos cuantos *likes* en vuestras redes de chicas —alzó las cejas repetidamente y añadió—: y chicos, que quieren saber más de la cabeza pensante (y muy sexy) que hay detrás de este proyecto tan chulo.

—Yo no sé hablar delante de la cámara.

Rodrigo miró a su alrededor, buscando que sus trabajadores le dieran la razón. Sus ojos se centraron en Pepe. Él, como el encargado de *marketing*, debía ser consciente de que su presencia en el vídeo lo estropearía todo. Pero este se encogió de hombros ante su pregunta no formulada.

—Te desenvuelves muy bien con los inversores y las empresas. Es parecido.

—Si quieres, puedo hacerlo yo —se ofreció Rafa—. No me importa.

Más que no importarle, se moría por hacerlo. ¡Salir en un vídeo de LunaLoba! Su sueño hecho realidad.

—Genial —dijo Rodrigo, aliviado de haberse librado de aquella obligación.

Sofía hizo un mohín, pero no objetó nada cuando fue Rafa quien se puso frente a la cámara junto a ella.

—¡Auuuu, hola, lobeznos!

La joven soltó un pequeño discurso que parecía llevar preparado con información sobre la empresa. Rodrigo la miró fijamente. Su soltura, su tono alegre, su sonrisa... Era exactamente igual que en los vídeos que después

veía cómodamente desde el móvil, y verla allí, grabando en vivo, era fascinante.

Los tartamudeos de Rafa hicieron que volviera a la realidad.

—Corta, corta un momento —pedía su amigo en ese momento—. ¿Qué se supone que tengo que decir exactamente? Me acabo de quedar en blanco.

—Explica un poco lo que voy a ver, cómo lo habéis creado... no sé.

Pepe también le hizo algunas sugerencias.

—Vale, vale, lo tengo. Dale otra vez.

Pero Rafa no lo tenía. Empezó bien, pero a los pocos segundos se desconcentró porque no dejaba de mirarse en la pantalla de la cámara.

—Mierda. Joder. Me he liado. Esto es más difícil de lo que pensaba.

—Mirad, ¿por qué no ponéis por escrito lo que queréis decir? Ya sabéis lo que voy a decir yo. Preparad vuestra respuesta, que Rafa se la aprenda de memoria en un momento y en cuanto la tenga, lo repetimos sin el visor para que no se vea.

—No, va a probar Rodrigo.

El susodicho miró a Pepe con sorpresa. ¿Desde cuándo un trabajador le daba órdenes?

—Se te da bien hablar en público y esto es muy parecido —explicó el experto en marketing sin necesidad de que Rodrigo verbalizara su reticencia—. Sabes perfectamente lo que tienes que decir, me has contado a mí hace un rato lo mismo que Sofía quiere que le digas a sus seguidores. —Rodrigo fue a protestar, pero entonces su empleado se acercó un poco más a él y murmuró—: Estamos quedando como el culo. Parecemos unos principiantes. Tienes que hacerlo.

—Pero Rafa... A él le hace ilusión.

—Y a mí me hace ilusión que me toque la lotería, ¿no te jode? Además, es precisamente por eso que tienes que hacerlo tú. Está tan ilusionado que no

da pie con bola. Échale huevos y hazlo.

Rodrigo miró a su alrededor. Los demás estaban expectantes. Sofía, tras unos segundos de sostenerle la mirada, le sonrió de forma cálida.

—Venga, Rodrigo, prueba. Yo también creo que lo harás bien.

—Vale. A ver qué tal.

Le salió bien a la primera. Pepe tenía razón, lo que tenía que explicarles a los lobeznos era algo que ya había formulado un sinnúmero de veces al decirles a sus trabajadores durante el desarrollo del escenario cómo quería que fuera aquel viaje lunar para Sofía. Conforme pasaban los segundos y las palabras brotaban de su boca, se fue tranquilizando y sintiéndose más y más cómodo. Sí, no era tan difícil, especialmente si le hablaba a LunaLoba en lugar de mirar fijamente a la cámara, como había hecho Rafa. Era como charlar con ella, lo cual siempre era fácil, pero si además se le sumaba que el tema que trataban era algo que le apasionaba... Lo bordó.

—¡Y tú decías que no valías para hablar delante de la cámara! —Sofía, divertida, lo cogió por los brazos y lo zarandeó mientras reía—. Pero si charras por los codos. Parecía que alguien te hubiera dado cuerda.

—¿He hablado demasiado? —se preocupó él.

—Qué va. Ha estado genial. Muy interesante todo. Me ha encantado. Y ahora, ¡mi viaje a la luna, por favor!

Las gafas con las que ellos trabajaban llevaban el visor incorporado, no como otras en las que se usaba un móvil como pantalla. No era la primera vez que Sofía usaba una de aquellas gafas de realidad virtual, pero nunca las había probado de aquella calidad. Cuando se las colocó, bajo ella apareció un suelo grisáceo salpicado de piedras. Pudo verse los pies, aunque no eran realmente suyos, pues ella llevaba unas bailarinas y lo que veía eran unas botas de astronauta. Alzó el rostro un poco, embebiéndose de aquel paisaje que casi parecía sacado de una foto en blanco y negro. Lo que más le impactó

fue el firmamento, lo intenso que era el negro y lo brillantes que eran las estrellas. Era como ver el cielo sin contaminación lumínica alguna. Miró más arriba todavía, maravillada por la cúpula celeste. Tanto echó hacia atrás el cuello, que se desequilibró y tuvo que dar un paso atrás.

Rodrigo la sostuvo, riéndose, y le preguntó:

—¿Te gusta el cielo?

—Me encanta —respondió ella en un susurro. El tono de voz le salió así, tan íntimo, porque estaban tan cerca que hasta podía oler el aroma a gel que impregnaba la piel masculina. Hoy no llevaba la colonia del otro día. ¿Solo se la pondría en ocasiones especiales, para citas y cosas así? No quiso pensar en eso. El aroma de hoy también era atrayente y relajante—. Supongo que es así como se ve en el desierto. Nunca había visto un negro tan intenso. Y pensar que es una pantalla... guau.

—A tu derecha debes de tener un cráter.

Ella miró hacia donde él le indicaba.

—Sí, pero está un poco lejos.

—Puedes ir hasta él si quieres.

—¿Caminando?

—Claro.

Sofía dio un paso inseguro, pero fue como hacerlo en la realidad y pronto cogió confianza y empezó a andar con más soltura hasta que le dio por pensar que con los pasos que había dado debía estar ya muy cerca de la pared y se puso a tantear el aire.

—¿Qué haces? —preguntó Rodrigo.

—¿No voy a chocarme con nada?

Él tuvo que controlar la risa.

—No, tranquila.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿De verdad de la buena?

—¿Qué quieres, que te lo jure por Snoopy? —bromeó.

—Dame la mano. Así me sentiré más segura.

—Si vas a chocarte con algo, te avisamos.

Pero ella no estaba conforme con aquello y estiró la mano hacia donde oía a Rodrigo. Palmeó hasta dar con él y se agarró de su brazo.

—Así me siento más segura.

—Pero esto le quita realismo.

Sofía no contestó, solo lo sujetó con decisión y caminó de nuevo hacia el cráter, tirando de él.

—Si me acerco a algo, me avisas.

—Que sí, mujer. ¡Uy, cuidado con el escalón!

Ella dio un salto hacia atrás y Rodrigo empezó a reírse.

—¡Rodri!

—Lo siento, era demasiado tentador. Estas supertensa. Relájate.

—¿Y quieres que me relaje asustándome? No me fio de vosotros. En el típico vídeo de Youtube, este sería el momento en el que me haríais alguna putada.

—Pero esto no es el típico vídeo de Youtube.

—Hombre, si queremos que tenga muchas visitas y nos conozca mucha gente, no estaría mal gastarle alguna broma —comentó divertido uno de sus trabajadores.

Sofía le apretó la mano con más fuerza y Rodrigo tuvo que contener la risa.

—Mira, gírate que a tu espalda tienes lo mejor del escenario.

Ella le hizo caso con lentitud, asegurándose de no soltarle.

—Guau.

Rodrigo sonrió satisfecho. Cuando habían comenzado a diseñar el escenario del satélite terrestre se habían dado cuenta de que el paisaje iba a ser muy aburrido. A fin de cuentas, se trataba de una roca desértica. Así que además de los cráteres habían pensado en qué más añadir. Habían barajado incluir en el escenario una reproducción del módulo lunar del Apolo 11, bandera de Estados Unidos incluida, pero al final habían optado por algo que consideraban más espectacular: una visión de la Tierra como se captaría desde fuera de la atmósfera.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Lobeznos, ojalá pudierais ver esto. Ojalá pudierais estar aquí en la Luna conmigo.

Al notar que ella le apretaba la mano, Rodrigo bajó la mirada y se fijó en sus dedos entrelazados. Sofía se había pegado más a él para sentirlo cerca, como si quisiera compartir la experiencia con él. Sus lobeznos no estaban allí, pero él sí. Sintió un cosquilleo en el pecho muy reconfortante, pero entonces un movimiento en la periferia de su visión hizo que mirara hacia un lado y lo que sintió entonces fueron remordimientos.

Rafa acababa de marcharse.

32.

Al día siguiente, LunaLoba recibió una llamada muy rara.

—¿Sí, dígame?

—Hola, ¿es usted Sofía?

—Sí, ¿quién es?

—Verá, la llamo porque tengo un paquete para usted, pero la dirección debe de estar equivocada.

—¿Por qué?

Él le dictó su dirección y le preguntó si vivía allí.

—Sí, exacto.

—Pero esto es un bloque de edificios, ¿no?

—Sí, ¿por qué?

—No podemos entregarle el envío ahí.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado grande. Necesitamos que nos diga la dirección de un almacén donde podamos dejarlo.

—¿Un almacén? ¿Pues cómo es el paquete?

—Muy grande, señorita, se lo traigo en tráiler.

—¿¿En tráiler?? ¿Pero qué es? Yo no he pedido nada tan grande.

—¿Es usted...? —y volvió a repetirle el nombre.

—Sí, sí, pero ¿qué es el paquete?

—No lo sé, señorita, como comprenderá no he mirado dentro.

—Pero ¿cuánto mide para necesitar un almacén y un tráiler?

—Pues va enrollado y hemos conseguido plegarlo un poco para que entre en el camión, pero sus buenos veinte metros de largo mide.

—¿¡Veinte metros!?! ¿Pero qué me traen ustedes, un tyrannosaurus rex?

—Pues por lo que pesa, podría serlo. He necesitado a diez compañeros para cargarlo en el camión.

—Joder.

Sofía se devanó los sesos pensando en qué podría ser ese paquete, pero estaba convencida de que ella no había pedido nada que se ajustara a aquella descripción. ¿Alguna empresa con la que colaboraba habría decidido enviarle algo sin avisarla? Era poco probable tratándose de algo tan grande.

—Y después está lo del pago —continuó el hombre—. Necesito que tenga el dinero preparado, porque no tengo para pagar con tarjeta.

—¿Es a contrarrembolso?

—Sí.

—¿Y cuánto es?

—953,95.

—¿953,95 qué?

—¡Pues euros! ¿Qué va a ser? No intente usted pagarme en dólares que no soy tonto y sé que salgo perdiendo.

—¡953 euros!

—Y 95 céntimos, no se olvide usted. Aunque si me lo paga en polvos puedo hacerle descuento...

—¿Pero qué...? ¡Será imbécil!

—Vale, vale, no se cabree usted. En euros entonces.

—¿Está usted loco? Yo no he pedido nada que cueste eso.

—¿Suele usted pedir productos al extranjero? Déjeme revisar... sí, el paquete procede de China. Con este peso y estas dimensiones, a lo mejor son gastos de aduana.

—¿Mil euros de aduana? Está usted borracho.

—Señorita, un respeto por favor. Yo no soy ningún borracho, algún porrillo me fumo a veces, pero solo eso. Además, yo solo le leo lo que pone

en el papel, y si no tiene preparado el dinero cuando vaya, no podré entregarle el paquete.

—Pues mire, no me lo entregue. No lo quiero. Se lo queda usted.

—¿Y para qué quiero yo el tyrannosaurus rex este?

—No lo sé, pero a mí no me lo entregue. Que tenga usted buen día.

Agobiada, colgó. Como era de esperar, el teléfono no tardó en sonar ni un minuto.

—Dinosauria —dijo el hombre—, que se ha cortado.

—¿Dinosauria? No me llame usted así. Y no se ha cortado, le he colgado yo. Ya le he dicho que no quiero el envío.

—Dinosauria, que me vas a hacer ir con la policía a tu casa.

—No lo entiende, el pedido no es mío.

—Claro, eso dicen todos. Es usted compradora compulsiva, ¿no es eso? Compra, compra, compra y después si te he visto no me acuerdo. Pues no, señorita compradora compulsiva, yo no me he traído este tyrannosaurus rex desde el puerto de Barcelona para que ahora usted me diga que no lo quiere y que los gastos de transporte me los coma yo.

—Pero es que ha habido un error, yo no he pedido ese paquete.

—¿No es usted...? —y le repitió los datos de contacto.

—Sí, pero yo no he pedido nada. Si esto es una estafa y está usted intentando que le pague mil euros...

—¡La estafadora serás tú, dinosauria compradora compulsiva!

Sofía volvió a colgarle y, como temía, su teléfono volvió a sonar enseguida. Rechazó la llamada sin llegar a contestar, pero al poco el terminal vibró de nuevo. A la cuarta vez que la llamó en menos de un minuto, decidió descolgar.

—Oiga, mire, le juro que el pedido no es mío.

—A ver, guapa —dijo él con tono chulesco—. Acabo de mirar a ver

qué hay dentro y es una pantalla de croma.

—¿Una qué?

—Una pantalla de estas verdes que se usan en el cine para los efectos especiales.

—¿Y yo para qué quiero una pantalla de croma?

—¿Se dedica usted al cine?

—No.

—¿A la tele?

—No.

—¿A Youtube?

Un segundo de silencio.

—No.

—¿Seguro que no? Te he oído dudar.

—Le he dicho que no.

—Júrame que no eres una *yutubé* de esas.

—Yo a usted no tengo que jurarle nada. No quiero el paquete y santas pascuas. Vuélvase usted a Barcelona o a donde quiera y se lo devuelve a quien me lo ha enviado.

—Claro que sí, guapi. ¿Y pago yo los portes de vuelta?

—Pues mire, revéndala si quiere y así tiene para unos cuantos porros más. A mí no me la traiga.

—Voy a ir a tu casa con la policía, dinosauria.

—Que no me llame dinosauria.

—Pues voy a ir a tu casa con la policía, guapi.

—¡Tampoco me llame así!

—Yo te llamo como me da la gana, que me vas a hacer perder los ingresos de todo un mes por ser una compradora compulsiva.

—¡Váyase usted a la mierda! —Y colgó.

Su móvil volvió a sonar y ella acabó por apagarlo.

33.

Rafa llevaba unos días muy raro y Rodrigo sabía que estaba molesto con él por lo que había pasado en la oficina con LunaLoba. Y no solo por la grabación, sino también por lo que ocurrió después, pues Sofía no había aceptado un no por respuesta cuando le pidió volver con él a casa. Quería dar otro paseo en Cabra.

Durante el trayecto, Rodrigo se había sentido culpable. La opresión en el pecho casi no le dejaba respirar. No se sentía mal porque Sofía se mostrase cariñosa con él y aquello pudiera fastidiar a Rafa. No. El motivo de su malestar era los sentimientos que ella despertaba en él. Le gustaba Sofía, no tenía sentido seguir mintiéndose a sí mismo. Si ella sonreía, un gesto igual se dibujaba como por arte de magia en su cara; sus manos sobre el mentón provocaban un cosquilleo en su pecho; ver sus vídeos y fotos se había convertido casi en una necesidad, en su placer culpable; oír su voz a través del teléfono había despertado mariposas allí donde nunca las había habido; ver su vulnerabilidad con la placa de los cien mil había sido casi doloroso; sentirla abrazada a él en la moto era embriagador...

Sí, por muchas veces que le hubiera dicho a Rafa que no estaba interesado en ella, no había logrado mantenerse fiel a sus palabras. Y lo peor es que se había encaprichado de ella cuando sabía que no debía hacerlo. Se había creído fuerte, pero no lo había sido.

¿Y si le gustaba precisamente porque no debía sentir nada por ella? Como cuando te dicen «no pienses en un elefante rosa» y durante un buen rato no puedes sacarte al dichoso animal color chicle de la cabeza. O como cuando descubres que alguien ha tirado algo que llevas siglos sin usar y, de pronto, sientes que lo necesitas para todo.

Aquella idea le hizo sentir peor todavía. ¿Se había fijado en Sofía solo porque sabía que a Rafa le gustaba?

Su sentimiento de culpabilidad fue creciendo hora a hora conforme Rafa se mostraba silencioso y distante. Intentó hablar con él, pero su amigo aseguraba que no le pasaba nada, que estaba bien, que no estaba molesto con nadie, que no tenía ganas de hablar, que tenía prisa, que... Mil y una excusas que hicieron que Rodrigo fuera sintiéndose cada vez peor consigo mismo hasta que tomó la decisión de que no estaba dispuesto a perder su amistad con Rafa por una mujer. No podía permitir que aquello los separara.

Tenía sentimientos por Sofía, era cierto, pero tampoco había llegado a un punto de no retorno. Estaba encaprichado, no enamorado. Si se forzaba a poner un poco de distancia, estaba seguro de que pronto se le pasaría.

Tampoco es que ella fuera a ir tras él. Ni de Rafa, se temía Rodrigo. Por mucho que Sofía se mostrara simpática y cariñosa, Rodrigo estaba seguro de que era su forma de ser, no una muestra de algo más profundo.

Y si desde el principio había tenido claro que Rafa no tenía nada que hacer con Sofía, debía ser justo y asumir que él tampoco tenía ninguna posibilidad, por muchas sensaciones que ella despertara en su interior. ¿De verdad merecía la pena perder a un amigo por una chica que estaba a años luz de ellos? Por edad, por profesión, por amigos, por ambiciones... por todo. LunaLoba no era para ellos. Y punto.

Si Rafa quería seguir luchando por conquistarla, adelante. Le dejaría vía libre y la realidad acabaría por frustrarle y mostrarle que lo que sentía por LunaLoba era solo un amor platónico como el que él mismo sentía.

Sofía era inalcanzable, como la luna. Puede gustarte mirarla, puedes disfrutar de un rato muy agradable en su compañía, pero en el fondo sabes que la Luna no es tuya.

Rafa se encontraba encerrado en su habitación, como era su costumbre

en los últimos días, cuando llamaron a la puerta. Rodrigo fue a abrir, pero al mirar por la mirilla su corazón dio un vuelco. ¡Era Sofía! Apartó el rostro de la hoja y agarró la manivela. Pero entonces se lo pensó mejor y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para, poco a poco, ir retirándola.

¿No se había convencido de que lo mejor era alejarse de ella y darle vía libre a Rafa?

Le costó más de lo que se atrevería a admitir, pero finalmente se alejó de la puerta y fue a buscar a Rafa.

—Sofía está en la puerta.

—¿Y qué quiere? —interrogó este con rostro serio.

—No lo sé, no le he abierto. He pensado que querrías hacerlo tú.

—¿Para qué? —formuló la pregunta con tono derrotista.

—¿Cómo que para qué? ¡Pues para verla! —Rafa lo miró con aquella expresión tristonza que tenía últimamente y Rodrigo sintió que se cabreada—. ¿Quieres que le habré yo? ¡Pues vale!

—No, espera, voy yo.

Rafa se puso en pie rápidamente y se dirigió hacia la puerta. La primera intención de Rodrigo fue meterse en su habitación para dejarles intimidad, pero no pudo evitar acercarse al pasillo y colocarse en un sitio donde pudiera escuchar lo que hablaban.

—¡Hola, Sofía! ¿Qué tal..? ¿Sofía? ¡Oh, dios! ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

Rodrigo se asomó un segundo para ver qué ocurría, pero se escondió antes de haber llegado a captar nada. Agudizó más el oído, alertado por el tono preocupado de Rafa.

—Yo... estaba en la cocina y... dios. Duele un montón y sale mucha sangre. Mira a ver cómo lo tengo, que yo no me atrevo. —Un segundo de silencio y entonces—. ¿Rafa? ¡Rafa!

Se oyó un golpetazo monumental y cuando Rodrigo miró, se encontró a su amigo tirado en el suelo cuan largo era a los pies de Sofía. Salió corriendo de su escondite y fue hasta la puerta. LunaLoba se había inclinado sobre él, pero no se atrevía a tocarlo.

—¡Rodrigo! Menos mal que estás aquí. Rafa se ha desmayado.

—Rafa, eh, Rafa —lo llamó a la vez que le daba unas bofetadas suaves.

Por suerte, no tardó en reaccionar y sus ojos, un poco groguis, le enfocaron con cierta dificultad.

—Lunaloba... —murmuró—. Sangre...

—Sí, tranquilo.

Parecía que se recobraba rápido, así que Rodrigo le levantó las piernas, las apoyó contra la pared y se dirigió a Sofía.

—¿Qué te ha pasado?

Sintió que se le encogía el estómago al ver que ella lo miraba con unos ojos enormes y asustados. Estaba muy pálida y tenía la frente perlada de sudor. Se dio cuenta entonces de que llevaba una mano liada en un trapo, que apretaba con fuerza con la otra extremidad.

—Yo... yo... Estaba grabando un vídeo de cocina. Un «primera vez» de hacer un plato que nunca me había atrevido a hacer y... y... —Se miró la mano.— Dios, es que si lo pienso me mareo, como Rafa. No aguanto la sangre. Joder. Y duele un montón. He venido corriendo aquí porque estoy sola y me daba miedo desmayarme. —Inhaló profundamente.

—Tranquila, no pasa nada. A ver, déjame. Tú no mires.

Le cogió las manos y con gentileza apartó el trapo. Estaba todo lleno de sangre y su piel estaba totalmente teñida de rojo. Volvió a cubrir la herida rápidamente.

—¿Qué tal?

—Bien, no te preocupes —dijo, intentando usar un tono tranquilo,

aunque sentía el estómago revuelto—. Tengo que vértelo mejor, así que vamos a ir al baño a echarte un poco de agua, ¿de acuerdo? —Sofía lo miró. Sus ojos eran los de un cervatillo asustado, pero aun así asintió a su pregunta —. Rafa, ¿tú estás bien?

—Sí, sí. Cuídala a ella.

Rodrigo la guio hasta el cuarto de baño haciendo él mismo presión sobre la mano.

—Sofía, escúchame, es muy importante. Voy a destapar la herida, a meterla debajo del agua y quizá tenga que pasar el trapo por encima, ¿de acuerdo? —Ella asintió, temblando—. Quiero que cierres los ojos, ¿de acuerdo? Ciérralos y no los abras hasta que yo te diga.

Sofía apretó fuertemente los ojos y Rodrigo apartó el trapo, que estaba casi lleno de sangre. Abrió el grifo con una mano y con la otra llevó la mano de LunaLoba hasta debajo del chorro. Ella protestó al notar el agua, pero no abrió los ojos.

—Vale, no está tan mal —dijo en voz alta, aunque por dentro pensaba «¡joder, si se ha abierto la mano!» Llevaba un corte profundo desde el centro de la palma hasta la base de la muñeca junto al dedo gordo—. ¿Notas que te toco los dedos?

—Sí.

—Bien, pues entonces esto serán unos puntos y ya está.

—¿¡Puntos!?! —se horrorizó ella, y estuvo a punto de abrir los ojos, pero Rodrigo le recordó que no lo hiciera.

—Sí, unos puntitos para asegurarnos de que se cierra bien. Te llevo al hospital y en un santiamén estamos aquí. Mantén los ojos todavía cerrados y quédate aquí quieta un momento.

—¡No me dejes sola!

—No, tranquila. Solo voy a coger una toalla del armario que hay aquí

detrás. Ya está, ¿ves? Tranquila. Aprieta aquí y ya puedes abrir los ojos.

Sofía lo miró e inhaló profundamente.

—Gracias.

—Vamos a ver si Rafa está bien y que nos deje su coche. En un santiamén estamos en el hospital y en otro santiamén otra vez aquí. Intenta tener la mano en alto, así, perfecto. Vamos.

Rodrigo la rodeó con un brazo para reconfortarla y la sacó del cuarto de baño. Se encontraron con Rafa en el salón. Se había sentado en una silla y estaba igual de pálido que ella.

—Siento haberme desmayado.

—No te preocupes, yo no me he desmayado de milagro.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Rodrigo a Rafa.

—Sí, mucho mejor.

—¿Nos dejas tu coche?

—Claro. Conduzco yo si queréis. —Se puso en pie—. ¿Dónde vamos?

—Al hospital.

—¿No se lo has curado? —Rafa miró con aprensión la mano de Sofía, envuelta en la toalla.

—No. Quizá tengan que darle puntos.

—Vale, quizá no deba conducir yo. —Rafa se sentó rápidamente.

—¿Por qué no te quedas aquí? Te avisaré con lo que haya. Quédate con las llaves de la moto si quieres.

—No, quiero ir con vosotros.

Hizo un esfuerzo para ponerse de pie otra vez, pero se llevó una mano al estómago, donde notaba una sensación de angustia. Volvió a sentarse.

Rodrigo lo miró muy serio. Tenían prisa y no podía cuidar de dos enfermos a la vez. Rafa tenía que quedarse allí sí o sí, aunque sabía que, si intentaba obligarlo, su amigo se rebotaría. Por suerte, Sofía fue hábil y dijo:

—Rafa, creo que me he dejado la puerta de mi casa abierta con las prisas. Y el horno está encendido. ¿Puedes encargarte tú de apagarlo? En cuanto te recuperes, no hay prisas.

—Te cortas tú y me desmayo yo —murmuró Rafa avergonzado.

—No te preocupes. Yo he estado a punto también. De hecho, no prometo no hacerlo de aquí al hospital o una vez dentro de urgencias. ¿Podemos irnos?

Rodrigo aprovechó la pregunta para no darle otra opción a Rafa.

—¿Dónde están las llaves del coche?

—En mi chaqueta. Está ahí, en esa silla. Busca en el bolsillo derecho.

—Vale, ya las tengo. Aquí te dejo las de la Cabra. Vamos, Sofía.

—¡Avísame en cuanto sepas algo! —le pidió Rafa como despedida.

El dolor en la mano iba aumentando y Sofía no dejaba de removerse inquieta en el asiento del copiloto.

—Me duele muchísimo. ¿De verdad que no es para tanto el corte?

—Mujer, no es un arañazo, pero con unos puntos se soluciona. Tú presiona. Y tranquila, no pienses en eso. Cuéntame algo.

—¿Y qué te cuento?

—¿Qué receta ibas a hacer? —Rodrigo no pudo evitar que sus dedos tamborilearan nerviosos sobre el volante. Estaba intentando mantener la calma, pero aquel semáforo interminable estaba sacando lo peor de él.

—Mano al horno, visto lo visto.

Él la miró sorprendido y después se echó a reír.

—Conservas el humor, eso es bueno.

—Ahora mismo, o río o lloro.

—Pues no llores que riendo estás más guapa.

—Uff... dudo mucho que esté guapa ahora. Quiero morirme, Rodrigo.

—No digas esas cosas.

—Pues entonces quiero desmayarme y despertarme ya con la mano buena en casa. Me dan mucho respeto las agujas, Rodrigo. Y no aguanto mi propia sangre. No sé cómo no me he desmayado. Supongo que porque me daba miedo estando sola, pero esto me pasa con alguien en casa y me caigo redonda al suelo.

—Venga, que estás siendo muy valiente. Cuéntame qué vídeos vas a subir próximamente.

—Pues... —Sofía cerró los ojos un momento en un intento de concentrarse. Sabía que debía hacerlo—. Tengo el del salto al vacío.

—¿Has saltado al vacío?

—Sí. Con mi madre y su novio. Me obligaron.

—¿Te obligaron? ¿A punta de pistola?

—Pues casi. Pero fue divertido, la verdad.

—¿Repetirías?

—No —dijo con rotundidad, y después se rio entre dientes—. Pero sí lo recomiendo. Es una de esas cosas que hay que hacer al menos una vez en la vida. Y no sé mi madre qué más estará tramando para la sección de «mi primera vez». Me da miedo, la verdad. A mí se me ocurre probar a hacer sushi y a ella hacer saltos al vacío.

—Así que estabas haciendo sushi. A eso sí me apunto.

—La mano no te llama tanto, ¿no?

—No, no mucho, la verdad.

—Pues sí, estaba haciendo sushi, pero vamos, que me he quedado con el arroz cocido y el aguacate a medio partir.

—¿El sushi se hace el horno?

—No, ¿por qué?

—Has mandado a Rafa a apagar el horno.

—Uf, es que no quería que se viniera. Tenía pinta de volver a

desmayarse y sabía que si lo hacía, yo iba detrás. Y no tengo la cabeza tan dura como para sobrevivir al tortazo que se ha dado él.

Rodrigo aprovechó que estaban parados en otro semáforo para mirarla. La expresión que ella tenía mientras rememoraba el golpe que se había dado Rafa hizo que le diera un miniataque de risa que se cortó de golpe cuando el semáforo se puso en verde y pisó a fondo el acelerador.

—Tienes razón, Rafa es un cabeza dura.

Al llegar a urgencias, le tomaron los datos y los invitaron a pasar a la sala de espera.

—Lleva un corte abierto, no puede esperar —dijo Rodrigo.

—¿Sangra mucho?

Él miró a Sofía por el rabillo del ojo y después admitió:

—Bastante.

—Pasen a la sala de espera, les atenderán enseguida —insistió la enfermera, aunque por su tono no parecía que fuera a cambiar su orden de prioridades.

—Señora, mire. —Sofía se desenredó la toalla de la mano y se la mostró a la mujer, que se levantó espantada, apartando sus papeles a toda prisa para que no se mancharan con sangre.

—Vale, vale. Voy a por un médico, esperad un momento.

La joven se tapó rápidamente la mano. Había cometido el error de mirar y ahora sentía que estaba a punto de desvanecerse. Se apoyó en Rodrigo.

—No me siento bien—murmuró.

—Sofía, eh, Sofía.

Él la cogió justo a tiempo, pues LunaLoba se convirtió en un peso muerto y de no haberla sujetado habría caído redonda al suelo. Por suerte, la joven se recobró rápidamente y, aunque lo miró un poco desconcertada, las

piernas volvieron a sostenerla.

—Vamos a sentarte —dijo Rodrigo, guiándola hacia la sala de espera, pues en el pasillo no había sillas.

—Eres un mentiroso.

—¿Por qué?

—Unos puntitos y listo... la madre que te parió.

—Se llama Rosa, por cierto.

—¿Eh?

—Mi madre, que se llama Rosa.

—Ah. —Sofía se cogió el cuello de la camiseta—. Dios, qué calor que tengo. ¿No hace calor?

—Pues no mucho, pero espera, que te hago aire.

Rodrigo empezó a abanicarla con un panfleto sobre planificación familiar que había en la sala de espera. Miró hacia la puerta por la que había desaparecido la mujer de la recepción, pero aún no venía nadie a su rescate.

Siguió abanicando a Sofía mientras ella se ahuecaba la camiseta una y otra vez. Rodrigo apartó la mirada cuando en uno de los movimientos pudo verle el escote, sujetador incluido.

—¿Ya estás mejor? —preguntó unos segundos después. La miró otra vez y de nuevo captó un plano aéreo de su escote y en aquella ocasión se dio cuenta de que tenía un tatuaje sobre su pecho izquierdo.

A ese paso iba a tener que empezar a abanicarse él mismo.

—Regular. Estoy pensando en lo que me van a hacer y...

—No pienses en eso.

—¿Y en qué pienso?

Eso, ¿en qué pensaba? Rodrigo solo podía hacerlo en su escote. Tras unos segundos de silencio, interrogó:

—¿Y el tatuaje que llevas en el pecho? ¿No tenías miedo a las agujas?

Sofía dejó de abanicarse con su propia camiseta y su mano sana se apoyó sobre el área donde estaba el dibujo de su piel. La otra descansaba sobre su pierna, envuelta en la toalla que debía de estar a punto de dejar traspasar la sangre pese a todas las vueltas que tenía. Se mantuvo callada durante un instante y Rodrigo temió que fuera a preguntarle dónde estaba mirando para verlo, pero en su lugar dijo:

—Es la voz de mi padre. —Se palmeó el pecho. Parecía haberse relajado un poco. Las arrugas de su rostro se habían suavizado—. El tatuaje es una onda de sonido con la voz de mi padre diciendo «auuuu, mi lobita fuerte». Ojalá tuviera aquí el móvil y pudiera oírlo.

—¿Oírlo?

—Sí. Es un tatuaje especial. Con una aplicación del móvil puedes escanearla y por el patrón del sonido reconoce qué audio es y lo reproduce en el teléfono.

—¿Reproduce la onda de sonido? —preguntó Rodrigo con incredulidad.

—Sí. Bueno, no. No es la onda de sonido en sí. La onda de sonido es como un código de barras que el móvil reconoce y entonces carga un archivo de audio que yo subí a la base de datos de la app.

—Eso tienes que enseñármelo.

—En cuanto salgamos de aquí.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció la recepcionista con un médico.

—¿Sofía? Pasa, por favor.

—¿Puede entrar él conmigo? Me da miedo la sangre.

—Lo siento, pero nada de amigos.

—Es mi marido —mintió Sofía, pegándose a Rodrigo, que sintió que se le aceleraba el corazón.

—Lo siento, nada de maridos tampoco. Vamos, que no nos comemos a nadie.

Sofía se separó de Rodrigo con reticencia y le dedicó una mirada asustada antes de desaparecer por la puerta detrás del médico. Él se dejó caer en una silla de la sala de espera y soltó un largo suspiro, liberando toda la tensión que había almacenado. Ella decía que no se había desmayado porque estaba sola, pero es que él había mantenido la cabeza fría y había logrado permanecer tranquilo solo porque sabía que era el único que iba a hacerlo.

Al mirar su móvil, vio que tenía varios mensajes de Rafa. Le preguntaba por Sofía y le decía que todo en su casa estaba perfecto. «El horno estaba apagado» añadía, aunque Rodrigo eso ya lo sabía. Se preguntó si Rafa habría aprovechado para curiosear a sus anchas por la casa de LunaLoba o, con el susto, se habría limitado a asegurarse de que todo estaba bien. Contestó a sus mensajes contándole que Sofía ya estaba dentro de urgencias y que le avisaría cuando saliera.

Tardó casi una hora en poder mandar aquel mensaje, pues los médicos parecía que cosían a cámara lenta. Cuando al fin salió, estaba mortalmente pálida. Para sorpresa de Rodrigo, se abrazó a él nada más salir.

—¿Estás bien? —Le miró la mano, que llevaba liada.

—No. Ojalá hubieras entrado conmigo. Lo primero que me ha dicho el médico al ver la herida ha sido «¡pero mujer, ¿cómo te has hecho esta barbaridad?». Me he desmayado ahí mismo. Y después otra vez cuando me ha pinchado. Y mientras me cosía creo que he perdido el conocimiento otras dos veces. Qué horror y qué animal.

—¿Te ha hecho mucho daño?

—No. Una vez me ha puesto la anestesia no me he enterado de nada.

—¿Y entonces por qué te has desmayado?

—Por lo que me imaginaba. Entre lo de que era una barbaridad lo que

me había hecho y que no dejaba de decirle a la enfermera «limpia la sangre»...

—¿Cuántos puntos te han dado?

—Ni lo sé ni quiero saberlo. Solo quiero irme.

—¿Lo llevas todo?

—Sí. Llevo el informe y la mano, que es lo que importa. Vámonos.

En el camino de regreso a casa, se mantuvieron silenciosos. Ella estaba más tranquila, así que él prefirió darle su espacio. Tuvieron que parar en una farmacia para comprar unos medicamentos que le habían recetado, pero aun así el trayecto se hizo mucho más corto que el de ida.

—¿Quieres que llame a tu madre? —preguntó Rodrigo al aparcar el coche en el sótano del edificio—. No he caído antes, pero igual querías que te llevara a su casa.

—No, no te preocupes. Está de viaje. Se ha ido dos días a Alemania con Pedro, que tenía un congreso en Düsseldorf.

—¿Y está Mari en casa? No deberías quedarte sola.

—Tienes razón. Ahora mismo soy una inútil que no puede usar una mano y que en breve se pondrá hasta las cejas de pastillas, así que estás en la obligación moral de hacerme compañía hasta que llegue Mari y te releve.

—No hay problema —dijo Rodrigo, y al ver cómo ella le sonreía, añadió—: Rafa y yo te cuidaremos.

—Lo cierto es que me gustaría estar tranquila. ¿Podríamos no avisar a Rafa por el momento?

—Como quieras.

Pero no pudo ser, pues con las prisas Sofía no había cogido las llaves y Rafa, tras asegurarse de que todo estaba bien, había cerrado de un portazo.

—No, no he caído en buscar la llave. Pero sí tengo tu teléfono —añadió mostrándoselo—. Está apagado porque se ha caído. Me lo he encontrado en

el suelo. Ah, y he limpiado la sangre de tu casa, por si tu compañera de piso llegaba que no se asustase.

—Gracias, Rafa. Voy a llamar a Mari por si ya hubiera vuelto.

No hubo suerte. Al telefonar a su amiga, esta le dijo que no estaba y que todavía le faltaba una hora o así para volver. Sofía no le dijo nada del accidente, solo le contó que se había olvidado las llaves dentro de casa y le pidió que la avisara cuando llegara.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó Rafa.

—Pues si no os importa...

—Por supuesto que no. —Él se puso en pie rápidamente—. ¿Qué quieres que te prepare?

—Con un sándwich sería suficiente. Además, así no tengo que usar los cubiertos.

—Marchando.

Rafa preparó sándwiches para los tres con la ayuda de Rodrigo y cenaron con una conversación animada que versó sobre accidentes, golpes, desmayos y visitas al hospital. Todos tenían anécdotas que contar e incluso Sofía se atrevió a contarles exactamente lo que había ocurrido esa noche.

Un buen rato después, la joven anunció:

—Mari me acaba de avisar de que está llegando. Rodrigo, ¿podrías acompañarme?

Su petición hizo que los dos amigos se miraran. Rafa fue quien primero retiró los ojos con expresión apenada.

—Yo... —empezó Rodrigo, pero Rafa lo interrumpió.

—Sí, acompaña. Yo mientras recojo.

Y sin volver a mirarlo, se levantó y empezó a apilar los platos. Sofía, que no se había enterado del tenso momento entre ellos, también se puso en pie y Rodrigo, algo cortado, la siguió fuera.

—Mari me ha dicho que aún le quedan cinco minutos, pero quería enseñarte algo —le contó ella cuando llegaron a su puerta. Se sacó el teléfono del bolsillo y abrió una aplicación antes de tenderle el celular a Rodrigo—. Escanea el tatuaje.

—¿Cómo?

—Coge el teléfono. —Una vez él lo tuvo en la mano, Sofía se llevó la mano buena al cuello de la camisa y se la bajó hasta mostrar el tatuaje de su pecho—. Escanéalo.

Rodrigo supuso que sería como pasar un código BIDI y que bastaría con poner la cámara del móvil frente al tatuaje, así que eso hizo. En la pantalla del teléfono la onda de sonido se iluminó y la voz grave de un hombre sonó a través del altavoz.

—Auuuu, mi...

El audio se cortó porque movió el teléfono por la sorpresa. Volvió a posicionarlo y la grabación empezó de nuevo.

—Auuuu, mi lobita fuerte.

—Es mi padre —explicó Sofía—. Decía que yo no era una princesita, que yo era una loba fuerte a la que le gustaba aullar con fuerza a la luna, y por eso nací con un antojo en forma de luna en la tripa, para que no me olvidara nunca de lo fuerte que soy. Ponlo otra vez.

LunaLoba cerró los ojos para escuchar mejor y después sonrió con ternura.

—Era un hombre muy bueno. Cariñoso, inteligente, listo y tranquilo. Muy tranquilo. Tú me has recordado hoy a él, manteniendo la calma en todo momento. No sé qué habría hecho hoy sin ti.

Sofía lo miraba de una forma tan intensa y le hablaba de una manera tan dulce, que Rodrigo no supo qué contestarle. Su respiración se había vuelto pesada. Su cercanía, su tono, la expresión con que lo miraba... Dios,

quería abrazarla, pero no podía. No debía. O igual sí. Un abrazo no hacía daño a nadie, ¿no? Ella le había abrazado antes en el hospital.

No, no debía volver a abrazarla. Debía mantener la distancia, porque sin duda estaba desvariando y creía ver en su gratitud algo más. Ella estaba vulnerable y con las emociones a flor de piel después de todo lo que había ocurrido, pero ya está. No quería nada de él. Bueno, igual un abrazo sí. Un abrazo no implicaba nada y era muy reconfortante. Sí, ella lo había abrazado en el hospital y en su día a día era cariñosa. En un momento como aquel seguro que necesitaba un abrazo y su madre no estaba allí para dárselo. Él podía proporcionárselo, como si fuera un padre. A fin de cuentas, eso había dicho ella, ¿no? Que le recordaba a su padre.

Cuando Sofía empezó a acercarse a él, Rodrigo decidió permitirse aquel regalo. Sí, iba a abrazarla por última vez. Y después se alejaría de ella. Por su salud mental, porque empezaba a ver cosas donde no las había, como en ese preciso instante, que juraría que ella iba a besarle. Veía su rostro acercándose como a cámara lenta, como en las películas, y su boca se moría por ir a su encuentro.

Si, se moría. Pero no, no podía.

Casi en el último momento tomó la decisión más juiciosa y correcta y desvió la trayectoria de su anhelante boca.

Sus mejillas se entrechocaron con torpeza.

Al separarse, no comprendió por qué Sofía se estaba poniendo colorada por momentos. ¿Sería por la mano? ¿La medicación le estaría sentando mal?

Como un tonto, necesitó que Sofía empezara a balbucear y a mirar hacia cualquier parte menos hacia él, para comprender que no habían sido imaginaciones suyas, que Sofía había ido a besarle.

La famosa y encantadora LunaLoba había intentado darle un beso y él le había puesto la mejilla.

34.

Sofía estaba metida en la cama, aunque ya era pasado el mediodía. La mano le dolía pese a que se había tomado los analgésicos y no tenía ganas de salir del cascarón. Y no era solo porque sabía que algo tan sencillo como quitarse el pijama sería toda una odisea sin poder usar la mano izquierda, sino también porque no le apetecía enfrentarse al mundo.

El rechazo de Rodrigo había sido el momento más embarazoso de su vida. Era la primera vez que alguien le ponía la mejilla cuando iba a besarle y había sentido perfectamente los afilados dientes de la falsa cobra inyectando veneno en su corazón. Se había lanzado a besarle porque pensaba que él sentía algo parecido a lo que ella experimentaba cada vez que lo veía. La forma tan dulce en que la había tratado esa tarde, lo segura que la había hecho sentir...

Menuda cagada más monumental.

Siempre le había caído bien Rodrigo. Bueno, no siempre. Cuando pensaba que era él quien le había cerrado la puerta en las narices le habría gustado asesinarlo, pero después le había parecido un hombre apuesto, divertido, con un toque tímido y con aura de persona mayor que no hacía más que sumarles puntos a sus encantos. Además, que él supiera poco de ella como *youtuber*, al menos antes de conocerla, era de agradecer, pues siempre la había tratado normal. Sí, sin duda Rodrigo tenía un no sé qué que la hacía sentir bien y tranquila, incluso cuando iba montada en una moto con el preocupante nombre de Cabra.

¿Por qué había tenido que intentar besarle? ¿Por qué? Lo había malinterpretado todo.

Tonta, tonta, tonta. Rodrigo casi seguro que tenía pareja.

Probablemente la rubia del restaurante. Al poco de conocerse, él había confesado tener una «amiga». ¿Y si ya habían pasado esa fase y ahora eran novios? ¿Había intentado besar a un hombre con pareja? ¡Dios, qué vergüenza!

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por quéééé?

Mierda. Gran y enorme mierda. No solo se sentía estúpida, sino que tenía la moral por los suelos. Qué mal sentaba aquel rechazo, madre mía. Aún recordaba el calor que se había apoderado de su cara cuando él giró el rostro. Ambos habían tartamudeado un «lo siento» y, por suerte, el agónico momento no se había alargado más porque en ese preciso instante Mari había aparecido con Fabián.

Temía que Rodrigo se presentara en su casa para hablar sobre el no-beso, o que sacara el tema la próxima vez que se vieran. Ella no quería hablar del tema, solo enterrarlo y olvidarlo.

Cuando una hora antes de la comida tocaron al timbre, seguía metida en la cama, manejando con su mano buena el móvil. Sabía que Mari iría a abrir, por lo que no se molestó en levantarse, pero sí que apartó el teléfono a un lado y escuchó con el corazón encogido por si era Rodrigo. Por supuesto, desde su habitación no podía oír la conversación, pero cuando escuchó los pasos de Mari acercándose a su cuarto, se puso tensa.

Supuso que llamaría, pero su amiga entró como una tromba y con la cara demudada. Cerró la puerta tras de sí y se llevó la mano al pecho como si sintiera que el corazón se le iba a salir del pecho.

Mari balbució algo ininteligible, casi ahogándose con las palabras. Sofía se incorporó en la cama y, por la costumbre, usó la mano izquierda para apoyarse, lo que le hizo ver las estrellas. Mientras, Mari seguía luchando por articular algo con sentido.

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—Ri... Ri...

—¿Ri qué?

—¡Rimax!

—¿Rimas?

Mari, nerviosa, sacudió la cabeza. Se acercó a ella, se sentó en la cama, e inhaló profundamente para acompasar su respiración.

—RiMax está aquí.

—¿Ri...? —Sofía se interrumpió al caer en la cuenta de quién era—. ¿RiMax el Youtuber?

—¡El mismo! Y pregunta por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—Ni idea, pero ha preguntado por ti. ¡Madre mía, RiMax! Qué emoción, qué emoción. Sal a ver qué quiere.

Cogió a su amiga del brazo y tiró de ella hasta ponerla en pie.

—Pero, Mari...

—¿Qué?

—Que no puedo salir.

—¡Tienes que ver qué quiere!

—Pero que voy todavía en pijama. Tengo que vestirme antes.

Mari la miró de arriba abajo como si la viera por primera vez y después asintió con energía.

—Sí, cámbiate. ¿Te ayudo? Con la mano así...

—Sí, por favor.

También la había ayudado a ponerse el pijama la noche anterior. Desde que habían vuelto de Londres, y tras solucionar el malentendido de la placa, Mari se mostraba mucho más agradable y simpática con ella. Casi como en los viejos tiempos. Sofía se sentía culpable por haber pensado mal de su amiga y Mari se arrepentía de lo de Londres. Nada mejor para suavizar el mal

genio de la gente que los remordimientos.

En aquella ocasión, Mari incluso la ayudó a peinarse e insistió en ayudarla a maquillarse.

—No puedes presentarte así delante de RiMax. Se nota a la legua que has dormido mal. Déjame que te maquille, prometo que te daré un *look* muy natural.

—A este paso, cuando vayamos a salir RiMax se habrá largado.

—Será un segundo.

Cuando al fin pudo acudir a la puerta, seguida de cerca por Mari, Sofía estaba nerviosa. No era una asidua de los vídeos de RiMax, pero había visto muchos clips suyos. ¿Quién no? Tenía más de cinco millones de suscriptores en Youtube y muchas de sus creaciones se volvían virales. Ella jamás había hablado con él. Lo seguía en las redes sociales, sí, y le daba «me gusta» a los vídeos suyos que veía, pero ahí terminaba su interacción. Entonces, ¿qué hacía él en su puerta?

Se sintió estúpida cuando, al abrir la puerta y ver que era él de verdad, le entró la risa tonta.

—Oh, dios mío. Que iba en serio.

—Sí —asintió él, riéndose también—. Pensaba que no ibas a salir.

—Lo siento, es que... —Le enseñó la mano herida—. Con esto voy un poco a paso tortuga.

—¿Qué te ha pasado?

—Anoche me corté preparando sushi.

—Espero que al menos te saliera bueno.

—¿El corte? Hasta el médico de urgencias se sorprendió de mi hazaña. El sushi no tanto, debe ser que al arroz no le va la sangre.

RiMax se rio de su ocurrencia y Sofía se sintió levitar. ¡Estaba siendo ocurrente y todo! Se merecía un premio.

—Y bueno... ¿en qué puedo ayudarte?

—Quería pedirte disculpas.

Se quedó muy parada hasta que al fin consiguió formular:

—¿A mí?

—Sí.

—¿Por qué?

—*Dinosauria*.

Ella fue a negar con la cabeza en gesto de incompreensión, pero se detuvo en seco cuando aquel apelativo caló en su cerebro. Abrió la boca, la cerró y después parpadeó repetidamente mientras intentaba procesar aquello.

—¿Fuiste tú?

—Eso parece.

—El del envío enorme de mil euros —añadió ella, como si necesitase asegurarse.

—¿Más gente te llama *dinosauria* por ahí?

—No, pero... ¡madre mía! Me lo tragué entero. —Sofía se llevó la mano sana a la cara—. Siempre he pensado que si me gastaban una broma telefónica lo sabría al momento, pero no reconocí tu voz ni nada. ¡Dios! Me pusiste supernerviosa con lo de la policía y lo de llamar una y otra vez. ¡Apagué el teléfono! —Soltó una carcajada al acordarse.— Ahora todo tiene sentido, porque era todo tan subrealista... Pero sabías mi dirección y eso me hizo creer de verdad que eras repartidor. ¿Cómo sabías mi dirección? ¡Madre mía! Y mi teléfono. ¿Cómo conseguiste mi número?

RiMax sonreía divertido ante la verborrea incesante de Sofía. Cuando al fin la joven se detuvo para tomar aire, aprovechó para proponer:

—Si te tomas algo conmigo, contestaré a todas tus preguntas.

—¿Ahora?

—¿Por qué no? ¿Has comido?

—No. Yo... —Sofía se giró hacia su casa. No se veía a Mari, pero estaba segura de que su amiga estaba agazapada tras la puerta, escuchándolo todo. Aprovechó que RiMax no podía verle la cara para tomar aire e intentar tranquilizarse un poco, aunque lo último fue una utopía pues temblaba cuando se volteó de nuevo hacia él y dijo—: Vale, vayamos a tomar algo.

A Sofía le sorprendió bastante el bar que él eligió. No se alejaron mucho de casa ya que a tan solo unas calles tenían varias opciones entre las que elegir. A ella le gustaba especialmente La Terraza, que tenía buen ambiente y una decoración muy acogedora, pero Max, como le había pedido él que lo llamara, se decantó por el bar Juan, uno de esos sitios donde al mirar por la ventana solo ves a abueletes tomándose chatos de vino. El surtido en bebidas tampoco era para tirar cohetes, al menos no en lo que a marcas se refería, y al final Max se pidió una cerveza «de la marca que tengáis» y Sofía un zumo porque no quería beber por la medicación y era eso, un té o agua.

—Me parece curioso que hayas querido entrar aquí y no en La Terraza. ¿Te gustan los bares... —miró a su alrededor buscando inspiración—... con encanto propio?

—Me has dado a elegir. Si no te gusta este sitio...

—No, no te preocupes. Mientras no me quede pegada a la mesa, no tengo problema. Pero no sé... —Sofía estudió de nuevo su entorno y después murmuró—: Creo que si sumamos nuestras dos edades, seguimos siendo los más jóvenes de este sitio.

—Probablemente —asintió él, riéndose—, pero así estamos tranquilos. Aquí es muy poco probable que alguien nos reconozca. No sé tú, pero en mis estadísticas de Youtube el porcentaje de gente mayor de 65 años que me ve es bajísimo. Aunque oye, el viejo ese de ahí te está mirando mucho, ¿no tendrás una sección dedicada a la tercera edad?

—Pues los vídeos de mi madre hippie llegan a gente de un rango de

edad muy grande, que lo sepas.

—Hoy, en consejos de una madre hippie: cómo cuidar bien la dentadura postiza —dijo Max poniendo la típica voz en *off* de televisión.

El camarero, que tampoco bajaba la media de edad en el bar porque tenía pinta de que tendría que haberse jubilado hacía ya unos cuantos años, les sirvió sus bebidas y las acompañó con unas olivas y unos panchitos.

—¿Ves mis vídeos? —interrogó Sofía, a la que no le había pasado desapercibido que Max conocía el nombre correcto de la sección. Tras hacer la pregunta, se sintió un poco incómoda, pues le parecía que había sonado a «oh, dios mío, ves mis vídeos, ¡no me lo puedo creer!», y aunque en verdad se sentía así, decidió quitarle un poco de importancia diciendo—: Pensaba que me habrías elegido como víctima al azar.

—Claro, me pongo los vídeos del momento de Youtube y digo «pin pan pun, te la has llevado tú».

—Podría ser. Aunque supongo que mejor coger a víctimas de las que sepas que puedes conseguir el teléfono.

—Cierto, eso ayuda. Aunque moviendo los hilos adecuados, todos los teléfonos se pueden conseguir. En tu caso, primero decidí que serías tú la víctima y ya luego investigué.

—¿Quién te dio mi número?

—Un buen mago no desvela sus secretos.

—Esto más bien sería «no hablo de mis confidentes» —bromeó Sofía.

—O «no desvelo mis fuentes». Lo mío, más que investigación policial, podría considerarse periodismo de investigación. Cada broma que hago es un experimento social.

—¿Ah, sí? ¿Y qué sacaste del mío?

—Que los *youtubers* no son millonarios —dijo levantando un dedo—. Que en alguna ocasión te has planteado comprarte una pantalla verde. —

Segundo dedo—. Que compras cosas de China. Que no te gusta el enfrentamiento. Que eres bastante diplomática y no pierdes los nervios. Y con toda una mano de conclusiones creo que está bien, ¿no?

—Desde luego. Cuanta información has sacado de una simple broma telefónica. Aunque tengo algunos comentarios a tus conclusiones.

Sofía carraspeó, como preparando su voz para un largo discurso, y Max forzó una cara de concentración que a ella le resultó bastante cómica.

—Uno. Hay *youtubers* millonarios. Tú tienes... ¿veinte veces más suscriptores que yo? Ganas mucha más pasta que yo. Pero mucha. No veinte veces más que yo. Llegados a un punto, las ganancias en Youtube son exponenciales. Yo de la publicidad de los vídeos saco una mierda.

—Pues y yo —dijo él—. Un anuncio en la televisión cuesta más de lo que yo cobro en todo el mes, y en muchos casos mis vídeos tienen más audiencia que los programas de la tele.

—Es cierto —concedió Sofía—. Aunque no te quejes, que ya querría yo tus ingresos de Youtube. O te conformas, o te vas a la tele. No hay más.

—Prefiero quedarme en mi casa, gracias. Dicen que ahora en la televisión usan cámaras de tan alta resolución, que hasta el poro más pequeño lo sacan en HD, así que yo estoy más cómodo con mi webcam de 12 megapíxeles. Si grabara en *full* HD, la gente me dejaba de seguir por feo.

—Qué tonto —se rio ella.

—Sobre lo otro que has dicho... Si quieres dinero, trabájatelo, como yo he hecho. Consigue suscriptores, créate una reputación, haz que la gente confíe en ti como lo harían en un amigo. Tú lo has dicho: las ganancias de Youtube son exponenciales y el secreto está en tener seguidores de calidad.

—Muy cierto, aunque nos estamos desviando del tema. Mi dedito pulgar sigue levantado, así que estábamos hablando de... ¡ah, sí! Que según tu estudio sociológico, los *youtubers* no son millonarios porque yo no acepté

un paquete de mil euros. Hombre... Si me hubieras dicho que era una cámara o... no sé, cualquier cosa salvo algo con el tamaño de un dinosaurio que no cabía ni en un tráiler...

—Hola, soy el repartidor —impostó él la voz a la vez que se llevaba una mano al oído, simulando un teléfono—, te traigo una Canon 80D contrarrembolso. Son mil euros, graciaaaaas.

—Oye, eso tienes que hacerlo.

—¿El qué? ¿Vender cámaras? —se burló él.

—No. Lo de mi paquete era muy descabellado y estaba claro que yo no iba a aceptarlo, lo cual era perfecto para mi broma, pero también estaría bien que llamas a algún amigo tuyo a ver si consigues convencerlo para comprarte de forma ilegal una cámara por doscientos o trescientos euros menos. Una Canon 80D por 800 euros, por ejemplo. A ver si aceptan.

—Hoy, en Equipo de Investigación... —Max imitó el tono misterioso que empleaba la mujer de aquel programa de televisión. Se le daba bien impostar la voz.— Pues me has dado una idea, no te creas. Tengo un amigo que no deja de pedir cosas a China, quizá pueda preparar algo. ¿Te apuntarías? Me vendría bien una voz femenina para despistar.

—¿Yo? ¿Quieres que participe en una de tus bromas telefónicas?

—Por mí sí. Si te apetece, podríamos probar a ver qué tal sale.

—Fatal, seguro. Me daría la risa.

Y solo de pensarlo, Sofía se echó a reír.

—¿No has gastado nunca una broma telefónica?

—No. Yo no crecí viendo los Simpson, ¿sabes? No tenía a Bart para inspirarme.

—Pues sería una interesante primera vez, ¿no te parece? Ideal para tus vídeos nuevos. Yo grabo la broma y tú el *making off*.

¡También sabía lo de la nueva sección! Sofía no se lo podía creer. El

vídeo del salto se había subido según lo programado la noche anterior mientras ella sufría los efectos de las pastillas para el dolor. Sintió que el corazón le latía con muchísima fuerza en el pecho.

Max malinterpretó su silencio y dijo:

—Tenía otra primera vez pensada para compensarte por la broma, quizá esa te guste más.

—No tienes que compensarme por la broma.

—Pero me apetece, para que no me odies mucho.

Él sonrió, mirándola a los ojos y después escondió su gesto tras el botellín de cerveza, aunque su mirada seguía clavada en ella.

—No sabía que te importara si tus víctimas te odian o no.

—Mis «víctimas», como tú las llaman, me aman.

—Ah, ¿sí?

—Tú me amas.

—¿Tanto se me nota? ¡No me digas que tengo dibujitos de corazones en los ojos! Me han dicho que me pasa, como en los filtros de Instagram.

—Vale, quizá no me ames... todavía.

—Pero lo haré, todo el mundo te ama —concluyó ella con tono jocosos.

—En cuanto publique el vídeo de tu llamada telefónica, me querrás comer a besos.

—Ah, ¿sí? Cinco millones de fans riéndose de mí, va a ser fantástico.

—Riéndose contigo.

—Todos llamándome *dinosauria*.

—Y viendo tus vídeos. Tus estadísticas van a volverse locas.

—Ya veremos...

—Eso puedo prometértelo. Igual que puedo prometerte que vas a tener un pico de suscriptores.

Sofía no lo dudaba, pues ya le había ocurrido con Connie.

—¿Un pico muy grande?

Max se encogió de hombros.

—Tú me lo dirás, porque me das permiso para subir el vídeo, ¿verdad?

—No sabía que necesitabas mi permiso.

Max dejó a un lado la cerveza y se inclinó hacia delante.

—Deja de pensar que eres como los demás. Con el resto de gente no lo hago, pero contigo sí. Quiero que me des tu permiso para subir el vídeo y quiero que me dejes compensarte con las dos primeras veces que se me han ocurrido para ti.

Sofía tragó saliva con dificultad. Tenía los ojos de él clavados en los suyos.

—Vale. Tienes mi permiso.

—Genial. No te arrepentirás. Mis seguidores son un poco brutos, pero no son mala gente y estoy seguro de que contigo no se van a meter demasiado. Algún *dinosauria* caerá y quizá algún que otro comentario de *trolls*... pero confío en que te tratarán bien y muchos de ellos acabarán por seguirte. Hay gente con la que me he metido a saco, porque son auténticos personajes y tienen vídeos de lo más chorra en Youtube, y ellos mismos me han escrito para pedirme que por favor no quite el vídeo, aunque después en público se mostraban muy indignados conmigo.

—Que hablen de mí, aunque sea mal, ¿no?

—Exacto. En Youtube lo más importante es la visibilidad.

—Bueno, tú súbelo y que sea lo que tenga que ser. Igual acaba siendo tu vídeo menos visto y me estás contando el cuento de la lechera.

—No creo.

—En cualquier caso, prefiero no obsesionarme con el futuro ni con los números. Me ha costado, pero gracias a mi madre he empezado a disfrutar del aquí y del ahora, y quiero seguir haciéndolo. Antes me agobiaba pensando en

los vídeos que tenía que hacer si quería que el canal funcionase. De hecho, llegué a agobiarme tanto que acabé bloqueándome y no haciendo nada en absoluto. Miraba el mundo, paralizada y sintiéndome mal por no hacer nada. Estuve a punto de dejar de subir vídeos, de dejar el canal del todo. Ahora, mi madre me ha regalado el poder hacer lo que quiera sin preocuparme por si es rentable o no, el poder grabar vídeos porque quiero y no porque deba, y deseo aprovecharlo.

Sofía se dio cuenta de que Max la miraba en silencio y se sintió estúpida. ¿Qué hacía contándole a aquella estrella de Youtube sus problemas?

—Debo sonarte gilipollas. No te culpo, ahora me doy cuenta de que lo era. Aún no llego ni a los trescientos mil seguidores. El canal no me da para comer. Y, aun así, aquí estoy, hablándote de agobios y bloqueos.

—No, para nada. Trescientos mil seguidores está muy bien, y más para alguien que nunca había aspirado a vivir de esto, ¿me equivoco? —No le dio tiempo a contestar—. Hay gente que abre su canal pensando ya en monetizarlo y sacarle dinero. Tú no. Yo tampoco, en mi época. Solo hacíamos lo que nos gustaba y resultó que la gente se divertía viéndonos. Quien empieza su canal como negocio, tiene muy claros sus objetivos y en cuanto tiene un puñado de suscriptores intenta que las empresas se fijen en él, que es lo que realmente da dinero: las colaboraciones con las marcas. Tú, yo, la gente que empieza en esto como *hobbie*, no lo tiene tan claro y siempre llega un momento en el que tenemos que pararnos y tomar decisiones. ¿Seguimos adelante o nos damos por vencidos? ¿Continuamos como si fuera solo un entretenimiento o nos profesionalizamos? ¿Sacrificamos horas de sueño y de ocio para hacer los vídeos a la vez que conservamos nuestro trabajo? ¿Dejamos nuestros empleos y nos centramos al cien por cien en esto para crecer todavía más? ¿Cuál es nuestro objetivo final? ¿Queremos hacer vídeos o los vídeos son solo un fin para conseguir algo más? Son preguntas

que dan miedo y cuyas respuestas te pueden cambiar la vida.

—¿Tú ya tienes respuesta a todo eso?

—Sí. Y creo que tú también.

—No sé. Quizá aún me quede alguna que responder.

—Bueno, eso siempre. Cada poco tenemos que volver a hacernos las mismas preguntas: ¿qué estás haciendo?, ¿estás satisfecho con lo que haces?, ¿qué quieres para el futuro próximo?, ¿y para el lejano? Nuestras vidas van cambiando y tenemos que replantearnos las cosas. Y ser valientes, siempre valientes. Se necesita mucho valor para seguir tus sueños, y mucha gente se queda cómodamente sentada en su zona de confort, esperando que le ocurran cosas, en lugar de ir a por ellas.

—Le caerías bien a mi madre —soltó Sofía de pronto.

—¿Sí? ¿Por qué dices eso?

—Acabas de decirme lo que ella estuvo repitiéndome bastante tiempo antes de tomar cartas en el asunto y obligarme a actuar. Ahora es mi agente o algo así —se rio ella.

—Tu madre es una mujer muy interesante. Sus consejos para aliviar los dolores de espalda me vinieron superbién, así que dale las gracias.

—¿En serio ves mis vídeos?

—Claro.

—No, en serio. Verlos de verdad.

—¿Y cómo se ven las cosas de mentira?

—Estudiando por encima mi perfil cuando decidiste gastarme la broma.

—Veo tus vídeos desde hace tiempo. No todos, lo admito, pero sí que he visto muchos. ¿Tú ves los míos?

—¿Y quién no? Si es subir un vídeo y que aparezca en tendencias, en novedades, en recomendados...

—Hostia, tú, yo he admitido que me gustan tus vídeos.

—Has admitido que has visto algunos.

—Muchos, he dicho. Venga, los he visto casi todos, ¿vale? Me parto el culo con los de plisplás despeinada estás.

—¿En serio?

—Lo juro. Pero no lo admitiré en público.

Sofía se partía de la risa.

—¿Por qué?

—Pues porque muchos de tus vídeos son para chicas.

—Y casi todos los tuyos son para chicos y aun así yo los veo.

Sofía se sintió aliviada de que él aceptase aquella respuesta y no insistiera más, pues la verdad era que no podía considerarse una seguidora suya. Veía sus vídeos más populares, los que se hacían virales por un motivo u otro, pero no estaba atenta a sus publicaciones, pues su humor en ocasiones se alejaba mucho de lo que Sofía consideraba gracioso. Se metía con mucha gente, se reía de ellos... RiMax era uno de esos *youtubers* que debía haberse echado a temblar cuando la plataforma anunció que no pondría anuncios en los vídeos en que se usasen palabras malsonantes.

Y por eso, la conversación que estaba manteniendo con él le resultaba casi irreal. Habría esperado bromas, burlas, risas, algún que otro taco, cachondeo, pero en cambio había descubierto a un chico con una conversación profunda con el que había podido hablar de cosas que solo su madre había conseguido arrancarle.

35.

Rafa y Rodrigo volvían del trabajo en coche cuando, un par de calles antes de llegar a su casa, tuvieron que pararse en un semáforo para cederles el turno a los peatones. Rodrigo estaba consultando su teléfono y no se dio cuenta, pero Rafa estaba atento a la carretera y fue el que dijo:

—Mira, LunaLoba.

Rodrigo levantó rápidamente la cabeza. Llevaba desde la noche anterior pensando en ella, en si debía mandarle un mensaje para intentar explicarle por qué había actuado como lo había hecho. No había querido rechazarla. De verdad que no. Ni en sus mejores sueños habría creído posible que ella fuera a intentar besarle. Pero, si le escribía, ¿qué más le decía? El problema con Rafa seguía ahí. Que ella estuviera interesada en él, no cambiaba el hecho de que intentar cualquier cosa con Sofía sería como traicionar a su amigo.

—¿Y ese es...?

Rodrigo se fijó entonces en que Sofía no iba sola. A su lado caminaba un muchacho alto, con pelo revuelto, gafas oscuras y barba de varios días. No iban cogidos de la mano ni nada, pero en ese momento estaban hablando y riéndose, así que debían ir juntos. Rodrigo sintió que algo se le encogía en el pecho.

La pareja cruzó el paso de cebra sin percatarse de que los dos amigos los miraban desde dentro del coche hasta que de pronto, Rafa tocó el claxon, sobresaltando tanto a la pareja como a Rodrigo.

—¿Pero qué haces?

Pese a que le hablaba a su amigo, su mirada estaba fija en el exterior, donde una sorprendida Sofía intentaba descubrir si conocía al conductor de

aquel coche que les había pitado. Rafa la saludaba con energía con la mano y, al final, LunaLoba pareció reconocerle y le devolvió el gesto. Durante un breve instante, los ojos oscuros de la joven miraron la figura que ocupaba el puesto del acompañante y Rodrigo sintió que el corazón se le hacía pequeñito. Meneó la mano a modo de saludo y ella lo imitó antes de girarse, cogerse del brazo de su acompañante, y seguir avanzando.

Los observaron alejarse en silencio.

—¿¡Por qué narices has tenido que pitarles!?! —exclamó Rodrigo cuando el claxon del conductor que tenían detrás les hizo ver que el semáforo ya estaba verde —. Casi me matas del susto. ¡Joder!

—Es que quería ver mejor a su acompañante —dijo Rafa metiendo primera.

—¿Sabes quién era?

Asintió, pero no dijo nada. No volvieron a hablar hasta después de aparcar el coche en el sótano. Rodrigo estaba impaciente y nervioso, necesitaba saber. Sofía había cogido del brazo de aquel chico mientras se alejaban, eso significaba que había confianza entre ellos. Y quien dice confianza... ¿Y si eran pareja? No, no era probable. Sofía no le había hablado en ningún momento de ningún novio y, además, ¿cómo iba a intentar besarle si salía con alguien? Aunque claro, ahora la gente era muy moderna y podía tener varias parejas sin problema. Y tampoco es que hubiera que ser muy vanguardista para jugar a dos bandas; eso se había estado haciendo toda la vida.

¡Dios! Se moría por saber, pero aun así, no volvió a insistir hasta que estuvieron ya en casa y Rafa sacó dos cervezas del frigorífico para ellos. Mala cosa si tenían que hablar del tema con una cerveza en la mano.

—¿Quién era el que iba con Sofía? —insistió.

—Pues si no me equivoco, RiMax.

—¿RiMax?

—Sabes quién es seguro. Es *youtuber* también y tiene muchísimos seguidores.

—¿Cómo Sofía?

—Muchos más —dijo Rafa, y echó a andar hacia el salón con el botellín en la mano—. No sabía que se conocían. ¿Serán amigos? ¿Estarán grabando algo juntos? ¿Serán novios? Se han alejado cogidos del brazo... — Se giró bruscamente—. ¿Tú sabes algo?

Como una mala réplica de lo que había ocurrido hacía más de un mes, casi se le antojaban años, Rodrigo estuvo a punto de convertirse en una fuente de cerveza con la tos que le dio.

—¿Yo? ¿Qué voy a saber yo?

—¿No te contó nada en el hospital? O una de esas veces en las que os habéis quedado solos. Anoche, por ejemplo, cuando quiso hablar contigo a solas.

Rodrigo se pasó la mano por los labios para limpiarse los restos de cerveza mientras miraba a su amigo. No le había pasado desapercibido el reproche en su voz.

—No me dijo nada. Si está viéndose con ese tal RiMax, es lo primero que oigo.

—Vamos a ver si las redes, que todo lo saben, nos dicen algo — concluyó Rafa a la vez que se sacaba el teléfono del bolsillo.

Se acomodó en el sofá y Rodrigo también se sentó a su lado, bebiendo de la cerveza mientras le daba vueltas y más vueltas a la cabeza. Se preguntó si debía decirle algo a Rafa sobre lo que había ocurrido el día anterior. Confesarse. Se sentía mal por guardar aquel secreto, no solo el intento de beso, sino también los sentimientos que había descubierto que tenía por ella.

—No encuentro nada —dijo Rafa después de un buen rato buscando

información—. Ni en sus redes ni en Youtube, aunque si están grabando un vídeo, sería normal que no apareciera nada hasta dentro de unos días. Tampoco encuentro ninguna mención a ambos juntos.

—¿Tú estás seguro de que era él?

—Hombre... no al cien por cien, pero si no era RiMax, era su gemelo.

—¿Tiene un hermano?

—Era una forma de hablar.

—Ah, es que ya con esto de Youtube, cualquiera sabe.

—Claro, la próxima noticia bomba del año: Youtube se dedica a hacer gemelos idénticos. Mira, RiMax es este. —Rafa reprodujo un vídeo—. Te suena, ¿no?

—Sí. Deben haberme reenviado algo suyo.

—Si hasta lo entrevistaron en televisión como uno de los grandes *youtubers* de España.

Observaron en silencio cómo el joven le hablaba a la cámara. En aquel vídeo, bromeaba sobre anuncios de casas y Rafa empezó a reírse de forma descontrolada cuando en la foto de uno de los pisos apareció un cuarto de baño que tenía premio en el retrete. Alguien había olvidado tirar de la cadena antes de echar la foto y el regalo tenía unas proporciones monstruosas. El tal RiMax se atrevió a llamar al número de contacto del anuncio para preguntarle al propietario qué había comido antes de echar la foto. Resultó que las instantáneas habían sido cosa de su mujer.

Rafa seguía riéndose entre dientes cuando se giró hacia Rodrigo y dijo:

—Si LunaLoba y él están saliendo, estamos jodidos.

36.

Cuando Sofía recibió un mensaje de Max en su móvil, descubrió que lo de grabar juntos la broma telefónica iba en serio. Había pensado que él se olvidaría del tema, que había sido solo una ocurrencia pasajera, pero Max le proponía quedar al día siguiente para hablar sobre el tema y preparar la jugada. ¿Cómo se hacía eso exactamente? No podían hacerse un guion, pues al haber una tercera persona involucrada, esta no tardaría en desbaratar toda la planificación. Quizá simplemente la pusiese al tanto de a quién iban a gastar la broma y cómo quería enfocarla. O tal vez con «preparar» la broma, RiMax se refería a grabarla directamente. No sabía dónde iban a verse, quizá fuera en su casa y, tras una breve explicación, se pondrían manos a la obra.

¡Madre mía! Iba a estar en casa de RiMax. Sabía cómo era la habitación en la que grababa, llena de posters y lucecitas, pero ¿cómo sería el resto de la vivienda? ¿Podría cotillear disimuladamente para ver cómo era un famoso? Por ahora le había sorprendido muy gratamente, no se lo esperaba para nada así, pero quizá era como otros *youtubers* frikis que poblaban la red y fuera de cámara tenían veinte estanterías llena de figuras de acción. Él tenía un perfil más gamberro, más de malote, no tan *gamer*, pero fuera de plano podía haber cualquier cosa. Igual vivía con su madre y el resto de su casa era toda rosa.

¡Oh, dios mío! ¿Por qué divagaba tanto? ¿Por qué estaba tan nerviosa? Era solo una colaboración y de esas había hecho unas cuantas, sobre todo con Mari y Las Chicas. ¡Pero es que se trataba de RiMax! Y, además, su forma de tratarla, el decirle que no era una broma más... ¿podía buscarle un significado más profundo o pecaría de soñadora y romántica? ¡E iba a ir a su

casa! ¿Y si intentaba algo? ¿Y si la broma telefónica era solo una excusa para buscar intimidad?

Le vino a la cabeza la mejilla que le había puesto Rodrigo, tan hiriente como cuando se produjo. Sacudió la cabeza, intentando espantar aquel recuerdo.

RiMax era simpático y le parecía un chico atractivo. De hecho, le parecía más guapo en la realidad que en sus vídeos. Si por un casual intentaba un acercamiento y ella en ese momento se sentía tan cómoda con él como lo había estado esa tarde, ¡adelante! Que surgiera lo que tuviera que ser.

Mari tampoco ayudaba a tranquilizar sus nervios. Cuando regresó a casa tras hablar por primera vez con Max, su amiga la estaba esperando y la interceptó en el pasillo para someterla a un interrogatorio de tercer grado. Sofía le contó con pelos y señales lo que había ocurrido, pues necesitaba compartirlo con alguien y ver qué pensaba. Además, el entusiasmo que su amiga mostraba le hizo recordar viejos tiempos en los que hablaban de todo. Pero si Sofía quería tomárselo todo con calma y no dejar volar su imaginación, Mari era todo lo contrario y dio por sentadas muchísimas cosas. Para empezar, que iba a tener algo con RiMax y que iba a conocer a muchísima gente importante de Youtube. Pero no se quedó ahí, sino que siguió haciendo sus castillos mentales: si jugaba bien sus cartas, podría conseguir colaboraciones con las personas adecuadas y en menos de un año podría llegar al millón de suscriptores, saldría de fiesta con famosos y tendría invitaciones para todos sitios...

Sofía comenzó a agobiarse con tantos futuribles que reflejaban más los sueños de Mari que los suyos propios, pero no fue hasta que su amiga le dijo que tenían que «estudiar en detalle su estética para la cita con RiMax» que tomó la decisión de ir a visitar a su madre y quedarse con ella unos días. Ante la cara de desilusión de Mari, se justificó diciendo que ya había acordado con

Macarena pasar unos días con ella después del viaje y que, además, su madre estaba muy preocupada por el accidente de la mano y necesitaba verla en persona para tranquilizarse.

No era cierto, su madre ni siquiera sabía que se había hecho un corte, pero salir de aquella casa fue un alivio, y más cuando lo único que le preguntó Macarena cuando le contó lo de RiMax fue «¿y es buena gente? ¿De qué color crees que tiene el aura?».

Con su madre no tuvo que prepararse para el encuentro con RiMax, sino que se centraron en su propio plan de acción para las próximas semanas; un calendario que nada tenía que ver con ponerse guapa para conseguir gustarle a Max y, a través de este, conocer a gente «guay». Macarena seguía centrada en la sección de «mi primera vez» y tenía ya muchas ideas que no compartía con Sofía porque quería que fueran una sorpresa.

—Después te encargarás tú, pero esta ha sido mi idea y por ahora quiero que siga siendo cosa mía.

—¿Y entonces cómo encajamos mis primeras veces con Max? ¿Tengo que consultar contigo si valen o no?

—No. Eso son extras de la programación oficial. Tú graba los vídeos que quieras de «mi primera vez». Mientras hagas también los que yo organice, no tengo problema.

—¿Y qué tienes en mente?

Pero su madre no quería desvelarle nada. Llevaba a todas partes consigo una agenda en la que anotaba cosas tras recibir mensajes en el móvil y, aunque Sofía intentó hacerse con la libretita en más de una ocasión, no lo consiguió, pues su madre no la perdía de vista.

Un par de horas antes de su nueva cita con RiMax, Macarena la arrastró a un centro de belleza. ¿Se someterían a algún tratamiento estético? Locales como aquel eran una mina de oro como «primera vez» para Sofía, pero lo

cierto era que LunaLoba tampoco veía a su madre sometándose voluntariamente a tratamientos capilares o faciales con productos comprados. ¡Si se hacía todas sus cremas de la cara porque decía que no iba a darle a su cuerpo nada que ella misma no se comería!

Tras entrar en el establecimiento, a Sofía le llevó apenas un minuto comprender qué hacían allí. Sí iban a usar productos químicos que en cualquier otro momento su madre habría descartado, pero los emplearían de una forma tan especial que compensaba. Macarena había organizado una clase de *nail art* en la que LunaLoba aprendió a desarrollar su vena artística en lienzos de tan solo un centímetro cuadrado. Primero se habituaron a los pequeños pinceles y luego practicaron con uñas falsas. Tras casi dos horas de taller, llegó la hora de demostrar lo aprendido y se pintaron las uñas mutuamente. Y ahí llegó la parte cómica del vídeo, pues Macarena salió con unas uñas maravillosas, dignas de cualquier evento, y LunaLoba... Su madre era muy artista para otras cosas, pero para pintar no. En algunas uñas parecía que la pintura se hubiera derretido y escurrido, otras dos podrían haber sido pintadas por un niño de cuatro años y el resto eran arte abstracto en el mejor de los casos.

La mujer que les había dado la clase de uñas no la dejó salir de esa guisa de su establecimiento y, tras asegurarse de que Macarena no se ofendería, le quitó aquel desastre y le hizo otro diseño sencillo pero muy bonito.

—Ahora ya puedes sentirte orgullosa cada vez que alguien te mire las manos.

Sofía le sonrió de forma amable. Era cierto que, con la venda todo el mundo le miraba la mano izquierda, pero tampoco es que ella se avergonzara de llevar las uñas al natural. En cambio, para aquella mujer, salir a la calle sin las uñas hechas sería como para Sofía dar una vuelta por el vecindario sin

ropa.

Que la dependienta tuviera que volver a pintarle las uñas hizo que Sofía llegara un poco tarde a su cita con Max, pero por suerte no se retrasó demasiado porque su madre pudo dejarla en la cafetería en la que habían quedado.

—¿Puedo entrar a verle? —preguntó Macarena tras detener el coche en segunda fila.

—¡No!

—Aunque sea de lejos, para ver su aura.

—¡Que no, mamá! Adiós y gracias por traerme y por las uñas nuevas.

Su encuentro volvió a ser agradable y ameno. Él le anunció que esa noche iba a subir el vídeo de su broma telefónica y, como ya lo tenía montado, le ofreció verlo a través de su móvil. Sofía estuvo a punto de declinar la oferta, pues le daba vergüenza verse, pero sabía que en algún momento tendría que verlo y mejor cuando aún no había visto la luz y tenía alguna opción de pedir cambios. Si sonaba como una tonta de remate, ¿podría suplicarle que no lo subiera?

Él conectó unos cascos al teléfono y le tendió uno de los auriculares, quedándose con el otro para escuchar también la broma. Pegados hombro con hombro, vieron el vídeo. A él también parecía darle un poco de apuro verse y le lanzaba miradas nerviosas a la vez que con una mano escondía una sonrisilla inquieta.

—¿Y bien?

—Me gusta. Tus caras son lo más. No sé cómo eres capaz de aguantarte tanto la risa.

—¿Aguantarme? Lo que hago es reírme para dentro.

La verdad es que en varias ocasiones durante el vídeo él se había tapado la boca con una mano para acallar la carcajada traicionera. Sofía se

preguntó cómo no se había dado cuenta durante su charla telefónica.

—¿A qué hora vas a subirlo?

—A las nueve, ¿te parece bien?

—Estupendo. Creo que apagaré el teléfono a esa hora y ya mañana me asustaré con las tropecientas notificaciones.

—Mujer, mejor vivirlo en directo. Ahí dándole a actualizar cada cinco segundos a ver cómo suben las visualizaciones y los comentarios.

Sofía lo miró. No sabía si lo decía en serio o no, pero lo cierto es que ella había hecho eso más de una vez. Y más de dos y de tres.

—¿Cómo llevas la mano?

—Bien. Menos mal que es la izquierda y soy diestra, porque así hoy he podido hacer una primera vez con mi madre.

—¿Qué habéis hecho?

—*Nail art.*

—¿Y eso qué es?

Sofía le enseñó las manos.

—¿Te lo has hecho tú?

—Claro que sí, con el pincel entre los dientes. ¿Cómo voy a pintarme esto a mí misma?

—Las de la izquierda sí podrías, ¿no? Vamos, que no es que entienda yo mucho de uñas, la verdad.

—Yo tampoco sé mucho, no te creas. Pero sí, las de la izquierda podría habérmelas pintado yo, pero no es el caso. Yo se las he pintado a mi madre y ella a mí, aunque ella me ha hecho tal destrozo, que ha tenido que arreglarlo la que nos ha dado el taller.

—¿Y sabes cuándo te quitan los puntos? Por organizar nuestra primera vez.

—¡Cómo ha sonado eso! ¿Pondrás velas y música romántica?

—¡Sabes a lo que me refiero! —dijo él entre risas.

—Lo cierto es que no lo sé, porque no sé qué se supone que vamos a hacer. No hablas de la broma telefónica, ¿verdad?

—No. Esa, si te parece bien, la hacemos mañana.

—¿Entonces con qué vas a sorprenderme?

—No te lo puedo decir: no sería una sorpresa.

—Es mi sección en mi canal de Youtube —puso énfasis en los posesivos—, ¿por qué todo el mundo se empeña en no contarme qué voy a hacer?

—Porque así es más divertido.

Sí, Max podría llevarse bien con su madre, y aquella idea la reconfortaba.

Como Sofía había supuesto, Max aprovechó esa cita previa para contarle por encima de qué iba a tratar la broma telefónica y a quién se la iban a hacer. Pudieron trazar una especie de guion, pero solo del comienzo, pues la broma tendría que adaptarse a cómo reaccionase el amigo de RiMax, el *youtuber* Carloxx. El pobre había tenido el poco atino de comprar un dron tirado de precio por Internet y haber fardado de su adquisición delante de RiMax, que ahora había orquestado una broma que giraría en torno al aparato. Max sabía que si llamaba a su amigo, aun impostando la voz, este lo descubriría enseguida, así que había decidido usar a Sofía para despistarle. Las bromas no solía hacerlas acompañado, así que él se haría pasar por un chino, dueño de la empresa en la que había hecho el pedido, y Sofía por una dependienta que hablaba español y que haría las presentaciones antes de «pasarle con un superior».

—Que las bromas salgan bien es complicado —le advirtió Max, pues la veía nerviosa y no quería que se pasase lo que quedaba de día dándole vueltas a la cabeza—, así que si sale mal no te preocupes. Por cada broma que subo

al canal, hago otras cinco que no quedan bien. Si sale, genial, y si no, nuestras risas nos habremos echado, ¿vale?

Tras su encuentro en el bar, Max la llevó en coche hasta casa de su madre. Silbó al ver la entrada de la propiedad.

—Hostia, tú, vaya con la madre hippie. Las escenas de exterior no las grabáis en un parque público, ¿a que no?

—No —ella también se rio—. Mi madre es jardinera, así que lo tiene todo que parece un jardín botánico en plena primavera.

—Y a mí que se me mueren hasta los cactus.

RiMax la miró y Sofía sintió que se le aceleraba la respiración. Había parado el motor, por lo que quería quedarse un rato más allí hablando, ¿no? O igual lo que buscaba era que lo invitara a pasar... Se devanó los sesos intentando decidir qué hacía o decía. Él tampoco hablaba, solo la miraba, y se estaba poniendo nerviosa.

Al final, adelantó la mano para señalarle algo por la ventanilla a la vez que él se inclinaba hacia ella. ¡Oh, dios mío! ¿¡Iba a besarla!?! Bizqueó de la impresión y el dedo con el que apuntaba se desvió unos centímetros de su trayectoria. Chocó contra la nariz de RiMax y el efecto fue como si hubiera impactado contra una cama elástica, pues tan rápido como se había acercado a Sofía, se alejó.

—Ehhhh...

—Puuessss...

—Yo...

—Nos vemos mañana, ¿sí? —dijo él, y arrancó el coche a la vez que evitaba mirarla.

—Sí, sí. Vale. Genial. Mañana.

Se bajó del coche y Max se despidió con la mano antes de alejarse. Sofía se quedó allí parada hasta verlo dar la esquina.

¡Madre mía! ¿Acababa de hacerle una dedo-cobra a RiMax? ¡Vaya racha llevaba! Los hombres y los primeros besos no eran lo suyo.

Esa noche, terminó de editar el vídeo que había hecho con Rodrigo y sus gafas de realidad virtual. Desde el departamento de marketing de la empresa le habían hecho llegar el vídeo de lo que ella había visto con las gafas puestas y al final había podido montar un clip bastante interesante que esperaba gustase a sus seguidores. Al fin y al cabo, ¿qué lobezno no soñaba con viajar a la Luna?

Reprodujo el vídeo una vez más, sintiendo un pellizco en el estómago cuando Rodrigo le sonrió nervioso a la cámara antes de centrarse en la Sofía de la pantalla para contestar a sus preguntas y explicar lo que iban a ver. En el vídeo, ella no dejaba de tocarse el pelo, nerviosa. Hacían buena pareja frente al objetivo. Se les veía compenetrados y cómodos el uno con el otro, al menos una vez cogieron confianza en lo que estaban diciendo.

Sofía detuvo el vídeo en otro instante en el que él le sonreía a la cámara. Lo hacía de forma ligeramente torcida y sexy. El gesto quedó congelado en la pantalla, capturado para la eternidad. ¡Mierda! ¿Por qué había tenido que intentar besarle? Ahora todo sería raro entre ellos porque él supondría que... ¿qué? ¿que le gustaba? Era cierto, sino no habría intentado besarle. Rodrigo la hacía sentirse segura, feliz, tranquila. Se sentía cómoda con él y le caía bien. Le parecía atractivo.

Pensó en cómo se había cogido del brazo de RiMax cuando se dio cuenta de que sus vecinos los estaban observando. ¿Por qué lo había hecho? Había sido algo que no había meditado, le había salido solo. Había querido demostrarle a Rodrigo que no le afectaba su rechazo, que no era el único hombre de su vida, que estaba perfectamente bien y que la vida seguía sin él.

¿Pero en verdad quería que su relación fuera así ahora? ¿Deseaba alejarlo de ella porque no había aceptado su beso? Agarrarse a Max había

sido un arrebato de orgullo herido, pero ella no era así ni tampoco es que hubieran tenido una relación seria que necesitase de distancia entre ambos para superar la ruptura. Que él le hubiera puesto la mejilla no era el fin del mundo ni forzaba a que su relación terminase. Podían seguir siendo simplemente amigos, como hasta ahora. Ella no era orgullosa, ni rencorosa, ni estaba profundamente enamorada de Rodrigo, así que el mejillazo no la obligaba a distanciarse de él. Podía arreglar fácilmente la situación si quería.

Con la imagen de él todavía congelada en la pantalla, cogió el teléfono y lo llamó.

—¿Sofía? —Estaba claramente sorprendido.

—¡Hola, Rodri! —saludó con voz animada, como si no hubiera ocurrido nada entre ellos—. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? ¿Cómo llevas la mano?

—¡Mejor, gracias! Hoy he ido a que me hicieran una cura y ya me duele menos.

—Me alegro mucho.

—Oye, estoy con el vídeo del viaje a la Luna. De hecho, ya lo tengo terminado y estoy subiéndolo a Youtube. ¿Quieres verlo antes de que salga publicado por si tienes algo que objetar?

—Claro, sí. Mándamelo cuando quieras y te digo algo enseguida.

—Vale, está subiéndose. La conexión en casa de mi madre es buena, así que solo quedan un par de minutos.

—¿Estás en casa de tu madre?

—Sí. Ya ha vuelto del viaje y me estoy dejando mimar un poco.

—Qué bien.

Se quedaron en silencio unos segundos. Sofía quería aprovechar esos instantes de silencio para sacarle el tema de lo que había ocurrido en su casa y quitarle importancia, para así dejar el tema zanjado y que pudieran seguir

como si nada hubiera ocurrido, pero por algún motivo las palabras se le atascaban en la garganta y se quedó callada. ¡Mierda! Él en cualquier momento iba a decirle que colgaba y que ya le diría sus impresiones sobre el vídeo una vez se lo pasara.

—El otro día, cuando te vimos... ¿ibas con RiMax?

—Eh...

—Dime que no era él y ganaré una apuesta —pidió él en tono ligero para intentar ocultar sus verdaderas intenciones al sacar el tema.

—¿Con quién has apostado?

—¿Con quién va a ser? Con tu *fan number one*.

—¿Rafa?

—El mismo. Él dice que era RiMax.

—¿Y tú quién dices que era?

—Ni idea. Yo no sé nada de *youtubers*.

—Pues sí, era RiMax.

—¿Sois amigos?

—No sé si se lo puedo decir a mi fan número uno.

—Ese es Rafa, a mí puedes contarme cualquier cosa.

—¿Y no se lo dirás a él?

—Si tú me pides que no se lo diga, no.

—¿Aun perdiendo la apuesta?

—De hecho, me viene bien no decirle lo que me has contado, porque entonces perdería la apuesta. ¿Recuerdas que yo dije que no ibas con RiMax?

—Ah, es verdad. Entonces mi secreto está a salvo contigo.

—Sí, soy una tumba.

—Pues sí, era RiMax con el que iba, y sí, estamos preparando unos vídeos.

Un instante de silencio.

—Qué bien, ¿no? RiMax es importante.

—¿No se suponía que no lo conocías?

—Rafa me ha contado algunas cosas de él. Lo que no sabía es que erais amigos.

—Nos conocemos de hace poco —dijo Sofía.

—Ah. Eso lo explica todo. Rafa está al día, pero no tanto.

Volvieron a quedarse callados un momento. Aún quedaban unos segundos de carga.

—Oye, Rodrigo. Quería comentarte que... siento la tontería del otro día.

—¿Qué tontería?

—Lo que ocurrió en la puerta de mi casa. Yo... No me gustaría que eso cambiara lo que tenemos.

—No, claro que no.

—Fue una tontería.

—Claro, no te preocupes.

—¿Olvidado?

—Olvidado.

—Bien, gracias. Me alegro de que lo hayamos hablado.

—Nada, mujer. Yo también me alegro de que lo hayamos hablado.

Estamos bien, ¿no?

—Genial. El vídeo ya está. Te paso el enlace. ¿Puedes verlo ahora?

—Sí, estoy delante del ordenador. Se está abriendo la página.

Cuando el vídeo comenzó a reproducirse y su propia voz le llegó a Sofía a través del teléfono, sintió un ataque de vergüenza. No le gustaba que otros vieran sus vídeos en su presencia y tener a Rodrigo al otro lado de la línea telefónica era casi como tenerlo sentado codo con codo.

—Oh.

—¿Qué? —dijo ella con nerviosismo al oír su murmullo.

—Nada, nada.

—No, dime.

—No, es solo que... qué voz más fea tengo. Y qué raro salgo.

—¿Raro? Sales muy guapo.

Sofía se arrepintió de sus palabras, que le habían salido de forma espontánea. Con el *mejillazo* recién enterrado, quizá llamarlo guapo no era demasiado sensato.

—Tengo un ojo más pequeño que otro. Soy ojipequeño.

—¿Pero qué dices? —A Sofía le dio la risa.

—Mira, mira.

—Tengo tu imagen delante y tienes los ojos perfectamente.

Rodrigo se quedó en silencio, escuchando de nuevo la conversación que ambos mantenían en la pantalla.

—Tú sí que tienes arte delante de la cámara —dijo él.

—Eso es que me miras con tu ojo pequeño y no ves bien.

La risa de Rodrigo le llegó a través del teléfono y Sofía sonrió.

Vieron el video comentándolo y riéndose de sí mismos. Fue bastante divertido hacerlo así y les liberó de la presión.

—Me encanta. Solo que... supongo que no me puedes *fotospear* los ojos —bromeó él cuando al fin terminó el vídeo.

—Pero qué pesado con tus ojos, si están perfectamente. Aunque si te empeñas, puedo apañarlo con un parche. ¿Qué ojo dices que tienes pequeño?

—El derecho.

—A ver, mira, te hago un ejemplo de cómo quedaría...

Las carcajadas de Rodrigo retumbaron a través del teléfono cuando le pasó una captura de pantalla del vídeo editada con el Paint para garabatear un parche en su ojo izquierdo.

—Te había dicho el derecho —dijo él cuando se recuperó del ataque de risa.

—Da igual cual te tape. Lo importante es que no puedan comparar.

—Eso es verdad.

—¿Qué me acabas de mandar?

—Ábrelo. Yo también sé dibujar.

Sofía abrió la imagen que él le había hecho llegar y se vio a sí misma con un bigote como el de Dalí.

—¡Oh, por favor! —Muerta de la risa, editó otra vez la foto—. Ahí la llevas.

Cuando Rodrigo abrió la foto, vio que ahora lucía un sombrero pirata a juego con el parche.

—Mmm... me lo has puesto difícil... ¿qué te hago, qué te hago?

—Tú sabrás. No voy a ayudarte.

—Ahí tienes.

—¡Ja! Sabía que ibas a ponerme los cuernos. ¡Nunca debí confiar en ti!

—Ja, ja. Vas muy guapa de diablesa. Uy, qué rápido me has contestado.

A ver...

—¿No dices nada? —interrogó ella después de unos largos segundos de silencio.

—Pues... es que no sé qué se supone que has dibujado. ¿Es un martillo?

—¿Cómo va a ser un martillo?

—¿Un globo?

—Jopé, espera.

Eliminó el dibujo que había hecho y pegó en su lugar una imagen que cogió de Google. No se molestó en que quedara bien, solo le borró el fondo rápidamente.

—¿Sabes ahora qué es?

—¡Oh! Tocado y hundido.

Sofía se carcajeó. No había podido resistirse a ponerle una cobra en la mano aprovechando que en la captura de pantalla que habían elegido, él tenía las palmas extendidas hacia arriba.

—Lo siento, era demasiado tentador.

Él no añadió nada más. En su lugar, le devolvió la imagen. La cobra de su mano había desaparecido, siendo sustituida por la cabeza de una serpiente que sustituía al propio busto de Rodrigo. Sofía lucía una larguísima espada en la mano.

A LunaLoba le entró tal ataque de risa que se dobló sobre el escritorio, con tan mala suerte de que apoyó sin querer la mano mala. Su mezcla de quejidos y risa desconcertó a Rodrigo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. No. Au, me he hecho daño en la mano. Ay, por dios, me duele, pero no puedo dejar de reírme si miro la foto. Ayyyyy.

37.

Rodrigo acababa de colgar el teléfono cuando Rafa entró precipitadamente en su habitación con la tableta en la mano.

—Ya está —anunció.

—¿El qué?

—¿Por qué sonríes? —interrogó Rafa de pronto cuando se detuvo para mirarlo y se dio cuenta de la expresión de su rostro.

—Nada, estaba viendo un vídeo.

—¿De LunaLoba?

—No —negó Rodrigo a la vez que cerraba la pestaña de Youtube que había propiciado toda la conversación con Sofía.

—Bueno, pues ya sé qué hacían el otro día juntos RiMax y ella.

—Ah, ¿sí?

—Mira, han hecho un vídeo. Bueno, más bien él ha hecho un vídeo gastándole una broma a ella.

Rafa se sentó a su lado y reprodujo por segunda vez la broma del mensajero.

—Pobrecilla —comentó Rodrigo cuando Sofía le colgó el teléfono al tal RiMax. Mientras el vídeo se reproducía, no había podido evitar estudiar en detalle al *youtuber*. Sofía le había dicho que estaban preparando unos vídeos, ¿sería ese el primero de varios?

—De pobrecilla nada. De aquí a nada, la lobita llega al millón de suscriptores —dijo Rafa.

—¿Tanto ha subido por este vídeo?

—Era una forma de hablar, hombre. Siempre te lo crees todo. Pero le va a venir superbién para su canal.

Rodrigo miró de soslayo a Rafa, que había vuelto a poner el vídeo de cero.

—¿Ya no estás celoso?

—Es una broma telefónica, nada más. No quiere decir que estén juntos ni nada. De hecho, si hubiera algo entre ellos, probablemente no habrían subido este vídeo.

—¿Por qué dices eso?

—Pues porque si fueran algo, querrían mantenerlo en secreto y no dar pie a habladurías con vídeos como este —dijo Rafa como si fuera evidente.

—Tiene su lógica. Aunque sabemos que se han visto en persona y, además, ella le cogió del brazo.

—Estoy convencido de que no son nada. Si no, no habrían subido el vídeo.

Rodrigo quiso creerle y la seguridad con la que su amigo hablaba le resultó reconfortante. Rafa sabía del tema y si él decía que RiMax y Sofía no estaban juntos, es que no lo estaban. Y aquello le hacía secretamente feliz.

Rafa tenía instalado WhatsApp en la *tablet* y en aquel momento le llegó un mensaje. Rodrigo pudo leer perfectamente el remitente y no pudo callarse.

—¿Esa es Carlota la del súper? Me alegro de que al final le hablaras.

—Sí, intercambiamos recetas y demás.

—Se la ve muy maja.

—Lo es.

—Y guapa.

—No está mal.

—¿Por qué no la invitas a salir?

—Ahora no tengo tiempo —negó Rafa, y como no quería seguir hablando del tema, se puso en pie y se alejó.

Rodrigo no le insistió, aunque tuvo en la punta de la lengua

«¿demasiado ocupado esperando a que Sofía suba vídeo?». Se lo calló, en parte porque sabía que Rafa no quería hablar del tema, y en parte porque habría sido bastante hipócrita. Él también estaba más atento de lo que debía a Sofía y hacía tan solo unos minutos se había sentido como un adolescente en plan «cuelga tú; no cuelga tú» cuando había deseado que la llamada telefónica con Sofía durara un poquito más.

Volvió a abrir una pestaña de Youtube en su ordenador y accedió él mismo al nuevo vídeo de RiMax, que ya contaba con varios miles de reproducciones, aunque solo llevaba una hora público. Estudió al muchacho, sintiéndose imbécil pero no pudiendo darle al *pause*. Después bajó a ver lo que comentaba la gente del vídeo. Se alegró al ver que la mayor parte de mensajes eran positivos y que muchos hablaban de lo bien que les caía LunaLoba y de que la seguían. No obstante, la sonrisa se le torció cuando leyó los comentarios que decían que LunaLoba y RiMax hacían una pareja bonita. Al décimo mensaje que *shipeaba* una relación entre ambos, Rodrigo prefirió cerrar el ordenador y dejar Youtube a un lado.

38.

Sofía sentía vértigo.

Su madre había forrado una de las paredes de su sala con corcho natural, convirtiendo aquella zona de la habitación en una pizarra enorme sobre la que había colocado papeles de colores con posibles actividades. Y había un montón.

—¿Taller de sushi? —había leído Sofía en voz alta cuando su madre le mostró la pequeña reforma—. ¿Habitación de escape? ¿Buceo? ¿Clase de surf? ¿Viaje con AirHopping? ¿Rappel? ¿Clase de defensa personal? ¿Qué es todo esto, mamá?

—Son propuestas que nos han llegado. Propuestas para nuevos vídeos de tu primera vez. Habíamos pensado en mantenerte al margen y gestionarlo todo nosotras, pero estamos recibiendo tantas propuestas que, si no lo consultamos contigo, se nos va a ir de las manos. Esto no va a ser algo puntual, Sofía. La gente ha respondido tan bien que tienes planes y propuestas para varios meses.

—¿En serio?

—Sí. Estamos separando las propuestas que nos llegan de empresas de las que nos mandan particulares, pues también hemos recibido muchísimas ideas de seguidores tuyos y hemos pensado que esas podrías hacerlas con ellos, pagando tú la actividad e invitándolos a ellos. Es una opción con la que creemos que te sentirías a gusto, como un proyecto VIP para tus fans...

—¿Por qué hablas en plural?

—¿Cómo?

—Cuando has dicho «hemos recibido» pensaba que te referías a ti y a mí, pero ahora has dicho «creemos que te sentirías a gusto». ¿Tú y quién

más?

—Me ha estado ayudando una experta en marketing y contenido digital. Se llama Rebeca y la he invitado a comer luego, para que os conozcáis. Me ayudó muchísimo con tu fiesta de cumpleaños y en las últimas semanas también me ha sido de gran utilidad. Es majísima, te va a encantar, y tiene muchísimas ideas.

De esa conversación hacía un par de días y Sofía ya conocía a Rebeca. Como su madre había pronosticado, le había caído muy bien: tenía muchas ideas interesantes y, aun así, se amoldaba perfectamente a su modo de ver el mundo y de hacer las cosas. La idea de los lobeznos VIP había sido cosa suya después de que Macarena le dijera que no estaba segura de si a Sofía le gustaría «aprovecharse» de sus seguidores para hacer cosas.

Y si el panel de corcho repleto de planes le causaba vértigo, pensar en que ahora Rebeca trabajaba para ellos le parecía cosa de otro planeta. Pero a surrealista, sin duda ganaba la idea de que LunaLoba S.L. era una realidad. Un amigo de Pedro, especialista en temas laborales, les había recomendado que crearan una empresa para poder gestionar todas sus fuentes de ingresos: la venta de cuadros, los ingresos por colaboraciones, los pagos de Youtube, la tienda online...

Porque sí, habían abierto a sus espaldas una tienda online donde no solo venderían sus lienzos, sino también tazas, libretas, sudaderas y otros productos con sus dibujos. Su madre había encargado un pedido con muestras de todos los artículos antes siquiera de hablar con ella sobre crear una tienda online.

—Has hecho todo esto sin consultarme —había murmurado Sofía, acariciando con suavidad el acabado brillante de una de las libretas.

—Sí... yo... Solo quería darte un empujoncito, pero una vez me metí en faena las ideas fueron encadenándose una tras otra y me ilusioné con todo

esto y... no sé... me daba miedo que si no te daba el proyecto lo suficientemente madurado, dijeras que no. Si te decía de montar una tienda online quizá pensarías que quién querría comprarte nada, así que me dije que para motivarte podría enseñarte el material ya listo para que vieras lo bonito que queda y te costase más no darle una oportunidad. ¿Has visto qué precioso queda el lobo? La web es una monada, y me encantan las tazas y las libretas. —Inquieta por la expresión seria de su hija, Macarena manoseó parte del material. Después señaló la pizarra y dijo, atropellándose un poco con las palabras—. Y sobre las actividades, todavía no hemos confirmado nada, solo son ideas y propuestas, pero de verdad creo que sería algo maravilloso. Es tu sueño hecho realidad, Sofía. Lo que querías. Disfrutar de la vida como lo hace Connie Moore. Conocer a tus seguidores y hacer cosas con ellos sin aprovecharte de su generosidad. Vivir experiencias nuevas. Es una oportunidad única, un tren que solo pasa una vez en la vida.

Macarena tomó aire al fin, sin saber qué más decir bajo la atenta mirada de su hija, que la observaba sin abrir la boca.

—Di algo, cariño.

—No sé qué decir mamá —negó LunaLoba con una voz que no parecía la suya—. Siento que estás haciéndome saltar al vacío otra vez. Tengo la misma sensación en el estómago y el mismo miedo.

—Yo... Siempre he hecho lo que he creído mejor para ti. Pensé que...

Sofía no la había dejado terminar. Se acercó a ella y la abrazó con lágrimas en los ojos.

—¿Qué haría yo sin ti, mamá?

Cuando su madre la había dejado sola, se había quedado sentada frente a la pizarra y había tomado aire profundamente. Estaban hablando de temas mayores. Sería profesionalizar lo que hasta ahora había sido solo un *hobbie*. Eso era lo que había querido, ¿no? Tomarse Youtube en serio e intentar vivir

de ello. Y podría vivir de sus cuadros y de sus creaciones. Era un sueño cumplido. ¿Por qué ahora sentía vértigo?

La venta de sus cuadros durante la fiesta de cumpleaños ya le había dado un buen colchón para empezar aquella aventura sin miedo. Tenía que atreverse a dar el salto, confiando en que la cuerda que la ataba al puente estaba bien sujeta. Su madre siempre estaría ahí, ayudándola. No dejaría que fracasase, ¿a que no?

Aunque había fallado en tantas cosas antes... Había sido un fracaso en la universidad, había sentido que el mundo se le venía encima cuando había intentado dedicarse profesionalmente a Youtube... ¿Y si volvía a meter la pata?

La pregunta de Jack resonó en su cabeza: ¿de qué te arrepentirás cuando seas mayor? Sin duda, lamentaría no haber probado a ver dónde la llevaba ese camino que su madre le había puesto bajo los pies.

¿Pero y si fallaba? ¿Y si no estaba a la altura? Recordó algo que le había dicho Max: «si sale bien, genial, y si no, nuestras risas nos habremos echado.» Pero no hablaban de un vídeo suelto, sino de un negocio. LunaLoba S.L. ¿Y si fracasaba? ¿Y si no estaba a la altura? ¿Y si lo jodía todo? ¿Y si se bloqueaba? Ya había comprobado que no funcionaba bien bajo presión, ¿y si volvía a ser incapaz de ponerse frente a la cámara? ¿Y si todo aquello le venía grande?

Decidió compartir con su madre sus miedos y ella le contestó con otra pregunta:

—¿Alguna vez has dejado de pintar?

—No, nunca. Incluso en los peores momentos, lo que me ayuda es pintar. Pero con los vídeos es distinto, ¿y si vuelvo a bloquearme?

—Si vuelves a bloquearte, pues te vas de vacaciones una temporada y listo. No hay presión. Youtube es solo un medio para llegar a la gente, lo que

realmente te permite vivir es tu arte. Y no te vayas a agobiar ahora con que tienes que pintar sí o sí para poder seguir viviendo, que no te estoy diciendo eso. Con la exposición conseguimos un buen margen y ahora lo único que hemos hecho ha sido diversificar un poco para tener varias fuentes de ingresos: cuadros, productos, publicidad de Youtube y colaboraciones. Si un mes falla alguno, no pasa nada, los demás lo compensan. Igual que LunaLoba S.L.: ahora no solo eres tú, somos también Rebeca y yo. Y Pedro de forma ocasional. Tú encárgate de la parte creativa y déjanos a nosotras lo demás. Si un mes te sientes decaída, nosotras tiraremos de ti, y viceversa.

De nuevo, Sofía inhaló profundamente. Cerró los ojos. «Si sale bien, genial, y si no, nuestras risas nos habremos echado.» Podía ser una buena filosofía de vida. Sí, de mayor no se arrepentiría de haber probado a cumplir un sueño, sino de no haberlo hecho. Era hora de saltar al vacío, por mucho miedo que le diera.

39.

Sofía se colocó frente a la cámara una vez más, aunque en aquella ocasión había un cambio de escenario y lo que se veía detrás no era el lobo, sino la pizarra gigante de su madre que había conseguido que quedara desenfocada cambiándole el objetivo a la cámara réflex.

—Lo siento, lobeznos, pero voy a tomarme un descanso de Youtube por tiempo indefinido —dijo aquello mirando a la cámara muy seria y después bajó el rostro. Había elegido grabarse en un plano medio corto para que sus seguidores pudieran ver bien sus expresiones. Inhaló profundamente y confesó—: En los últimos meses he grabado este vídeo al menos cinco veces. Con estas mismas palabras u otras que venían a significar lo mismo: «lo siento, lobeznos», «lo dejo», «descanso», «necesito pensar», «Youtube ya no me motiva», «no estoy inspirada»... Sí. Llevo meses pensando en dejar a un lado esto de los vídeos y he estado a punto de hacerlo varias veces. Habréis notado los parones, las semanas sin vídeos... Pensaba que había llegado el momento de cambiar de rumbo y alejarme de todo, pensaba que Youtube era mi problema, pero ahora sé que lo que realmente ocurría es que no me encontraba bien conmigo misma y con mi vida. Estaba... puede que estuviese deprimida. Sí, creo que esa es la palabra que busco. Me sentía muy mal porque había dejado de estudiar y me frustraba por no subir vídeos a Youtube. Y cuanto peor me sentía y más me frustraba, menos hacía y... Era un círculo vicioso y lo peor es que no me daba cuenta de lo que me estaba ocurriendo. Esperaba, amargada, a que algo ocurriese en mi vida y lo cambiase todo... Pero nada sucedía porque lo que realmente tenía que pasar era yo. Era yo la que debía hacer algo para cambiar mi vida, no podía esperar a que cambiase sola.

Miró a la cámara unos instantes. Sus ojos brillaban, húmedos.

—Mi madre intentaba todo el rato darme algunos empujoncitos para que saliese de ese círculo vicioso en el que estaba. De ese *stand-by* en el que había puesto mi vida, esperando a que algo fantástico y espectacular me pasase. No lo consiguió porque yo no estaba preparada para despertar. Es triste, pero estaba «cómoda», por decirlo de alguna manera, en el hoyo en el que estaba. ¿Os ha pasado alguna vez que hacéis algo que no os gusta, pero aun así no podéis parar? Comer mucho, fumar, perder mucho tiempo en redes sociales... Pues yo me sentía mal porque ni estudiaba, ni trabajaba, ni hacía vídeos, ni... nada. Solo dibujaba. Y me sentía miserable. Mucho. Muchísimo. Me dedicaba a ver vídeos de Connie Moore y de otros *youtubers* que tienen vidas fantásticas y superemocionantes. Y decía, «ojalá pudiera hacer yo eso», «qué envidia me dan». Pero al final del día, no hacía nada por ser un poco más como ellos. Mi madre insistía e insistía: aprovecha para viajar, haz el tipo de vídeos que te gusta ver... Y yo pensaba «claro, como si todo fuera tan fácil». Y no, no es fácil. A mí empezó a cambiarme el chip cuando tuve la oportunidad de conocer a Connie Moore y a su chico en persona. Como sabéis, compartí unos días maravillosos con ellos y consiguieron que cambiara mi forma de ver el mundo. Comprendí que lo que mi madre me estaba diciendo era muy cierto: yo podía llevar la vida que quería, pero tenía que proponérmelo y luchar por ello, no me iba a caer del cielo. Pero no os voy a mentir: el cambio no fue de la noche a la mañana. Después de conocer a Connie, lo más radical que hice fue decirle a mi madre que vale, que aceptaba vender mis cuadros para intentar conseguir dinero con el que llevar una vida más parecida a la que yo quería. Y he de confesar que, si no hubiese sido por mi madre, la idea se habría quedado en eso, en una idea. Otra más. Un sueño que se suma a la pila infinita de sueños y que no llega a cumplirse. Pero mi madre me obligó a salir de mi zona de confort. Empezó por el viaje a

Marrakech, continuó con la exposición de mis obras durante la fiesta de cumpleaños, siguió con esas nuevas experiencias que os estamos contando en «mi primera vez» y va a seguir con la inauguración de una tienda online y la programación de actividades que podéis intuir en la pizarra que hay detrás de mí. Todo lo planeó ella, todo salió de su cabeza y de sus ganas, porque veía que yo no estaba bien y como madre no podía estar tranquila viendo que su hija no era feliz. Desde aquí, mamá, gracias. Mil gracias porque es gracias a ti que hoy puedo volver a gritar «auuuuu, hola lobeznos» con ganas y energías.

»Se aproximan muchas cosas buenas, lobeznos. Me siento feliz y estoy muy, muy ilusionada con lo que está por venir, y espero que os quedéis aquí conmigo para que disfrutemos de todo esto juntos. Auuuuuu. Lobeznos, ¡os quiero!

Rodrigo vio el nuevo vídeo de Sofía mientras estaba en la oficina. Se había suscrito a su canal y ahora cada vez que subía algo nuevo le llegaba un aviso. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta al leer el título del vídeo: «Adiós, Youtube». Por suerte, Rodrigo se relajó conforme escuchaba a Sofía y comprendía que aquello no era una despedida real. Cuando el vídeo terminó, volvió a darle a reproducir para escucharlo de nuevo y asimilar todo lo que ella había dicho.

«¿Os ha pasado alguna vez que hacéis algo que no os gusta, pero aun así no podéis parar?»

Se sintió muy identificado con aquella frase. ¿No se había propuesto él salir de su rutina? Encontrar hueco para hacer más ejercicio y viajar más. Sí, lo había pensado, pero como le había sucedido a LunaLoba, se había quedado esperando a que el momento adecuado llegara y este nunca lo hacía. Siempre

había trabajo que podía adelantar, gestiones que hacer, llamadas que devolver, correos que contestar.

El único cambio que había habido en su vida era que entre semana había dejado de afeitarse cada día y que ahora se podía considerar un poco más adicto a las redes sociales, en especial a Youtube e Instagram, que era donde Sofía más se movía. No había habido ni un solo cambio más, nada que le supusiera a él un esfuerzo.

Se sintió molesto. ¿Dónde estaban los viajes que quería hacer, las escapadas que se había propuesto, las sesiones de *running*? Se había comprado unas zapatillas nuevas, eso era lo único que había hecho por perseguir su objetivo. Como si los bambos fueran a salir a correr solos.

Cogió su teléfono y abrió la conversación de WhatsApp que tenía con Sofía. Tecleó una frase y después la borró. Dejó el teléfono sobre la mesa y, solo un segundo después, volvió a cogerlo. Escribió algo nuevo y lo borró una vez más.

«¿Qué se supone que estás haciendo?» se dijo a sí mismo, «habías decidido olvidarte de ella». Pero en un arrebato tecleó «me he sentido muy identificado con tu nuevo vídeo» y le dio a enviar antes de poder arrepentirse.

Se guardó el portátil en la mochila y salió de la oficina ante la mirada sorprendida de sus trabajadores, que seguían enfrascados en sus quehaceres.

—¿Dónde vas, jefe?

—Tengo cosas que hacer fuera de la oficina —comentó de pasada.

Sí, tenía unas zapatillas que estrenar.

Sofía sonrió al leer el mensaje de Rodrigo. Al final iba a ser verdad que había empezado a seguirla, pues el vídeo tan solo llevaba unas horas online y,

o estaba suscrito a su canal, o Rafa le había dado el chivatazo. Tras pensar un buen rato en su respuesta, escribió: «Me alegro de que te haya gustado. Ahora ya sabes: tienes que proponerme alguna nueva primera vez.»

Él tardó varias horas en contestar y, cuando lo hizo, acompañó su frase de un emoticono pensativo.

Rodrigo: ¿Se supone que he de mejorar lo del viaje a la luna? Para eso vas a tener que dejarme pensar durante años.

Sofía: ¿Años? ¿Tan poco imaginativo eres?

Rodrigo: Años luz. Los que me llevará llegar a Marte.

Sofía: No necesitas años luz para ir a Marte.

Rodrigo: Ah, ¿no? ¿Y cuánto tardaste la última vez que fuiste?

Sofía: Te iba a decir una cifra exacta, pero me temo que San Google no puede ayudarme porque cada nave espacial tarda una cosa.

Rodrigo: Yo te llevaré a la velocidad de la luz.

Sofía: A lomos de Cabra surcaremos el espacio.

Rodrigo: Hasta el infinito y más allá.

LunaLoba aguardó a ver si Rodrigo escribía algo más, pero pasó casi un minuto completo sin nada. Se dijo que debía poner el teléfono a un lado y dejar estar la conversación, como hacía con tantas otras. Muchos lobeznos le escribían cuando publicaba un vídeo o una foto en sus redes. Era un subidón ver que le daban las gracias por haberles alegrado el día o haberles inspirado. Ella procuraba contestar a cada mensaje, pero después no se quedaba pegada al móvil, ansiando la respuesta como sí hacía con Rodrigo. Tenía que superar aquello.

No obstante, no pudo evitar que una sonrisa asomara a su rostro cuando de pronto salió un aviso en pantalla de que él estaba escribiendo algo.

Rodrigo: Tu vídeo me ha motivado para salir a correr hoy.

Sofía: Ah, ¿sí? No recuerdo haber hecho un vídeo fitness.

Rodrigo: Llevo bastante tiempo que no saco tiempo para nada salvo para trabajar y desde hace semanas estoy esperando a tener un hueco para salir a correr, y con tu vídeo me he dado cuenta de que, si no lo busco yo, nunca va a llegar. Así que mi corazón te da las gracias por el ejercicio.

Sofía releyó varias veces aquel mensaje y, tras morderse el labio por la duda, le dio al botón de videollamada. Un sorprendido Rodrigo apareció en la pantalla e interrogó:

—¿Hola?

—Hola. Qué guapo estás con barbita.

Él se pasó la mano por la pinchosa superficie y no pudo callarse la pregunta que le quemaba en la garganta.

—¿Te has equivocado de botón?

—No. Yo... No quería seguir tecleando y he pensado en llamarte. Si no te gusta la videollamada o estás ocupado...

—No, no, tranquila. Es solo que me ha sorprendido. Espera que voy a mi habitación para poder hablar más tranquilos.

—¿Está Rafa por ahí?

—No, pero debe estar al caer.

—Igual, si me oye hablar, piensa que estás viendo un vídeo mío.

—Sí, es muy probable. Aunque creo que se los sabe todos de memoria, así que pronto se daría cuenta de que esta Sofía en miniatura que responde a lo que le dices no es del todo normal.

Sofía se rio y se mantuvo unos segundos callada hasta que vio que la imagen de Rodrigo se estabilizaba en la pantalla.

—¿Estás en tu habitación? ¿Cómo es? Nunca la he visto.

—No hay mucho que enseñar. La cama, el armario, un escritorio y varias cajas que aún tengo pendientes de la mudanza. ¿Y tú dónde estás?

—En mi habitación. Pero en casa de mi madre, no allí. Si no,

podríamos vernos en persona.

Durante unos instantes, solo se miraron a través de la pantalla.

—Así que tu corazón me agradece el empujón virtual que te he dado.

Rodrigo se dio unas palmaditas en el pecho.

—Casi estalla, así que sí.

—Jolines, tampoco es cuestión de que te explote.

—Se acostumbrará, no te preocupes. Es que está un poco desentrenado.

Demasiada oficina y poco ejercicio.

—Pensaba que ser empresario era una actividad de riesgo. Eso debería hacer que tu corazón estuviera a prueba de todo.

—Me temo que mi corazón tiene muchos puntos débiles —comentó Rodrigo, que en aquel momento sentía que tenía delante, entre sus manos y en miniatura, la mayor debilidad a la que había hecho frente su corazón en mucho tiempo.

40.

Mari le escribió un mensaje un par de días después preguntándole cuándo podían verse. Sofía le contestó que no estaba segura de cuándo iba a pasarse por casa. Le habría explicado que llevaba unos días de absoluta locura con todas las gestiones que estaba haciendo para terminar de poner en marcha LunaLoba S.L., pero suponía que a Mari le importaban poco todos aquellos detalles.

La respuesta de su amiga, no obstante, hizo que deseara haberse explayado.

«Cómo se nota que ya no te codeas con la plebe.»

Decidió contestarle rápidamente y optó por un tono gracioso, pues quería leer en las palabras de Mari cierto cachondeo.

Sofía: Ja, ja. Es que desde que me han dado la tiara... Estoy a tope ahora con papeleo, lo siento.

Mari: Ya, me imagino que andarás liada. Por lo que contaste en el vídeo.

LunaLoba se releyó varias veces el mensaje. ¿Que Mari hubiera decidido separar la frase con un punto era cosa del corrector del móvil o se debía a que quería darle importancia a la segunda parte de la oración? ¿Le estaba echando en cara que sabía de su vida por vídeos y no por lo que ella le contaba directamente?

Su impresión se confirmó cuando Mari, ante su mutismo, escribió: «¿A partir de ahora para verte tengo que proponerte una primera vez?»

Sofía estuvo tentada de no contestarle, de dejarla en leído. Cada vez entendía más a su madre cuando le decía que Mari era una mala influencia, un vampiro energético. Solo con leer sus mensajes se ponía de mal humor y

no tenía por qué aguantar esas cosas. Mari no tenía derecho a echarle en cara que hacía varios días que no se veían, y menos a dar a entender que era porque ahora se creía por encima de ella, cuando el único intento de verse que había hecho era el de ese día. Al resto de sus mensajes había contestado con rapidez, lo único que quizá no se explayaba tanto como a la otra le habría gustado, pero es que Mari se había puesto muy pesadita con el tema de RiMax.

Sofía: Claro que no. Esta semana me pasaré por casa y nos vemos.

Mari: ¿Y no podemos vernos hoy? Es que tengo que contarte algo importante.

Sofía: ¿Qué es? ¿No me lo puedes decir por aquí? O si no, nos vemos mañana. De verdad que me viene fatal hoy.

Mari: Me caso.

El «¿QUÉÉÉÉÉ?» que escribió Sofía fue reflejo del grito de sorpresa que resonó en su cabeza.

Mari: Sí. ¿Nos vemos y te cuento? Si te viene mejor para obligarte a sacar tiempo, puedes tomártelo como una primera vez. Ninguna amiga tuya se ha casado antes, ¿no?

Sofía se esforzó por ignorar el comentario y centrarse en la parte importante. Intentó sonsacarle a Mari más información sobre su boda, pero esta se negó a contarle nada si no era en persona.

Estaba muy ocupada de verdad, no era una excusa para no verla, así que para conseguir un hueco tuvo que hacer malabares con su madre y con Rebeca, que por suerte no le pusieron mala cara cuando les explicó la situación. Mari le había dicho que quería que estuviera con ella cuando se lo contara a Las Chicas, pues todavía era un secreto para el resto del mundo, y no podía negarse a una petición así. Una amiga no se casa todos los días.

Cuando llegó a su casa, se sorprendió al ver que Mari había preparado

incluso un aperitivo para que Las Chicas picotearan.

—Hombre, has llegado. Ya dudaba de si ibas a venir —le dijo como saludo.

—Hola a ti también. ¿Y cómo no iba a venir? ¡Menudo bombazo! ¿No? ¡Te casas!

—Sí, ahora cuando lleguen las demás te contaré con más detalle.

—¿Va a venir Fabián también?

—No, solo nosotras. ¿Puedes ayudarme con esto?

Sofía le echó una mano con los preparativos para la pequeña fiesta que había montado y, antes de que pudiera darse cuenta, las Chicas estaban llamando a la puerta. Entraron en la casa mirando a todos lados con curiosidad, como si allí, a la vista, fuera a estar el por qué Mari las había reunido con tanta urgencia.

—Pero cuenta ya qué pasa, puti —dijo Lucio.

—Todo a su debido tiempo —se hizo de rogar Mari. Se notaba que estaba disfrutando del momento.

—¿Tiene algo que ver con tu canal? ¿Has llegado ya a los quinientos mil y no me he dado cuenta?

—No, esa va a ser Sofía dentro de poco —comentó Claudia, y todos se giraron hacia LunaLoba con interés.

—¿Vas a hacer algún vídeo especial?

—Sí, tienes que hacer un vídeo espectacular. Con todo ese rollo de la primera vez y el vídeo que subiste de «ha habido un antes y un después en mi vida», tienes que hacer algo impresionante.

Sofía fue a abrir la boca, pero antes de que pudiera decir nada, un tintineo la interrumpió. Se voltearon hacia Mari, que reclamaba su atención golpeando una cucharilla contra una copa.

—¿Eso es champán? —preguntó Claudia.

—Uy, uy, uy.

El grupo comenzó a ponerse nervioso. No había que ser muy listo para saber que se avecinaba una noticia importante.

—Gracias a todos por venir, de corazón. He tomado una decisión muy importante y quería compartirla con vosotros, que sois mis mejores amigos.

Todos la miraron con una sonrisilla tonta y Mari alargó el momento todo lo que pudo.

—¡Pero cuenta ya!

—¡Que me casoooo!

Lo anunció dando saltitos y pronto a sus gritos se unieron los de Las Chicas.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Cuándo?

—¿Cómo?

—¡Dime que es en Las Vegas!

—¡Enhorabuena!

—¿Fabián te ha hecho una pedida de mano? ¡Por favor, dime que está grabado!

Mari, encantada con toda la atención que estaba recibiendo, fue respondiendo a todas las preguntas como pudo.

—¡Pues créetelo! ¡En un mes! ¿Y cómo va a ser? ¡Pues casándome! Y no, no va a ser en Las Vegas, aunque ahora que lo dices... Y no Fabián no me ha pedido nada.

—¿Pero entonces cómo decidisteis casaros?

—Es que no me caso con Fabián.

El mutismo que siguió a aquella afirmación fue denso. Las Chicas se miraron entre sí, sin saber qué decir, y al final fue Sofía la primera que logró hablar.

—¿Y con quién te casas?

—¡Conmigo misma!

—¿Cómo dices?

—Me caso conmigo misma —exclamó ella, feliz.

—Pero... ¿y eso cómo es?

—Va a ser una ceremonia de sologamia. Me caso conmigo misma y voy a prometerme amor eterno. ¿A quién voy a querer más en el mundo que a mí misma?

Sofía no pudo articular palabra. Estaba muy bien que se quisiera a sí misma y se prometiera amor eterno, ¿pero de verdad se suponía que se iba a casar consigo misma? En la iglesia estaba claro que no, ¿recogería la ley el poder casarse con uno mismo y lo haría por un juzgado? ¿Y qué pasaba con Fabián? Su mente era un hervidero de preguntas y pensaba que todo aquello no tenía ni pies ni cabeza, pero a su alrededor, y una vez repuestos de la sorpresa, todos se mostraron muy emocionados con la noticia. Decían que habían visto en las noticias que la sologamia se había puesto de moda y ya había varias personas en el mundo casadas consigo mismas. Mari asintió con la cabeza: de ahí había cogido la idea.

LunaLoba fingió felicidad para no destacar entre los demás, que se mostraron entusiasmados con la idea. Parecía que ella era la única que no entendía absolutamente nada, y cuando Mari les pidió a los cuatro que fueran sus damas de honor, sonrió por pura inercia, porque era lo que hacían los demás. Por dentro, se sentía muy pero que muy perdida.

Tras los brindis y las fotos de rigor para redes sociales, Sofía se escabulló al cuarto de baño y allí consultó en su móvil qué era exactamente la sologamia. Era verdad que había una nueva moda de casarse con uno mismo. Los periódicos que se habían hecho eco de las primeras ceremonias ilustraban sus artículos con una tarta nupcial en la que solo había una figurita, la del

novio o la de la novia.

Sofía se sentó en el váter, un poco mareada, y leyó el artículo. Vale, no era una ceremonia legal, ni por la iglesia ni por el juzgado. Era solo una fiesta en la que la persona se juraba amor eterno vestida de blanco, con votos, alianza, banquete y tarta nupcial incluida. La que había iniciado aquella tendencia aseguraba que «antes que nada, debemos amarnos a nosotros mismos. Se puede vivir un cuento de hadas sin príncipe azul».

Sofía empatizaba con la idea. Ella no necesitaba tener pareja para ser feliz ni sus objetivos en la vida estaban supeditados a tener un novio y, a la larga, formar una familia. Pero aun así... La protagonista de la noticia había decidido casarse consigo misma con 40 años, tras practicar la sologamia durante años... ¿qué pintaba Mari casándose consigo misma con tan solo 20 años? Podía aceptar que fuera una declaración de intenciones, pero no una boda real. ¡Y resultaba que era dama de honor de ese enlace al que no le veía ni pies ni cabeza!

41.

El vídeo del viaje a la Luna se había hecho público el día anterior y Rodrigo sabía que Pepe iba a pasarse por su despacho en cualquier momento para hacer una primera valoración de la campaña. La sonrisa con la que apareció presagiaba que los resultados estaban siendo buenos y Rodrigo le devolvió el gesto. Esperaba que todo lo que dijera su trabajador fuera positivo y que no sacara a colación alguno de los mensajes que había recibido el vídeo y que nada tenían que ver con su empresa. Si hubiera sido cualquier otro trabajador, seguro que de lo primero que habrían hablado sería de los comentarios, pero Pepe era muy discreto.

La conversación empezó bien, pues comentaron el número de visualizaciones y el pico de visitas que había tenido su web durante la noche anterior. Nunca habían tenido tantos usuarios de forma simultánea en su página y el tráfico seguía siendo alto esa mañana.

Todo fueron buenas noticias hasta que llegó el momento de la temida pregunta.

—¿Has visto los comentarios?

Rodrigo decidió hacerse el tonto.

—¿Qué comentarios?

—Los de tus fans.

Aquello le pilló desprevenido. Creía que iba a hablarle sobre los mensajes que habían dejado comparándolo con RiMax y burlándose de él. El día anterior, en cuanto le había llegado el aviso de la publicación, se había metido para verlo una vez más y después, curioso, había ido leyendo los comentarios que iba dejando la gente. Los lobeznos eran rápidos al teclado e incluso competían a ver quién lograba escribir el primer mensaje, aunque

para ello tuvieran que comentar antes de ver el vídeo. Y pese a que los primeros comentarios no decían nada interesante, al poco empezaron a llegar valoraciones de gente que sí había visto la publicación. Algunos comentaban la experiencia, otros envidiaban a Sofía por haber viajado a la luna, unos cuantos simplemente le decían a LunaLoba que estaba preciosa y que la amaban. Rodrigo lo leía todo con una sonrisa en la cara, hasta que entonces se cruzó con el primer mensaje sobre él: «¿Pero y este viejo quién es? ¿¿¿Luna no estaba con RiMax???»», «Tío feo con suerte», «LunaLoba, olvídate de él que yo te quiero más». Pero sin duda, el comentario más hiriente fue el de una tal Caperucita Enfurecida: «¿Y este quién es? ¿El leñador del cuento? ¡Vaya barba más fea! Y con qué ojos de pervertido mira a LunaLoba. Viejo verde. Y ella que se deja comer. Si es que eres muy putilla. El otro día con RiMax y hoy con este. Vete a la Luna de verdad y déjanos en paz de una vez.»

—¿Fans? Más bien he visto los comentarios en los que me llaman feo, barbudo y viejo verde.

Pepe hizo un gesto con la mano, quitándole importancia.

—Eso son solo unos pocos que critican por puro vicio.

—¿Unos pocos? Yo no diría eso. Hay una tal Caperucita que...

El otro no le dejó continuar.

—Caperucita Enfurecida es la *hater* oficial del reino.

—¿La qué?

—*Hater*. Alguien que odia a Sofía.

—¿Y para qué ve sus vídeos?

—Buena pregunta. Pero si no los viese, no sería una *hater*. Yo puedo odiar algo y no pasa nada, el problema de los *haters* es que se dedican a ver cosas que odian para poder criticarlas y decir gilipolleces ofensivas. ¿Qué dijo Caperucita en este vídeo? Ah, sí, aquí lo tengo —anunció mirando su

tablet, en la que había traído toda la información resumida de los datos del vídeo—. Qué chorrada: que si eras el leñador del cuento, que si vaya barba, que si qué putilla... Gente amargada a la que es mejor ignorar.

—No sé cómo Sofía lo aguanta.

—Si es lista, pasará de ellos. Yo directamente ni leería sus mensajes. ¿Por eso estás tú tan serio? ¿Por el mensaje de Caperucita? Es una gilipollez.

—No estoy serio por nada —mintió Rodrigo—. Los mensajes me dan igual.

—¿También los de tus fans?

—¿Qué fans?

Pepe buscó la respuesta en la tableta.

—«Qué sexy es este hombre, ¿no? LunaLoba, ¿de dónde lo has sacado?» Y otro: «qué pareja más bonita». Y uno más: «yo también me ofrezco a un viaje a la Luna si llevo ese capitán». Ah, y este me encanta: «quiero que alguien me mire como mira Luna a Rodrigo», y manda al minuto y cinco segundos del vídeo que es... Ohhhhh. Qué *potito*.

Pepe giró la tableta y le mostró a su jefe el instante que había llamado la atención de aquel lobezno. En él se los podía ver a ambos; Rodrigo le hablaba a la cámara y Sofía lo miraba a él con lo que parecía absoluta adoración. Era un efecto óptico, claro. Ella lo había escuchado atentamente durante todo el vídeo, casi podía decirse que con cariño, pero aquella captura y aquella frase eran un poco exageradas.

—¿*Potito*? —repitió Rodrigo—. Qué experto en marketing más profesional tengo en plantilla.

—Hombre, el experto en marketing se fue hace un rato, yo estoy aquí como tu amigo.

—Ah, así que es eso. La hora de reírse de Rodrigo un rato.

—¿Reírme? —Pepe le enseñó otra vez la tableta con el vídeo detenido

en el mismo instante que antes—. Solo un poquito. Pero por envidia sana.

Y dicho eso, le dejó la *tablet* justo delante y se marchó, cerrando la puerta al salir.

Rodrigo cogió el aparato y se acomodó en su silla de trabajo. Durante unos segundos, observó en silencio la pantalla y después, con un suspiro, le dio al *play* y vio una vez más el vídeo. Le encantaba la manía que Sofía tenía de tocarse el pelo mientras lo miraba.

A Sofía le quitaron la mitad de los puntos de la mano y la enfermera les dio cita para la semana siguiente, momento en el que retirarían el resto de puntadas. Acudió al centro de salud con su madre y salió de allí angustiada porque había notado perfectamente cómo el hilo salía de su piel. Se dejó caer pesadamente en el asiento delantero del coche.

—Como premio por haberte portado tan bien, he pensado que podríamos hacer una primera vez tú y yo.

—Me siento como una niña a la que tienes que sobornar con un helado para que vaya al dentista.

—¿No quieres tu sorpresa?

—Claro que sí. ¿Qué va a ser?

—Vamos a desayunar como se merece, ¿qué te parece?

—Pues... que siendo mi madre deberías saber que no sería la primera vez que desayuno.

—Ja, ja, qué graciosa. Va a ser un desayuno especial.

—¿Especial en plan vamos a comer bichos? He visto en la tele que han legalizado la venta de bichos como comida y con el estómago como lo tengo, no sé yo. De hecho, ni con el estómago revuelto ni con el estómago bien.

Comer gusanos o saltamontes, ¡qué asco!

—No vamos a comer bichos. Hoy no.

—¡Mamá! —se horrorizó Sofía—. Voy a poner ciertas líneas rojas que no pienso cruzar por muy primeras veces que sean. Nada de comer bichos.

—Tranquila, nada de bichos.

—Ni hoy ni nunca.

—Ni hoy ni nunca —confirmó Macarena—. Y no te preocupes, esta comida te va a gustar.

—¿Seguro? Mira que tengo el estómago revuelto.

—Eso es solo que estás un poco mareada por los puntos de la mano. Si es que no deberías haber mirado. Pero ya verás cómo bajando la ventanilla para que te dé un poco de aire fresco, se te pasa.

Su madre bajó el cristal tanto, que Sofía casi sale volando.

—Plisplás, despeinada estás —protestó la joven entre risas a la vez que accionaba el control de la ventana.

Macarena la llevó en coche hasta la calle Alcalá, donde aparcaron en el parking de un centro comercial y después caminaron unos cinco minutos hasta detenerse frente una cafetería muy especial.

—No me lo puedo creer.

—¡Yo tampoco me lo creía cuando lo vi, pero parece que están proliferando los locales como este!

Estaban paradas delante de una cafetería de cereales, donde los clientes podían disfrutar de un tazón de leche con cereales de todas partes del mundo.

—No, si lo del bar de cereales es lo menos surrealista de todo esto.

—¿Por qué lo dices?

—Porque no me puedo creer que tú, ¡tú!, me hayas traído aquí voluntariamente. De pequeña jamás me dejaste comer cereales porque decías que eran bombas de calorías vacías. ¡El azúcar es veneno! Caca, caca. ¡Vade

retro, Satanás! Y daba igual si en la caja ponía que llevaba cereales integrales y que aportaba veinte trillones de vitaminas: tú no me dejabas. ¿Y ahora me traes aquí? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi madre?

—Una vez al año no hace daño.

—¿Al año? Ni por mi cumpleaños me dejabas tener tarta de chocolate. ¡Que lo sé muy bien! No me engañabas con las tartas de algarroba. Menuda infancia más traumática he tenido.

—Pero si eras la niña más feliz del mundo.

—¡Mala madre!

—Ay, señor, si lo llego a saber no te traigo aquí.

—¡Anda, vamos! —Sofía agarró a su madre del brazo y entró en la tienda con decisión—. ¡Nos espera el desayuno de los campeones!

LunaLoba se sintió abrumada cuando el amable chico que atendía el local les explicó todas las posibilidades que tenían. No solo podía elegir entre más de 100 tipos de cereales, sino que también tenían más de 20 tipos de leche y podían añadirle a su bol *toppings*. Aquel sitio era el sueño de todo niño, aunque en verdad los clientes más habituales hacía tiempo que habían dejado atrás su infancia.

Ante un despliegue tan exagerado de oportunidades, Sofía decidió dejarse aconsejar y acabó pidiendo varios boles pequeños que le permitirían probar distintos sabores. Olvidado había quedado su dolor de estómago. Pidió un cóctel de cereales con sabor a canela, así como los típicos cereales en forma de aros de colores que siempre se veían en las películas norteamericanas. También un bol de cereales rellenos de chocolate y otro de Cheerios con sabor a miel. Bañó unos con leche semidesnatada, los de colorines con una leche azul y los otros con leche de soja y leche de avena respectivamente. ¡Menuda combinación!

Como hacían todos los presentes, le echaron un sinfín de fotos a sus

boles, pero además grabaron un vídeo con la primera reacción de Sofía al probar cada cuenco.

—¿Y qué tal tu primera vez probando cereales? —le preguntó su madre en un momento dado.

—No es la primera vez que tomo cereales.

—Pero...

—Sí es la primera vez que estoy en una cafetería de cereales. Eso también vale, ¿no?

—¿Cuándo has tomado tú cereales? ¡No me lo has dicho antes de entrar!

—Yo qué sé. Creía que lo sabías. Cuando me quedé con los abuelos a vivir, desayunaba *Chococrispis* casi todos los días.

—¡No puede ser! Jamás me lo dijiste. Me contabas que la abuela te daba tostadas.

—Era un acuerdo que teníamos la abuela y yo. Era lo único bueno que tenía vivir con la abuela, y si te lo hubiera dicho, me habrías cortado el chollo. Con lo feliz que estaba yo con mi chute de azúcar diario después de una infancia de abstinencia. Veremos a ver si después de hoy no tienes que llevarme a un centro de desintoxicación.

—¡Dame eso!

Su madre le arrebató el cuenco de aros de colorines con leche azul y Sofía no se resistió.

—Para ti, saben a ambientador. Prefiero los que estaban rellenos de chocolate, pero *jo*, ya no quedan. ¿Puedo pedirme otro?

—Te van a salir los cereales por las orejas, aunque creo que ya eres mayorcita como para tener que decirte que si comes demasiado, acabará por dolerte la tripa.

—¡Voy a por otro!

—¡He creado un monstruo! —exclamó su madre de forma teatral mientras se alejaba hacia la barra.

42.

Mari quería que sus damas de honor fueran todas vestidas iguales, como en las películas norteamericanas, y además ella estaba decidida no solo a ir de blanco, sino también a lucir un vestido estilo princesa. Y como aquella boda no tenía nada de normal, no se le ocurrió otra cosa que lanzar un reto a sus damas para ver quién conseguía vestidos para las damas de honor por quince euros o menos. El pobre Lucio, que también era dama de honor, iba por libre y, además de buscarse su propio traje, tendría que ayudar a la novia a encontrar el vestido adecuado por menos de cincuenta euros.

Todos se mostraron entusiasmados con el reto, todos salvo Sofía, que consideraba que aquel plan era toda una locura. Para conseguir algo tan barato, tendrían que recurrir a páginas chinas, cuyos envíos podían tardar desde diez días a mes y medio. ¿Y si las prendas no llegaban? Con mucha suerte, las recibirían solo días antes de la boda, mientras que si la fortuna no les sonreía, no les llegarían hasta después de la ceremonia y tendrían que improvisar. Y aun si los pedidos llegaban a tiempo, era muy poco probable, por no decir imposible, que les acabara por convencer alguno de los vestidos, pues no solo debían sentarle bien a una persona, ¡sino a tres! Y encima Mari quería vestirse para su boda con un vestido chino de 50 euros o menos...

Al menos, Sofía ya sabía que su amiga no se tomaba muy en serio la boda. Era simplemente un *challenge* más que compartir en Youtube.

Con aquello en mente, podía relajarse y darle al evento la importancia que se merecía. Se lo planteó como una fiesta de cumpleaños o algo parecido: consentiría a la cumpleañera, le seguiría la corriente para intentar que su día fuese especial... Pero nada de esforzarse en convertir aquella pantomima en un día inolvidable, como una boda real se habría merecido.

Al regresar a casa tras la propuesta de Mari, ojeó el catálogo web de varias tiendas con las que colaboraba y pidió tres unidades de un vestido con estampado floral que le pareció lo suficientemente elegante para una dama de honor. Solo esperaba que las prendas no fueran excesivamente cortas, pues no sería la primera vez que pedía un vestido por Internet y le mandaban algo que por largo parecía más una camiseta. Siempre lo achacaba a que las chinas eran pequeñas, pero tampoco es que ella fuera una modelo de metro setenta, la verdad.

Tras hacer el pedido, se olvidó del tema, pues tenía otras muchas cosas en las que pensar. Su madre, Rebeca y ella estaban intentando cerrar el calendario del mes siguiente con actividades, mezclando vídeos para empresas con experiencias con lobeznos. Tenían tal avalancha de propuestas, que lo difícil era elegir qué hacer primero.

Fue Rebeca, que estaba en todo, la que le sugirió que quizá podría regalarle una primera vez a Mari por su boda. La idea le gustó, pues su amiga le había echado varias veces en cara que ya casi no se veían y que parecía que para quedar con ella necesitaba crear un plan fabuloso de «mi primera vez». Podría compensarla con una experiencia juntas y la excusa perfecta era su falsa boda.

—¿Qué te parecería hacer con ella y el resto de damas de honor una habitación de escape? ¿Podría ser una despedida de soltera diferente!

—No sé yo si a ella le gustará la idea de una despedida de soltera en una *escape room*. Además, ¿y si no conseguimos salir a tiempo y nos quedamos ahí para siempre?

—¿Y una bici-barra?

—¿Eso qué es?

—Un vehículo a pedales para unas quince personas. La gente se sienta en torno a una mesa, atendida por un camarero, y van pedaleando, tomando

cerveza y recorriendo la ciudad. Todo a la vez.

—Pues mola... pero quince personas son muchas para hacerlo solo con las damas de honor.

—Hombre, es que si es una despedida de soltera, irá más gente.

Sofía sopesó aquello.

—Tienes razón, pero quita, quita, no le voy a preguntar si va a hacer despedida de soltera porque me la veo capaz de decir que sí, y que me encargue yo.

—¿Entonces no quieres regalarle nada?

—Sí, pero no como despedida de soltera, sino como regalo por su boda.

—Entonces igual lo de la habitación de escape sí sea buena idea. Espera, que busco la información que nos llegó. Si no me equivoco, nos lo propuso el dueño.

Rebeca era muy eficiente y había creado una base de datos en la que registraba toda la información sobre las propuestas que les llegaban. No tardó en contarle a Sofía todo lo que sabía sobre el sitio y se la ganó en cuanto comentó que la sala se inspiraba en la mafia italiana y estaba decorada como en los años 20.

¡Sí! Sería una experiencia muy agradable y le hacía ilusión compartirla con Mari y Las Chicas.

Y aunque no tenía nuevas experiencias planificadas para esa semana, se le coló otra primera vez de forma inesperada. O no tan inesperada, pues Max le había dicho que en cuanto tuviera la mano del todo buena, tocaba disfrutar de la aventura que tenía preparada para ella. La broma telefónica había salido bien por los pelos, o más bien, por la capacidad de improvisación que tenía RiMax y porque había abonado el terreno para la broma, enviándole varios emails durante los días previos haciéndose pasar por el vendedor de eBay. Su amigo estuvo a punto de pillarles en más de una ocasión, pero al final se

tragó que lo llamaban para hacer un cambio en el pedido del dron.

Cuando Max dio por concluido el vídeo, Sofía estaba sudando de los pies a la cabeza por los nervios. ¡Vaya primera vez! De todas las que había tenido que hacer, era la peor, ¡incluso le había costado más que lanzarse al vacío! Y ahora iba a la caza de una segunda experiencia con Max. ¿Qué le depararía aquella mente maquiavélica? Por un lado tenía miedo y por otro estaba expectante.

Sintió una punzada de desilusión cuando vio que él ponía el intermitente para entrar en un aparcamiento coronado por un cartel que anunciaba «MadridFly» junto a la imagen de una chica saltando al vacío

—Esto... no quiero aguarle la fiesta, pero esto ya lo he hecho. ¿No viste el vídeo de saltar al vacío?

—No vamos a saltar al vacío.

—Pero... —Sofía señaló el cartel.

—Si te fijas, no están saltando al vacío.

¿No? Al lado de la chica volando había un hombre en posición vertical también con casco y equipo. No parecía que él estuviera en caída libre, pero ella sí. Solo faltaba el cielo azul de fondo.

—¿Entonces qué están haciendo?

—¿No lo sabes?

—Si no es saltar al vacío, no.

Sofía grabó una toma nada más bajarse del coche. En ella, salía el cartel de la empresa detrás e intentaba adivinar qué se iban a encontrar dentro. En un momento dado, enfocó a Max, que escuchaba todas sus ideas con una cara de póker bastante cómica. Él se quedó más quieto que un muñeco de cera y después, de golpe, pegó tanto la cara a la cámara que llenó el objetivo de vaho al decir «¡ja!».

Al final, resultó que MadridFly no era una academia de vuelo sino una

empresa con túnel de viento. De hecho, tenía el túnel de viento más grande de Europa. No era salto en paracaídas, pero estaba relacionado porque en ese tipo de instalaciones los que hacían acrobacias aéreas podían practicar posturas y movimientos en un espacio controlado. Si con un salto normal los deportistas tenían poco más de un minuto de caída libre, en un túnel como aquel podían practicar sus movimientos bastante más tiempo y sin tener que perder minutos subiendo en avión.

A Sofía se le dibujó una sonrisa en la cara. Le gustaba la idea. De hecho, le encantaba. La emoción de volar sin el miedo de estamparse contra el suelo y acabar hecho puré. En aquel sitio, lo peor que te podía pasar era que te golpearas contra la mampara de protección. Aunque claro, teniendo en cuenta que si te dabas una leche lo hacías frente a quienes hacían cola para entrar, pues la cosa empeoraba un poco.

—Hostia, tú —le dijo RiMax a su cámara—, estoy pensando en el ridículo que voy a hacer cuando me estampe contra el cristal. Voy a ser como uno de esos mosquitos gordos que se chocan contra el parabrisas en la autovía.

No podía tocar la mampara del túnel, así que se acercó hasta la puerta de cristal que daba acceso a la cantina y simuló lo que le ocurriría, pegando la cara contra el vidrio y escurriéndose hacia abajo. Dejó un reguero de baba a su paso.

—Pero qué asco, por dios —Sofía se desternillaba de risa mientras intentaba mantener la cámara de RiMax estable.

—Hostia, tú, he dejado aquí el río Amazonas —se carcajeó él a la vez que quitaba la baba con la manga de su sudadera.

«Hostia, tú», las dos palabras favoritas de Max. Las usaba para casi cualquier cosa, eran su coletilla por excelencia.

Antes de pasar al túnel, e incluso antes de ponerse el mono, el

instructor les dio una breve clase teórica sobre cómo debían moverse durante la actividad. Como eran novatos, su principal objetivo aquel día sería lograr mantenerse estables en el aire durante más cinco segundos. Aun así, al hombre no le faltaba optimismo y les indicó cómo mover las manos para hacer giros, subir, bajar...

A Sofía, con no hacer de mosquito estampado, le valía.

Decidieron no entrar seguidos uno detrás de otro para así poder grabar al otro desde fuera. Sofía sabía que lo mejor habría sido llevar a un cámara de apoyo con ellos; de hecho, había pensado decírselo a Rebeca o a su madre, pero al final no se lo había pedido porque Max tampoco le había dado a entender que fuera a ser necesario. Esperaba que el *youtuber* tuviera buen ojo y le grabara alguna toma que valiera la pena, aunque lo cierto era que una vez dentro de túnel y con el equipo puesto, se la iba a reconocer más bien poco.

Max se rio bastante de ella cuando se puso un gorro antimorbo total para sujetarse el pelo. Se arrepintió enseguida de haberle dado ya su cámara, pues él se puso a hacerle unos primerísimos planos mientras se burlaba del aspecto tan sexy que tenía. El día anterior, por los nervios, le había salido un grano en la barbilla y con la calidad de su cámara, iba a salir no en HD, sino en 3D.

RiMax fue el primero en entrar al túnel y por suerte no dejó su baba de recuerdo en el cristal. Hizo dos vuelos de un minuto cada uno y durante el primero apenas si pudo soltarse de la mano del monitor, aunque para cuando estaba terminando la segunda ronda, se tomó más confianzas y logró no solo mantenerse, sino también moverse un poco en el aire.

Sofía también apuró sus dos minutos al máximo. La sensación de volar era extraña. Se parecía mucho a caer, por el aire que impactaba contra su cuerpo, pero en realidad flotaba en el aire, suspendida a un metro aproximadamente. Salió eufórica del túnel.

43.

Tras la actividad, fueron a comer con el amigo al que le habían gastado la broma. No habían hablado siquiera de comer ellos dos juntos después de la experiencia, pero se les había hecho un poco tarde en el túnel de viento y Carloxx llamó a RiMax cuando salían del complejo, así que al final fueron los tres a un restaurante chino que solían frecuentar los dos amigos.

Max y él no se habían visto en persona desde lo de la broma y nada más verlo llegar se puso a llamarlo cabronazo e hijo de puta. Por suerte, lo hacía entre risas. A Sofía no la insultó, aunque sí que le dijo:

—Ya te vale a ti también. Unirte a este sinvergüenza contra mí.

Mientras esperaban la comida, los dos amigos se pusieron a hablar sobre vídeos y novedades de algunos compañeros y Sofía, aunque no intervenía, prestó mucha atención. Carloxx y RiMax eran dos grandes de Youtube España y cualquier pizca de sabiduría que pudiera conseguir de ellos, bienvenida sería.

De camino al restaurante, Max le había hablado muy bien del sitio al que iban. Uno de los mejores chinos de Madrid, le había dicho. Sofía no frecuentaba mucho aquel tipo de establecimientos, así que se dejó aconsejar por sus compañeros de mesa. Sin embargo, cuando le llegó su plato, una de las especias no le terminó de convencer. Hizo un esfuerzo por seguir comiendo, pero lo hacía muy lentamente y RiMax no tardó en darse cuenta.

—¿No te gusta lo que has pedido?

—Regular. Está bueno, pero... no sé, no es del todo de mi agrado.

—La verdad es que hoy no están muy finos. Mi arroz también está un poco raro.

—¿Puedo probarlo? Probablemente debería haber pedido arroz tres

delicias también, porque a eso sí estoy más acostumbrada.

—Claro, prueba, pero ya te digo que no están muy buenos. ¿Puedo probar yo el tuyo?

—Sí, toma.

—Ohhh, ¿qué sois, una parejita? Comiendo del plato del otro.

El comentario de Carloxx hizo que Sofía mirase a Max avergonzada, pero este le espetó a su amigo:

—No seas imbécil, anda. Oye, pues tus tallarines están buenos. ¿Por qué no te gustan?

—No sé. Hay algo en el sabor que no me termina de convencer.

—¿Y qué tal notas el arroz?

Sofía se encogió de hombros. Tampoco le gustaba demasiado, pero no quería decirlo en voz alta para que no la tacharan de exquisita. Ella con la comida no solía tener problemas.

—¿Entonces no te vas a comer los tallarines? —preguntó Max al ver que movía el contenido de su plato de un lado a otro con el tenedor—. Si no te los vas a comer, me los termino yo.

—Vale, toma.

Intercambiaron los platos ante las chanzas de Carloxx: «¿ya estáis en esa fase de la relación?» «¿En serio te vas a comer su arroz?», «¿pero no te da vergüenza dejar que tu novia se coma lo que a ti no te gusta?». Max lo mandó varias veces a la mierda y le repitió varias veces que no eran pareja.

—Tú come y no le hagas caso a este imbécil —le dijo Max, y Sofía se llevó varias cucharadas de arroz a la boca para dejarlo contento.

—Pero mujer, si lo notas raro tampoco comas tanto —intervino Carlos, y mirando a Max añadió—. ¿No has dicho que te sabía un poco pastoso?

—Pero si a ella le gusta...

—La verdad es que tampoco me gusta demasiado este arroz tres

delicias. Le noto... no sé.

—No me digas que también es tu primera vez con la comida china —dijo Max—. ¡Ya sería el combo perfecto!

—No, ya he probado antes la comida china. Y más el arroz tres delicias. Pero no soy asidua.

—Hoy la verdad es que no está muy buena la comida aquí. Los tallarines sin duda están mejor que el arroz, pero aun así me está dando dolor de estómago —dijo Max—. A esto le han metido gato.

Ni Max ni Sofía comieron más mientras Carloxx apuraba su propio plato y le daba conversación a su amigo.

—Voy a ir al baño un momento —anunció RiMax unos minutos después.

—¿Te duele el estómago de verdad? —preguntó Carlos.

—Sí. Lo noto un poco... No sé. Hostia tú, vuelvo enseguida.

—Yo también aprovecho para ir —dijo Sofía.

—¿Otra con dolor de estómago?

—La verdad es que lo tengo un poco revuelto, sí.

¿Revuelto? Cuando llegó al baño y se sentó en la taza, le salió a chorro.

Entre sudores, no dejaba de mirar el reloj. ¡Llevaba allí cinco minutos! Pronto RiMax tocaría a la puerta para ver si es que se la había tragado el váter. Pero es que le daba miedo levantarse y que le diera otro apretón. Hizo un esfuerzo por volver a la mesa y, cuando llegó, se sorprendió al ver que estaba solo Carlos.

—¿Y Max?

—Aún no ha vuelto.

—¿En serio?

—Sí. ¿Estás bien?

—Pues la verdad es que regular... Algo que he tomado esta mañana me

ha debido sentar mal.

—¿Quizá hayan sido los tallarines o el arroz?

—Eso podría explicar el estómago revuelto, pero no... lo otro —añadió señalando hacia abajo—. Eso debe ser de esta mañana. O incluso de anoche. ¿Qué cené anoche que no me acuerdo?

Max no tardó en regresar con bastante mala cara.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, creo que ya sí. Hostia, tú, no. —No había llegado ni a sentar el culo, cuando ya estaba de nuevo de pie—. Vuelvo al baño otra vez.

—¿Es que cenasteis juntos ayer? —le preguntó Carlos a Sofía.

—¿Max y yo? No, qué va. Si esta es la primera vez que comemos juntos.

—Una primera comida inolvidable.

—Más bien para el olvido.

Sofía se puso en pie y anunció que iba al baño también. Acababan de llevarles el postre, pero su estómago no estaba para nada más. Por suerte, en aquella ocasión no echó nada, aunque permaneció sentada en el váter con malestar durante varios minutos. De nuevo, regresó a la mesa antes que Max.

—Sea lo que sea lo que nos haya sentado mal, a él le ha dado más fuerte —le comentó Sofía a Carlos.

—Ya ves. Menuda cara trae.

Sofía se giró para ver llegar a Max, que iba pálido y arrastraba los pies. Se sorprendió entonces al oír que Carlos empezaba a reírse. Lo miró y lo vio cubriéndose la cara.

—No. Cabrón. No. —Soltó RiMax.

Sofía miró a uno y a otro sin entender nada.

—¿Tú también tienes diarrea? —le preguntó entonces Max, que seguía de pie y tenía las manos apoyadas en el respaldo de la silla.

—Sí. ¿Por qué, qué ocurre?

—Hijo de puta, ¿a ella también?

—¡Intenté que no intercambiara los platos! —se defendió Carlos.

—Nos has echado algo en la comida —comprendió Sofía.

—A él —matizó el otro—. Tú has sido un daño colateral.

—¡Hostia tú, pero haberla parado!

—Lo intenté, pero tampoco iba a descubrir mi jugada. Además, ella también participó en la broma telefónica. Es el karma.

—¡Hijo de puta!

Pese a los retortijones y los insultos, Max soltó el insulto riéndose.

44.

—¿Qué te parece si cenamos en la terraza?

—¿En la terraza? —se sorprendió Rodrigo—. ¿Celebramos algo?

—Hoy es luna llena.

Rodrigo se quedó parado un momento, procesando aquello. Después, sin mediar palabra, se dirigió al exterior. En la terraza tenían una mesa bastante destartada que tuvo que calzar con una pinza de la ropa. Por suerte, una vez le puso el mantel encima, casi resultó bonita. Dispuso un juego de vasos y de cubiertos mientras Rafa se encargaba de la cena. Hacía buen clima fuera y, aunque la Luna no había salido todavía, se acomodaron en las sillas de plástico.

—¿Vino? —preguntó Rodrigo extrañado al ver que su amigo servía un par de copas.

—Es luna llena —se justificó Rafa, encogiéndose de hombros.

Empezaron a comer sumidos en un cómodo silencio hasta que de pronto Rafa soltó:

—Me ha llegado una invitación a la boda de Alba.

—¿En serio?

—Muy en serio. Mira.

Llevaba la carta guardada en el bolsillo del pantalón y se la tendió a Rodrigo, que la observó con atención. Habían usado un papel de calidad, de bastante gramaje, y la letra que anunciaba el enlace era muy refinada.

—¿Vas a ir? —preguntó Rodrigo con precaución.

—¿Crees que debería?

—Prácticamente no os veis desde que lo dejasteis. Ya no sois amigos.

—Lo sé, pero me ha invitado. ¿Por qué?

—No sé. Quizá, como os encontrasteis y te contó lo de la boda, se sintió en el compromiso de invitarte.

—¿Crees que querrá restregarme su felicidad?

—Tú la conoces más, ¿crees que es así de retorcida?

—Ya no la conozco. Ya te dije que cuando estaba conmigo, decía que jamás se casaría.

Rodrigo se quedó un momento callado. Bebió de su copa de vino con los ojos fijos en el horizonte, donde la Luna comenzaba a asomar detrás de unos edificios.

—Lo cierto es que supongo que da igual el motivo por el que ella te haya mandado la invitación, lo importante es cómo te sientes tú ante la idea de ir. ¿Quieres asistir? Ve. Ya sea por cotillear; porque te alegras por ella; por demostrarle que te importa una mierda; por reírte un poco de lo feo que va a ir el novio, vestido de pingüino... Y si no quieres ir, no vayas. Porque no te apetece, porque no quieres gastarte el dinero, porque te importa un bledo si se casa, porque sí te importa que se case... Haz lo que tú, y solo tú, quieras. Puedes hacer una lista de las tuyas para ver los pros y los contras.

Rafa meditó aquello mientras seguían comiendo en silencio. Admiraron la luna llena mientras ascendía y cuando ya había asomado del todo tras los edificios, interrogó:

—¿Y si invito a LunaLoba a ir?

Rodrigo casi se atraganta con el trozo de carne que tenía en ese momento en la boca. El día menos esperado, las ocurrencias de Rafa lo mandaban al otro barrio.

—¿Sofía?

—Podría plantárselo como su primera vez haciendo de novia falsa en una boda.

—Igual te cruza la cara cuando se lo propongas.

—¡Pero si es una primera vez de película!

—Sigo sin verlo claro.

Rafa soltó un largo suspiro.

—Con LunaLoba sí me gustaría ir a la boda, le daría un zas en toda la boca a Alba.

—Vale, deduzco que, si vas a la boda, es para restregarle que eres muy feliz.

—Hombre, no me alegro de su boda. Tampoco es que vaya a morirme porque se case, pero... ¿¡por qué narices me ha invitado!?

Rodrigo no contestó. No tenía las respuestas que su amigo buscaba. Nadie las tenía, ni el propio Rafa.

Al terminar de cenar, recogieron la mesa y Rodrigo fregó los platos mientras Rafa tomaba el fresco en la terraza.

—Yo me voy ya a mi habitación. ¿Necesitas algo?

—No. Solo apaga la luz.

—¿Te vas a quedar a oscuras?

—No. Está la luna.

Rodrigo apagó la luz de la terraza y contempló la silueta de Rafa apoyada contra el muro, mirando el círculo de plata. Durante unos segundos de silencio, miró el satélite también y después se despidió:

—Buenas noches.

Una hora después, el teléfono de Rodrigo sonó con una llamada de Rafa, pero al cogerlo, no oyó nada.

—¿Rafa? ¿Me oyes? Rafa.

Como no recibió respuesta, dejó a un lado el móvil y salió de la cama. Al llegar al salón, encendió la luz.

—¿Rafa? —Sin respuesta, avanzó hacia la cocina, donde también le dio al interruptor.

—¡Joder! Qué manía con las luces —protestó Rafa apareciendo por la puerta de la terraza—. ¡Apaga!

—¿Qué pasa?

—¡Que apagues! Joder, siempre igual. Dichosas luces. Apaga también la del salón.

Rodrigo alargó el brazo y lo apagó todo.

—¿Qué pasa? ¿Has vuelto a ver a LunaLoba aullándole desnuda a la luna? —preguntó socarrón.

—No. La he visto besándose con RiMax.

45.

Sofía aprovechó que estaba sola en casa para acomodarse en el sofá y pintar un poco. Tenía la cortina de la ventana descorrida y admiraba la luna llena, plasmándola a su aire en el bloc de dibujo que tenía. Había pasado toda la tarde con el estómago un poco inestable por el efecto del laxante y aún no había comido nada desde medio día, pero notaba que poco a poco le iba entrando hambre y en breve se tomaría un yogurt y una manzana.

La broma no le había hecho ni pizca de gracia. Una cosa era soltar unas pocas mentiras a través del teléfono y otra muy diferente echar un laxante en la comida. Además, a Carloxx no se le había ocurrido otra cosa que pedir el más fuerte y rápido, y encima había echado cinco dosis en el arroz de Max. ¡Cinco! Así sabía de pastoso el dichoso arroz.

Menos mal que Sofía solo había llegado a tomar unas cuantas cucharadas, porque si con aquella cantidad había acabado así, no quería ni imaginarse qué habría pasado si se hubiera comido medio plato, como había hecho RiMax.

Se había despedido de ambos poco después de que se descubriera la broma y había cogido un taxi para que la llevara a casa lo más rápido posible. Allí, fue al váter y se quedó sobre la taza durante un buen rato, a ver si se le pasaba el malestar, y aunque sí era cierto que no había tenido que volver a visitar el baño, había pasado lo que le quedaba de día con una ligera sensación de angustia. Ya tendría ella que estar muy desesperada para volver a tomarse un laxante.

No le había escrito nada a Max después de haber salido casi corriendo de la comida. Él tampoco le había dicho nada y, conforme pasaba el tiempo, más determinada estaba a esperar a que fuera él quien contactara primero.

Después de que un amigo suyo la envenenara, que él moviera ficha primero era lo mínimo. ¿No?

Pero ya eran casi las once de la noche y no había ni rastro de él en su móvil. Ni siquiera le preguntaba si estaba bien. ¿Y si le había pasado algo? Él había tomado más laxante que ella. Quizá había tenido que ir al hospital o aún seguía en el cuarto de baño del restaurante chino, incapaz de recorrer la más de media hora de trayecto que tenía hasta su casa.

¿Y si le escribía algo? Quizá estaba siendo muy orgullosa, pues no había sido culpa suya sino de su amigo. Además, todo había sido una broma. De mal gusto, sí, pero una broma al fin y al cabo.

«No» se ordenó «que él te llame primero». No era capaz de mantenerse cabreada durante mucho tiempo, nunca lo había sido, pero en aquella ocasión iba a hacer un esfuerzo y esperaría a ver si él se dignaba a decirle algo. Estaba convencida de que lo haría. Si al día siguiente seguía sin tener noticias suyas, le escribiría para asegurarse de que seguía vivo.

Dejó el bloc de dibujo sobre la mesa y se quitó los cascos con los que pintaba. Se dirigió a la cocina y cogió un yogurt. Iba a empezar suave y, si veía que le sentaba bien la comida, después tomaría algo un poco más sólido.

Acababa de quitar la tapa del yogurt y estaba lamiéndola, cuando le tocaron al timbre y fue a abrir. Con el ojo pegado a la mirilla, el corazón se le aceleró al ver que era Max. Se miró un segundo y sopesó la posibilidad de ir a cambiarse. Iba descalza y en pijama. Y sin ropa interior. ¿Mari la consideraría una fresca si abría la puerta de esa guisa? Pero cambiarse le llevaría demasiado tiempo, así que tras peinarse con los dedos y asegurarse de que estaba más o menos presentable, abrió la puerta.

—Hola. ¿Estás viva?

—Eso parece. Hola a ti también. ¿Cómo estás tú?

Max se palmeó la barriga.

—Como una compresa: limpio y ligero.

—¿Por qué parafraseas un anuncio de compresas en este momento? No me digas que has necesitado pañal.

—Por suerte, no. ¿Tú estás bien de verdad? Te veo con el uniforme de estar malita.

—¿El pijama? No, es que no iba a salir a ningún sitio y me he puesto cómoda. De hecho, mira a ver si estaré bien que ya iba a cenar.

—¡No! ¿En serio? ¿Qué te has preparado?

—Un yogurt.

—¡Hostia, tú! Sí que estás recuperada, sí. ¿O quizá estás siendo demasiado temeraria?

Sofía se rio.

—¿Quieres uno? Puedo ser generosa y ofrecerte no solo yogurt de primer plato, sino también manzana de segundo.

—¿Y de postre?

—Si sobrevivimos a los dos primeros platos, ya hablaremos del postre. Anda, pasa.

Max entró en la casa y siguió a Sofía hasta la cocina. Mientras ella sacaba otro yogurt del frigorífico, él miró brevemente a su alrededor y lo que más le llamó la atención fue la luna, que se veía perfectamente a través de la puerta que daba al patio.

—Qué bien se ve la Luna desde aquí —comentó.

—Sí, estaba en el salón pintándola.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y por qué no desde la terraza?

—Me gusta la luna, pero más me gusta el sofá.

Max se rio y se tomó la libertad de abrir la puerta corredera.

—Pues fuera se está muy bien. Se ha quedado buena noche.

—Toma.

Sofía le tendió un yogurt y pasó a su lado, saliendo a la terraza, donde inhaló profundamente el aire nocturno de Madrid. Se acercó al muro de la terraza y miró abajo, a la calle, consiguiendo que la sensación de vértigo reavivara el malestar de su estómago. Soltó el aire de sus pulmones y miró hacia el lado, hacia la terraza contigua, donde todo estaba a oscuras. A saber dónde estaría ahora Rodrigo, qué haría y con quién. ¿Quizá con esa amiga a la que estaba conociendo? Suspiró y miró arriba, a la Luna.

—Hostia, tú, qué alto está esto —dijo Max al colocarse a su lado y mirar abajo—. Si saltamos, de nosotros no queda ni estampa.

—¿Y por qué íbamos a saltar?

—Para poner en práctica lo que hemos aprendido hoy.

—¿Durante apenas un segundo? No llegarías ni a estabilizarte.

—Es verdad, y encima no está aquí el monitor, así que seguro que caería en una postura rara y nada sexy.

Max alzó la mirada de la carretera y vio que ella no estaba observando la calle sino el firmamento. Estudió su perfil durante unos segundos, bañado por la luz blanca de la Luna.

—Siento lo de la broma de Carlos.

Sofía lo miró y le dedicó una sonrisa suave. Con aquella simple disculpa, su enfado previo se había evaporado. Ella era así. Max le devolvió el gesto, aliviado. Se había colocado a su lado, hombro con hombro, y sus rostros estaban a apenas dos palmos.

—No es culpa tuya. Además, supongo que me la merecía un poco por haber participado en su broma telefónica.

—No. Se ha pasado. Yo esperaba que me la devolviera con otra llamada, pero esto... Se ha pasado tres pueblos y lo siento. Y que me lo haya

hecho a mí, lo entiendo, pero tendría que haber parado al ver que tú también estabas comiendo.

—No te preocupes. Al final tenías razón y el día ha sido un combo de primeras veces: túnel de viento y broma por laxante. Dos por uno.

—¿Te lo has pasado bien en el túnel?

—Genial.

—Yo también.

Se sonrieron y durante unos segundos se miraron a los ojos. Sus irises habían perdido el color bajo la luz de la luna. Sofía iba a mirar de nuevo al firmamento, cuando él dijo:

—Me gustaría borrar el recuerdo del laxante terminando el día con una nueva primera vez.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? Nada de saltar de una azotea.

—¿Alguna vez te han dado un beso con sabor a yogurt?

Y antes de que ella pudiera tartamudear un «¿cómo?», Max se inclinó y la besó. Fue un beso suave, apenas una caricia entre sus labios. Después se apartó unos centímetros y, tras observarla durante unos segundos y comprobar que no había rechazo en su rostro, volvió a acercarse a ella para besarla de nuevo. En aquella ocasión, Sofía sí llegó a saborear el yogurt en su boca, dulce y caliente.

Un ruido hizo que se separaran y, al mirar hacia un lado, el corazón casi se le sale por la boca al ver que las luces de la casa de al lado estaban encendidas. ¿Los habrían visto?

Tiró de Max para esconderse dentro de la casa.

¿Qué era aquello que notaba en el pecho? ¿Por qué se sentía mal? No le debía nada a Rodrigo. Absolutamente nada. Y aún así...

46.

El regalo de la habitación de escape fue todo un éxito y tanto Las Chicas como Mari se lo pasaron bomba resolviendo misterios y acertijos en la sala. Hubo algún que otro grito y Mari y Lucio se disputaron en varios momentos en rol de marimandones (por no decir dictadores), pero al final lograron salir con veintidós segundos de margen.

Aquella noche, Sofía volvió muy contenta a su casa y les recomendó a todos sus seguidores que visitaran la *room escape* compartiendo en redes la imagen de grupo que se habían hecho. Hacer un vídeo de la experiencia habría sido imposible porque habrían desvelado muchos misterios de la sala. Por suerte, el dueño quedó más que contento con las fotos que compartieron en sus respectivos perfiles.

Sin embargo, Sofía no tardaría en arrepentirse de haber llevado a sus amigas a aquella experiencia, pues su regalo acabó desatando una guerra entre Las Chicas. La visita a la habitación de escape fue un martes y ese mismo jueves un mensaje de Claudia en el grupo les anunció que se preparan para salir de fiesta al día siguiente. Las recogería en la puerta de su casa a las diez de la noche, todo lo demás era un misterio.

La cara de sorpresa de Sofía y Mari cuando frente a su edificio se detuvo una limusina fue de absoluta sorpresa, y más cuando la puerta se abrió y Las Chicas las saludaron desde dentro, sonriendo de oreja a oreja y meneando los brazos.

El interior de aquella limusina de nueve metros de largo era muy lujoso e incluía una iluminación fiestera que a ratos hacía que sus dientes brillasen por las luces ultravioletas. Brindaron con champán en honor de la novia, se echaron un sinfín de fotos y compartieron muchísimos vídeos en Instagram.

Los móviles no abandonaban nunca sus manos, ni cuando se abrazaban.

Tras aproximadamente una hora de fiesta dando vueltas por la ciudad, la ostentosa limusina se detuvo frente a un local de moda en el que Susana había reservado una mesa en la zona VIP. Todos los que esperaban en la puerta de la discoteca las miraron cuando se bajaron del espectacular coche y tanto Mari como Las Chicas disfrutaron al máximo su minuto de gloria, saludando y lanzando besos a diestro y siniestro. Les echaron fotos y se oyeron gritos. Sofía no estaba segura de si la gente sabía quiénes eran o si se pensaban que eran actrices o algo por el estilo.

Media hora después de que llegaran a la discoteca, Mari ya estaba más borracha que una cuba y bailaba desenfadada en la pista de baile. Susana y Claudia la acompañaban, pero se notaba que iban menos bebidas.

—¿Estás bien? —le preguntó Sofía a Lucio, que permanecía junto a ella en la mesa del reservado.

—Estupendamente —contestó el otro con rostro serio.

—Pues no lo parece.

Lucio no replicó y siguió mirando hacia otro lado. Sofía, que no entendía qué le pasaba, insistió:

—¿Problemas con tu chico?

—No. —Al fin, Lucio se giró hacia ella—. Solo estoy pensando en cómo voy a mejorar esto.

—¿Mejorar qué?

—Pues la limusina y la fiesta, claro.

—¿Y por qué tienes que mejorarlo?

—¿Que por qué? —Lucio soltó una carcajada sarcástica—. Tú empezaste todo este juego de a ver quién es la mejor dama de honor, así que...

—Yo... ¿Qué?

—Oh, vamos. El regalo de boda que le hiciste a Mari sin consultar con nadie. Nos hiciste quedar mal a todos, ¡estarás contenta! A ver ahora cómo mejoro yo esto. Aunque el tiro te ha salido por la culata, no te esperabas que te destranaran tan rápido, ¿verdad? Porque déjame decirte, puti, que con lo que Claudia y Susana han organizado, ahora la que ha quedado por los suelos eres tú. Una *room escape* contra una limusina y un reservado en un local de moda, ¡ja!

Sofía miró alucinada a Lucio. ¿Hablabas en serio? Ella no había pretendido ser la mejor dama de honor, solo había querido tener un detalle con Mari y con el resto del grupo. Hacer algo divertido todos juntos.

Miró a su alrededor, de pronto agobiada por la música tan alta que salía a través de los altavoces y las estrambóticas luces que barrían la sala a fogonazos.

—Rodrigo, despierta. ¡Rodrigo!

—¿Qué? Sí. Estoy despierto. ¿Qué? ¿Qué? —El susodicho se enderezó en la cama sin enterarse de nada. Miró a su alrededor, confundido, y vio a Rafa en pijama junto a él—. ¿Qué ocurre?

—Algo pasa en casa de LunaLoba.

—¿El qué?

—Se oyen gritos.

—¿Otra vez está aullándole desnuda a la luna?

—No. Levanta, en serio. —Rafa lo cogió del brazo y tiró de él—. Están gritando.

—Yo no oigo nada.

—Porque duermes con la ventana cerrada. Levanta, vamos.

Salieron a la terraza, desde donde pudieron ver que las luces de la casa contigua estaban encendidas. Sin embargo, no se oía nada.

—¿Seguro que no lo has soñado?

—Te lo juro.

Se acercaron al murete que separaba ambas terrazas y Rodrigo iba a preguntar qué era exactamente lo que Rafa había creído escuchar, cuando un agudo grito llegó hasta sus oídos.

Ambos saltaron a la vez al patio contiguo y se agacharon para asomarse por la ventana más próxima. Era la habitación de Mari y, aunque tenía la luz encendida, estaba desierta. Se asomaron a la siguiente, la de Sofía, y Rodrigo llegó a tiempo de ver cómo la joven salía corriendo a la vez que gritaba.

—Tira, tira. —Empujó a Rafa, que se interponía en su camino, y se dirigió hacia la puerta corredera que daba al salón.

Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Golpeó el cristal a la vez que entraban en escena Sofía y Mari, que retrocedían en actitud defensiva de espaldas a ellos. LunaLoba llevaba algo en la mano a modo de arma y Rodrigo sentía que el corazón se le iba a salir del pecho. Llamó al cristal con más energía. Si no le abrían, iba a echarlo abajo por muy blindado que fuera.

Por suerte, las jóvenes lo escucharon y se acercaron corriendo. Les abrieron con cara de susto.

¿Era una chancla lo que Sofía llevaba en la mano?

—¿Estáis bien? ¿Qué ocurre?

Si era un ladrón, estaba acorralado en las habitaciones. Tenían que andarse con cuidado, no fuera a sorprenderlos por la espalda tras escabullirse a la terraza por la ventana de uno de los dormitorios.

—¡Una cucaracha!

—¿Qué? —A Rodrigo se le quedó cara de tonto.

—¡Una cucaracha así de grande! —Sofía hizo un gesto con ambas

manos y, según su descripción, la cucaracha tenía genes de rata, porque vaya tamaño.

—¿Habéis bebido? —preguntó Rafa, olfateando el aire.

—Acabamos de venir de fiesta, sí, pero os juro que la cucaracha es así de grande. No estoy borracha, solo me he tomado un par de copas de champán.

—Yo quizá sí estoy un poco borracha —admitió Mari.

—Tú te has bebido hasta el agua de los floreros.

—¡Era mi despedida de soltera! —contestó la otra, y su explicación fue acompañada de un ligero tambaleo—. Vais a matar a la cucaracha, ¿verdad? ¡Qué asco! Casi poto al verla.

Los dos amigos intercambiaron una mirada, pensando que sus ganas de vomitar probablemente no tuvieran que ver con el insecto. Asintieron, sintiéndose guerreros de brillante armadura que van a socorrer a dos damiselas en apuros.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto —dijo Sofía.

Allí que se dirigieron los cuatro. Rafa y Rodrigo delante, casi sin espacio para avanzar juntos, y Mari y Sofía detrás, pegadas a ellos y usándolos como escudo.

—¿A ti no te encantaban los animales? —preguntó Rafa, mirando por encima del hombro a Sofía.

—Las cucarachas no son animales.

—Ah, ¿no?

—La verdad es que son insectos —corroboró Rodrigo.

—¿Y desde cuando los insectos no son animales?

—Cuando alguien dice «me encantan los animales», te digo yo que no está pensando en los bichos.

—Además —intervino Sofía—, las cucarachas son más alienígenas que animales.

—¿Y eso de dónde te lo sacas?

—Sobrevivirían a un ataque nuclear. Esos bichos no son de este planeta.

Acababan de llegar a la habitación de Sofía y desde la puerta los cuatro analizaron el cuarto.

—¿Dónde está?

—No sé. La última vez que la vi estaba en esa pared de allí.

—Vale, a ver.

Rafa se quitó una de sus zapatillas de andar por casa y la cogió en la mano. Rodrigo, que iba descalzo, se giró hacia Sofía y le pidió la chancla que ella esgrimía.

Los dos valientes se acercaron hacia donde Sofía había señalado.

—Ahí está.

Rafa acababa de divisarla detrás de una lamparilla. No era tan grande como Sofía había dicho, pero lo cierto es que parecía la madre de todas las cucarachas. Estiró el brazo y quitó lo que le estorbaba para tener un buen ángulo con el que liquidar de un zapatazo al bicho. Se preparó para golpear. Tres, dos... y de pronto la cucaracha echó a volar.

—Ahhhhhh. ¡¡Coño que vuela!! —Rafa salió corriendo, pues estaba en la trayectoria del insecto, y chocó contra Rodrigo, al que sorteó como pudo hasta llegar a la puerta.

—¡La madre que la parió! —Gritó a su vez el otro. La cucaracha había aterrizado sobre su pecho. Se sacudió como un poseso y el bicho cayó al suelo, con tan mala suerte que empezó a correr por sus pies desnudos.

Empezó a dar saltos en un intento de quitársela de encima y entonces empezaron a lloverle chanclazos y zapatazos por parte de Rafa, Sofía y Mari.

¡Como si una zapatilla de andar por casa lanzada al aire fuera a matar a un bicho como ese! Una de las chanclas le impactó en toda la cara y pensó que habría sido Mariana, que iba bebida, pero al mirar al trío fantástico, supo que había sido Rafa por cómo lo miraba.

—Se me ha ido —se disculpó.

Entonces, la cucaracha echó a volar hacia ellos y en un visto y no visto, en la puerta de la habitación no había nadie. El insecto se quedó parado en el marco de la puerta y Rodrigo se agachó para coger del suelo una de las chanclas, pues en algún momento había perdido la que llevaba en la mano. Una vez pertrechado, se acercó con sigilo a la puerta y mató al bicho volador alienígena de un golpe certero.

Humanos 1, cucarachas 0. Aunque si se tenían en cuenta las dimensiones de cada uno, y que eran cuatro para uno...

Rodrigo se olvidó del contador en cuanto salió a anunciar que la cucaracha estaba muerta y Sofía se lo comió a besos como muestra de agradecimiento. Durante un instante, pudo rodearla con sus brazos, notarla pegada contra él, y se sintió mejor que nunca.

47.

Cuando Rodrigo entró en su casa y escuchó una risa femenina, se le aceleró el corazón. Por un instante, pensó que se trataba de Sofía, pero en seguida su cerebro procesó que el timbre de aquella risita no era el de LunaLoba. Desilusionado, pero aun así sintiendo curiosidad, se dirigió hacia la cocina.

Se quedó con la boca abierta al reconocer a Carlota junto a los fogones, removiendo el contenido de una sartén. A su lado, Rafa partía verduras sobre una tabla de madera. Por suerte, ambos le daban la espalda y no pudieron apreciar la cara de sorpresa que se le había quedado a Rodrigo, que cuando consiguió reponerse, carraspeó para que notaran su presencia.

—¡Hombre, Rodrigo, ya has vuelto!

—¡Hola, Rodrigo! —saludó Carlota.

—Hola, qué gusto me da verte por aquí —dijo él con sinceridad—. ¿Qué estáis preparado? Huele bien.

—Pues esto no es nada, cuando lo metamos al horno ya verás. Vamos a hacer quiché de verduras.

—¿Vas a quedarte a cenar? —preguntó Carlota.

Por la mirada que le lanzó Rafa, Rodrigo tuvo claro que tenía que decir que no.

—No, lo siento. Esta noche he quedado. Pero si os sobra, guardadme un trozo.

La pareja volvió a centrar su atención en la comida y Rodrigo decidió marcharse a su habitación. Solo habían pasado unos minutos cuando Rafa tocó a su puerta.

—No te importa cenar fuera, ¿verdad? —le preguntó en tono bajo pese

a que había cerrado tras él para que Carlota no oyese nada.

—No, supongo que no, pero la próxima vez avisa. O invéntate otra cosa que me dé la opción de quedarme en mi habitación. Tampoco creo que a Carlota le importe si me quedo aquí o no, mientras no os moleste...

—Puedes fingir que te vas y quedarte aquí.

—Claro, y si necesito ir al baño, ¿qué?

—También es verdad. Bueno, la próxima lo tendré en cuenta.

—Y bueno, ¿qué?, ¿cómo ha ocurrido?

—¿El qué? —Se hizo el sueco Rafa.

—¡Tú y Carlota!

—Bueno, bueno, aún no hay nada. Solo somos amigos. A los dos nos gusta la cocina y últimamente hemos estado hablando mucho.

Rafa se había refugiado entre fogones tras la escena del beso entre RiMax y Sofía. Era su forma de mantenerse ocupado y no pensar en ella. Cada pocos días visitaba el supermercado de la esquina para inspirarse en nuevas recetas con productos de temporada, y como consecuencia, no solo tenían el frigorífico y el congelador a punto de explotar, sino que Rafa también había echado en el carrito de la compra a una dependienta muy pizpireta.

Rodrigo se alegraba mucho, porque se notaba que ella estaba interesada en Rafa y a su amigo le vendría de maravilla alguien así en su vida en esos momentos.

A él también le vendría bien poder huir de Sofía de alguna forma. Tenía esa opresión en el pecho, esa sensación de desazón continua, y deseaba con toda su alma poder deshacerse de ella. Por ahora lo había intentado volcándose más todavía en el trabajo, pero debía confesar que no era un método muy efectivo. Ojalá el de Rafa fuera más eficiente para conseguir sacarse a Sofía de la cabeza. Y del corazón. Porque sí, la distancia le pesaba

en el pecho.

Al principio no había creído a Rafa cuando le había dicho que había visto a Sofía y RiMax besándose bajo la luna llena. No era una fuente del todo fiable, pues también juraba y perjuraba que había visto a Sofía aullándole a la Luna desnuda, así que... Pero Rafa estaba empeñado en lo que había visto, e incluso decía no sé qué de besos con sabor a yogurt, y aunque cuando Rodrigo se asomó a la terraza ya no había nadie allí, a los pocos días acabó por aceptar que su amigo no se había inventado el beso, pues él mismo se cruzó con la parejita en el ascensor y, aunque ni siquiera se tocaban, su actitud era muy reveladora. Las miradas, los gestos... No ya entre ellos, sino hacia él. Sofía le evitó la mirada en el ascensor tras el saludo obligatorio y se la notaba incómoda.

Maldita opresión en el corazón.

Aunque la relación entre Sofía y RiMax había tenido algo positivo en su vida, y era que el *running* había acabado haciéndose un hueco fijo en su día a día. Había descubierto que cuando corría no podía pensar porque la sangre se le agolpaba en la cabeza y se quedaba como en blanco. Además, su pecho se ponía como loco y no había hueco para la desazón. Lo que el trabajo no conseguía, lo lograba la actividad física.

Sí, el deporte y él iban a ser buenos amigos.

Aunque los aliados a veces traicionan y el deporte no tardó en jugarle una mala pasada cuando se alió con el trabajo en su contra. Su responsable de *marketing* le sugirió que invitase a Sofía a la presentación del programa Ciclo Indoor Virtual. Hacía varias semanas que habían dado por concluido el proyecto y Ana lo había estado probando en uno de sus gimnasios. Sus usuarios, que habían servido de conejillos de indias, se habían mostrado tan encantados con la experiencia, que al final habían montado una gran fiesta en la que presentarían por todo lo alto la actividad, que era pionera en todo el

mundo.

—No creo que a Sofía le interese.

—¿Cómo que no? Por supuesto. He hecho amistad con Miguel, del departamento de marketing de MiFiT, y me ha comentado que Ana ha pedido explícitamente que inviten a varios *youtubers* del mundo fitness, mi amorrrr.

Dios, ¿Pepe también con aquella coletilla de Ana? Se lo esperaría de cualquier otro trabajador, pero que su experto en marketing también hubiera caído en eso...

—LunaLoba no se dedica al deporte.

—Pero estoy seguro de que querrá ir. Podría ser una primera vez. Sé que vamos justos de tiempo, pues es este sábado, pero si se lo pides tú estoy seguro de que dirá que sí salvo que tenga algún compromiso previo.

—¿Y por qué iba a decir que sí?

—Os lleváis bien. ¿No?

Rodrigo negó con la cabeza, pero no de forma tajante sino más bien pensativa, por lo que Pepe no dijo nada y se limitó a observarlo. Todos en la oficina sospechaban que algo había ocurrido con LunaLoba, pero no sabían qué. Que Rafa dejara de hablar de ella como por arte de magia después de semanas y semanas dándoles el follón, daba mucho que pensar.

—Te recuerdo que también irá Rafa —dijo Pepe, por si aquello ayudaba a que su jefe se decidiera.

Rodrigo, que en aquel momento se frotaba el mentón rasposo, lo miró un momento, debatiéndose, y después asintió.

—Vale, la invitaré a ver qué dice.

Le pidió a su trabajador que cerrase la puerta al salir y cuando se quedó solo, se repantigó de forma nada glamurosa en el sillón. Suspiró de forma sonora y, tras cerrar los párpados, se masajeó la frente con fuerza.

Estaba muy mal de la cabeza, ¿pero qué demonios le estaba pasando?

Su primer impulso cuando Pepe le había dicho lo de invitar a Sofía había sido gritar un triunfal «¡sí!», porque eso le brindaba una excusa para volver a verla y hablar con ella. Pero de inmediato su razón había soltado un «¡no!», recordándole que estaba intentando mantener las distancias con ella. «Tiene pareja» le había recordado la voz de su conciencia, y un diablillo disfrazado de ángel había mentido «pero si tú nunca has estado interesado en ella de esa forma, solo quieres que seáis amigos». Era bastante fastidioso el tonillo burlón de aquel pensamiento, como si estuviera riéndose de sí mismo.

Y entonces Pepe había mencionado a Rafa, y Rodrigo descubrió en él la excusa perfecta para aceptar invitar a Sofía al evento. Podía autoconvencerse de que lo hacía por él, para que tuviera una nueva oportunidad de hablar con LunaLoba. La invitaría, pero no estaría todo el rato a su lado porque de eso ya se encargaría Rafa. Sí, le convencía el plan. La idea de verla, aunque fuera solo un rato y manteniendo las distancias con ella, le reconfortaba.

Cogió el teléfono y, tras comprobar que era buena hora, marcó su número.

—¡Hola, Rodri! Qué sorpresa.

¿Por qué tenía que parecer tan contenta de hablar con él? Intentó que su voz sonase ligera y alegre, como la suya, y tras un breve intercambio de palabras corteses, le propuso lo de la fiesta. Una pequeña parte de él cruzaba los dedos porque dijera que no, la otra hizo la ola cuando aceptó. Y después, todo él se hundió cuando preguntó:

—¿Puedo llevar a alguien?

48.

¿En serio se vestía la gente así para ir al gimnasio? Porque la mitad de los asistentes parecían sacados de una pasarela de moda deportiva. Algunas mujeres, de hecho, lucían transparencias en sus *outfits* de deporte. ¿Cuándo se había impuesto esa moda en los gimnasios? Desde luego, a la calle no había llegado todavía, pues Rodrigo no solía ver a mujeres corriendo con pantalones semitransparentes. También abundaban los tops y los hombres musculosos con camisetas de tirantes. E incluso alguno directamente iba sin camiseta, luciendo tableta de chocolate como si aquella fiesta fuera en la playa de *Los vigilantes de la playa*.

Rodrigo se sentía un tirillas entre hombres así. Y menos mal que mientras elegía su atuendo para aquella tarde, parado delante de su armario, había desconfiado del «atuendo deportivo» que se pedía en la invitación. Si lo hubiera seguido a pies juntillas y hubiera cogido el conjunto con el que salía habitualmente a correr, se habría presentado allí con una camiseta de deporte que amenazaba con tener en breve un agujero en la axila. Gracias a dios, sabiendo que Ana organizaba aquella fiesta, había optado por sus mejores pantalones deportivos y una camiseta nueva.

La fiesta se celebraba en una zona industrial a las afueras de Madrid, donde se encontraba la última adquisición de MiFit, una nave que habían reconvertido en uno de los gimnasio más modernos y estilosos de toda España. Según Pepe le había susurrado, así como quien no quiere la cosa, era un «gimnasio para pijos», y Rodrigo tenía que darle la razón, pues nunca había visto un sitio tan reluciente y ultramoderno. Vale que todo era nuevo, pues estaban de estreno, pero ahí había más tecnología metida que en una feria de ciencia. Un asistente robótico llamado Ifit les dio la bienvenida y les

preguntó si querían que les midiera y pesara para después pasar un breve test con el que podría darles un plan de actividades hecho a medida. ¡Alucina!

—Ahí está LunaLoba —anunció Pepe, y Rodrigo se enderezó como si alguien hubiera pulsado un resorte en su espalda.

Siguió la mirada de su compañero, con la expectación haciéndole cosquillas en la boca del estómago. Al fin logró distinguirla entre la gente, en la zona de entrada. Se recreó un instante en su rostro y después, al ver que hablaba con alguien que estaba a su izquierda, se inclinó un poco para ver a RiMax. Cuál fue su sorpresa al ver que quien la acompañaba era su madre y no el famoso *youtuber*.

—¿Vamos? —preguntó Pepe.

—Sí, ¿dónde está Rafa? —interrogó Rodrigo mirando a su alrededor.

—¡Deja a Rafa tranquilo!

Pepe lo hizo ponerse en marcha cogiéndolo del brazo y, una vez en movimiento, Rodrigo sintió que ya nada podría detenerle. Se sentía atraído hacia Sofía como un imán. Quería oír su voz, verla sonreír, que le mirara. Se olvidó de Rafa y de que siempre lo ponía como excusa para acercarse a ella, porque se había prometido mantenerse al margen, y aun así...

—¡Hola, Rodri! —saludó Sofía con efusividad, y Rodrigo sintió que su corazón chisporroteaba—. Pepe, ¿qué tal?

Les dio a ambos sendos besos y detrás de ella fue su madre, que los obsequió con un abrazo a cada uno. A Rodrigo, además, le sonrió de una forma que lo inquietó un poco, pues parecía que viera en su interior y supiera exactamente el caos que su hija desataba dentro de él.

—Batidos verdes, gente guapa y robots que me dicen que estoy estupendísima, ¡pedazo de invitación te has marcado, Rodrigo! —exclamó Sofía.

—Bueno, bueno, a mí el robot ese no me ha caído tan bien. Mira que

decirme que me sobran unos kilos.

—¿Eso le ha dicho? —dijo Pepe, sorprendido—. Pero si está usted estupenda.

—Qué zalamero —se arreboló Macarena—. Pero gracias. La verdad es que ese tal Ifit no me parece que tenga mucho juicio para decir qué peso debe tener cada persona. A mí ni me sobra ni me falta nada.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué le parece si le demuestra al robot que a usted no le importa lo que piense? La acompaño a tomarse uno de esos batidos verdes de los que ha hablado Sofía. Mientras, Rodrigo le enseña a su hija todo esto.

—Maravilloso, vamos. Y tutéame, por favor.

Macarena se agarró del brazo de Pepe y ambos se alejaron sin mirar atrás. Rodrigo y Sofía intercambiaron una mirada, alucinados.

—No sabía que mi asesor de *marketing* fuera un caballero tan galante —bromeó él.

—Y yo te diría que tampoco me esperaba esto de mi madre, pero mentiría. De mi madre me espero cualquier cosa. Y bueno, ¿qué? ¿Vas a ser tú también un caballero y me vas a enseñar todo esto?

—Si quieres, claro.

—Por supuesto. Vamos.

Sofía imitó de forma exagerada a su madre y lo agarró del brazo, pero entre risas no tardó en soltarse. Rodrigo deseó que no lo hubiera hecho, pues le habría gustado pasear por la sala con ella bien sujeta. Al menos, LunaLoba se mantenía tan cerca mientras andaban que su largo cabello moreno le hizo cosquillas en el brazo.

Rodrigo se había ofrecido a enseñarle todo, pero lo cierto era que lo único que sabía de aquel sitio era lo que había visto en el breve paseo que había dado con el resto del equipo al llegar, antes de que se desperdigaran por

la sala. Así que avanzó con Sofía en silencio, pasando entre la gente, y dirigiéndose hacia la zona donde estaban las bicicletas con realidad virtual. De eso sí que podría contarle algo interesante. Ella, no obstante, a medio camino comenzó a soltar murmullos emocionados.

—Oh, dios mío, esa es Patry Jordán. ¡Ostras! Y su novio. ¿Qué pinta tengo?

Rodrigo la miró sin entender muy bien qué decía, y ella le apremió:

—¿Cómo estoy?

—Genial. —Contestó Rodrigo, que al ver que se estaba peinando el cabello con las manos, comprendió que estaba preocupada por su aspecto.

—¿Seguro? La gente aquí va súper *cool*.

—Estás preciosa, como siempre.

Rodrigo no supo si fueron sus palabras o su tono, que le salió mucho más acaramelado de lo que pretendía, pero ella se lo quedó mirando durante unos segundos y después se echó a reír de forma coqueta.

Al pasar junto a los *youtubers* que ella había mencionado, Sofía saludó de forma casual con un «ey, Patry», como si la conociera de toda la vida. La otra le contestó con un «hola» muy agradable y Sofía, cuando se hubo alejado unos pasos, se agarró del brazo de Rodrigo y comenzó a *fangirlear* con grititos ahogados que intentó disimular.

Él, con su proximidad, sentía que el corazón se le aceleraba, y no pudo evitar echarse a reír con ella.

Al fin llegaron a la zona donde estaban las bicicletas con gafas de realidad virtual. Eran el plato fuerte de la inauguración y un monitor daba una y otra vez una clase de cinco minutos para que todos los invitados pudieran descubrir la experiencia.

—¿Quieres probar? ¿Cogemos número? —preguntó Rodrigo.

—¿Tú ya lo has hecho?

—Claro, pero no me importa hacerlo otra vez si tú quieres.

—Vale, coge número.

Había veinte puestos por clase y al sacar turno, descubrieron que tendrían que esperar todavía una clase más. Como serían poco más de cinco minutos de cola, Sofía le propuso quedarse allí mirando a los que en ese momento pedaleaban con brío. Aprovechó para preguntarle cosas a Rodrigo sobre la realidad virtual que habían preparado y este, encantado, le contó todos los aspectos interesantes del sistema.

—Parece que está gustando —comentó Sofía cuando uno de los turnos terminó y la gente se bajó sonriente—. Enhorabuena.

De nuevo se agarró a su brazo y Rodrigo se sintió emocionado, aunque sobre todo confuso. Tanta cercanía, tanto roce... ¿por qué se comportaba así después de haberle rehuido la mirada en el ascensor cuando iba con RiMax? ¿Estaría con el *youtuber* o lo suyo había sido algo fugaz?

—Tu novia viene.

Rafa acababa de aparecer a su lado como por arte de magia y los sorprendió a ambos con aquella afirmación.

—¿Qué?

—Que tu novia está a tres, dos, uno...

—¡Rodriiiiigo, mi amorrrr!

La voz cantarina y alegre de Ana se sobrepuso sobre la de Rafa, y Rodrigo y Sofía se giraron a la vez para recibir a la rubia explosiva que acababa de llegar. La mujer, con unos pantalones blancos y un top rosa chicle, le plantó dos ruidosos besos en las mejillas y después le limpió los restos de carmín que le había dejado.

—¡Ay! Por un día que decides quitarte esa horrible barba de leñador que llevabas últimamente y voy y te marco. Aunque bueno, quizá sea bueno que todo el mundo sepa que eres mío, porque aquí hay mucho buitre que

querría echarte el guante.

Rodrigo sintió como Sofía lo soltaba y, al mirarla, la joven se apartó todavía un poco más, casi como si la hubiera empujado con el poder de sus ojos.

«Mierda, ¿por qué ha tenido que meterse con mi barba delante de Sofía?» pensaba Rodrigo. Y mientras, ella estaba horrorizada por unos motivos muy diferentes. «¡Es su novia de verdad! ¿Y me acaba de llamar buitre? Oh, dios mío. Sí, soy un buitre.»

—Tranquila, Ana —dijo Rodrigo—. Que no me iré con la competencia.

—Eso espero, porque sé que la gente puede ser muy embaucadora, pero te recuerdo que tenemos una bonita cláusula de exclusividad —sonrió ella, y terminó de frotar para eliminar el pintalabios de la mejilla de Rodrigo. Fue entonces cuando la rubia pareció notar por primera vez que Rodrigo no estaba solo—. ¿Y esta chica tan guapa quién es?

—Es LunaLoba, una *youtuber* con la que colaboramos.

A Sofía aquella presentación le sentó como una puñalada en el pecho. No tenía por qué, pues en verdad es lo que era, ¿no?, pero él nunca o casi nunca la llamaba LunaLoba, y ahora sí lo hacía porque estaba delante de aquella despampanante rubia y encima soltaba que era «una *youtuber* con la que colaboramos». Jamás pensó que una verdad como aquella pudiera dolerle tanto.

—¡Claro, ya decía que me sonaba tu cara! Hola, mi amor. —Le plantó dos besos y después, contrariada, suspiró—: Ay, a ti también te he dejado carmín—. Le frotó la mejilla derecha con la mano—. Igual tendría que usar mis besos como sello, por si alguien quiere salir de la fiesta y volver a entrar.

—No estaría mal —se rio Rafa, que hasta entonces se había mantenido al margen de la conversación—. Apuesto a que incluso podrían convertirlo en tendencia.

—¡Pues habría que probar! Aunque para otra ocasión, hoy ya voy loca. Rodrigo, ¿podría secuestrarte unos minutos? Quiero presentarte a alguien.

—Claro, yo... —Rodrigo miró a Sofía y después a la ficha que tenía en la mano, la que le guardaba el turno para probar las bicis.

—Yo me quedo con Sofía, no te preocupes —dijo Rafa, acercándose a la *youtuber*.

—Vale. Sí. Genial. Gracias.

Parecía tonto hablando a trompicones, pero su cerebro trabajaba como a cámara lenta. Miró una última vez a Sofía, que no le devolvió la mirada pese a que él la observó durante varios segundos. Finalmente, le pasó su número a Rafa antes de seguir a Ana. Cuando tras dar unos pasos miró atrás, Sofía le daba la espalda.

Se sintió ligeramente mareado. ¿Por qué tenía la impresión de que todo acababa de torcerse? Si en su vida nada parecía derecho desde hacía muchas semanas.

—¿Por qué has tenido que decir que era mi novia? —increpó a Rafa un buen rato después cuando terminó su ronda de presentaciones con Ana.

—¿Es que lo ha oído?

—¡Pues claro que lo ha oído! Si estaba justo al lado.

—¿De quién hablamos, de Ana o Sofía?

Aquello silenció de pronto a Rodrigo. Con la rabia que sentía dentro por la intervención de Rafa, no se había dado cuenta de todo lo que implicaría enfrentarse a él, de todo lo que daría a entender.

Rafa sonrió y él no pudo morderse la lengua.

—Eres imbécil.

Su amigo cogió dos copas de líquido verde que un camarero estaba repartiendo y le tendió una.

—Bienvenido al club de lobeznos enamorados de la jefa. No me mires

así —añadió al ver la expresión de Rodrigo—. Te estoy ayudando como tú hiciste conmigo. No te conviene, Rafa. No está a tu alcance, Rafa. No sueñes tanto, Rafa. Vuelve a la realidad, Rafa. Pues lo mismo te digo: LunaLoba está fuera de tu galaxia, Rodrigo.

49.

—¿Cómo que Max no va a ir contigo a la boda?

El tono de Mari sonó exigente y casi acusatorio.

—Pues... porque no.

—¿Pero por qué?

Sofía no quería darle ninguna explicación, no sabía por qué tenía que contarle por qué hacía o dejaba de hacer algo, pero Mari la taladraba con la mirada y no parecía que fuera a aceptar el silencio como respuesta, así que contestó con una verdad a medias.

—Solo nos estamos conociendo y ese día me gustaría pasarlo tranquilamente con mis amigas, disfrutando y sin tener que preocuparme por si él lo está pasando bien o no.

—¡Pero seguro que en la boda habrá gente que él conozca!

Sí, era muy probable, porque Mari parecía haberse vuelto loca y había invitado a casi cien personas a su boda. Y no eran precisamente familia, sino «amigos», así con comillas, porque la gran mayoría eran *youtubers* e *instagramers* con los que había coincidido en algún evento, pero con los que no tenía una relación auténtica. Cuando Sofía se lo comentó, Mari replicó que era lo mismo que había hecho ella en su cumpleaños. Su tono tajante hizo que Sofía no volviera a abrir la boca, pero le habría gustado replicarle que su fiesta fue más una exposición que un cumpleaños. La tarta se la había tomado luego, en la intimidad, con su madre y con Pedro.

Mari había logrado que su falsa boda fuera todo un circo mediático y aquel era otro motivo por el que Sofía había decidido no pedirle a Max que fuera con ella a la boda. Con tanta gente del mundillo, probablemente habría más móviles que personas en aquella fiesta; todos dispuestos a fotografiar

cada instante de aquella boda pionera en España. ¡Si hasta Mari estaba compartiendo todas las novedades de su inminente enlace consigo misma con los *hashtag* #mequiero y #sologamia!

Entonces, ¿qué se podía esperar de su boda? Pues que fuera retransmitida y retratada al detalle, y Sofía no pensaba dejarse fotografiar con RiMax para que todo el mundo diera por sentado que estaban saliendo.

Porque no, no estaban saliendo. Al menos no en el sentido tradicional de la palabra. Sofía estaba ilusionada con él, pero todavía no sentía la chispa. Como le había dicho a Mari, se estaban conociendo. Y pasaba de llevarlo a la boda y que todo el mundo diera por supuesto más cosas de las que en realidad sucedían. Si ya el vídeo que Carloxx había subido, llamándoles parejita por intercambiar sus platos durante la broma del restaurante chino, había dado bastante que hablar, lo último que quería era que junto a la etiqueta #mequiero apareciera una nueva al estilo #LuMax o #RiLoba o... ¡a saber lo que se inventaban! La gente era muy imaginativa.

Mari le puso mala cara durante el resto de la mañana, pero su humor no tardó en mejorar porque esa tarde se juntaron con Las Chicas para grabar el vídeo en el que iban a mostrar y probarse los vestidos que habían conseguido para las damas de honor por menos de quince euros cada uno. Ellas también podrían ver el vestido de la novia, pero para el resto del mundo sería un secreto hasta el día de la ceremonia.

La que mejor se lo pasó durante la grabación sin duda fue Mari, que se partió de la risa viéndolas con los vestidos que habían comprado. El mismo modelo a una le quedaba corto, a otra no la dejaba respirar y a una tercera le provocaba un picor terrible. A los tres modelos les encontraron pegas, y es que era casi imposible encontrar un vestido que fuera perfecto para las tres, y más por ese precio. El que más gustó, de entre todo el desastre, fue el que había elegido Sofía, pero lo cierto es que la prenda no lucía tan bonita como

en la web y parecía más un vestido playero que uno de fiesta. A Mari no pareció importarle aquel pequeño detalle y declaró que el vestido de LunaLoba era el ganador y que todas deberían llevarlo.

—Podéis hacerle algún arreglo —añadió ante las protestas de Claudia, a la que el vestido le quedaba bastante grande—. Eso, vas a una modista y te lo arregla en un momento.

¿Una modista tocando un vestido chino? ¡Con la calidad, se desharía entre sus manos!

Y al fin llegó el gran momento, el de ver a Mari con su vestido. Apagaron las cámaras y la joven se fue emocionadísima a su habitación para cambiarse.

—¿Cómo es el vestido? —le preguntó Sofía a Lucio mientras esperaban.

—Ni idea, para mí también es una sorpresa.

—¿Pero no ibas a ayudarla a buscarlo?

—Sí, pero al final lo encontró ella sola y no me lo ha enseñado.

Sofía se esperaba otro rato de risas. Había llegado el momento en que le devolverían a Mari todas las pullas y bromas de sus vestidos, pero lo cierto es que cuando la novia apareció por la puerta, todos se quedaron mudos de asombro.

—¡Estás preciosa!

—¡Qué maravilla!

—¡Te queda genial!

Y tan bien que le quedaba. Iba estupenda, parecía hecho a su medida. Sofía se unió a las alabanzas de sus amigas, y más cuando Mari les confesó que lo había conseguido por cincuenta y cinco euros. Se había pasado solo cinco euros del presupuesto, pero se lo perdonaban, ¿verdad? LunaLoba no se lo podía creer y palpaba alucinada el tejido. ¿Cómo la gente era capaz de

encontrar aquellas gangas? Debían de tener poderes mágicos o algo.

Aquella noche se quedó a dormir en casa con Mari. Últimamente pasaba casi todos los días con su madre por el lío de gestionar las sugerencias de «Mi primera vez», así que aprovechando que había tenido que ir hasta el centro para el vídeo de los vestidos, decidió quedarse con Mari aunque solo fuera para cenar juntas, pues estaba segura de que pronto llegaría Fabián y se marcharían o desaparecerían en su habitación, pero lo cierto es que no ocurrió ni una cosa ni la otra. En su lugar, Mari le propuso hacer palomitas y ver una peli juntas.

—¿Fabián no viene esta noche?

—No.

—¿Y eso?

—Está ocupado y yo también.

«¿Comiendo palomitas?» pensó Sofía. No le parecía mal que Mari quisiera tener una noche tranquila sin su chico, pero le resulta bastante raro con el ritmo que habían llevado hasta hacía poco, en el que Fabián casi parecía que viviese en la casa de tantas noches que se quedaba a dormir.

—¿Cómo se ha tomado Fabián lo de la boda? —Se atrevió a preguntar Sofía tras un buen rato de película. Llevaba varios minutos debatiéndose en si hablar o no, pues no estaba segura de si tenía derecho a preguntar ni cómo iba a responder Mari.

—Bien, ¿cómo se lo va a tomar?

—Pues... no sé. Quizá cuando le anunciaste que te ibas a casar, pensó que era con él.

Mari se encogió de hombros.

—Se lo ha tomado bien. Es mi decisión y tiene que respetarla.

En aquel momento el móvil de Sofía comenzó a sonar y cuando la joven lo cogió y miró a ver quién la llamaba, se quedó sin aliento.

—Es Connie.

—¿La modelo chilena?

—Sí. —Sofía miró la pantalla, alucinada.

—¡Pero cógelo!

—Sí, sí. ¡Hola Connie!

—¡Hola, linda! Qué chido oírte. ¿Cómo andas?

—Bien, muy bien, gracias. ¿Y tú? ¿Todo bien?

—Fantástico. Y más con lo que acaban de contarme.

—¿Qué ha pasado? —Sofía estaba tan nerviosa que se puso de pie.

—¡Te vienes a Los Ángeles con nosotros!

—¿Qué?

—¡No me habías dicho que mandaste tu propuesta al concurso de Jack!

Les ha encantado y estás entre los ganadores. ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué? ¡No puede ser!

—¡Sí! Me lo acaba de contar. ¿No te parece *supercool*?

—¿*Cool*? ¡Eso es quedarse corto! No me lo puedo creer, ¿hablas en serio? ¿De verdad? ¿No es una broma?

Al final, había mandado como propuesta una adaptación del vídeo que preparó de Marrakech, con su música improvisada y todo. Lo había hecho por insistencia de su madre, que cada poco le recordaba los requisitos que pedían en el concurso y le preguntaba si tenía algo que pudiera mandar. Tras enviarlo, se olvidó del tema, pues estaba convencida de que buscaban talentos norteamericanos, aunque no fuera uno de los requisitos de las bases.

—¡Sí! ¡No! Quiero decir... ¡que es muy cierto! Te vienes con nosotros un mes a Los Ángeles y el sponsor de Jack te lo cubrirá todo. Vuelos, estancia, comidas...

—Pero... pero... ¿cómo?

—¡Tu vídeo les ha encantado! Ven mucho potencial en ti.

—Dios mío, no me lo puedo creer.

Sofía empezó a bailotear por la sala ante la mirada alucinada de Mari, que intentaba sonsacarle con gestos alguna explicación de lo que estaba ocurriendo.

—¡Pues créetelo! En dos días se hará público, pero quería contártelo yo misma. Me hace mucha ilusión que volvamos a vernos.

—Y a mí. Oh, dios, ¡vaya oportunidad!

—Va a ser fantástico. En dos semanas estás aquí.

Si con la llamada Sofía había tenido que ponerse en pie porque sus piernas no paraban quietas, cuando colgó sus extremidades parecieron no sostenerla y se derrumbó sobre el sofá.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Mari, pero Sofía no podía hablar—. ¡Dime al menos que no es malo!

—¿Malo? ¡Es un sueño!

50.

A tan solo dos días de la boda, y mientras Sofía vivía un momento dorado en sus redes después de que se anunciase que la habían elegido para ir a Los Ángeles (a lo que Caperucita Enfurecida había comentado «a cuántos te habrás tirado para tener esta oportunidad»), en la cuenta de Instagram de Mari empezaron a aparecer fotos extrañas.

El día anterior, Lucio le había regalado una sesión de *striptease* que, según Sofía, se salió completamente de madre. Más que un stripper, el hombre era un gigoló, y no solo se dejó mirar, sino que incitó a la novia a meterle mano y a acariciarle en partes que normalmente están vetadas. Y quien dice meter mano, habla de sobarlo enterito. Sofía incluso llegó a salirse de la sala, pues el espectáculo llegó a resultarle desagradable. Bastante tenía con los gritos de su amiga mientras se acostaba con Fabián, como para tener que verla en plena acción con un desconocido.

Aun así, a Sofía no le pareció del todo descabellado que Mari subiera una foto de la experiencia, pues estaba empeñada en compartir todos los detalles y preparativos de la boda. Incluso aunque la imagen se viese un poco borrosa, la novia tenía que mostrarle al mundo todo y cada uno de sus pasos. Menos mal que, aunque la instantánea era insinuante, no mostraba la parte más pornográfica de la noche.

Se olvidó del tema, pues cada cual hacía lo que quería con su perfil, y se centró en la edición de fotografías que tenía planeada para esa tarde. Tenía ya varios vídeos listos para subir y debía preparar las fotos con las que les daría publicidad en Instagram. Crear *hype* antes de lanzar los vídeos era muy importante para que se posicionasen bien nada más salir. Le gustaba mucho la edición fotográfica y de vídeo; despertaba la misma parte creativa que la

instaba a dibujar, y por ello le hacía tanta ilusión que el equipo de Jack la hubiera elegido para ser uno de los talentos creativos a los que enseñarían en Los Ángeles.

Ya conocía a los otros dos ganadores del concurso. Ambos eran chicos, uno de Cape Town, Sudáfrica, y otro de Nuevo México, en Estados Unidos. Les había mandado un mensaje privado saludándolos y presentándose, y le habían respondido muy amablemente y tan ilusionados por el viaje como ella.

Porque sí, a Sofía le hacía una ilusión enorme, aunque eso significase que las próximas dos semanas iban a ser una auténtica locura. Debían alterar por completo el calendario de «Mi primera vez», adelantando algunas experiencias para antes del viaje y posponiendo la mayoría de ellas para después. Su madre había sonreído, orgullosa, cuando se había puesto a reorganizar el calendario como toda una empresaria. Por un instante, había pensando que le entraría el pánico, que se agobiaría y dejaría aparcado el proyecto, pero no, había sabido manejarlo bien. LunaLoba S.L. seguía en marcha.

¡Todo un mes en Los Ángeles! Jamás había estado tanto tiempo fuera, ¡y encima con Connie! Le habían llegado tantos mensajes el día anterior dándole la enhorabuena, que ese día trabajaba con el móvil en silencio, y cuando al fin lo volvió a coger, se sorprendió con la marabunta de mensajes que tenía, y la gran mayoría no eran dándole la enhorabuena por el concurso, sino sobre Mari.

Volvió a meterse en el perfil de su amiga y se le descolgó la mandíbula al ver las nuevas fotos. Había subido cinco más después de la última que había visto, a cada cual más horrible. En la última salía mordiendo el paquete del *stripper*. E incluso había un vídeo en el que Mari metía la mano bajo el escueto tanga.

Se metió en una de las fotos para ver con qué texto había acompañado

su amiga las instantáneas, pero no había escrito nada. Entró en WhatsApp para leer los mensajes que le habían llegado al grupo de Las Chicas. Tenía la friolera de doscientos sin leer, la mayoría de los últimos cuarenta minutos. Los escaneó todos por encima, intentando enterarse rápidamente de qué había ocurrido, y mientras bajaba a toda velocidad por los mensajes, quedándose solo con lo importante, leyó palabras como «pirateado» y «hackeado».

Tras terminar de leer los wasaps y antes de escribir nada, llamó a Mari, pero su número no estaba disponible, así que llamó a Lucio, que según había leído era el que más información tenía.

—¡Sofía! ¿Estás con Mari?

—No, estoy en casa de mi madre y acabo de enterarme. ¿Qué está pasando?

—Que a Mari la han hackeado y están intentando hundirla con esas fotos.

—Pero... ¿de quién son las fotos?

—Las eché yo. Se las mandé esta mañana, estuvimos riéndonos un buen rato... Y esta tarde han empezado a subirse solas.

—¿Solas? —Sofía no entendía nada—. ¿Cómo van a subirse solas?

—Puti, solas claro que no —suspiró Lucio, con aquel apelativo tan suyo—. Me refiero a... ¡joder, pues que la han hackeado! Tampoco te puedo decir mucho más porque Mari ya no me coge el teléfono. Hablé con ella al principio, estaba muy alterada, y me colgó porque necesitaba el teléfono para intentar recuperar sus cuentas. Ahora mismo voy de camino a vuestra casa, en cuanto sepa algo más os digo.

—Vale, yo también voy para allá.

Tenía un millón de cosas que hacer, pero aquello sin duda era importante. No sabía si iba a poder ayudar a Mari de alguna forma, pero debía intentarlo. Le explicó a su madre rápidamente lo que estaba ocurriendo

y se marchó. Cuando casi una hora más tarde llegó a su casa, su salón hervía en actividad. Todas Las Chicas estaban allí y trabajaban de forma frenética con *tablets*, móviles y portátiles, dirigidas por el novio de Lucio, que era informático.

—¿Cómo va la cosa?

Como respuesta, Mari se echó en sus brazos y comenzó a llorar.

—Es mi fin.

—No digas tonterías —intentó tranquilizarla Sofía a la vez que le frotaba la espalda—. Esto en todo caso es publicidad.

El llanto de Mari arreció y Sofía apretó los labios, arrepentida de sus palabras. La situación no estaba para bromas, ni aunque con ellas intentase distender el ambiente.

—¿Sabes quién está haciendo esto? —le preguntó cuando al fin su amiga la soltó.

—No, ni idea. Yo tengo mi móvil aquí. No entiendo cómo... por qué... quién...

—Por ahora, lo que sabemos es que le han pirateado la cuenta del móvil y se han hecho con algunas fotos que tenía sincronizadas en la nube —explicó Lucio a la vez que entraba en la cocina—. También han conseguido la contraseña de su Instagram, suponemos que recuperando la clave a través del otro correo. Dani ha conseguido que volvamos a tener el control de tu correo principal —anunció entonces mirando a Mari—, en breve recuperaremos la de Instagram y es muy recomendable que cambies la contraseña de todo, no vaya a ser. Facebook, Youtube, Twitter, Snacpchat... Todo.

—Voy, voy.

Mari salió corriendo y se sentó junto al novio de Lucio, que la esperaba con el portátil a punto.

—Tú también deberías cambiar las contraseñas. Todos lo estamos haciendo.

Sofía miró a su amigo sin comprender.

—¿Por qué? ¿Crees que también puede pasarme a mí? Sería mucha casualidad, ¿no?

—¿Casualidad? El *hacker* está entre nosotros.

—¿¡Pero qué dices!?

—Esto no ha sido un ataque al azar. Sabían que actuaban contra Mari.

—Pero... no entiendo. Ya ha habido otros casos de hackeos a famosos a nivel internacional. ¿Por qué no nacional?

—Imagínate que eres un *hacker* que desde su casa piratea miles de cuentas al azar para ver si acaba por entrar en la sesión de alguien importante. Imagínate que tienes un poco de suerte y consigues fotos embarazosas de un *youtuber*. No es el más importante, pero sin duda va a conseguir visibilidad... ¿Qué harías con las fotos? ¿Subirlas a la cuenta de la persona?

—Si quiero fastidiarla...

—Pero eres un *hacker* anónimo, no quieres fastidiarla porque no la conoces. No tienes resentimientos hacia Mari, no quieres vengarte ni hundirla porque te importa poco. Es una más de tus víctimas. Lo que un *hacker* normal haría sería subirlas a una página web desde la que poder conseguir visitas y dinero. ¿Qué consigue el pirata subiéndolas a la cuenta de Mari?

—Quizá demostrar que puede.

Lucio sacudió la cabeza con lentitud y volvió a soltar aquella frase lapidaria:

—El *hacker* está entre nosotros.

Sofía tragó saliva con dificultad y Lucio interrogó:

—¿Dónde estabas mientras se subían las fotos de Mari?

Ella parpadeó ante la pregunta, intentando procesarla. ¿Estaba

insinuando lo que creía?

—¿¡Pero qué dices!?! ¡Yo no he sido!

—¿Dónde estabas?

—¡Que yo no he sido! ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Envidia, venganza... Todos los que estamos aquí podríamos tener nuestros motivos, así que dime, ¿qué hacías mientras las fotos se subían?

—Estaba sola, trabajando en el ordenador.

—¿Y por qué tardaste tanto en dar señales de vida?

—¡Estaba trabajando!

—¿Sin el móvil?

—¡Sí! Así soy más productiva. Pero me parece muy fuerte que dudes de mí. ¿Has interrogado a todas las demás? —Sofía se sentía muy ofendida —. ¿A ti mismo?

—Sí. Susana y Claudia estaban juntas. Yo estaba con Dani.

—Qué bien, os dais coartadas entre vosotros. Muy fiable.

—Puti, no te cabrees. Sabes que lo hago por el bien de todos. Esto lo ha hecho alguien que conoce a Mari, quizá alguien que también nos conoce a nosotros. Tenemos que andarnos con mil ojos y dudar de todo el mundo, pues después te da la puñalada quien menos te lo esperas.

Sofía no contestó. Sabía que Lucio tenía razón, pero aun así le sentaba muy mal que desconfiasen de ella. Aquello de que el traidor estuviera entre ellos solo lo había visto en las películas.

—¿Y RiMax?

Sofía creyó que Lucio había cambiado de tema, pero cuando contestó «en su casa, supongo» con un encogimiento de hombros, su amigo negó con la cabeza y dijo:

—Que si no habrá sido él.

—¿Cómo va a ser él?

—¿Ha estado aquí?

—Sí, pero...

—¿Ha estado cerca del móvil de Mari?

—Qué va, ni han coincidido. Mari no deja de recordármelo.

—¿Y la contraseña de la wifi?

—¿Qué pasa con ella?

—¿RiMax la sabe?

—Pues... sí, me la pidió un día que vino porque se había quedado sin datos, pero...

—La gente que entiende de tecnología puede interceptar casi todos los datos que pasan por una red wifi.

—¡Por dios! Que es un *youtuber* dedicado al humor, no un friki informático. Además, ¿por qué iba él a hacer algo así? ¡Es de locos!

—¿Quizá como broma?

Sofía se quedó quieta durante un segundo, pero después negó con vehemencia.

—¿Una broma? ¡Anda ya!

—El paso siguiente a las bromas telefónicas a las que está acostumbrado. Una evolución. Ya te gastó a ti una, ¿por qué no a otra *youtuber*?

Sofía tragó saliva. Lucio no debía haber visto el vídeo del laxante, pues si no también lo habría sacado a colación. A veces las bromas de Max y sus amigos se pasaban de la raya, pero se negaba a creer que RiMax tuviera algo que ver en aquel follón.

—Es imposible que haya sido Max. ¿Para qué gastar una broma en la que no puede grabar la reacción de la otra persona?

—Eso es cierto, pero... ¿puedes llamarle y asegurarte?

—¿Y qué quieres que le diga exactamente? Hola, Max, no serás tú el

cabrón que está hundiendo la reputación online de mi amiga, ¿verdad?

—Por ejemplo. No me pongas esa cara y hazlo. Es tu misión ahora mismo: descartar a Max. Yo voy a ver cómo van las cosas por ahí fuera.

No le dio opción a rechistar, pues se giró y se dirigió hacia el salón. Sofía suspiró y buscó el teléfono, donde marcó el número de RiMax.

—¡Hostia, tú! No me digas que habíamos quedado.

Fue lo que él le soltó nada más descolgar.

—¿Qué? —interrogó ella con sorpresa—. No, no, tranquilo.

—Uf, menos mal. ¡Qué susto! Es que antes se me ha olvidado ir a recoger a mi madre del médico y ya pensaba que me había olvidado también de que había quedado contigo. ¿Estás bien?

—Sí. Bueno, regular. ¿Te has enterado de lo de Mari?

—No, estoy aquí con el juego este de los cojones. Soy malísimo. Me matan más rápido que a la rubia en las películas de miedo. Llevo todo un día intentando tomar tierra, porque nada más saltar del avión empiezan a dispararme y no me dejan ni aterrizar y...

—Max —le cortó Sofía. Ya sabía de sus problemas con aquel juego al que estaba enganchado. Había compartido su frustración en sus historias de Instagram.

—¿Qué?

—El problema de Mari. ¿No sabes nada?

—No, ¿qué ha pasado?

—Le han *hackeado* las cuentas.

—Hostia, tú, qué putada. Espero que no le hayan borrado ningún vídeo.

—No, ha sido un ataque a su Instagram, no a Youtube.

—Pues que cambie todas las contraseñas, porque de un sitio pueden saltar a otro.

—Yo... supongo que no, pero necesito preguntártelo. No es una broma

tuya, ¿verdad?

—¿Una broma mía? Sería pasarse un poco, ¿no te parece? Además, sin conocerla y gastarle esa putada... ¿Y es que me ves con pinta de *hacker*? Si no puedo ni tomar tierra en este puto juego de... ¡mierda, me han matado otra vez!

51.

Mari celebró su boda consigo misma tal y como tenía planeado pese a todo el lío que se había montado. La joven, tras recobrar el control de su cuenta de Instagram, borró las fotografías y colgó en sus redes un breve mensaje diciendo que había sufrido un *hackeo* y pidiendo disculpas. No dijo nada más en un intento de quitarle importancia a lo sucedido, pero su mutismo respecto al tema hizo que la expectación por verla en la boda creciera de forma exponencial. Todo el mundo quería ver cómo reaccionaba, cómo estaba, y estudiaban al detalle todas sus publicaciones y *stories* sobre la boda para ver si se le escapaba algo sobre lo sucedido.

Y si las redes bullían de curiosidad, el interés de los invitados a la boda no era menor. En los corrillos se murmuraba sobre el tema, todos intentaban sonsacarle información a Las Chicas sobre lo que había ocurrido. Sofía ya estaba cansada de repetir una y otra vez que no quería hablar del tema.

Por suerte, cuando al fin apareció la novia, nadie se atrevió a preguntarle directamente. Al menos iban a respetar la ceremonia, aunque Sofía estaba segura de que cuando empezara la fiesta, se abriría de nuevo la veda.

Junto con el resto de damas de honor, Sofía se colocó al lado de Mari mientras Lucio, que al final era maestro de ceremonias, daba la bienvenida a todos y agradecía su asistencia a los presentes. Después se centró en Mari, colmándola de alabanzas, y, antes de darle el turno de palabra a novia, leyó en voz alta algunos mensajes que la gente le había dejado a Mari en las redes a través del *hashtag* «mequiero». Fueron palabras muy emotivas de amor propio y empoderamiento femenino.

Tras eso, la novia soltó un bonito discurso sobre el amor hacia uno

mismo, la felicidad y la superación. Incluso soltó alguna que otra lagrimilla que consiguió emocionar a muchos de sus invitados, aunque no a Sofía, que sentía que todo aquello estaba estudiado al milímetro, llanto incluido. Desde el principio la idea de que Mari se casase consigo misma le había parecido un poco ridícula, y aunque al final la había apoyado porque eso era lo que hacían las amigas, le bastaba con mirar a su alrededor para ver que todo aquello era un paripé, un circo mediático. La gran mayoría de los invitados, *youtuber*, *instagramers* y *twitteros*, no veía la ceremonia directamente con sus ojos, sino a través de las pantallas de sus móviles, dónde lo captaban todo para después colgarlo en las redes o compartirlo en directo con sus seguidores. Aquella boda había dado mucho que hablar, todo el mundo quería estar ahí. Y no solo estar, sino dejar constancia de que había asistido.

Sofía notó un cambio en el ambiente; la gente se había erguido un poco, estaban todos atentos, así que los imitó y prestó atención a lo que estaba diciendo Mari. Había desconectado del discurso mientras estudiaba a los invitados, pero no le costó volver a coger el hilo. Su amiga estaba hablando del ataque cibernético y lo trató como «un intento de humillarme por ser una mujer libre». Todo muy en línea con el mensaje de amor propio que la joven intentaba transmitir con aquella boda.

—¿Has hablado hace poco con Fabián? —le preguntó Lucio a Sofía tras la ceremonia.

—No, no lo he visto.

Al ver que Sofía buscaba a Fabián con la mirada, Lucio dijo:

—No ha venido.

—¿No?

—No.

—La verdad es que lo he echado de menos en la ceremonia, pero como se ha mantenido bastante al margen de la boda desde que Mari lo anunció,

pues tampoco me ha extrañado que no estuviera en primera fila.

—Pues ni en primera fila ni en ningún lado. Y no es que se haya mantenido al margen de la boda, es que Mari y él lo han dejado.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí.

—¿Crees que es por la boda?

—Puede ser, aunque los motivos de su ruptura me dan exactamente igual —soltó Lucio—. Lo que a mí me preocupa es que haya sido Fabián el que pirateó a Mari.

—¿Sigues pensando que el *hacker* está entre nosotros?

—No es que lo piense, es que lo sé. Y ahora estoy casi seguro de que es Fabián.

—¿Pero tienes pruebas?

—No todavía, pero la reacción de Mari cuando le he preguntado me ha dicho mucho.

—¿Se lo has preguntado? —se sorprendió Sofía. La verdad es que Lucio no tenía pelos en la lengua.

—Pues claro. Al ver que Fabián no había venido, he empezado a atar cabos. Lo de los vídeos fue por despecho seguro.

—¿Cómo ha reaccionado Mari para que estés tan seguro?

—Me ha pedido que olvide el tema y que no diga nada.

—Puede ser que quiera pasar página.

—O puede ser que tenga miedo de que, si escarbo y le toco las narices a Fabián, vuelva a actuar contra ella.

—No sé... Fabián no es que sea santo de mi devoción, pero... No sé. No creo que sea mala gente.

Sofía y Lucio se quedaron un instante en silencio, mirando el trajín que había a su alrededor. Voces, risas, cámaras, gritos y, sobre todo, bandejas de

comida que empezaban a sacar los camareros con aperitivos de lo más variados.

La verdad era que, si realmente el traidor estaba entre ellos, la única posibilidad que Sofía veía factible era la del amante despechado. Puestos a hacer un ranking de posibles culpables, Fabián acababa irremediabilmente en lo alto de la tabla.

Acordó con Lucio que, cuando tuviera oportunidad, le preguntaría a Mari sobre Fabián, pero el momento no surgió hasta casi el final del día, pues era difícil pillar a la novia sola. Todo el mundo quería hablar con ella, fotografiarse a su lado, darle la enhorabuena. Uno de los momentos más immortalizados, tanto en vídeo como en foto, fue el de partir la tarta. A todo el mundo le hacía gracia que sobre la torre dulce solo hubiera una figurita, la de ella.

Para cuando al fin Sofía pudo sacar el tema, acababan de volver a casa después de la fiesta y ambas estaban desplomadas en el sofá, con los zapatos de tacón quitados. Era bastante tarde, probablemente deberían irse a la cama ya, pero Mari se había sentado en el sofá un momento para ver su móvil y Sofía la imitó mientras intentaba dilucidar si aquel era el momento oportuno o no para sacar el tema. Al final se animó.

—La boda ha sido todo un éxito.

—Sí, ¿verdad? —Mari la miró ilusionada. Se veía a la legua que estaba muy contenta con cómo había resultado todo—. Creo que todo el mundo se lo ha pasado bien.

—Sí, todo el mundo se lo ha pasado genial.

—Mira cuántas fotos —dijo Mari, acercándose a ella para enseñarle todas las imágenes que Instagram recuperaba al introducir una de las etiquetas que habían usado para la boda—. Esta acaba de subirla Lucio. Qué bien salimos todas. Oh, no. —Se echó a reír al ver que alguien había

conseguido capturar el momento en el que Susana le había manchado la nariz con la nata de la tarta.

Durante varios minutos se dedicaron a mirar fotos, recordando los momentos vividos hacía apenas unas horas. Sofía pensó que podía aprovechar que estaban recapitulando todo lo ocurrido en la boda para preguntar por qué Fabián no había ido, aunque quizá eso entristecería a su amiga y no era lo que quería. Su debate interno duró un buen rato, hasta que finalmente decidió que, puesto que en teoría no sabía que Fabián y Mari habían roto, su pregunta era bastante comprensible.

—Oye, Mari, ¿y cómo que Fabián no ha ido a la boda?

Su amiga se quedó muy quieta durante un segundo y después se encogió de hombros.

Sofía se sintió mal por insistir, pero lo hizo. Ahora que había sacado el tema, lo mejor era intentar descubrir todo lo que pudiera sin alargar más el proceso. Como cuando hay que quitar una banda de cera depilatoria: sabes que va a doler, así que cuanto más rápido, mejor.

—¿Os van bien las cosas?

—Sabes perfectamente que hemos roto.

—Yo no...

—Se lo he dicho a Lucio, así que seguro que ya te lo ha cascado.

Parece radio patio.

Encubrir a su amigo era imposible, así que Sofía intentó justificarle.

—Estamos preocupados por ti.

—Pues no hace falta que lo estéis. Estoy perfectamente, ¿no me ves?

—Sí, te veo. Y me alegro. Pero...

—¿Pero?

—¿Crees que Fabián pudo tener algo que ver con las fotos de tu Instagram?

—Deja el tema, por favor —dijo la otra con voz tensa, mientras miraba el teléfono con fijeza.

—Pero...

—Por tu bien, deja el tema.

Aquello hizo que LunaLoba frunciera el ceño y se quedara en silencio un momento, procesando.

—¿Por mi bien?

—Me voy a la cama.

—¡Mari! —Sofía la agarró por el brazo, impidiendo que se pusiera en pie—. ¿Por qué has dicho que por mi bien deje el tema?

—No soy la única de la que Fabián tiene fotos personales, así que deja correr el tema. Está todo solucionado. Ya he llegado a un acuerdo con él.

Mari aprovechó que Sofía se había quedado paralizada para marcharse a su habitación. LunaLoba la observó alejarse, incrédula, intentando asimilar lo que le había dicho. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Que Fabián también tenía fotos tuyas comprometidas y que si intentaba indagar más sobre el tema las haría públicas?

¿Pero qué coño...?

52.

Rodrigo no había vuelto a saber nada de Sofía desde la fiesta que había celebrado Ana. Bueno, en realidad «no saber nada» no se ajustaba demasiado a la realidad. Estaba al tanto de prácticamente todo lo que hacía gracias a las redes sociales, pero no había vuelto a hablar con ella y la sentía muy, muy lejos.

Decían que «mal de muchos, consuelo de tontos» y él debía ser muy pero que muy tonto, porque una parte egoísta de sí mismo habría deseado poder compartir aquella sensación de impotencia y desazón con Rafa. Le habría gustado que él también estuviera huraño y de mal humor, frustrado por sentir que la oportunidad de conocer realmente a Sofía se le escapaba entre los dedos. Pero no, Rafa estaba feliz. Muy feliz. Silbaba mientras preparaba la comida, cantaba en la ducha, sonreía mientras trabajaba.

Su dicha tenía nombre propio, claro, y ya no era LunaLoba sino Carlota, la mujer del supermercado. Él seguía insistiendo en que solo eran amigos y que se estaban conociendo, pero lo decía con una enorme sonrisa en la boca.

Resultaba paradójico que aquella historia hubiera empezado con Rafa preocupado por cómo conquistar a la *youtuber* y con Rodrigo haciendo cábalas sobre cómo llevarse bien con su vecina para sacarle partido a su fama, y hubiera acabado con el primero enamorado de otra mujer y el segundo con el corazón en pena por Sofía.

¿Cómo habían llegado a ese punto? ¿En qué momento se había dejado engatusar? ¿O sería más apropiado decir que se había *enlobado*?

Cuando estaba preocupado le costaba bastante conciliar el sueño y llevaba desde la presentación de Ana durmiendo bastante mal. Una de esas

noches, cogió el teléfono e hizo una consulta. Acababa de acordarse de uno de sus primeros encuentros con Sofía, cuando habían ido a tomar algo para sellar su paz tras el *flanazo*. Ella le había hecho varias preguntas que había sacado de un cuestionario que prometía enamorar a la pareja que lo completase. Tumbado en la cama, a oscuras salvo por la luz que emitía la pantalla, leyó el listado. En aquella lejana cita apenas sí se habían formulado unas cuantas, y la mayoría eran de la parte menos personal del cuestionario. Aun así, ¿podrían aquellas confidencias que habían intercambiado haber plantado la semilla del amor en sus corazones? ¿Y si lo hubieran hecho completo? ¿Habrían salido enamorados de aquel bar de pinchos?

Rodrigo suspiró, frustrado, al recordar cómo Sofía había intentado besarle y cómo él le había puesto la mejilla. ¡Qué estúpido había sido! Y todo porque se sentía culpable porque se suponía que era Rafa el que debía conquistarla, porque suponía que su amigo estaba enamorado de Sofía y él no tenía derecho a sentir nada por ella.

¡Y ahora Rafa silbaba, cantaba y sonreía por otra mujer mientras él se sentía en un mundo gris, silencioso y triste!

Cerró la página en la que había leído el cuestionario y abrió WhatsApp. Entró en el chat que tenía con Sofía y tras meditarlo un buen rato, tecleó: «me he enterado de que te vas a Los Ángeles, ¡enhorabuena! Si necesitas ayuda para preparar el viaje, yo estuve allí hace unos años y puedo darte algunos consejos.»

Sería una buena oportunidad para volver a verla, o al menos hablar con ella un rato, ya fuera en persona o vía wasap. Se conformaría con cualquiera de las dos cosas, aunque ojalá pudiera verla cara a cara una última vez antes de que se marchara durante todo un mes a Los Ángeles.

Era muy tarde y no esperaba que ella le contestase hasta la mañana siguiente. Ese día había sido la boda de Mari y, puesto que hacía ya varias

horas que los invitados habían dejado de subir fotos, suponía que en aquel momento tanto Sofía como la novia estarían durmiendo profundamente, agotadas tras todas las emociones y el estrés de una boda cuya ceremonia había sido al mediodía pero que obviamente había empezado muchas horas antes para todos los involucrados en los preparativos.

Se sorprendió mucho cuando le llegó la respuesta de ella casi al momento de enviar el mensaje.

Sofía: ¿Estás despierto?

Rodrigo: Sí. ¿Y tú?

No recibió respuesta, aunque el mensaje se marcó como leído. Rodrigo sentía el corazón estúpidamente acelerado. ¿En qué momento de sus más de treinta años había regresado a la adolescencia?

La contestación de Sofía no llegó y Rodrigo empezó a impacientarse cuando vio que dejaba de estar en línea sin haberle dado una respuesta. Estaba despierta, estaba claro. Su pregunta de «¿y tú?» había sido una perogrullada, pues no le iba a escribir en sueños. O igual ahora los sonámbulos se dedicaban a enviar los mensajes que jamás se atreverían a enviar cuando estaban despiertos. Aquello, en según qué casos, daba más miedo que la creencia popular de que había sonámbulos a los que si despertabas, se volvían agresivos y llegaban a matarte sin darse cuenta.

Unos toques en su ventana lo pillaron por sorpresa cuando seguía mirando fijamente el teléfono a ver si ella volvía a estar en línea. Se quedó parado un momento, escuchando, hasta que los golpes se repitieron y se puso en pie. Fue hasta la ventana y subió la persiana, que tenía bajada a tope. El corazón casi se le sale por la boca al ver que era Sofía la que estaba en el patio. Deslizó la hoja de cristal.

—Hola, vecino. ¿Puedo pasar?

Rodrigo se sorprendió ante su gesto, pues le daba a entender que quería

entrar en su cuarto a través de la ventana. Si antes pensaba que había retrocedido a su adolescencia, ahora resultaba que estaba en una película norteamericana en la que el protagonista cuele a una novia o a una amiga por la ventana. Por suerte, al vivir al lado, Sofía se había ahorrado el trepar por la enredadera.

—Tengo un poco de frío —comentó ella al ver que Rodrigo no respondía. El pijama que llevaba, si bien era de pantalón largo, llevaba manga corta.

—Sí, sí. Pasa. Perdón, es que me has sorprendido. También puedes entrar por la puerta, si quieres.

—Así está bien —contestó Sofía, colándose en el cuarto por la ventana.

Una vez dentro, se quedó un momento parada, mirando a su alrededor y reconociendo la parca habitación que ya había visto en una ocasión con una videollamada. Cruzó sus brazos sobre el pecho, intentando recuperar el calor que había perdido en la terraza.

—¿Estás bien? —interrogó Rodrigo.

—Sí, ¿por qué...? Oh. —Él le había hecho un gesto señalándose los ojos y, cuando Sofía se tocó el rostro con los dedos, estos se mancharon un poco de negro—. Se me ha olvidado desmaquillarme. Vaya por dios. ¿Qué aspecto tengo?

—Pues...

—Parezco un mapache, ¿verdad?

—Hombre, tanto como eso...

Rodrigo se rio y Sofía no supo si era por la imagen que había plantado en su mente o porque realmente tenía ese aspecto y no se atrevía a decírselo abiertamente.

—Bueno, pues te toca aguantarme con cara de bruja un rato, porque esta mierda bien que se corre si lloras o sudas, pero después cuando intentas

quitártela no hay forma de que se vaya salvo con los productos adecuados.

Sofía se dejó caer sobre la cama de forma pesada.

—Estás bien. Te da un toque de... —Rodrigo buscó la palabra— chica mala.

—¿De drogadicta?

De nuevo Rodrigo tuvo que ahogar su risa.

—No voy a hacer más comentarios sobre tu maquillaje porque vas a intentar que quede mal con todo lo que diga. ¿Qué tal la boda, por cierto?

—Estás al tanto de todo —comentó Sofía, y Rodrigo no supo si lo decía como algo bueno o no—. Bien. Divertida. Diferente. Agotadora.

—Desde luego, tienes cara de cansada. ¿Cómo que estabas despierta?

—Pensaba.

Sofía, que estaba sentada al borde de la cama, se dejó caer de espaldas sobre el colchón y soltó un largo suspiro. Rodrigo la observó atentamente, allí sobre las sábanas deshechas. La camiseta se le había subido un poco, mostrando unos centímetros de la suave y tentadora piel de su vientre, incluida su marca oscura en forma de luna menguante. ¿Era consciente LunaLoba de lo que aquella visión provocaba en él? No, seguramente no, pues no se mostraba insinuante. Más bien parecía derrumbada sobre la cama.

Pensó en sentarse a su lado, pero prefirió apoyarse contra una coqueta que tenía en un lateral de la habitación y desde allí hablar con ella.

—¿Y en qué pensabas? Debe ser importante si no te deja dormir.

Uno de los puntos del cuestionario del amor era pedirle consejo a la otra persona sobre algo que te preocupaba. ¿Qué mejor momento que ese?

Sofía guardó silencio durante tanto tiempo que Rodrigo pensó que no iba a contestarle, pero entonces ella soltó un profundo suspiro a la vez que se enderezaba y volvía a sentarse en la cama.

—Si alguien te dijera que tiene algo malo contra ti que puede sacar a la

luz y que lo hará si no haces lo que él dice, ¿qué harías?

—¿Te están chantajeando? —El ceño de Rodrigo se frunció tanto que su frente se llenó de arrugas.

—No exactamente. O sí, no lo sé. Supongo que sí.

—¿Qué quieren que hagas?

—Mejor dicho, qué no quieren que haga. Quieren que deje de investigar. Que no saque a la luz algo.

—Ya veo... ¿y qué tienen contra ti?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Pues... se supone que fotos.

—¿Fotos?

—Se supone.

—¿Fotos cómo?

—No lo sé, Rodrigo, no lo sé. —El tono casi policiaco de él la estaba poniendo nerviosa. Había ido allí a pedir consejo, no a que la interrogaran. Se puso en pie—. Quizá ha sido mala idea venir.

Rodrigo la sujetó por el brazo antes de que llegara a alcanzar la ventana.

—Dime que tu novio no te está chantajeando con fotos que le has mandando.

—¿Qué? ¡No! —Al ver la expresión oscura con la que Rodrigo la miraba, añadió—: Max ni siquiera... él y yo solo nos estamos conociendo. No tiene nada mío comprometedor.

—¿Entonces es un ex?

—No. Yo... —Sofía bajó la mirada hasta la mano masculina que seguía aferrada a su brazo. Rodrigo vio el gesto y, poco a poco, la fue soltando.

—Perdona, ¿te he hecho daño?

—No.

No se creyó su negativa, pues en cuanto la soltó, Sofía volvió a abrazarse a sí misma, como protegiéndose. Por su parte, a LunaLoba le habría gustado poder abrazarse a Rodrigo, pero sabía que no era lo más apropiado, así que se rodeó a sí misma con los brazos buscando algo de consuelo.

—Es Fabián —confesó al fin en voz baja—. No sé si te has enterado de lo que ha ocurrido con Mari.

—Más o menos. Pero si me lo explicas, mejor.

—Pues alguien subió fotos tuyas comprometedoras a Instagram. Le piratearon la cuenta y publicaron contenido donde se la veía... bueno.

—Sí, vi las fotos. Lo que no sabía era que fue Fabián.

—Nadie lo sabía hasta hace poco. Parece ser que lo han dejado y esa ha sido su venganza.

—Ya veo. ¿Y cómo entras tú en la ecuación?

—Pues Lucio empezó a sospechar de Fabián y me pidió que intentara sonsacarle información a Mari. Cuando se lo he comentado a ella, me ha dicho que por favor dejara las cosas estar. Por mi bien.

—¿Por tu bien? —repitió Rodrigo sintiendo la mandíbula más tensa que nunca por la rabia.

—Sí. Dice que ya ha llegado a un acuerdo con Fabián, pero que si intento sacarlo todo a la luz, pues...

Dejó la amenaza en el aire, igual que lo había hecho Mari. Durante unos largos segundos, Rodrigo no dijo nada, solo sopesó todo lo que acababa de descubrir. Él también se cruzó de brazos, con los puños tan apretados que le dolían las manos.

—¿Qué tiene contra ti?

—No lo sé.

—¿Qué puede tener?

—No lo sé.

—Sofía, ¡es importante! ¿Qué puede tener? Piensa.

—No lo sé, no lo sé. —Nerviosa, empezó a pasearse por la habitación
—. No tengo fotos sexis, ni desnuda, ni... ¡no sé qué puede tener contra mí!

—¿Alguna foto que le hayas mandado a algún novio?

—No, yo no mando nada de eso. Sé lo que puede pasar. Lo único...

—¿Qué? —interrogó Rodrigo cuando ella no continuó.

Sofía sacudió la cabeza.

—No, no creo. Tendría que haber usado mi disco duro externo para eso.

—¿Qué?

—Unas fotos que tengo en topless en la playa con mi madre. Es lo único que se me ocurre que pudiera ser comprometedor. Pero son de hace varios años y están en el disco duro externo que tengo, y ese disco casi siempre está en casa de mi madre.

—¿Casi siempre?

—A ver, creo que me lo he traído alguna vez a casa, pero nunca lo he dejado a la mano de Fabián.

—Podría haber entrado en tu habitación cuando tú no estabas.

—Pues puede, yo qué sé. Esto es todo tan surrealista. Cuando Lucio me dijo que el traidor estaba entre nosotros no podía creérmelo, pero es que esto ya...

Sacudió la cabeza y siguió dando vueltas por la habitación bajo la atenta mirada de Rodrigo. Al fin se detuvo delante de él y preguntó:

—Entonces, ¿tú qué harías?

—Lo importante es qué harías tú.

—Pero me gustaría saber qué harías tú.

Rodrigo la miró fijamente durante varios segundos, en absoluto silencio. «El cuestionario» pensó, pero enseguida se dijo que aquello era muy serio, no un estúpido test que le serviría el corazón de Sofía en bandeja.

Rompió el contacto visual y, tras sortearla, se sentó en la cama.

—Yo me pondría en el peor de los casos y daría por supuesto que la persona que me chantajea tiene lo peor que pueda tener de mí. Mejor pecar de precavidos. Después, valoraría cuánto daño puede hacerme lo que tenga de mí y qué capacidad tiene la persona para joderme. Unas fotos en topless no son nada del otro mundo, pero teniendo en cuenta que eres una persona más o menos conocida, algo así sí puede perjudicarte, y más cuando Fabián sabe moverse en los círculos donde tú te mueves. Si lo sube a Youtube, rápidamente la gente sabrá quién eres. No es igual que si eres una desconocida; en ese caso sería un topless más, sin aliciente ninguno para compartir. Contigo me temo que no sería así.

Rodrigo se detuvo un instante tras toda aquella reflexión y Sofía se sentó a su lado a la vez que suspiraba hasta vaciar del todo sus pulmones.

—Una vez valorado el daño que el chantaje podría hacerme —continuó Rodrigo—, pueden suceder varias cosas: que considere que la amenaza no es tan grande y por lo tanto ignore el chantaje, o que considere que sí que corro un riesgo real y que he de hacer algo al respecto. Ante lo cual, se abren dos caminos.

Sofía lo miraba fijamente. Oírlo hablar de aquella forma tan segura y calmada, desgranando con lógica el problema, conseguía tranquilizarla un poco. Era como cuando él había mantenido la calma durante su accidente con el cuchillo y había logrado convencerla de que su corte no era para tanto.

—Podría ceder y hacer lo que me piden, confiando en que la otra persona jamás volverá a usar la baza de las fotos en mi contra, o podría plantarle cara porque no quiero vivir con el miedo de que en un futuro vuelva

a amenazarme con lo mismo.

—¿Crees que lo haría? —interrogó Sofía con voz estrangulada. No había pensado en eso antes.— ¿Seguiría chantajeándome?

—Es lo que suele ocurrir, sí. ¿Por qué no aprovechar e intentar sacar el máximo de la persona? Quizá ahora mismo Fabián solo quiera que dejes estar el tema, ¿pero y si mañana le interesa que hagas algo? Tendrá ese as en la manga. Y si fuera un objeto que te ha robado, vale, te lo entrega a cambio y ya está, pero son fotos que se pueden reproducir fácilmente. Nunca podrás estar del todo segura de que no verán la luz en un futuro.

—Entonces —comenzó Sofía tras un prolongado silencio—, tú te enfrentarías a Fabián.

—Sí —contestó él con seguridad—, pero ya te he dicho que lo importante es lo que harías tú.

—¿Yo? —Sofía soltó el pronombre como una risa antes de tenderse una vez más de espaldas sobre la cama—. Yo me largaría a Los Ángeles y me olvidaría de todo. Pero como dices, en este caso el chantaje es algo que me puede alcanzar allí también. Maldita tecnología.

Rodrigo sonrió y, al ver que ella no tenía intención de enderezarse, sino que seguía tumbada mirando el techo, la imitó y dejó caer la espalda hasta quedar bocarriba en la cama, con los pies todavía sobre el suelo. Tuvo cuidado de dejar unos centímetros de seguridad entre ellos.

—Una chica del siglo veintiuno, que es nativa digital, no puede decir «maldita tecnología».

—Maldita tecnología y maldita era digital. Internet de mierda. Asco de móviles. ¡Ojalá no existierais!

—Auuuu —aulló en voz baja Rodrigo, recordando cuando le habían gritado juntos a la luna todas las cosas que no les gustaban.

Sofía sonrió y, animada, soltó:

—Sí, AUUUUUUU.

—¡No! *Shhhh*. —Rodrigo se giró rápidamente y le tapó la boca con la mano. Empezó a reírse al ver los ojos agrandados de Sofía, que bajo la mordaza dijo algo que él interpretó como «¿qué pasa?»

—Si aúllas, tu lobezno Rafa acudirá al rescate.

—Oh —susurró ella cuando su boca quedó libre—. No me acordaba de Rafa. ¿Y entonces por qué has aullado tú?

—Porque si aúllas bajito no pasa nada, pero si usas el tono de llamar a toda la manada...

—Auuuu —dijo entonces Sofía apenas en un susurro.

—Auuu —le correspondió él, que se había quedado de costado a su lado.

Sonrió y ella le devolvió el gesto de forma tan dulce y encantadora que Rodrigo sintió que se le derretía un poquito el corazón. Estaba tan cerca que podría besarla solo con agachar un poco la cabeza. Si se atrevía, le bastaría con estirar un poco los dedos para acariciarle el rostro o esa tripita que se empeñaba en asomarse al mundo cuando ella se tumbaba en la cama.

—Así que has estado en Estados Unidos —dijo de pronto Sofía, y aunque seguían exactamente igual de cerca, Rodrigo sintió que su momento había pasado.

—Sí, estuve hace año y medio allí, buscando inversores.

—¿Y los conseguiste?

—Por suerte, sí.

—¿Y qué consejos me darías?

—¿Sobre conseguir inversores?

—No, tonto, sobre el viaje. Por eso he venido, ¿no? Porque podías darme consejos sobre el viaje.

—Ah, sí. Claro, es cierto. —Carraspeó, consiguiendo unos preciados

segundos para ordenador sus ideas—. Pues... Debes llevar apuntado el nombre y la dirección del sitio donde vas a alojarte. Si el personal de tierra del aeropuerto es un poco cabrón, te lo exigirán como me hicieron a mí, que tuve que meterme en el correo a ver la reserva de hotel mientras que a un grupo que viajaba a Las Vegas los dejaron pasar solo con decir que iban de despedida de soltero.

—Creo que eso ya lo piden con el Esta.

—¿El qué?

—Una autorización para entrar en el país. El Esta. Se llama así. Te piden los datos del pasaporte, dónde vas a dormir...

—Ah, pues puede ser. En mi época o no estaba o, como se encargó Pepe de la mayoría de trámites del viaje, no me enteré.

—¡Vaya guía me he buscado! Creo que debería hablar con Pepe y no contigo.

—Yo tampoco me fiaría mucho de él. Casi muero por su culpa.

—¿Y eso? —interrogó Sofía con una sonrisa, sabía por su tono y su teatralidad que se acercaba una buena historia. Se giró para quedar también de lado, con el brazo acodado bajo su cabeza.

—Se le olvidó hacerme un seguro médico para el viaje.

—¡No me digas que te hiciste un esguince o algo así!

—Peor, mucho peor. Me dio apendicitis.

—¡No!

—Vaya que sí. ¿Y a que no sabes cuánto cuesta una operación de apendicitis si no tienes seguro médico?

—Pues... ¿mil dólares?

—¡Ja! Más, más.

—¿Cinco mil?

—Sube, sube.

—No me lo creo, ¿diez mil?

—¡Veinticinco mil!

—¡No!

—Vaya que sí.

—¿Tuviste que pagar veinticinco mil dólares por operarte de apendicitis?

—Qué va. Ni loco. Compré el primer vuelo disponible que encontré de vuelta a España y me vine. Tuve que adelantar mi regreso dos días y perdí a un inversor, pero mejor eso que el pastizal que me pedían por operarme allí.

—¿Y te viniste con apendicitis? No te dolería tanto si pudiste aguantar ocho horas de vuelo.

—Vaya que no. Cómo iría que nada más llegar a España me dio el alto la policía y me hizo pasar a una sala de interrogatorios. Y no me extraña. Iba muy nervioso, con cara de sufrimiento y sudando como un cerdo. Menos mal que les expliqué lo que me pasaba y un rápido chequeo médico me dio la razón, porque si no... De hecho, estoy convencido de que, si en vez de venir de Estados Unidos hubiera venido de un destino típico de tráfico de drogas, habría acabado con unos dedos metidos en el culo.

—¡Oh, dios mío! —A Sofía le dio un ataque de risa y comenzó a reírse a carcajadas.

Entonces se oyó el sonido de una puerta y de unos pasos en el pasillo.

—¿Rodrigo?

Era Rafa, al que habían despertado con su cháchara y sus risas. Antes de que Rodrigo pudiera reaccionar, Sofía rodó por el colchón y se tiró al suelo, escondiéndose bajo la cama.

—¿Pero qué...? —logró formular él antes de que la puerta se abriera.

—¿Qué haces? —preguntó Rafa, mirando hacia todos lados. Sus ojos se detuvieron unos segundos en la ventana, que tenía el cristal cerrado pero la

persiana subida.

—Ehhh...

—¿Estás bien? He oído un golpe.

—Sí, yo... ehhhh.

—¿Y lo de antes? —insistió él—. Me ha parecido oír reírse a alguien.

A una mujer.

—¿Y venías a mi rescate? Imagina que me pillas en plena faena.

—No, yo... —Rafa se rascó la cabeza, un poco confundido—. A lo mejor lo he soñado. Me ha parecido que era LunaLoba riéndose.

—¿Antes la reconocías por sus aullidos y ahora la reconoces por su risa?

—Yo... —Rafa no terminó. Volvió a recorrer la habitación con la mirada—. ¿Qué hacías despierto?

Hasta ese momento, Rodrigo había conseguido no mentirle, pero sabía que le costaría mucho menos que se marchara si le decía una mentirijilla, así que contestó:

—No podía dormir y me puse a ver un vídeo de LunaLoba. Quizá por eso has creído oírla.

—Mmm. —Rafa no pareció del todo convencido, pero tras unos segundos asintió con la cabeza—. Será eso. Pues si vas a seguir viendo vídeos, baja un poco el volumen, que prefiero que LunaLoba no se meta en mis sueños.

—¿Tú diciendo eso?

—Ahora que he conseguido desengancharme un poco de ella... ¿Te cierro la puerta?

—Sí, por favor.

Después de que Rafa desapareciera, esperaron unos segundos en absoluto silencio por si decidía volver, pero pronto oyeron cómo se cerraba la

puerta del otro dormitorio. Rodrigo se asomó bajo la cama, donde Sofía lo esperaba.

—Una loba bajo mi cama. Qué aterrador.

—Auuu —intentó asustarle ella, aunque como tuvo que decirlo en voz baja, no logró infundir ningún miedo. Reptó hasta salir y ponerse en pie.

—¿Por qué te has escondido? Si has tenido que hacerte hasta daño al tirarte de la cama abajo.

—Pues un poco, la verdad —contestó ella acariciándose el costado—. Pero ha sido instintivo, no sé. No quería que Rafa nos sorprendiera así.

—¿Así?

Rodrigo no pudo evitar preguntarlo, aunque sabía perfectamente a qué se refería. A él tampoco le habría hecho mucha gracia que Rafa los hubiera visto en aquella situación tan... ¿íntima? Sí, aun con ropa y sin tocarse si quiera, hablar en la cama entre susurros era algo muy privado. Claro que él no se habría tirado cama abajo para esconderse. No estaban haciendo nada malo. Era Rafa el que debería haber llamado si no quería sorprenderlos así.

—Sí, no sé...

—Somos adultos.

—Pero tú tienes novia.

—¿Novia? Yo no tengo novia.

—¿Y quién era la mujer del evento? La que Rafa dijo que era tu novia y la que te llamó «mi amor». La del restaurante.

—Ah, esa es Ana. Llama «mi amor» a todo el mundo.

—¿Y por qué dicen que es tu novia?

—Es una tontería de Rafa y del resto de gente de la oficina. Ana es muy extrovertida y simpática, y llama «mi amor» a todo el mundo. Querían emparejarme con ella porque veían cosas donde no las había.

—Ah.

Rodrigo estudió su rostro, intentando adivinar si se alegraba de saber que no estaba emparejado, pero Sofía le huía la mirada, así que no pudo saber mucho. Al ver que se acercaba a la ventana, Rodrigo temió que fuera a marcharse.

—No te vayas todavía —le pidió, y al ver que ella lo miraba con sorpresa por su petición, buscó otra explicación que no solo incluyera las ganas que tenía de seguir hablando con ella—. Si Rafa cree haberte oído, quizá se ponga a mirar por la ventana a ver si te ve. Espera unos minutos para marcharte.

—Vale —aceptó Sofía, y volvió a sentarse sobre la cama, aunque en aquella ocasión lo hizo cerca de la cabecera y con las piernas cruzadas como si fuera una india.

Durante los segundos de silencio que siguieron, Rodrigo estudió el estampado de flamencos que lucía en su pijama.

—Tú sí tienes novio —dijo él al fin—. ¿Qué pensarías de que te colases de madrugada en la habitación de otro hombre?

—Max y yo no... —Se interrumpió—. Solo nos estamos conociendo.

Rodrigo tragó saliva, sintiendo una fuerte opresión en el pecho. Le habría gustado que Sofía terminara la primera frase, que dijera que ella y Max no eran pareja, pero no lo había hecho. Se estaban conociendo, por lo que eran más que amigos y menos que novios. Eso, en los tiempos en que vivían, no significaba mucho. Había conocido a muchas parejas que habían sido durante meses «amigos especiales», que en la práctica se comportaban como novios, pero que se negaban a hacer oficial su relación. ¿Sería ese el caso de ella y Max?

Al mirarla, se dio cuenta de que la joven llevaba una pelusa enorme adherida al pelo. Alargó un brazo y cogió con los dedos la suciedad.

—Has conocido al monstruo que vive bajo mi cama —comentó

enseñándole lo que le había quitado.

—Sí, ya he visto a Pelusa. Me ha dicho «hola» y te manda saludos — dijo ella, enrollándose en un dedo el mechón de cabello que él había tocado. Por un instante, cuando Rodrigo había alargado la mano, había creído que iba a acariciarla y su corazón se había puesto a mil por segundo, aunque como era de esperar, todo había acabado en nada. ¿Por qué seguía empeñada en soñar con él? El *mejillazo* debería haber sido suficiente para quitarle todos aquellos pájaros de la cabeza.

—¿Ha crecido mucho? La última vez que vi a Pelusa, era una cosita así. —Unió ambas manos hasta formar un círculo.

—Pues sí que ha crecido, sí. Me temo que la tienes bien alimentada.

Rodrigo se rio y Sofía le correspondió con una sonrisa. Volvieron a quedarse callados durante unos segundos. Ella pensando en por qué había ido hasta allí para colarse en su habitación por la ventana y charlar con él de madrugada. Necesitaba hablar con alguien de lo de Fabián, sí, pero... ¿por qué él? Ahora, con el móvil, estaba a tan solo una llamada o un mensaje de cualquier persona. Que él hubiera estado despierto cuando ella necesitaba hablar solo era una excusa para justificar su incursión en su dormitorio. Lo cierto era que quería hablar con él, saber lo que Rodrigo haría en su situación. Deseaba que él la escuchase y le diera su opinión, pues sabía que él lograría calmarla, igual que había hecho en Urgencias.

Como ella estaba sumida en sus pensamientos y parecía no saber qué más decirle, Rodrigo improvisó.

—¿Ha sido una primera vez?

—¿El qué?

—Esconderte bajo una cama.

—Hombre, te dije que mi infancia había sido un poco rara, pero no tanto. Claro que me he escondido bajo la cama antes. De pequeña jugaba

mucho al escondite y a las tinieblas.

—Pues para mí sí ha sido una primera vez que una mujer se lance de mi cama en lugar de a mi cama.

—¡Serás creído!

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Las mujeres se lanzan a tu cama? —interrogó Sofía con cierta maldad. Sabía que él no había querido decir eso, pero le gustaba picarlo.

—Ostras, pues sí que ha sonado mal, sí. Me refería a... —Al ver que ella sonreía, puso los ojos en blanco—. Sabes perfectamente a qué me refería.

—A que soy la primera loca que se tira cama abajo y se esconde bajo tu cama —concedió ella—. Visto así, también es la primera vez para mí. La próxima vez que nos vayan a pillar juntos, me toca esconderme en un armario.

—Avisa y te haré hueco.

Intercambiaron una sonrisa. Ambos se preguntaron si sus respectivas últimas frases eran una promesa de que aquella charla de madrugada volvería a producirse.

—Creo que va siendo hora de que me vaya. ¿Crees que Rafa habrá dejado de mirar por la ventana?

Rodrigo estuvo tentado de decirle que no, que para asegurarse tendría que quedarse allí más rato. Unos minutos más, o mejor un par de horas.

—No sé. Puede. Si quieres arriesgarte...

—La verdad es que estoy bastante cansada —comentó Sofía, y se frotó un ojo—. Oh, mierda, se me había olvidado que parezco un mapache.

Miró a Rodrigo, avergonzada, pero él la observaba con una sonrisa tan dulce, que el aspecto que tenía perdió de nuevo importancia. Sintió la necesidad de besarle. ¿Y si no volvía a verle antes de irse de viaje a Los Ángeles? Le habría gustado despedirse con un beso, pero la posibilidad de

que él volviera a rechazarla era tan dolorosa que se quedó quieta en su sitio hasta que al final apartó la mirada y se puso en pie.

—Voy a probar suerte, a ver si Rafa no me viera. Y si me ve... pues qué se le va a hacer. Como has dicho, no tenemos nada de qué avergonzarnos.

—Muy cierto —admitió Rodrigo, e intentó no preocuparse por lo que ocurriría si Rafa veía a Sofía escabullirse fuera de su habitación a horas tan intempestivas. Quizá, ahora que Carlota estaba en su vida, Rafa prescindiría del matarratas. O quizá no.

Como si aquello fuera una visita formal y él debiera acompañarla a la salida, Rodrigo se acercó también a la ventana. Ambos fueron a abrirla al mismo tiempo y sus manos chocaron en el aire, provocando que se rieran.

—Bueno, dame dos besos por si no nos vemos antes de que me vaya a Los Ángeles —dijo Sofía a la vez que buscaba sus mejillas.

—¿Cuándo te vas?

—En dos días.

Aunque Rodrigo ya lo sabía, sintió que se ahogaba.

—Puedo acercarte al aeropuerto si quieres.

—Me lleva mi madre.

—Oh. Bueno, pues... no sé, si necesitas ayuda con cualquier preparativo...

—Vale, gracias. Te mando un WhatsApp si te necesito.

—Y si no me necesitas, también.

Sofía asintió como una tonta, emocionada por lo que consideraba una petición de seguir en contacto, aunque quizá solo fuera una forma de ser cortés. Inhaló todo lo profundo que pudo, aunque sus pulmones no parecían aceptar mucho aire. Volvió a extender la mano hacia la ventana y, de nuevo, su mano chocó contra la de Rodrigo.

—Vaya —rio ella con nerviosismo.

Para su decepción, en aquella ocasión Rodrigo no retiró la mano, sino que, tras un segundo de titubeo, estiró el brazo y abrió la ventana.

Sintió que su momento particular de «no, cuelga tú» se había terminado, pero entonces Rodrigo dijo:

—Bueno, ¿otros dos besos?

Sofía se aproximó a él, chocando una mejilla, y de pronto, al girar el rostro para besar la otra, los labios de Rodrigo la interceptaron a medio camino, plantándole un beso en la boca. Y no fue un error, pues la caricia se alargó varios segundos y él la apretó contra su cuerpo.

Cuando se separaron, Sofía sentía que no podía ni respirar. Aun así, ¿para qué necesitaba el aire si tenía a su alcance la boca de Rodrigo? Se lanzó en busca de sus labios, con tanto ímpetu que su vecino trastabilló hacia atrás mientras sus bocas se encontraban y empezaban a devorarse con una pasión arrolladora que se interrumpió bruscamente al oír un golpe. Al echar un pie hacia atrás, Rodrigo había golpeado una pila de cajas que todavía tenía de la mudanza y la de más arriba, que estaba mal colocada, se había caído al suelo con estrépito.

Se separaron con brusquedad y escucharon, expectantes. No tardaron en oír pasos cerca y, de forma sincronizada, ambos se convirtieron en dos adolescentes de película que, entre risas y nervios, consiguieron que Sofía escapara por la ventana antes de que Rafa llegara a abrir la puerta del cuarto.

53.

Sofía: Voy a hablar con Fabián. Deséame suerte.

Rodrigo: Mucha mierda.

Sofía: ¿Por qué se dirá eso?

Rodrigo: ¿Lo de mucha mierda? Creo que tiene que ver con las obras de teatro de hace varios siglos. Los ricos acudían en carruajes de caballos y, cuanta más gente acudía a los eventos, más excrementos quedaban en la puerta del teatro. Cuanta más mierda, más éxito.

Sofía: Jo, tendría que haberme traído a Pegaso para que cagase en la puerta de Fabián.

Rodrigo: O en su casa, si no te gusta lo que te dice.

LunaLoba contestó con un «ja, ja» y después esperó a ver si Rodrigo decía algo más, quizá sobre lo ocurrido la noche anterior, pero no volvió a escribirle pese a que permaneció en línea casi un minuto más. Sofía se había levantado esa mañana soñando con que tendría un mensaje de él en el móvil. Con que se hubiese acordado de ella y le hubiera dedicado un «buenos días», habría sido suficiente. Pero no había tenido noticias de él hasta que, de camino a casa de Fabián, se había decidido a escribirle y él le había contestado rápidamente.

Estaba hecha un lío. Emocionada y a la vez preocupada. ¿Por qué la habría besado Rodrigo? ¿Significaría algo o simplemente había sido un...? ¿Un qué? Los besos siempre significaban algo, lo que variaba era la importancia que tenían, pues esta dependía de la relevancia que cada persona les diera. Aquel beso podía cambiarlo todo... o nada. Todo dependía de Rodrigo y, por supuesto, también de ella.

¿Cuánta importancia estaba dispuesta a darle a aquel beso? Al día

siguiente se marchaba a Los Ángeles durante un mes, era un mal momento para que aquel encuentro de madrugada cambiase nada.

Su teléfono sonó con un nuevo mensaje y el corazón de Sofía revoloteó pensando en que era un mensaje de Rodrigo, pero al encender la pantalla vio que se trataba de Max. «¿Nos vemos esta tarde?».

Max. ¿Qué iba a hacer con él? Cada día que pasaba tenía más claro que entre ellos no iba a haber nada serio. No le quería. Lo admiraba y le había sorprendido gratamente cómo era detrás de las cámaras. Había querido pensar que podían tener algo más, pero cada vez era más consciente de que su relación no parecía avanzar hacia ningún sitio. Se veían de forma ocasional, charlaban, intercambiaban mensajes... Pero no existía esa necesidad de verle, ese deseo de hablar con él, ese... ansia, anhelo. Eran simplemente amigos y cada día que pasaba Sofía lo tenía más claro.

Le escribió para aceptar su invitación y él le propuso acercarse a su casa, pues sabía que estaba liada con el viaje. Sofía le dio las gracias, pues era cierto que tenía la tarde bastante liada y no tener que perder una hora en el transporte público era un regalo, pero a la vez se sintió un poco culpable, pues iba a hacerle ir hasta allí para cortar con él. Bueno, cortar, cortar... No creía que esa fuera la palabra correcta. Nunca habían hablado de ser pareja, él entendería que en su situación y con un viaje de un mes por delante, lo más razonable sería dejar claro que solo eran amigos. Prefería no irse a Los Ángeles con la duda de lo que tenía o no tenía con Max, y más teniendo en cuenta que a la ecuación se le sumaba Rodrigo para terminar de complicarlo todo.

Tras bajarse del autobús, tuvo que andar otros cinco minutos para llegar a la casa de Fabián. Miró la hora. Lo último que necesitaba justo el día antes de irse de viaje era perder tiempo en aquellos menesteres, pero no podía irse con la sombra del chantaje sobrevolando sobre ella.

Fabián se sorprendió bastante con su llegada. De hecho, el desconcierto aún le duraba cuando Sofía, jadeante, alcanzó la quinta planta sin ascensor en la que vivía el chico. El joven, que le había abierto abajo a través del interfono, la recibió con un:

—Qué sorpresa, Sofía. ¿Qué haces tú por aquí?

—Sabes perfectamente qué hago aquí. ¿Pensabas que no iba a venir?

Sus palabras, pero sobre todo su tono, lograron que la sonrisa ilusionada que Fabián lucía en la cara desapareciera y fuera sustituida por una expresión de desconcierto.

—¿Qué pasa, Sofía?

—Lo sabes perfectamente.

Fabián se quedó callado y Sofía le sostuvo la mirada, aunque sintió asco teniéndolo delante. Pensar que aquel tío había entrado en su vida y en la de Mari a través de ella...

—No tengo ni idea de qué haces aquí ni qué crees que he hecho, pero...

—¿Y por qué crees que has hecho algo?

—Por cómo me miras. Y por tu tono. ¿Qué se supone que he hecho?

—¿Te parece poco lo que le has hecho a Mari?

Fabián enarcó una ceja.

—¿Disculpa? Fue ella la que me dejó.

—¿Y eso lo justifica todo?

—¿Justifica qué?

—¡Las fotos! ¿Y encima te atreves a amenazarme a mí? Pues vas listo. Sé que has sido tú y como subas cualquier cosa mía, te denunciaré.

—¿Pero de qué estás hablando? —La observó como si estuviera loca.

—¡Oh, vamos! No te hagas el tonto ahora. Sé perfectamente que fuiste tú el que *hackeó* a Mari y que ahora amenazas con hacer lo mismo conmigo si no dejas que te salgas con la tuya.

—¿Pero qué...? ¿Qué cojones me estás contando?

—¡Mari me lo ha contado todo! No te hagas el imbécil.

—¿Mari te lo ha contado todo? ¡Pues entonces ya está todo dicho! Si Mari la mentirosa y envidiosa ha hablado, que se calle el resto del mundo.

—Ya, claro, ¿quieres que me crea que se lo ha inventado todo? Las fotos, tu chantaje...

—¿Mi chantaje? ¿Pero cómo la he chantajeado yo?

—Subiendo las fotos de la despedida de soltera.

—Cuando todo eso sucedió, ya no estábamos juntos, así que dime tú cómo iba a hacerlo.

—Tenías su contraseña de Instagram y acceso a sus fotos en la nube.

—¡Pero si por no saber, no sé ni el patrón de su móvil! Mari es una desconfiada, no le dejaría sus contraseñas a nadie.

—Se las robaste. El novio de Lucio nos ha explicado que es muy sencillo hacerlo.

—Seguro que sí, que es facilísimo, pero te aseguro que yo no he hecho nada.

—No te creo. ¿Quién iba a ser si no?

—Y yo qué sé. La pregunta es ¿por qué iba a hacerlo yo?

—Por venganza, porque como bien has dicho, Mari te dejó. Te jodió mucho, ¿verdad, Fabián? —Le presionó Sofía—. Todo el rollo de la boda consigo misma, dejándote en evidencia, ya te tenía cabreado, y solo faltaba que encima cortase contigo, dándote de lado.

—Sinceramente, dejar de salir con Mari fue un alivio.

—¡Ya, claro!

—Diga lo que diga, no me vas a creer, ¿verdad? —comprendió Fabián.

—No. Así que admítelo y ya está.

—Vale. Pues pasa y te lo explicaré todo.

Sofía lo miró con desconfianza.

—No voy a intentar matarte, si es lo que piensas —le dijo él con humor negro y mirada sombría—. Además, si te pasase cualquier cosa, tu gran amiga Mari sabe que estás aquí, ¿no? No tienes de qué preocuparte.

—Solo necesito tu palabra de que sea lo que sea que tienes contra mí, jamás verá la luz.

—¡Hostia, espera! —exclamó Fabián—. Que también tengo cosas contra ti. Qué máquina de la venganza estoy hecho. ¿Y qué se supone que tengo tuyo?

—Lo sabes perfectamente.

—Ah, ya. Fotos o vídeos, ¿no?

Sofía asintió. Estaba tan nerviosa que le temblaba todo el cuerpo. Se cruzó de brazos sobre el pecho para que él no pudiera ver las sacudidas que daban sus manos.

—Qué malo malísimo soy, madre mía —dijo Fabián—. El señor Burns de esta serie.

—Quiero que borres todo lo que tengas mío.

—Vale. Si pasas, lo borro.

LunaLoba miró el interior de la casa, al que Fabián señalaba con una mano. Negó con la cabeza.

—¿En serio? ¿Me tienes miedo? —Volvió a reírse de aquella forma siniestra—. Pues nada, espera aquí. Voy a por mi ordenador.

Sofía esperó en la puerta, nerviosa. ¿De verdad tenía miedo de que Fabián pudiera hacerle algo si se quedaba a solas con él? Era un chantajista, no una persona violenta. Aun así... Prefería no entrar en aquella casa. No le gustaban los enfrentamientos y estar ahí fuera al menos le confería un poco de valor. Si gritaba, confiaba en que algún vecino acudiría.

Él no tardó en regresar con su portátil en la mano, ya abierto.

—Sabía que este vídeo tenía que guardarlo —comentó antes de girar el ordenador hacia Sofía.

En la pantalla salía Mari delante de su tocador, como siempre, pero en lugar de empezar con su típico saludo, soltó:

—Auuuu, hola zorras. Soy la zorra jefa y hoy subo un vídeo después de un año sin subir nada porque... ¡pues porque me sale del potorro! Auuuu.

Sofía miró a Fabián, sintiendo que tenía algo clavado en el pecho. No dijo nada, pues la parodia de Mari seguía en la pantalla.

—Y vosotros, como sois imbéciles, vendréis a darme una palmadita en la espalda. Zorrita buena. Zorrita buena. Buena chica, así se hace. No nos importa esperar porque tus vídeos son geniales, auuuu; gracias por subir nuevo vídeo, auuuu. Somos así de retrasados, pero solo contigo. Menos mal que Caperucita Enfurecida no se calla y dice la verdad siempre.

—Mari, que muchos de sus *followers* también te siguen a ti —se oyó entonces la voz de Fabián en el vídeo. En la vida real, Sofía y él intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada.

—Sí, y a mí me dicen que por qué tardo tanto en subir vídeo, mientras que a ella le ríen las gracias como palmeros. Yo llevo subiendo dos vídeos a la semana desde hace un año y aun así, ella tiene más seguidores que yo. ¿Por qué? ¡Explícamelo!

—Hay personas que, sin saber por qué, funcionan mejor en Youtube. Le caen bien a la gente.

—Y yo no caigo bien, ¿no es eso? PutaLoba tiene carisma y yo no.

—Yo no he dicho eso. Tú también tienes muchos seguidores, Mari, y te quieren. Y cada día tienes unos pocos más. No te obsesiones.

—Por cada hora que yo le dedico al canal, consigo un nuevo seguidor, y por cada hora que Sofía le dedica, gana cinco.

—No seas exagerada, tenéis casi los mismos *followers*.

—Sí, pero yo le dedico todas las horas posibles. Sueño con el canal. Y ella es una puta *hippie* feliz que va por la vida consiguiendo cosas que no se merece.

—Tiene una estrella en el culo —dijo entonces la voz de Fabián—. Hay gente con suerte, pero eso es así y ya está.

Durante los últimos segundos Mari no le había estado hablando a la cámara, sino que miraba hacia un lado, un poco por detrás del objetivo, donde debía de estar Fabián sentado. Tras un breve silencio, la joven volvió a mirar al espectador a través del objetivo:

—¿Has dejado de grabar?

—No, ¿paro ya?

—No, déjalo un poco más —contestó ella con una expresión en el rostro que a Sofía le causó un escalofrío.

LunaLoba intentó prepararse para lo que fuera que Mari soltara por su boca, pues su mirada daba a entender que iba a ser una crueldad.

—Auuuu, ¡hola, zorras! Soy PutaLoba y hoy viene a acompañarme mi madre PutaHippie, también conocida como La Hierbas —hizo un gesto con la mano, como si estuviera fumando, y Sofía sintió que su corazón se retorció.

Había intentado blindarse mentalmente para cualquier cosa que dijera Mari en aquel vídeo. Convencerse de que solo eran bromas. Fuera lo que fuera que soltase, iba a resbalarle... pero cualquier cosa que dijera contra ella, no contra su madre. A su madre no la tocaba nadie, ni siquiera con palabras.

—Tantas drogas de joven en su comuna hippie le han pasado factura y ahora es así la pobre. Hasta ve colorines. Mamá, ¿de qué color tengo el aura?

Sofía apretó la mandíbula. Lo de las auras no era un secreto del que su madre se avergonzase, pero tampoco iban compartiéndolo abiertamente con la gente pues sabían que muchas personas nunca volvían a mirar a Macarena

igual. Sus lobeznos no sabían nada de las auras, pues Sofía había preferido no mencionarlo, pero sí que había confiado en Mari y un día se lo había contado.

—¿Esto lo grabó para subirlo? —le preguntó Sofía a Fabián.

—Qué va. Sabía perfectamente que tus lobeznos se la comerían viva si subía algo así.

—¿Entonces por qué lo grabó?

—Porque quería. Estábamos descansando entre dos grabaciones y salió con esto.

—¿Para pasar el rato?

¿Se aliviaría su corazón si supiera que aquello no había sido más que una broma, una especie de... sketch? Quizá, aunque... Fabián pareció leerle la mente.

—Lo decía muy en serio, Sofía. Todo lo que dice en este vídeo, Mari lo siente. Te tiene una envidia terrible porque tú tienes carisma y consigues seguidores fácilmente. Lo que ella consigue con diez vídeos, tú lo logras con uno. Y cuando grabó esto, tú aún no habías despegado como lo has hecho ahora. Fue antes de tu fiesta de cumpleaños, de conocer a Connie, de tus primeras veces, de RiMax... Casi sin esfuerzo la habías superado en seguidores y le jodió muchísimo. Ahora, tu éxito ha despertado a un monstruo. Si antes te tenía envidia, ahora... ¡puf! ¿Por qué crees que hizo la gilipollez de la boda? ¡Para llamar la atención! Sentía que tú la eclipsabas, que la estabas dejando atrás como un cohete a reacción, y necesitaba poner los focos sobre ella. Se le ocurrió que, igual que tú hiciste una superfiesta por tu cumpleaños, ella podía hacer algo parecido, algo que todo el mundo comentase, algo que la convirtiese en el centro de atención.

Sofía pensó en la boda, en que había pensado que era un circo mediático. Al parecer, su percepción no iba tan alejada de la verdad.

—Yo no subí las fotos, Sofía. No tengo pruebas, pero quizá tú sí

puedas conseguirlas.

—¿De que no has sido tú? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—De que ha sido Mari.

—¿Pero por qué iba a subir ella ese tipo de fotos? La perjudicaron.

—¿Perjudicarla? No realmente. Hicieron que se hablase de ella; eso sí.

—La gente se rio de ella. La humillaron en mensajes, la llamaron de todo. Ya sabes cómo es la gente con las mujeres cuando salen fotos de contenido sexual.

—Nada que Mari no pueda soportar si a cambio consigue varios cientos de *followers* más.

—¿Pero tú tienes pruebas de que ha sido ella?

—Ya te he dicho que no, pero que quizá tú sí puedes conseguirlas.

—¿Cómo?

—Mari tenía una *tablet* que guardaba en su habitación, en el cajón de los calcetines.

—¿Por qué iba a guardar una tableta en el cajón de los calcetines?

—Para que tú no la encontrases si entrabas a curiosear en su habitación.

—Yo no hago eso.

—Pero ella sí, y cree el ladrón que todos son de su condición.

Durante varios segundos, Sofía y Fabián se miraron. Él había puesto el portátil sobre el mueble de la entrada y, al detener el vídeo, había dejado congelada a Mari con una sonrisa pérfida en la boca. Se preguntó cómo seguiría el vídeo, de qué otras cosas se reiría, pero lo cierto es que no quería saberlo y no le iba a pedir a Fabián que volviese a darle al *play*. Con lo que sabía era más que suficiente. A veces la ignorancia era sinónimo de felicidad.

Nerviosa, se pasó las manos por el pelo. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—Me voy de viaje mañana y todavía tengo un montón de cosas que

hacer. No sé si podré...

Se detuvo. ¿Si podría qué? ¿Entrar en la habitación de Mari y meter la mano en su cajón de los calcetines a ver si encontraba una *tablet* con pruebas de que su compañera se había puesto en evidencia en las redes sociales solo para conseguir unos cuantos seguidores más? Cada cual con su política de crecimiento en Youtube. Aunque aquel dispositivo, si de verdad demostraba que era la propia Mari la que había subido las fotos, probaría que había mentido a todos sus amigos, incluida ella, y eso sí cambiaba las cosas.

—Tienes que ver esa *tablet*, Sofía. Hoy. Antes de irte de viaje.

—¿Por qué? —El tono de urgencia con el que Fabián había hablado la sorprendió.

—Porque no sé si tendrá las pruebas de lo de los vídeos, pero te abrirá los ojos con respecto a Mari.

—¿A qué te refieres? —Sofía sintió que temblaba y se abrazó a si misma de forma protectora.

—¡A la mierda! —exclamó Fabián de golpe, y tras alargarse la mano y coger sus llaves de un marco que había junto a la puerta, salió de la casa y cerró el acceso de un portazo—. Vamos a tu casa y vamos a conseguir esa *tablet*.

—Pe... pero... —Sofía lo observó avanzar hacia la escalera con tanto ímpetu que supo que Fabián no iba a ser precisamente delicado buscando el dispositivo. Nada de entrar en la habitación de Mari como un ninja, sino más bien como un elefante en una cacharrería. Se notaba a la legua que quería guerra.

—Sofía —Fabián se giró hacia ella y silenció sus objeciones al pronunciar su nombre con rotundidad—. Necesitas ver lo que hay en esa *tablet*.

—Pero ¿qué hay?

—La prueba de que Mari es una envidiosa, una amargada y una manipuladora que os ha engañado a todos.

Fabián había esperado que con aquella acusación Sofía se enardeciera y se lanzara escaleras abajo con un grito de guerra, pero LunaLoba todavía parecía desconfiar de él, así que el joven retrocedió unos pasos y se acercó a ella.

—Sofía, yo no extravié tu placa de los cien mil.

Ella sintió que su corazón se saltaba un latido. ¿Al final sí había sido Mari?

—Pero dijiste...

—Mari me obligó. Me dijo que o decía que había sido yo o me dejaba. Tendría que haberla mandado a tomar por culo, pero... En fin, qué más da ya. Fue ella, Sofía. Yo la recogí, es cierto, pero la dejé en la mesa del comedor para que vieras el paquete cuando llegases. Mari también lo vio, claro, y quiso abrirlo porque sabía lo que era. Le dije que no podía hacer eso, que abrir paquetes de otras personas está mal, pero a ella le dio igual. No veas la cara que se le quedó al ver que tu placa era más grande que la suya. Como la pediste bastante después que ella, te vino el nuevo formato de placa, con terciopelo por detrás y con un marco varios centímetros más grande. Le dio tal ataque de envidia que decidió escondértela. Pensé que te la daría al cabo de unos días, cuando se le pasase el arrebato, pero no. Y no ha sido el único paquete que te ha escondido. También te ha quitado de chuches y de ropa. ¿Por qué crees que no te llegaban los paquetes? El cartero cambió y el nuevo empezó a venir los sábados, cuando tú estabas en casa de tu madre, y aprovechó para quedárselos.

Sofía temblaba y Fabián alargó un brazo y le apretó una mano.

—Vamos a desenmascararla —dijo a la vez que tiraba de ella—. Es ahora o nunca.

54.

Sofía apenas si pronunció palabra durante el trayecto hasta su casa. Se abrazaba a sí misma para intentar contener los temblores que sacudían su cuerpo. Sentía el estómago revuelto y la boca seca.

A ella no le gustaban los enfrentamientos y ahora... Inhaló profundamente mientras seguía escuchando a Fabián, que, aunque la primera parte del viaje se la pasó callado, el último tramo lo hizo rajando contra Mari. Él también estaba nervioso, se le notaba en cómo movía la pierna y la mano, y hablar parecía relajarle, o al menos envalentonarle. Le contó que Mari llevaba bastante tiempo pensando en dejarla tirada y mudarse de casa. Soñaba con que Lucio anunciaba que se iba a vivir con su novio para poder ocupar su habitación y vivir con Susana y Claudia.

—Aunque claro —añadió—, eso fue antes de que tú empezases a despegar de verdad. Ahora supongo que estará replanteándose si le interesa separarse de ti.

Sofía lo escuchaba en silencio, con sus labios convertidos en una línea recta, y la mandíbula tan apretada que empezaba a dolerle el cuello.

También le contó un poco más sobre los paquetes extraviados. Mari había interceptado y hecho desaparecer un paquete de chuches, que se había comido ese mismo fin de semana para no dejar pruebas, y otro de ropa. Lo último que Fabián sabía sobre este último era que lo tenía escondido bajo la cama. Le daba miedo usar la ropa por si Sofía la reconocía, pero tampoco había querido deshacerse de ella.

—De hecho, creo que sí que usó una de las cosas que llegaron en ese paquete. Una chaqueta vaquera de esas que se llevan ahora, varias tallas más grandes de lo necesario, con unas mariposas aquí.

—¡No! —Sofía abrió la boca por primera vez desde que habían salido de casa de Fabián. Sobresaltado, su acompañante la miró intentando descubrir qué tenía que refutar, pero Sofía continuó sin necesidad de que él añadiese nada—. ¡Le dije que yo había pedido una chaqueta igual y se rio! Me dijo que teníamos buen gusto.

—Es una cabrona. Te miente a la cara y después te lanza el puñal. ¿Recuerdas la habitación de escape a la que la llevaste?

—Claro —pronunció Sofía casi falta de aire. No quería saber por dónde le iba a caer el golpe en esa ocasión.

—Pues volvió diciendo que vaya rata que eras, que le regalabas algo que a ti te habían regalado, que no te gastabas ni un duro...

—Pero si nos lo pasamos muy bien. Me dijo que le había gustado mucho.

—Ya, pero como plan de despedida de soltera fue una mierda.

—¡Es que no fue por su despedida de soltera! —protestó ella—. Fue una actividad que quería compartir con ella y Las Chicas. Yo no quería hacerle una despedida de soltera, sabía todo el trabajo que llevaría eso y...

—¿Y por qué crees que Las Chicas le regalaron después un paseo en limusina y un estriptis? Eso sí es más de despedida de soltera, ¿a que sí? Pues mientras a mí me decía que vaya mierda de regalo le habías hecho, que eras una agarrada y que le dabas las sobras de tus actividades, a Lucio, Susana y Claudia les decía que eras la mejor, que tú sí que te preocupabas por ella, que eras muy detallista, que... les comió la cabeza y les hizo sentir mal, y al final a Las Chicas no les quedó otra que regalarle algo también.

Sofía tragó saliva. Ahora entendía lo que le había dicho Lucio sobre que ella había empezado una competición a ver quién era la mejor dama de honor. Maldita la hora en que le había dado importancia a las quejas de Mari y había decidido compartir con ellas la habitación de escape.

Pero sin duda, el peor descubrimiento fue cuando Fabián le desveló que Caperucita Enfurecida era Mari.

—Pero... pero... ¡no puede ser! Me metí en su perfil y la foto no es de ella.

—Claro que no, cogió la foto de un banco de imágenes. Sabía que para darle credibilidad a su perfil, tenía que fingir que era alguien real.

—Pero no puede ser —insistía Sofía—, hablé con Mari sobre mis *haters*. Me dijo que pasase de ellos, que no les diera importancia.

—¿Y qué iba a decirte si no? Tenía que fingir que no sabía nada. Pero te aseguro que es ella. Se pasaba horas enteras pensando en qué decirte para joderte, para hundirte. Y disfrutaba de lo lindo, porque sabía que te afectaba mucho.

Cuando llegaron a su casa, la mano de Sofía temblaba tanto que Fabián tuvo que cogerle la llave y abrir él mismo la puerta. Solo tuvo que darle una vuelta, así que aquello significaba que Mari estaba en casa. Luna sintió que el nudo del estómago se le apretaba todavía más, pues hasta el último momento había deseado que la casa estuviera vacía para poder encontrar las pruebas sin necesidad de cruzarse con Mari.

—Vamos, pasa —le dijo Fabián al ver que se había convertido en estatua.

—Yo... No puedo. No quiero. Yo... —Retrocedió unos pasitos—. Mañana me voy a Estados Unidos durante un mes entero y podré dejar todo esto atrás.

—Y cuándo vuelvas ¿qué?

—Pues me voy a vivir con mi madre.

—Siempre te quedará la duda de si has hecho bien. Tienes que enfrentarte a Mari hoy. Ahora.

Fabián volvió a coger su mano, aunque en aquella ocasión no tiró de

ella inmediatamente, sino que se la apretó, infundiéndole valor, y asintió con la cabeza buscando su aceptación.

—¿Vamos? Es hora de que descubras toda la verdad.

Pero Sofía no tuvo tiempo de contestar, pues de pronto apareció Mari, que se había asustado al oír que se abría la puerta y no oía entrar a nadie. Llevaba bien agarrado en la mano un trípode de cámara, como si quisiera defenderse de un posible intruso a base de *tripodazos*.

—¿Sofía? —interrogó con una mezcla de sorpresa, alivio y reproche por el susto—. Me has puesto el corazón a mil. —Su ceño se frunció al ver a Fabián a su lado—. ¿Qué hace él aquí?

Por suerte, no había llegado a verlos con las manos cogidas, pues en cuanto la habían oído acercarse se habían soltado.

Sofía no fue capaz de decir nada, se quedó paralizada mirando a Mari sin saber muy bien qué se suponía que tenía que decir o hacer.

—Sofía me ha pedido que viniera —dijo Fabián con tono beligerante—. Al parecer, tengo algo suyo. —Entró en la casa mirando desafiante a Mari—. Pero no nos ponemos de acuerdo en qué es, porque dice que es algo comprometido, pero de ella no tengo nada. De ti sí, de ti tengo decenas de vídeos que no quieres que vean la luz.

Mari empezó a boquear como un pez fuera del agua y alternó su mirada entre Fabián y Sofía. Al final, sin dignarse a decirle nada a su exnovio, fue hasta la puerta, donde Luna aguardaba muy quieta, todavía fuera de la casa.

—Te pedí que no le dijeras nada —le dijo en un susurro acusador—. ¡Y ahora vas y lo traes aquí!

—Fabián me ha dicho que...

—¿Qué?

Sofía tomó aire.

—Que él no tiene nada que ver con las fotos que se filtraron de ti. Y

también me ha contado muchas más cosas.

—¿Cómo qué?

—Como que tú escondiste mi placa de los cien mil, que me has robado varios paquetes y que eres Caperucita Enfurecida.

—¿¡Y tú vas y le crees!?! ¡Si él mismo confesó que el error con la placa había sido culpa suya!

—Porque tú lo obligaste.

—Sí, porque yo lo obligué a confesártelo, pero no porque no fuera verdad, sino porque es una rata cobarde que jamás habría dicho nada.

Sofía vio que Fabián se acercaba a Mari por la espalda, pero no intuyó sus intenciones hasta que fue demasiado tarde, por lo que no pudo alertar a su amiga antes de que Fabián le pegara un empujón y, tras echarla fuera de la casa, les cerrara la puerta en las narices.

—¡Fabián! ¡Abre la puerta ahora mismo! —exigió Mari en cuanto se repuso. Al no recibir respuesta, golpeó la madera con energía—. Abre la puerta. ¡YA! ¡Fabián!

Sofía se acercó también a la entrada y habló en voz alta, pensando que él se mostraría más receptivo con sus peticiones.

—Fabián, soy Sofía. ¿Qué haces? Abre la puerta, por favor.

De nuevo, silencio. Miró por el agujero de la mirilla por si veía alguna forma al otro lado, pero nada, el recibidor parecía despejado.

—¿Tienes la llave? —interrogó Mari.

—No, ha abierto él.

—¡Si es que eres tonta! —exclamó la otra—. Te dije que no le dijeras nada y vas tú, lo traes y lo dejas a solas en la casa. ¡A saber lo que estará haciendo ahora! Buscando cosas en mi ordenador, y quizá en el tuyo también.

—El ordenador lo tengo en casa de mi madre.

—Pues estará registrando tu habitación a ver si encuentra algo

interesante. ¡Fabián! Abre la puta puerta. —Golpeó con la mano cerrada, haciendo temblar la hoja—. Lo pillé una vez oliendo tu ropa interior.

—¿¡Qué!?

—Y mirando esa foto en bikini que tienes en el corcho de tu escritorio.

—¿En la que salgo con mi madre?

—Esa, pero supongo que se pajeó contigo y no con tu madre.

Sofía comenzó a golpear la puerta con fuerza. ¡Dios mío! ¿Cómo se había dejado engañar de esa forma? ¿Cómo había confiado en Fabián antes que en Mari? Vale que le había enseñado un vídeo en el que se burlaba de ella y aquello había hecho flaquear su fe, pero todas las demás acusaciones eran la palabra de Fabián contra la de Mari, y ella le había creído a él. ¡Mierda! ¿Por qué? Ella era su amiga, por muchos altibajos que hubiera tenido su relación.

—¡Fabián, abre la puerta! —Pidió LunaLoba. La rabia y la frustración hacían que las lágrimas estuvieran asomando a sus ojos—. ¡Abre la puerta y hablamos!

—¡Joder! —exclamó de pronto Mari tras palparse los bolsillos del pantalón—. ¡Mi móvil está dentro!

Sofía decidió cambiar de táctica, pues estaba claro que Fabián no les iba a abrir la puerta de forma voluntaria. Se acercó a la casa de Rodrigo y tocó el timbre.

—Por favor, por favor. Rodrigo, abre la puerta. O Rafa. Cualquiera de los dos.

Pero apenas si era la una de la tarde y sus vecinos estaban trabajando. Se sacó el teléfono del bolso y llamó a Rodrigo.

—Hola, Sofía. ¿Qué tal ha ido?

—Rodrigo, ¿tú vuelves a casa a comer?

—Mmm... normalmente no. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿A qué hora vuelves?

—Pues normalmente a las seis o siete. ¿Por qué, qué pasa?

—Nada, nada. No te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme? ¿Qué ha ocurrido?

—No importa, de verdad.

—Puedo estar ahí a las dos si quieres. Normalmente como en un bar de aquí abajo, pero si me necesitas...

—¿A las dos?

Sofía se apartó el teléfono de la oreja para poder mirar la hora en la pantalla. Aún quedaba casi una hora. Miró hacia su casa, ¿saldría Fabián antes? Quizá sí, quizá no. Entonces sus ojos volaron hacia la otra puerta que había en el rellano, la de la señora Remedios. ¡Ella seguro que estaría en casa!

—Déjalo, Rodrigo —le dijo al teléfono—. Ya sé cómo entrar en mi casa. Gracias.

Colgó antes de recibir respuesta y le tocó el timbre a su vecina. En seguida se oyó un «ya voy» que la hizo suspirar con alivio, pero la mujer estaba bastante mayor y tardó un desesperante minuto en abrir la puerta. Cuando al fin pudieron hablar con ella, Sofía tuvo que explicarle a gritos lo que quería porque el audífono de la anciana parecía estar quedándose sin pilas. Por suerte, acabó por dejarlas pasar y Mari y ella se dirigieron directamente al patio, donde saltaron el muro que separaba ambas terrazas. Sofía se pegó al cristal de la ventana de Mari para ver si veía algo en su interior y ¡bingo!, se encontró con Fabián registrando el armario de su amiga. Intentó abrir la ventana, pero estaba cerrada. Desistió en seguida, sabiendo que probablemente tendría más suerte con la puerta de la cocina, pero aun así su intento puso en alerta a Fabián, que la miró durante un segundo y después empezó a buscar con más ahínco en el armario.

—Corre, corre —le dijo Sofía a Mari, y en tropel se dirigieron hacia la puerta corredera de la cocina, que para su alivio se deslizó sin problemas cuando empujaron un poco.

Entraron en la casa en tromba y de forma atropellada se dirigieron hacia la habitación de Mari, donde Fabián seguía con la cabeza metida en el armario de la chica. Sofía le agarró la camiseta por la espalda y tiró de él, pero Fabián hizo fuerza hacia el otro lado.

—¡Casi lo tengo!

—¡Déjalo ya! —exigió ella y lo agarró del hombro para sacarlo del ropero. Tuvo que hacer más fuerza de la esperada y gritó, frustrada—. Ahhhh.

De pronto, Fabián dejó de oponer resistencia y ambos cayeron de culo al suelo. Sobre ellos llovió un montón de ropa.

—¿Ves? ¡Tenía la nariz metida en mi armario! —exclamó Mari, viéndolos despatarrados sobre el suelo de su habitación.— Es un perverso y un perturbado.

—La perturbada psicópata eres tú —le espetó Fabián a la vez que cogía de su pecho una camiseta femenina y se la mostraba a Sofía—. ¿Querías pruebas? Aquí las tienes.

LunaLoba no entendió a qué se refería y le arrebató la prenda de malos modos.

—¿Pruebas? ¿Pero de qué estás hablando? ¡Nos has dejado en la calle!

—Mírala —dijo Fabián, señalando el bulto que tenía en la mano.

—¿¡Qué!?! —Sofía sacudió la tela delante de él—. Una camiseta, ¿y qué?

—Mírala bien —insistió él.

—Está mal de la cabeza, Sofía, no le hagas caso —intervino Mari—. Tenemos que echarlo de aquí.

Fabián la ignoró por completo y le habló a LunaLoba, que seguía sentada a su lado en el suelo.

—Es tuya. ¿No la reconoces? La pediste para que te la mandaran, pero nunca llegó. Y esta también. Y esta. Todo esto es ropa tuya. —Fabián le mostró más prendas y cuando creyó ver en los ojos de Sofía un cambio, el del reconocimiento, explicó—. Os he dejado fuera porque Mari jamás nos habría dejado entrar en su habitación y no habríamos podido ni encontrar la ropa ni encontrar esto.

Sofía lo miró y aguantó la respiración al ver una *tablet* en su mano.

—Eso no es mío —se apresuró a negar Mari—. Yo no tengo ninguna tableta. Y esa ropa la ha dejado él ahí, por eso ha querido quedarse solo en la casa.

—He venido con él y no traía nada —la cortó Sofía.

—La habría dejado aquí antes.

—¿En serio?

—Sí, sí. Si en mi armario hay algo tuyo, lo ha puesto él. Aunque esta blusa... —se agachó a coger una prenda rosa con estampados de estrellas—, esto es mío. Si tú tienes una igual será que tenemos gustos similares.

—¿Y esta blanca? —preguntó Sofía enseñándole otra camiseta con un estampado idéntico de estrellas, pero en color blanco en lugar de rosa—. ¿También es tuya?

—Sí, es que me ha dado por las estrellas.

—¿En serio? —Sofía se puso en pie muy lentamente, y una vez erguida por completo, dijo—: Porque recuerdo exactamente el momento en que hice este pedido. Pensé «Sofía, te estás pasando con los estampados de estrellas, ¿no te parece?», pero aun así hice la compra porque las estrellas me recordaban a la luna.

—Las estrellas le gustan a todo el mundo —replicó la otra.

—¿Tanto como para comprarte de golpe tanta ropa con motivos de estrellas?

Mari se quedó mirando fijamente a Sofía, pues no la reconocía detrás de aquella voz. Su tono era gélido, tranquilo. Ni siquiera parecía transmitir rabia o frustración, solo frialdad.

Titubeó al ver a LunaLoba así, pero Fabián no parecía dispuesto a darle tregua. «Hijo de puta» le insultó mentalmente Mari cuando este empezó a hablar y, al mirarlo, se dio cuenta de que tenía la tableta en la mano y estaba estudiando todo su contenido.

—El vestido de tu boda tenías que comprarlo en Internet por cincuenta euros o menos, ¿no? Qué curioso que aquí solo haya búsquedas sobre tiendas de alquiler de trajes de novia. ¿Dónde tienes tu traje, Mari? No lo he visto en el armario y se dice que las mujeres soléis guardarlo como oro en paño. ¿O es que has tenido que devolverlo?

—Está en la tintorería. ¡Y dame mi *tablet*, cabronazo! —Mari se acercó a él para arrebatarse el dispositivo, pero Fabián se apartó de ella—. Sofía, ayúdame a cogerlo.

Pero su amiga no se movió y cuando Mari se giró para mirarla, se la encontró igual de seria que antes.

—No puedes creer a este imbécil. ¡Yo soy tu amiga! Él no. Él solo es un aprovechado que busca crear problemas entre nosotras. No ha superado que rompiera con él. Tienes que creerme a mí, no a él.

—Fabián —rompió Sofía su silencio—, dame la tableta.

—Pero...

—Dámela.

—Ella...

—¡Que me la des!

A regañadientes, Fabián le pasó el aparato a Sofía que, tras sostenerlo

durante unos segundos, se lo tendió a Mari.

—Toma, tu *tablet*.

—Graci...

Pero no llegó a terminar su agradecimiento, pues en cuanto extendió los brazos, Sofía apartó el dispositivo.

—El caso es que... ¿no habías dicho que ni la ropa ni la tableta eran tuyas? Fabián las había puesto aquí para incriminarte.

Una vez más, Mari empezó a boquear como un pez. Abrió y cerró la boca varias veces al ritmo en que se le ocurría una explicación y la descartaba por demasiado descabellada. Le faltaban las burbujas de aire saliendo de su boca para parecer un besugo.

—Eso, piensa en lo que vas a decir —la picó Sofía—, porque espero que cuando hables no me sigas tomando por tonta.

—Vale, ¡sí! No compré mi vestido en una página china, ¡lo alquilé! ¿Es delito querer estar guapa el día de mi boda?

—No, claro que no, pero fuiste tú la que puso las condiciones de la compra. ¿Por qué nos engañaste a todos? Podrías habernos dicho simplemente que no habías encontrado nada. A mí y a Las Chicas que comprases o alquilases el vestido nos daba igual.

—Claro, a ti todo te da igual. Tú lo consigues todo sin esfuerzo, todo te viene dado. Pero era importante para mí.

Sofía sintió que la coraza que se había puesto se resquebrajaba un poco al ver un brillo delatador en los ojos de Mari. ¿Iba a llorar?

—¿Qué yo lo consigo todo sin esfuerzo? Eso no es verdad.

—Claro que sí. Hay gente que nace con estrella y gente que nace estrellada. Está claro quién es quién aquí.

—No digas bobadas.

Una lagrima humedeció la mejilla de Mari y a Sofía le tembló la voz.

—Tú eres guapa y lista y cantas y pintas y le caes bien a la gente sin hacer nada. Consigues seguidores solo con sonreírle a la cámara y ahora te vas a Los Ángeles y... y... —Mari se llevó las manos a la cara, cubriéndose el rostro congestionado por el llanto—. Lo siento. Yo solo... solo quería... brillar al menos un día como tú lo haces siempre.

—Eh, Mari, no, no llores. Venga, tranquila.

Las palabras de LunaLoba solo consiguieron hacer arreciar su llantina y Sofía sintió que sus defensas se derrumbaban. Ella era así, blandita y todo corazón.

—Venga, Mari, no llores —dijo a la vez que se acercaba y la abrazaba—. Tranquila. Es perfectamente normal que quisieses brillar el día de tu boda.

—Una boda consigo misma, porque la nena necesita ser el centro de atención —espetó Fabián, a quien las lágrimas de Mari no le afectaban lo más mínimo.

Su comentario, no obstante, sí que tocó la fibra sensible de Mari, que intensificó su llanto y se abrazó más fuerte a Sofía.

—¡Fabián! —le censuró esta.

—Oh, vamos —protestó él—. ¡Si llora más falso que una actriz de culebrón!

—Tú lo que pasa es que nunca me has querido —le acusó Mari, pegada todavía al pecho de su amiga—. Siempre has estado enamorado de Sofía y yo solo fui un segundo plato. Peor. Una excusa para seguir estando cerca de ella. Tú lo sabes, Sofía, ¿a que sí? Me lo advertiste. Me lo advertiste y no te hice caso.

—Oh, por favor —protestó Fabián al ver cómo Mari intentaba camelarse a Sofía, hablándole muy cerca y entre lágrimas—. ¡Pero si fuiste tú la que me pidió salir!

—No es verdad. Qué mentiroso que eres.

—¡Fuiste tú! Necesitabas alguien que te grabase y te ayudase con los vídeos, y fui tu víctima.

—¿Víctima? —gritó Mari con voz aguda—. ¡Fuiste tú el que me engañó! Yo creía en ti, me distancié de Sofía y me enfrenté a ella varias veces por tu culpa, porque ella me advirtió sobre ti y yo no le hice caso. Pensaba que me amabas.

—Dios mío —Fabián se llevó las manos a la cabeza al ver que Mari se abrazaba a LunaLoba y ella le respondía—. No irás a creer a esta loca, ¿verdad? Sofía, no puedes tragarte nada de lo que dice. No puedes. ¿Quién era la que gritaba como una energúmena cuando nos acostábamos si estabas en casa? ¡Mari! Para que te enterases bien.

—¡Lo hacía por ti! Para excitarte.

—Pero si me dejabas sordo. Además, solo lo hacías cuando Sofía estaba cerca. Era por ella, no por mí. Para intentar darle envidia.

—¿Envidia? ¡Pero si ella no te quería! Pasó de ti. ¿Envidia de qué? Aquí la tonta he sido yo, que dejé que me liases y me utilizases para...

—¿¡Utilizarte!?! —la interrumpió Fabián—. ¡No me lo puedo creer! Qué cara tienes.

Fabián apretó los puños con fuerza al ver que Mari volvía a apretujarse contra Sofía en busca de su consuelo. Casi parecía que estuviese protegiéndose en su amiga, parapetándose entre sus brazos, como si le tuviera miedo. Y lo peor era que Sofía estaba cayendo en su trampa, se estaba tragando su actuación.

—Qué zorra que eres —soltó con rabia.

—¡Eh!

Fabián miró a Sofía, que era quien le había lanzado aquella escueta advertencia, y tuvo que morderse la lengua. Sabía que insultando a Mari no

iba a conseguir puntos con LunaLoba, pero aquello no evitaba que todas las palabras que cruzaban por su mente fueran improprios.

—Sofía —Mari la sujetó por los brazos con urgencia—, he cometido algunos errores, Fabián tiene razón. Pero nunca he hecho nada con mala intención, tienes que creerme. Me quedé con tu paquete de ropa, es cierto, pero porque lo abrí para curiosear y manché una de las camisetas. No quería dártela así y lo guardé todo mientras la limpiaba, pero no conseguí que la mancha saltase y... mierda, ya no encontré el momento adecuado para devolverte la caja.

—¿Y qué pasa con las fotos?

Fabián se sintió esperanzado al oír la pregunta de Sofía.

—¿Qué fotos? —Mari parpadeó confundida.

—Las de Instagram. El *hackeo*. Me dijiste que había sido Fabián.

—Venga, di que he sido yo. —La retó el muchacho.— Total, va a ser tu palabra contra la mía, y con tus lágrimas de cocodrilo te va a creer a ti.

—No, no fue él —admitió Mari para sorpresa de su expareja. Se giró entonces hacia Sofía—. Pero vosotros, Lucio y tú, pensabais que sí lo era, y yo quería enterrar de una vez por todas lo que había ocurrido, así que... Lo siento. Siento haberte mentado.

Cuando Fabián las vio fundirse en un abrazo, quiso arrancarse los pelos y, ya de paso, también la cabeza. ¡Maldita víbora! La conocía lo suficiente como para saber que su arrepentimiento era más falso que un billete de un euro.

En aquel momento empezó a sonar el móvil de Sofía y cuando la joven se separó de Mari para coger el teléfono, Fabián vio que se le habían escapado varias lágrimas de la emoción. Se sintió más frustrado todavía. Sofía era un alma cándida, una persona confiada por naturaleza. Iba por el mundo con los ojos de una niña ingenua y, si cree el ladrón que todos son de

su condición, algo similar ocurre con los bondadosos de corazón. LunaLoba creería una y otra vez a Mari y la perdonaría una y mil veces, porque ella nunca había hecho nada llevada por la maldad y era incapaz de imaginarse que tras el rostro lloroso y arrepentido de su amiga se escondiera una mente vil, envidiosa, mentirosa, aprovechada y un sinfín más de adjetivos nada agradables.

—Rodri, ¿qué pasa? —interrogó Sofía al descolgar el teléfono—. Ah, no, no. No hacía falta. ¿En serio estás aquí? Sí... No hacía falta, de verdad. Espera, que te abro.

Al colgar, Sofía los miró a ambos.

—Es Rodrigo. Está en la puerta.

Fabián se preguntó por qué lo miraba a él al decir aquello. ¿Lo estaba invitando a irse? Pues no pensaba marcharse, no todavía.

—Ve a abrirle si quieres. Te espero aquí, que seguimos teniendo muchas cosas de que hablar.

—No creo que sea muy sensato que os quedéis aquí los dos.

—Está bien —refutó su compañera—. Él y yo tenemos que hablar.

—¿Estás segura? —dudó Sofía.

—Sí.

—De hecho —intervino Fabián—, casi prefiero que salgamos al salón. Si me vas a dejar a solas con ella, mejor que sea donde puedas vernos. No me gustaría que me acusase de haberle hecho algo. O que diga que he escondido más cosas en su cuarto.

Salieron los tres al salón y Sofía fue hacia la puerta. Antes de abrir, miró hacia atrás para asegurarse de que podía verlos desde el recibidor.

—Gracias por venir, Rodri —dijo como saludo. Verle allí plantado, aun con el ceño apretado por la preocupación, tuvo un efecto casi sedante. Se adelantó un paso y lo abrazó, disfrutando de su olor y de la seguridad que le

brindó su cuerpo cuando la rodeó—. Siento haberte hecho venir.

—No pasa nada, ¿está todo bien?

—Sí. Bueno, no, la verdad es que no está bien, pero... Siento haberte preocupado.

—¿Es él? —preguntó Rodrigo de pronto, y Sofía se separó para girarse y mirar hacia el interior de la casa, donde Mari y Fabián estaban hablando.

—Sí, pero han pasado muchas cosas. Resulta que al final no me estaba chantajeando.

—¿No?

—No.

—Eso es bueno, ¿no? ¿Entonces por qué tienes esa cara?

—No sé. Es todo... —Sofía cerró los ojos y suspiró—. Un poco raro.

—¿Raro?

—Mucha información en poco tiempo. Estoy... —buscó la palabra a la vez que se pasaba las manos por el pelo— desbordada.

—Sofía.

Cuando se giró para ver qué quería Fabián, pudo captar durante un segundo que Mari agarraba a su ex por el brazo, como si intentara frenarlo, aunque la joven lo soltó en cuanto se dio cuenta de que eran el foco de atención.

Fabián fue hacia ellos y se plantó justo delante de Sofía.

—Sé que no me vas a creer porque ella es tu amiga y siempre te vas a fiar más de ella que de mí por muchas putadas que te haya hecho a tus espaldas. Eres así, demasiado buena. A cualquier cosa de la que yo la acuse, ella le encontrará explicación razonable. Inventada, sí, pero razonable. Y tú la creerás, porque quieres hacerlo, porque es tu amiga.

—Ya ha admitido que no fuiste tú el que subió esas fotos a Instagram.

—Sí, pero esa es solo la punta del iceberg, y para que veas el resto,

tienes que abrir bien los ojos y darte cuenta de quién es realmente Mariana. Porque no es tu amiga, es tu enemiga. Es una de esas personas tóxicas de las que hay que huir como de la peste.

Fabián sacó el teléfono del bolsillo delantero del pantalón y se lo mostró a Sofía.

—Te he pedido salir al salón para que me diera tiempo a coger mi móvil sin que lo vierais y así grabar la conversación que iba a mantener con Mari. Pensaba que me iba a costar un poco más conseguir una confesión, pero la verdad es que ha sido pan comido. Está tan convencida de ganar, que ha bajado la guardia.

—¡Dame eso! —Mari se lanzó hacia el teléfono, pero Fabián lo apartó de su trayectoria y le dio al *play* antes de que pudiera arrebatárselo el aparato.

—¿Por qué no dices la verdad de una puta vez? —se oyó la voz de él a través del audio.

—Vete a la mierda —le respondía ella.

—¿Qué te piensas, que vas a poder fingir que eres su amiguita durante mucho más tiempo? ¡Lo va a descubrir todo! Si parece que se te esté yendo la puta pinza. Vale que te crearas cuentas falsas para hacer de troll en sus redes, vale que le robases paquetes, vale que la criticases delante de Las Chicas intentando volverlas en su contra, ¿pero qué coño haces acusándome a mí de piratearte la cuenta de Instagram para subir unas fotos que todo el mundo sabe que colgaste tú?

—¿Todo el mundo lo sabe? ¿En serio? Porque yo diría que solo lo sabemos tú, yo y ahora Sofía. Pero nadie más va a creerte, ni vas a conseguir hundirme, porque eres el pobre ex que actúa por despecho. Ponte rabioso, ¡grita todo lo que he hecho! Me bastará con soltar unas lagrimitas para que Sofía me lo perdone todo.

—¿Por qué le haces esto a Sofía?

—¿El qué? ¿Qué le hago?

—Fingir que eres su amiga. Todo este paripé para que no te descubra. ¿Por qué? ¿Por qué lo haces? No lo entiendo. Siempre la has despreciado, le has tenido una envidia que te mueres. La llamabas PutaLoba e insultabas a su madre. Te reías de todos sus vídeos, ¡te creaste un perfil falso para meterte con ella, sabiendo lo que la afectaba! No dejas de decir que no se merece nada de lo que tiene.

—Baja la voz.

—Has intentado ponerle zancadillas siempre que has podido, quitándole paquetes, hablando mal de ella, evitando que conociera a gente que quería contactar con ella a través de ti, dándole al botón de no me gusta en sus vídeos. ¿Cuántas cuentas falsas te has creado solo para intentar hundirla? Para insultarla a través de las redes protegida por el anonimato que te da Internet. Y aun así, después de todo eso, de lo que la odias y desprecias, sigues empeñada en estar a su lado. ¿Por qué?

La respuesta de Mari llegó en forma de afilado susurro.

—La he aguantado durante casi un año solo porque tenía un no sé qué que gusta a la gente. Porque conseguía seguidores solo con soltar un puto aullido a la cámara. ¿Y te piensas que ahora voy a decirle adiós muy buenas? ¿Ahora que sale con RiMax? ¿Ahora que la han fichado en Estados Unidos? ¿Ahora que la gente pierde el culo por invitarla a experiencias, a locales, a sitios? ¿Ahora que voy a recoger los frutos de todo mi esfuerzo? Ahora, más que nunca, PutaLoba y yo somos superamigas. Hermanas. Y no voy a dejar que me estropees el plan. ¿Entendido?

—Alto y claro. ¡Sofía!

—¿Pero qué haces? —Se oía entonces la voz de Mari, y LunaLoba supo que el gesto que había acompañado a aquella pregunta había sido agarrar a Fabián por el brazo. Lo había visto con sus propios ojos.

El silencio que cayó sobre ellos cuando la grabación terminó fue denso y muy, muy pesado.

Al final, fue Mari la que tuvo el coraje de romperlo.

—No es lo que parece, Sofía. Me ha calentado la boca con sus acusaciones y he dicho cosas que no pienso. —Dio un paso hacia ella, pero se detuvo al ver que Sofía retrocedía—. Tienes que creerme, Sofía, yo...

—Cállate.

—Pero Sofi, yo...

—Cállate. ¡En serio! Cierra esa boca que tienes. No quiero oírte. No quiero escuchar tus mentiras porque soy tan tonta que me las creo. Cállate y vete.

—Pero...

—¡Que te vayas!

Tras un momento de duda, Mari echó a andar hacia su habitación, pero Sofía la detuvo.

—No. Vete a la calle.

—Pero esta es mi casa.

—Sí, tranquila. Esta casa va a ser tuya y solo tuya. Lárgate y no vuelvas hasta esta noche. Para entonces, esta PutaLoba ya no vivirá aquí.

55.

—¿Estás segura de esto?

—Sí —aseveró ella a la vez que seguía arrancando las prendas de sus perchas y las metía de cualquier modo en una bolsa.

—Para un momento, Sofía.

—¡No! No tengo tiempo. No pienso seguir viviendo aquí ni un segundo más y tampoco voy a dejar nada al alcance de Mari. ¡Nada! ¿Me oyes? Antes de irme mañana a Los Ángeles, en esta casa no quedará absolutamente nada mío.

—Eso lo entiendo, pero para un momento.

—¡Que no puedo! Tengo que coger un avión mañana a primera hora y aquí hay tantas cosas... y no sé dónde voy a meterlo todo y...

Rodrigo tuvo que coger sus manos y detenerlas en el aire para que Sofía al fin se detuviera. Durante unos segundos, ella se quedó mirando al frente, evitando sus ojos, pero poco a poco fue girando el rostro y cuando sus ojos acabaron posándose en los de Rodrigo, sintió que el nudo de emociones que cerraba su garganta se convertía en un torrente de lágrimas.

Se abrazó a él con fuerza y empezó a llorar, como había deseado hacer desde el preciso instante en que Mari había abandonado la casa.

—Tranquila. Shhh. Así, así. Todo va a ir bien.

Rodrigo la consoló contra su pecho, acariciándole el pelo, frotándole la espalda y besándole la coronilla. Estuvieron así bastante rato, hasta que Sofía, algo más repuesta, lo soltó y con ojos llorosos le dijo:

—No puedo dejar nada aquí. Nada.

—Lo sé, pero tienes que hacer una mudanza como dios manda.

Sofía lo miró interrogante, sin comprender a qué se refería.

—Llama a todos tus amigos y familiares para que te ayuden. Es la tradición en cualquier mudanza.

—Ya no sé si tengo amigos.

—Pero puedes llamar a tu madre. Y por suerte para ti, yo tengo algo todavía mejor que amigos.

—¿Qué?

—¡Trabajadores! —Rodrigo sacó el móvil y le guiñó un ojo, intentando levantar su ánimo—. En un santiamén tengo aquí a toda la plantilla. Les diré que compren cajas de camino y, mientras, podemos usar algunas de las que yo tengo en mi casa. Aún me duran de la mudanza. Porque no pretenderás llevarte todas tus cosas en bolsas, ¿verdad? La ropa vale, y tampoco mucho porque va a llegar echa una sopa, pero toda mudanza que se precie necesita cajas. Y también medio de transporte. Voy a ver si Pepe sigue teniendo acceso al furgón que usamos para nuestro traslado. Si no, necesitaremos todos los coches posibles, dile a tu madre que se traiga el...

Sofía lo silenció con un beso breve en la boca que lo dejó mudo.

—¿Y esto? —logró preguntar Rodrigo después de unos segundos.

—Gracias.

Tan solo una hora después, la casa era un hervidero de actividad. Los trabajadores de Rodrigo no eran muy eficientes, pero sí muy entusiastas. Tanto, que un poco más y le desvalijan la casa. Habían logrado sacar medio sofá por la puerta principal cuando Sofía les pidió que volvieran a ponerlo en su sitio porque era de la casera. Rodrigo tuvo que quedarse a cargo de ellos para poner un poco de orden.

Tras asegurarse de que el empaquetado de las cosas se estaba haciendo de forma eficiente en su dormitorio y en la cocina, y que parte de las cajas ya las estaban llevando a la furgoneta, buscó a Fabián y le pidió que la acompañara al dormitorio de Mari.

—¿Hay algo más aquí mío?

A Sofía le costó bastante hacer la pregunta. Su corazón todavía se resquebrajaba cuando pensaba en Mari y en todo lo que le había hecho. Aún no había asimilado todo lo que había ocurrido. Estaba segura de que iba a tardar bastante en hacerlo y también estaba convencida de que su pecho seguiría agrietándose durante días cada vez que pensase en lo que había descubierto esa tarde.

Fabián miró a su alrededor un poco desorientado.

—Ahora mismo no sé decirte.

—Algo que me quitase o escondiese —especificó Sofía, como si Fabián necesitase que le refrescasen la memoria sobre lo que buscaba.

—Ya. Es que... a ver... Déjame pensar. La ropa —recordó él en voz alta a la vez que señalaba el armario. Después se giró y miró junto al escritorio—. La placa. Quizá aquí haya algo más.

Se acercó a la pila de cajas que había en un lateral de la mesa, donde Sofía había encontrado la placa de los cien mil al cogerle prestados los focos a Mari. Fabián empezó a abrir los paquetes uno a uno y Sofía, mientras, aguantaba la respiración cada vez que iba a desvelarse el contenido de una caja. Al final, nada era suyo y LunaLoba resopló, entre molesta y aliviada.

—Dijiste que me cogió la chaqueta vaquera, ¿no?

—Sí. Fue lo que más le gustó del pedido que te quitó. Lo demás lo escondió.

—Ya —dijo Sofía, meditativa.

Miró la ropa que había en el suelo, la que ellos habían sacado de la bolsa en un intento de desenmascarar a Mari y que había quedado ahí, olvidada. Se agachó y cogió una de las camisetas con estampado de estrellas. Lo que más le dolía era que Mari hubiera intentado seguir engañándola, que hubiera tratado de mantenerse a su lado, como una loba disfrazada de ovejita.

Loba... No, como una loba, no. Ella era una loba. Mari era una cerda, que son capaces de comerse a los de su propia especie y también a humanos. Literalmente, como en *El silencio de los corderos*.

Tuvo una idea y recogió del suelo todas las prendas, dejándolas sobre la cama. Después se acercó rápidamente al armario, donde tras unos segundos dio con la chaqueta vaquera. La admiró durante unos segundos. ¡Cómo le gustaba! Y Mari le había arrebatado la oportunidad de ponérsela. Deseó poder llevársela, pero sabía que si lo hacía, cada vez que la usase le vendría a la cabeza todo lo ocurrido y lo último que deseaba era volver a recordar a Mari después de aquella noche.

Salió de la habitación con la chaqueta en la mano y entró en la suya.

—¿Alguien sabe dónde están las tijeras? —preguntó Sofía, señalando hacia su escritorio vacío.

—Las he guardado yo —dijo Pedro, frotándose la nuca—. Pero ahora no sé en qué caja están.

—¡Ves! —exclamó su madre—. Tendrías que habernos dejado poner qué hay en cada paquete. O al menos de dónde hemos cogido lo que hay en cada caja. Ahora tendrías todo lo de la mesa clasificado como «escritorio».

—Mamá, ¿tú no eras la hippie? ¡Amor! ¡Libertad! ¡Caos! —Sofía estaba exaltada y con el corazón a mil por la perspectiva de poder hacerle una trastada a Mari.

—De caos nada, que si vives con otras quince personas, y eso sin contar niños, más te vale saber dónde está cada cosa. Y lo mismo te digo si viajas durante varios meses en furgoneta. No hay que tenerlo todo ordenado por colores, ni posicionado de forma milimétrica, pero al menos sí saber dónde está qué.

Pero Sofía ya no la escuchaba. Acababa de ver que de una de las cajas abiertas sobresalía una brocha y se acercó rápidamente a ella. Sonrió al ver

que ahí estaba buena parte de su material de pintura y su mente rápidamente sustituyó las tijeras por los colores. ¡Sí! Aquella venganza le gustaba mucho más. Era más ella.

Cogió varios tarros y el pincel grueso, y regresó a la habitación de Mari, donde empezó a remover las prendas que había dejado sobre la cama.

—¿Qué haces?

—Llevar mi expresión artística a otro nivel.

—¿Cómo?

—Esta habitación se va a convertir en una obra de arte.

Fabián, sin entender todavía a qué se refería, miró a su alrededor.

—¿Vas a pintar la habitación?

—¿Y malgastar pintura? No.

Sofía cogió un puñado de prendas con una mano y las lanzó por los aires hacia la izquierda. Una camiseta acabó sobre el escritorio, otra en el suelo y una tercera sobre un estante. Cogió más ropa y repitió el proceso, pero hacia el frente y luego hacia la izquierda. Siguió desperdigando ropa por la estancia en un intento de que esta quedara como un cuadro, salpicado de color. Por suerte, su pedido de prendas había sido bastante colorido, pero no había tanta tela como para causar el efecto que ella deseaba, y cuando terminó con el montón de ropa, se quedó allí parada, con sensación de insatisfacción. Giró un poco el cuello para ver a Fabián, que había dado un paso atrás al empezar la explosión de ropa.

—¿Crees que estoy loca?

—Qué va. Quizá, si hubieras cogido unas tijeras y empezado a hacer jirones la ropa, pues te preguntaría si estás bien y si los instintos asesinos son algo normal en ti, pero esto... Yo, de hecho, seguiría por el armario. A Mari le va a dar un patatús cuando vea este desorden.

Sofía no necesitó más. Se lanzó al armario y comenzó a vaciarlo a toda

velocidad, arrancando las camisas de las perchas, vaciando los cajones y lanzando a su espalda las camisetas dobladas. Cuando terminó, tras ella se había formado una montaña de ropa de considerables dimensiones y se agachó para, con una sensación de euforia, comenzar a lanzar las prendas al aire.

—¡Auuuuu! —gritó de forma liberadora, repitiendo el proceso como si en vez de ropa lo que estuviera lloviendo sobre ellos fuera confeti—. ¡Auuuuuu! ¡Auuuuuuuuuuuuuuuuuu!

Oyó entonces la risa de Fabián.

—¡Toma, Fabián! Lanza tú también cosas.

Él no tardó en unirse al lanzamiento de ropa con los tejidos que le llovían sobre las manos.

Eufórica, Sofía empezó a saltar por la habitación y lo animó a aullar tal y como había hecho con Rodrigo aquella noche que ya parecía tan lejana.

—Auuuuuu.

—Auuuuuuuuuuuuuuuuuu. —Sofía estaba desatada—. ¡Putaloba es lo más! ¡Putaloba ha explotado tu armario! Auuuuuuuuuuu.

Contagiado por su exaltación, Fabián la acompañó en su locura y también comenzó a saltar. Tropezaron entre sí y se cogieron de los brazos para no caer. Siguieron saltando y aullando, así unidos, hasta que Fabián se paró de golpe al ver que tenían público.

Todo el equipo de la mudanza se agolpaba en la puerta. Sus gritos de lobo habían logrado que dejaran lo que estaban haciendo y eran tantos que no cabían en el acceso, aunque se las ingeniaban para ver a través del más mínimo hueco que dejaban los de delante.

En primera fila estaban su madre y Rodrigo, y a Sofía le pareció, por sus expresiones, que estaban poniendo en duda su salud mental.

—Estamos redecorando la habitación —explicó LunaLoba al ver que

nadie decía nada.

Al mirar a su alrededor, se dio cuenta del caos que habían causado tras vaciar el armario. Si antes parecía que por la habitación había pasado un pequeño huracán, ahora parecía que el cuarto había implosionado. Observó de nuevo a su público, que seguía sin decir nada.

—Es arte moderno —insistió, sintiendo que su euforia empezaba a desinflarse bajo el escrutinio de los demás. Sus ojos se posaron sobre los de Rodrigo y le suplicó ayuda con la mirada.

Su conexión mental funcionó, pues él dio una palmada y dijo:

—Vale, ya lo habéis oído. Es arte moderno. Si no lo entendéis, es que está bien hecho. A seguir trabajando. —Se giró para dar ejemplo, pero detrás suyo había un muro de personas—. ¡Venga, venga! Quien mire más de cinco segundos va a tener que pagarle a Sofía derechos de autor por disfrutar de su arte. —Vio que Julián se había sacado el teléfono del bolsillo y lo tenía a punto para echar una foto o grabar, así que ni corto ni perezoso le plantó la mano delante del objetivo—. ¡No están permitidas las fotos! —exclamó con tono de guardia de seguridad—. Podrían dañar las obras.

Aquello logró una risilla general.

Como colofón a su obra de arte, colgó la chaqueta vaquera de una silla y la puso en medio de la habitación, delante de la puerta para que fuera lo primero que viera Mari al entrar. Sobre la tela, escribió con la brocha y la pintura: «Con amor. PutaLoba.»

Le dedicó una última mirada al conjunto caótico y colorido de la habitación y después cerró la puerta. Se quedó allí parada un instante, saboreando el momento. No era una persona vengativa, no normalmente, pero aquello sentaba muy pero que muy bien. La embargaba un sentimiento de satisfacción y, aunque no era puro, pues camuflado debajo estaba el rencor y la traición, le dejaba un agradable sabor dulce.

56.

Cuando Max llegó, se asustó al pensar que le habían robado a Sofía. Como había encontrado la puerta abierta, se había adentrado en el salón tras tocar con los nudillos sobre la madera para anunciar su llegada.

—¿Hola? —preguntó con desconfianza. Juraría que faltaban varios muebles del salón.

—¡Coño! Si es RiMax.

Enseguida se vio rodeado por un grupo de hombres que había entrado en la casa tras él. Por suerte, no tenían pinta de formar parte de una mafia. ¿Y dos de ellos no eran vecinos de Sofía?

—Tío, ¡soy tu fan! Veo todos tus vídeos.

—Vaya, gracias —dijo a la vez que le devolvía el saludo al desconocido—. Había quedado con Sofía, ¿sabéis dónde está?

—Me parece que en su habitación —indicó el hombre que más familiar le resultaba a Max—. Están terminando de recogerlo todo. Te acompañamos, que a lo mejor ya tienen más cajas para nosotros.

Avanzaron hacia el dormitorio todos juntos. Rodrigo y Max iban delante y el que antes se había declarado fan suyo, exclamó: «no me puedo creer que en un mismo día haya podido estar en la casa de LunaLoba y haya conocido a RiMax. ¡El mejor puto día del año!»

—Julián, te estamos oyendo —comentó Rodrigo en voz alta.

—¡Bien! Porque es el ¡mejor puto día del año! Auuuu, auuuuu.

Rodrigo le dedicó una mirada de disculpa a Max, pero este se estaba riendo.

—¿Qué está pasando aquí? Parece que falten la mitad de cosas.

—Sofía se muda.

—¿En serio? No me había dicho nada.

—Es que ha sido de improviso. Una decisión de última hora.

Rodrigo no explicó nada más, pues acababan de llegar a la puerta del dormitorio y se encontraron de frente con Sofía, que salía con una caja.

—¡Max! —exclamó al verle, y miró alternativamente a Rodrigo y a RiMax, como si no pudiera entender qué hacían juntos—. Qué sorpresa.

—Habíamos quedado, ¿recuerdas?

—¿Sí? ¡Otras, sí! Lo siento, se me había olvidado por completo.

—No te preocupes, ya veo que has estado ocupada. ¿Qué ha pasado?

—Nada, que dejo el piso.

—¿Y no había más días para hacerlo?

—Pues la verdad es que no, al menos si yo quería estar presente.

—¿Hay más cajas para sacar? —intervino Rodrigo.

—Sí, sí. De hecho, ya está todo recogido. Esas son las últimas cajas y están terminando de cerrarlas. ¿Cabe todo bien en la furgoneta?

—Y aún queda hueco por si quieres echar cualquier otra cosa.

—En principio está todo. Muchísimas gracias.

—Nada. ¿Vas a querer que vayamos todos a casa de tu madre?

—Oh, no, no hace falta. Ya habéis hecho demasiado, chicos. Allí descargaremos y lo dejaremos todo en el garaje apilado. Será un momento y puedo hacerlo con mi madre y Pedro.

—Bueno, entonces los chicos se irán en breve, pero yo me quedo.

—No hace falta, de verdad.

—Tengo que hacerme cargo de la furgoneta.

—Ah, vale, entonces genial —le dio un apretón en el brazo y le sonrió—. Será rápido.

—No te preocupes. No hay prisa.

Rodrigo no fue consciente, pero dijo aquello con una sonrisilla que no

pasó desapercibida a sus compañeros.

—No hay prisa —se burlaron de él sus amigos mientras bajaban por el ascensor con un nuevo cargamento de cajas—. No hay prisa.

—¿Queréis callaros?

—Pues la verdad es que no. Ja, ja, ja. —Julián estaba disfrutando de lo lindo aquella tarde.

Rodrigo miró a Rafa a través del espejo del ascensor, preocupado por cómo se estaría tomando todo aquello, pero sonreía, como todos los demás.

—Cómo baja de lento el ascensor —resopló Julián—. Se nota que... ¡no hay prisa!

—Sí. Y oye, Rodrigo, puedes quedarte la furgoneta hasta mañana. No hay prisa.

—Y ya nos vamos directamente a nuestras casas sin pasar por la oficina, ¿no, jefe? No hay prisa por volver.

—Y antes de irnos nos fumamos un *piti*. No hay prisa.

—Claro. Hay que esperar a LunaLoba para despedirnos. Total: no hay prisa.

Cuando al fin las puertas del ascensor se abrieron, Rodrigo salió disparado para regocijo de sus compañeros, que se descojonaron de la risa.

—Oye, Rafa —se acercó a él Rodrigo cuando todas las cajas estuvieron ya en su sitio, solo a falta de las que bajarán Sofía y su familia en el último viaje—. ¿Quieres venirte a casa de Sofía?

Se sentía en la obligación de preguntárselo, aunque no sabía muy bien por qué. Los sentimientos que Rafa tenía por Sofía le habían importado poco cuando la noche anterior la había besado como si en ello le fuera la vida.

—No, lo cierto es que he quedado con Carlota y si no me voy ya voy a llegar tarde, así que mejor me voy marchando. ¿Me despides tú de Sofía?

—Sí, claro —asintió Rodrigo con asombro.

Una cosa era que Rafa llevara unas semanas muy contento, que incluso se pasase el día silbando por la presencia de Carlota en su vida, y otra muy distinta era que le dieran a elegir entre una y otra, y él no tuviera dudas de con quién prefería estar. Rafa debió captar su sorpresa, pues le sonrió y le palmeó el hombro.

—Ale, ahí os quedáis, pringados. Recordad: ¡no hay prisa!

Macarena y su pareja aparecieron con más cajas y, una vez Rodrigo las hubo acomodado en la furgoneta, la madre interrogó:

—¿Puedes llevar tú a Sofía en la furgoneta? Así nosotros vamos delante y aprovechamos para despejar la cochera antes de que lleguéis.

—Claro, no hay problema. ¿Sofía bajaba ya?

—No lo sé, se ha quedado hablando con Max. No creo que tarde mucho.

Pero pasaron varios minutos y Sofía no aparecía, así que Rodrigo decidió subir de nuevo, acompañado por sus amigos para que estos pudieran despedirse de LunaLoba tal y como querían.

No obstante, no llegaron a entrar en la casa, pues desde la puerta pudieron ver a Max y Sofía en el salón, abrazados. Rodrigo se paró en seco al verlos y sus compañeros, que iban detrás, chocaron contra él.

—¡Hostia, tú! —exclamó Julián, emulando sin querer la coletilla que Max siempre usaba.

Su exabrupto hizo que la pareja se separase y los mirara. Julián reaccionó:

—Eh, tranquilos, a vuestro rollo, ¡no hay prisa!

57.

—¿No viene Max con nosotros? —preguntó Rodrigo al ver que Sofía se subía sola a la furgoneta.

—No, se va a su casa ya.

—Hay sitio para él si quiere —insistió, señalando el tercer asiento que había en el frontal de la furgoneta.

—No es por eso. Tiene que irse ya.

«Vaya novio» pensó Rodrigo, molesto. Max no había movido ni un solo dedo por ayudar a LunaLoba a mudarse. Ni uno. Ni tan siquiera había bajado la última caja que quedaba en la casa, sino que se había ocupado Sofía.

Arrancó el vehículo y durante un rato circularon en silencio. Sofía le iba dando instrucciones para llegar y esas fueron las únicas palabras que intercambiaron durante bastante tiempo, hasta que ella dijo:

—Gracias por traer a tus amigos. Y por la furgoneta. Sin ti aún seguiría ahí intentando recogerlo todo a tiempo.

—No te preocupes, ha sido un placer poder ayudarte.

Sofía lo miró y Rodrigo le sonrió brevemente antes de volver a centrar la atención en la carretera.

El silencio volvió a caer sobre ellos.

—¿Puedo poner la radio?

—No funciona.

—Ah.

Rodrigo aprovechó que acababa de pararse en un semáforo para mirarla. Ella también lo observó y se sonrieron, nerviosos.

—¿Tienes ya todo listo para el viaje?

—Sí. Menos mal que como era un viaje largo, decidí empezar pronto con los preparativos, porque si no esta noche no podría dormir, teniendo que prepararlo todo.

—¿Y sabes ya qué vas a hacer allí?

A Rodrigo no se le ocurría otro tema del que pudieran hablar que no fuera el viaje. Mentira. Sí que había algo de lo que quería hablar con ella, pero no podía sacarlo. Al menos sentía que no debía. Quizá era mucho mejor dejar las cosas estar.

Sí, se habían besado el día anterior. ¿Y qué? Ella se iba durante un mes a Estados Unidos. No era el momento para empezar nada, y menos todavía cuando ella seguía teniendo novio. ¡Dios! Tenía novio. Verlos abrazados, despidiéndose antes del viaje, había resultado demoledor. Se le había parado el corazón al encontrárselos tan juntos, en un gesto que no parecía tener fin.

Se sentía un poco estúpido. O más bien muy estúpido. Sofía era tan guapa, lista y encantadora que enamoraba a todos. A Rafa, a Julián, a Max, a Fabián... Sí, había visto cómo el exnovio de su amiga la miraba, y después había sido testigo en primera línea de cómo saltaban por la habitación como locos, cogidos de la mano y aullando.

Para él, cada momento que había pasado con Sofía era único porque estaba en una etapa de su vida en la que solo hacía locuras con ella, ¿pero y si para LunaLoba todo lo que habían compartido era lo normal? Aullarle a la Luna no sería nada memorable, darle un pico para mostrarle su gratitud tampoco y colarse en su habitación a media noche menos todavía.

Miró de nuevo a Sofía de refilón; en aquella ocasión ella no se dio cuenta porque sus ojos enfocaban el exterior a través de la ventanilla. Suspiró sin hacer ruido.

Si ella no le decía nada del beso del día anterior, él tampoco lo haría. Con Sofía a punto de irse de viaje no era momento para nada. De hecho,

aquellos treinta días que tenían por delante a muchos miles de kilómetros de distancia serían perfectos para poder aclararse las ideas. Igual lo que sentía solo era un encaprichamiento, como le había sucedido a Rafa. Todavía tenía clavadas las palabras de su amigo, cuando le había dado la bienvenida al club de los lobeznos enamorados de la jefa. La admiración que sentía por ella podía causarle una mala jugada, disfrazarse de sentimientos más profundos como, al parecer, le ocurría a tantísima gente. Un mes sin saber nada de ella le vendría muy bien para aclararse.

Pero no, no podía decirle adiós y ya está. La noche anterior la había besado, incapaz de mantenerse apartado de su boca por más tiempo. Y ella le había devuelto el beso, ¡y de qué manera! Había algo entre ellos. Algo real y recíproco. ¿Verdad?

Hasta el último segundo que pasó con ella, albergó la esperanza de que Sofía sacara a colación lo ocurrido la noche anterior. A Rodrigo, el abismo de kilómetros que estaba a punto de interponerse entre ambos, le selló los labios. Quería que fuera Sofía quien hablara, ¿pues qué se suponía que iba a decirle él? ¿«Te quiero, por favor no te vayas»? No podía decirle eso, por mucho que fuese lo que deseaba.

Llegó el momento. Todas las cajas estaban descargadas. Él se marchaba ya. Era ahora o nunca. Y al fin Sofía, que se había mantenido muy silenciosa durante los últimos minutos, se acercó a él y habló.

—Bueno, Rodrigo, muchísimas gracias por todo. Te echaré de menos.

Y nada más, solo un abrazo de despedida, como el que le había dado a todos los demás. Porque eso era él, ¿no? Uno más en la emocionante vida de la *youtuber* LunaLoba.

—Que tengas buen viaje. Yo también te echaré de menos —logró formular Rodrigo antes de subirse a la furgoneta y marcharse.

Sofía, parada en la entrada del garaje, observó cómo se alejaba. Sentía

una opresión en el pecho que iba aumentando con cada metro que el vehículo ponía entre ellos. Las palabras no dichas se le atoraban en la garganta, creando un nudo que intentó tragar cuando sintió la mano de su madre sobre su hombro.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

Era imposible mentirle a Macarena.

—Lo estaré.

—Dame un abrazo, anda.

Entre los brazos de su madre, Sofía cerró los ojos y se imaginó que era Rodrigo quien la sostenía. Así, el abrazo que le había dado, duró todo lo que habría deseado.

Max había ido a su casa para romper con ella. O al menos, a dejarle claro que eran amigos más que novios. Sofía no se había sorprendido, puesto que esas también eran sus intenciones. No le veía sentido a marcharse a Los Ángeles dejando aquella relación en el aire, sin aclarar lo que eran o no eran. Entre ellos nunca se habían llamado «pareja» ni «novios» ni nada por el estilo. No les había dado tiempo y, para ser sinceros, Sofía sospechaba que aunque hubieran tenido todos los días del mundo, su relación tampoco habría llegado a nada serio.

No como con...

Suspiró.

Despedirse de Max no le había costado nada. De hecho, había sentido alivio al ver que él tenía las mismas intenciones que ella y le había dejado hablar. Para su sorpresa, mientras lo escuchaba había sentido que sus palabras eran como chinarrros que tiraba sobre su corazón, creando poco a poco una losa sobre él y haciendo que le costase latir cada vez un poco más. Porque los

motivos por los que no debían estar juntos también podían aplicarse a Rodrigo y ella.

¿De verdad quería marcharse a Los Ángeles teniendo un «algo» en España? No una relación seria, ni un novio, solo un «algo» inseguro e inestable. Un mes podía parecer poco, pero atarse a Rodrigo sin saber si iban en serio o no, no era la mejor forma de disfrutar de una experiencia que debería ser inolvidable y solo suya.

Mejor marcharse sin hacer promesas. Se habían besado, sí, y Sofía no podía negar que sentía algo por Rodrigo; quizá, incluso pudiese afirmar que estaba enamorada de él, pero ahora debían separarse durante un mes. ¿Qué se suponía que iba a decirle? «Oye, que creo que podría estar enamorada de ti, pero tengo que irme a la otra punta del mundo durante treinta días, ¿me esperas?»

No, mejor dejar su relación en *stand-by*. Sin promesas, sin confesar sentimientos que aún estaban en pañales, sin nada, tan solo un abrazo como despedida que había sabido a poco. Y que fuera lo que tuviera que ser. Las relaciones a distancia no funcionaban. Mataban parejas que llevaban años, parejas sólidas. ¿Qué haría entonces con un «algo»? Lo destrozaría, reduciéndolo a nada y, como daño colateral, arruinaría su mes en Los Ángeles, un viaje que estaba decidida a que fuera absolutamente inolvidable. Se lo merecía.

Con Rodrigo, por mucho que le pesase, iba a tomarse un descanso. Un *break*, un KitKat, unas vacaciones, un respiro, un... ¿habría algún sinónimo con el que consiguiese que le doliera menos?

58.

Durante la primera semana, no intercambiaron ningún mensaje, aunque Rodrigo se mantuvo al día de todo lo que le ocurría a Sofía gracias a las publicaciones que hacía en Instagram *stories* y a las fotos que subía. Además, sus primeros siete días en Los Ángeles culminaron con un vídeo en el que resumía en apenas 5 minutos todo lo que había descubierto y vivido esos días. Al parecer, era un requisito obligatorio del concurso, para que practicasen las nuevas técnicas aprendidas durante esa semana. Rodrigo se sintió feliz al verla tan contenta e integrada, aunque también se sintió un poco triste por ser testigo de que quizá su sitio estuviera muy lejos de él.

La segunda semana también hubo silencio por ambas partes. Rodrigo veía sus fotos, historias y vídeos, pero no comentaba nada. Sofía, cuando revisaba las visualizaciones que habían tenido sus *stories*, siempre buscaba a ver si Rodrigo los había visto, y sí, ahí estaba, pero no conseguía que interactuase con ella, ni siquiera con las encuestas que lanzaba.

La tercera semana, Rodrigo se sentía más optimista. Había pasado ya el ecuador del viaje y miraba hacia el futuro con más ilusión. La cuenta atrás para su regreso había empezado y aquello le hacía sentirse bien de forma automática.

El martes fue el cumpleaños de Pepe y le llevaron una tarta a la oficina para que soplara las velas. Entre las muchas fotos que echaron con sus móviles, les tomaron una a Pepe y a él dándose un fuerte abrazo. Salía un poco movida, pero su cara de felicidad era tan potente, con una sonrisa tan brillante, que Rodrigo no pudo resistir la tentación de compartirla en Instagram con sus escasos treinta seguidores. Después de tantos días siendo espectador en aquella red social, había llegado el momento de convertirse en

actor principal. Acompañando la foto, lanzó un interrogante que cogió del listado de 36 preguntas que harían que te enamoras de un desconocido. Había revisado aquella lista más veces de las que le gustaría, pensando en las cosas que sabía y desconocía de Sofía. Para aquella instantánea, eligió la número diecisiete: «¿Cuál es tu recuerdo más valioso?».

La había formulado con la esperanza secreta de que Sofía la viera y respondiese, pero aun así, una gran parte de él estaba convencido de que ella ni siquiera vería la foto. No fue así. Sofía no solo vio la instantánea, sino que le contestó con una larga parrafada en respuesta a su pregunta.

Al día siguiente, Rodrigo volvió a subir otra foto, en esa ocasión de una puesta de sol que capturó al salir a correr, y la acompañó de la pregunta trece: «Si una bola de cristal te pudiera decir la verdad sobre ti mismo, tu vida, el futuro, o cualquier otra cosa, ¿qué le preguntarías?» Sofía no tardó en contestarle por un privado y él también le confesó su respuesta.

Durante una semana y media, mantuvieron aquel ritual. Él subía una foto con una pregunta y después ambos se daban respuesta por privado. No hablaban más, solo eso, aunque a veces las respuestas de ellas iban acompañadas con fotografías. «Completa esta frase: “Ojalá tuviera alguien con quien compartir...”», a lo que ella le respondió con una foto de un helado que se estaba tomando junto al mar. «¿Tienes una corazonada secreta acerca de cómo vas a morir?» y Sofía le envió una instantánea en la que salía en un supermercado, con una bolsa de 5 kilos de cereales y el texto «de indigestión esta misma noche».

Rodrigo esperaba sus respuestas como un sediento anhela el agua. Eran el mejor momento del día, aunque solo intercambiasen unas frases y unas fotos. Y cada jornada, Rodrigo tachaba mentalmente los días que le faltaban para que ella regresase. Ya no iban a ser vecinos, pero tenerla en Madrid, tan cerca, era muy diferente a que los separasen miles de kilómetros y nueve

horas de cambio horario.

No obstante, el humor de Rodrigo se torció cuando a pocos días de la fecha que él creía era la de regreso, Sofía anunció que habían organizado un viaje por carretera para hacer la ruta 66. Iba a quedarse al menos quince días más en Estados Unidos.

Aquel día Rodrigo no subió ninguna foto nueva. Ni los dos días siguientes. Veía una y otra vez los vídeos y fotos de Sofía, analizando cada detalle. Estaba pasándoselo bien todo el rato, con gente joven como ella y de su mismo rollo *youtuber* y creativo. ¿Y si no volvía nunca?

Al cuarto día, volvieron a la rutina de las fotos. Se le estaban agotando las preguntas del formulario, pronto tendría que empezar a inventarse las suyas propias, y ya ni siquiera se preocupaba de que las imágenes tuvieran relación con el texto, pues en algunos casos era imposible. A Sofía tampoco parecía importarle que las fotos nada tuvieran que ver, pues contestaba igual.

Y al fin, un día, hubo un cambio en su rutina.

Rodrigo estaba en el baño de la oficina, orinando, cuando su teléfono comenzó a sonar. Lo había dejado apoyado sobre la cisterna y al ver el nombre de Sofía en la pantalla casi le da un infarto. Se apresuró a sacudirse y, sin tiempo de lavarse las manos ni tirar de la cadena, descolgó.

—¿Sofía?

—¡Hola, Rodri! ¿Qué tal?

—Bien, bien. ¿Y tú? ¿Cómo que me llamas? ¿Qué hora es allí?

—Pues casi las tres de la mañana.

—¿Ha pasado algo? —interrogó él, aunque de fondo se oía música de fiesta, así que esperaba que todo fuera bien.

—No. Bueno sí, pero nada malo. Solo estaba pensando... ¿tú el día veinte podrías quedar?

—¿El... día... veinte? —tartamudeó él.

—Sí, a las doce.

—¿De este mes?

—Sí.

—Espera un momento —se apartó el teléfono de la oreja. Tenía que mirar su calendario, aunque estaba seguro al 99% de que sí podría. Salvo que tuviera una reunión vital, aplazaría lo que fuera necesario para poder verla.

No obstante, tan nervioso estaba que, al intentar coger el móvil con ambas manos para consultar su calendario, este le bailó entre los temblorosos dedos y se le escapó. Rugió un «nooooooooo» conforme lo veía caer en línea recta hacia la taza del váter e intentó atraparlo, pero no tuvo suerte. Rebotó contra la porcelana y después *ploc*, se sumergió en el líquido, que no solo era agua sino también orina.

—No, no, no, no. Joder, no. —Se agachó y, tras meter y sacar varias veces la mano de la taza del váter sin llegar a tocar el líquido, hizo de tripas corazón y, con una mueca de asco, pescó el teléfono.

Para entonces, el terminal ya estaba ahogado.

Salió directo a comprarse un celular nuevo, pero para cuando logró devolverle la llamada, casi había pasado una hora. Aun sabiendo que la llamaba casi a las cuatro de la mañana y que lo más probable era que estuviera durmiendo, no pudo resistirse a contactar con ella. Necesitaba decirle que sí, que podían verse el día veinte. Ese día o cualquier otro. Aplazaría lo que fuera. Había sido un estúpido al mirar el calendario y el karma se lo había demostrado con un móvil ahogado.

—¿Sí?

—Sofía, soy yo. Disculpa que antes se haya cortado, es que se me ha caído el móvil.

—Ah, hola, Rodri. No te preocupes.

—¿Te he pillado durmiendo?

—Sí, pero no te preocupes, aún no había cogido el sueño profundo.

—Bueno, de todas formas, seré breve. Solo quería decirte que el veinte podemos vernos cuando tú me digas.

—Ah, eso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rodrigo al intuir por su tono que algo iba mal.

—No, nada, solo que al final no va a poder ser. La verdad es que era una tontería. Una locura. Había bebido un poco y seguro que ha sido eso, porque era muy descabellado.

—¿Pero el qué? Vuelves el veinte, ¿no?

—La verdad es que no. Solo iba a hacer una escala en Madrid de una hora. Y te he llamado al ver el vuelo, pero era una locura. Ni siquiera sé si habría podido salir de la zona de pasajeros.

—Ah. Ya veo. Y... emmmm—. Rodrigo intentaba procesarlo todo, incluido el dolor que sentía en el pecho—. ¿Dónde vas?

—A África.

—¿África? —Sintió que el corazón se le caía a los pies—. ¿Cuánto tiempo?

—Dos semanas. Mi madre está allí con Pedro, en una misión, y quiero estar con ella. Y así aprovecho para ver un poco de África, que una oportunidad así no se tiene todos los días.

—Sí, claro, claro. Es una idea fantástica.

Y, además, tenía sentido: si su madre no estaba en España, ¿qué se le había perdido a ella en Madrid? Nada. Desde luego, él no.

Colgó muy poco después con la excusa de dejarla dormir, pero lo cierto era que Rodrigo sentía la cabeza embotada. Casi no pudo pensar con claridad y objetividad hasta esa noche, cuando le escribió un mensaje, dispuesto a quedar con ella en su breve escala.

Pero Rodrigo debía de haber hecho algo muy malo en otra vida, pues la suerte no le sonreía nunca. Sofía, por culpa del ahogamiento del móvil y de la falta de respuesta de Rodrigo, había acabado cogiendo otro vuelo que no hacía escala en Madrid.

59.

A Sofía le había entrado la dromomanía, no tenía otra explicación. Tenía una obsesión casi patológica por viajar, ¿si no cómo se explicaba que a su viaje de un mes a Los Ángeles le hubieran seguido quince días de *road trip* por Estados Unidos para después sumarle otras dos semanas en un pueblo perdido de África y ahora... ¡Ahora se iba a Italia con su madre!

Rodrigo no podía creerse su mala suerte. ¿Y si Sofía no volvía a España hasta dentro de varios meses, años incluso? Buscando en Internet había dado con esa palabra, «dromomanía», y otra alemana parecida «wanderlust». Actualmente, ambas solían aplicarse a los *millennials* que parecían casi obsesionados con viajar y vivir nuevas experiencias en el extranjero. Había casos de gente que viajaba durante años, sin una casa fija, sin volver a su hogar salvo para visitar a su familia, y en el caso de Sofía la madre se apuntaba a viajar con ella, así que ¿y si no volvía en años?

Su último viaje le había surgido porque la empresa Interrail le había regalado unos pasajes para que recorriera en tren el país de su elección, y madre e hija habían decidido matar dos pájaros de un tiro: empezar a tachar los destinos que les habían salido en la prueba de ADN y recordar años pasados con un viaje a Italia, a las raíces de Sofía y de su padre. Los billetes serían válidos durante una semana, pero ya habían anunciado que se quedarían en el país durante al menos quince días.

Una quincena más. Rodrigo ya no sabía si volver a empezar una cuenta atrás o desistir en el intento.

Y mientras, los seguidores de Sofía subían a la par que los kilómetros que recorría, y si ya tenía muchas millas a sus espaldas, su contador de suscriptores estaba que echaba humo.

¿Y si no volvía?

Aquella pregunta se repetía de forma machacona en la cabeza de Rodrigo, porque cada vez le parecía una realidad más plausible.

Al dirigirse hacia su habitación, pasó frente a la de Rafa y se detuvo un instante al ver, a través de la puerta entreabierta, que su amigo seguía teniendo las notas adhesivas gigantes pegadas en la pared. Tras dudarle un instante, empujó un poco más la puerta y entró en el cuarto para acercarse a los papeles. Pensó que quizá no le vendría mal ojear la «carrera espacial» de Rafa, pero lo que vio sobre las notas hizo que se quedara paralizado.

Casi veinte minutos después, su amigo lo encontró en esa misma posición, sentado en la cama y mirando fijamente la pared cubierta de notas.

—¿Qué haces aquí?

Rodrigo se limitó a negar con la cabeza y a señalar las hojas.

—¿Qué? —interrogó Rafa—. Te prometo que no he cogido otro paquete. Son las que sobraron de la otra vez.

El otro negó con la cabeza.

—¿Qué te pasa, Rodrigo?

—Soy el único idiota que está esperando a que vuelva, ¿no es así?

Rafa miró a su amigo y después a la pared. Sobre ella, en lugar de su famosa carrera espacial, había un listado de restaurantes y actividades culinarias a las que había ido o tenía intención de asistir junto a Carlota.

—No eres el único idiota que está esperando a que vuelva —negó Rafa—. Lo que sí que eres, es el único idiota que tiene alguna posibilidad de estar con ella y la está desperdiciando por estar aquí sentado mirando una pared. Créeme: si yo fuera tú, no estaría aquí.

—¿Y dónde se supone que estarías?

—Pues con ella.

—¿Y dónde es eso exactamente? ¿En Estados Unidos? ¿En África?

¿En Italia? ¡Ya ni sé dónde va a estar la semana que viene!

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Qué más te da no saber dónde va a estar si lo importante es que podrías estar con ella allá donde esté.

Rodrigo rechazó aquella idea con una negación de la cabeza.

—Si no viene a Madrid, es porque no quiere estar conmigo.

—Según esa lógica, si tú no vas donde está Luna, es porque no quieres estar con ella.

—Yo tengo un trabajo y...

—Y ella también —lo interrumpió Rafa—, solo que el suyo mola mucho más que el tuyo.

—No lo entiendes.

—¿Qué no entiendo? Porque lo que sí que sé es que estás haciendo el imbécil. Y encima te crees que es todo mala suerte, o que se trata del destino, que no quiere que estéis juntos... ¿A estas alturas de la vida no sabes ya que nuestro destino lo hacemos nosotros mismos? Tuviste una suerte enorme de que Sofía se cruzase en tu camino. Y tuviste todavía más potra cuando resultó que a ella le gustabas. Eso fue un regalo que el destino te hizo. Ya lo que hagas con ese obsequio, es cosa tuya.

—Pero... dijiste...

—¿Qué dije?

—Que yo solo era uno más en el club de enamorados de LunaLoba.

—Cierto, lo dije —aceptó Rafa—. Pero sabes por qué, ¿no? Por envidia. De los dos, tú has sido el único que en algún momento ha tenido la oportunidad de tener algo con Sofía. Le gustas, tío.

—Si le gustase...

—¡Si tú la merecieras, irías a Italia, a África o al último rincón del

mundo, para decirle que la quieres!

—¿Y si...?

—Y si ¿qué? —preguntó Rafa irritado—. Que me están dando unas ganas de soltarte una hHostia que no veas.

—¿Y si lo que siento es solo un amor platónico?

—¿Pero qué cojo...? ¿Cómo que amor platónico? No la tienes idealizada ni nada por el estilo. Amor platónico era lo mío, que solo de verla por Youtube quería que fuera mi novia. Lo tuyo con Sofía no está solo en tu cabeza. Y si dices lo de platónico porque no es correspondido, si quieres te pongo el video del viaje a la Luna para que veas cómo te miraba esa chica. ¡Si es que eres tonto!

—Pero ella es mucho más joven que yo. Y tiene una vida totalmente distinta a la mía, y... ¿qué pinto yo con ella? Mírame.

—Tienes razón —asintió Rafa, y al ver que Rodrigo asentía con la cabeza con gesto triste, repitió—: Tienes toda la razón, ¿qué pinta con LunaLoba un tío como tú? Yo de ser LunaLoba no me habría enamorado de ti. Me habría enamorado de mí, que al menos tendría los huevos de arriesgarme a decirle lo que siento. ¡Despierta, Rodrigo! Lleva más de dos meses fuera y sigues bebiendo los vientos por ella. Esto no es un amor platónico. ¡Es real! Y a lo mejor, si no sigues perdiendo el tiempo, te llevas la alegría de tu vida al recibir un «yo también te quiero» cuando le confieses que estás loquito por ella.

60.

Sofía no podía creerse que estuviera allí. Prácticamente todo estaba igual a como lo recordaba, aunque habían hecho algunas mejoras, como el molino de viento y las placas solares que les proveían de electricidad y permitían cargar los aparatos eléctricos que tenían. Las caras que poblaban aquella comunidad hippie también habían cambiado, pero no todas. Aún habitaba allí una pareja de la época en la que Macarena había vivido en la comuna. Y la hija, que era solo un año mayor que Sofía y se llamaba Julieta, también seguía viviendo allí, ¡y tenía dos hijos! Las dos jóvenes hablaron durante horas el día que sus caminos se reencontraron después de tantos años.

Sofía aprovechó su visita de un par de días a la comuna para grabar un vídeo, pues la gente tenía una idea muy equivocada de ese tipo de lugares y sus moradores. No eran anarquistas, ni gandules, ni gente que no sabía qué hacer con su vida. Eran gente trabajadora que reconstruía sitios abandonados y cuidaba su entorno, mejorándolo en armonía con el entorno. Cuidaban del huerto, de los animales, de los niños, de las construcciones, de sus almas. No eran ni peores ni mejores que los demás, solo llevaban una vida alternativa. Y Sofía intentó retratarlo en sus vídeos, mostrando todo el trabajo que hacían para poder sobrevivir y mostrando también todo el tiempo que tenían para poder dedicárselo a sí mismos, a los demás y a la naturaleza.

El viaje a Italia con su madre, sin duda había sido todo un acierto, primero recorriendo sus ciudades más famosas gracias al tren y después regresando a sus raíces más auténticas y recuperando viejas amistades en aquella comuna hippie perdida del mundo.

Pero lo cierto es que ya tenía ganas de regresar a España para poder descansar un poco. Como diría Connie: parar sí, pero solo para descansar

antes de volver a emprender camino. Tenía un sinfín de planes para el futuro próximo y lejano. Una pizarra llena de actividades y propuestas que la entusiasmaban. Y lo mejor es que muchas estaban en España, pero también las tenía en el extranjero, sobre todo en América Latina. Todavía no se había concretado nada, pero en su cabeza ya sabía lo que quería hacer: tras haber repuesto fuerzas en casa, viajar a Sur América y recorrerla de cabo a rabo disfrutando de experiencias junto a sus lobeznos. En Argentina la esperaba una seguidora profesora de tango que quería enseñarle a bailar, en Perú un seguidor quería que hicieran el Camino Inca que lleva a Machu Picchu, en Chile Connie le había prometido que se reencontrarían...

Sí, sin duda su futuro era muy excitante, y ya no le daba miedo emprender su viaje sola, pues sabía que allí donde fuera encontraría a gente. Seguidores, sí, pero también desconocidos que se cruzarían en su camino y ya siempre formarían parte de su vida.

Estaba emocionada por seguir con su aventura, pero sentía que su siguiente parada debía ser Madrid, no solo por poner muchas cosas en orden, entre ellas la pila de cajas que le esperaban en casa de su madre con todas sus pertenencias, sino también porque tenía muchas ganas de volver a reencontrarse con Rodrigo. A ratos se sentía tonta por tener ese anhelo pues, a fin de cuentas, ¿qué habían hecho durante esos dos meses? Intercambiar un par de mensajes cada día y ya está. Vale, sí, las preguntas a las que contestaban estaban sacadas del formulario que prometía el amor tras treinta y nueve interrogantes, solo había tardado un par de días en darse cuenta, pero Rodrigo subía aquellas fotos de forma pública. ¿Y si había hecho esa especie de entrevista personal con otras diez mujeres? Internet es infinito y, aunque Sofía había querido imaginarse que él subía aquellas fotos por ella, también era consciente de que estaban ahí, a la vista de cualquiera... A ratos se sentía tonta y otros se sentía optimista, pues, aunque al final no habían podido

hacerlo, él había aceptado reunirse con ella en el aeropuerto. Habría sido una mísera hora compartida en una terminal, pero Rodrigo había dicho que sí. ¿Quién aceptaría eso si no siente nada por la otra persona?

—Rebeca nos ha mandado un mensaje —comentó su madre cuando, de regreso a Roma, volvieron a conectarse a Internet.

En la comuna había cobertura de datos, pero habían decidido prescindir de los teléfonos no solo para estar más en armonía con los demás, sino para desconectar del mundo exterior. Tras la experiencia en Marrakech, era algo que a Sofía le gustaba hacer cada cierto tiempo.

—¿Qué dice?

—Ha aceptado una experiencia en Roma. Para esta tarde.

—¿Qué es?

—No lo dice, pero si la ha aceptado sin consultarte, es que seguro que te va a gustar.

—A ver, déjame.

Sofía le cogió el teléfono y consultó los datos. Solo ponía un lugar y una hora. Ni persona de contacto ni nada, lo cual no era habitual, pero su madre tenía razón: si Rebeca le había dado el visto bueno, es que merecía la pena.

Tras llegar a Roma y dejar las cosas en el hostel en el que tenían plaza, Sofía salió en dirección al punto de encuentro. Su madre se quedó descansando, pues estaba agotada tras el viaje y su experiencia en la comuna: «me hago vieja, porque yo no recordaba que vivir en armonía con el entorno cansase tanto».

El tráfico en la ciudad era un auténtico caos. «Están locos estos romanos» evocaba Sofía la célere frase de Astérix el galo mientras intentaba cruzar un paso de cebra sin morir atropellada.

Al llegar a su destino, cerca del Coliseo romano, miró su reloj y

comprobó que había llegado un par de minutos antes de la hora. Esperaba que su contacto no fuera muy tardón, aunque los italianos se parecían mucho a los españoles e igual habría sido mejor llegar cinco minutos tarde.

Parada junto a una farola, contempló el ir y venir de la gente, de las motos y de los coches, preguntándose cómo sería la persona a la que esperaba. Por estadística, se trataría de una chica joven, de entre dieciséis y treinta años, quizá una española que estaba allí de Erasmus o por trabajo.

Estaba mirando hacia la derecha cuando por el rabillo del ojo vio que un romano loco, montado en una vespa roja, se dirigía directa hacia ella.

—*Stronzo!* —le gritó «gilipollas» por puro susto a la vez que retrocedía—. *Ma non mi hai visto?*

—Disculpa, es que casi me arrollan a mí.

Sofía sintió que le temblaban las piernas al mirar a la cara al motorista. En un principio, con el sobresalto, no lo había reconocido.

—¡Rodrigo!

—*Ciao, bella* —contestó él, quitándose el casco.

—Pero ¿qué haces aquí?

Fue una mezcla de pregunta y exclamación. Se lanzó sobre él y lo abrazó.

—*Un giro in moto con una bella ragazza.*

Le colocó el casco, teniendo cuidado de que no se le escapara ningún mechón.

—¿Quieres dar una vuelta en moto conmigo? —interrogó ella—. Pero... yo... Estaba esperando a alguien.

—A mí.

Sofía sonrió tanto que hasta le dolieron las mejillas.

—¿Tú has organizado todo esto?

—Sí. No he podido traerme a Cabra, pero espero que su prima hermana

valga —dijo Rodrigo acariciando la carrocería roja de la moto—. Una *bella ragazza* me dijo una vez que le gustaría pasear por Roma en moto.

Sofía asintió, emocionada. Sentía un nudo de emociones en la garganta que tragó con dificultad antes de montarse tras Rodrigo en la moto. En cuanto él se hubo puesto otro casco, se incorporaron como pudieron al tráfico y comenzaron a recorrer la ciudad en una Vespa de flamante color rojo. Tras pasar frente a los principales puntos de interés de la ciudad, Rodrigo salió de la urbe y se dirigió a las afueras, hacia una zona de campo donde en una carretera más tranquila detuvo la moto y animó a Sofía a ponerse delante.

—Pero no tengo carnet.

—Lo sé, y por eso esta va a ser una primera vez muy interesante. Venga, que vas a recibir tu primera clase de conducir.

Rodrigo le dio algunas explicaciones parado junto a la moto y después se sentó tras ella. Con sus manos en la cintura femenina, fue dándole instrucciones hasta que la moto se puso en marcha tras unos tirones que amenazaron con dañar sus cervicales.

Cuando Sofía cogió confianza en una recta y aceleró un poco, Rodrigo se soltó y, extendiendo los brazos a ambos lados, le aulló al cielo que comenzaba a ponerse naranja. Sofía giró el cuello para mirarlo y sin querer torció el manillar. Para cuando se dio cuenta, tuvo que pegar un volantazo para no salirse de la carretera y Rodrigo se agarró a ella muy fuerte mientras se reía a carcajadas.

Sofía también se rio, nerviosa y emocionada.

La felicidad se parecía mucho a ese instante.

Rodrigo la hizo parar en una carretera rodeada de campo y sacó del maletero de la moto una cesta de picnic.

—Oh, por favor —se le escapó a Sofía.

—¿No te gusta?

—Me encanta.

—Ah, porque me había dicho un pajarito que para ti un día perfecto sería en el campo.

Sofía sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Le había confesado aquello la primera vez que habían cenado juntos, cuando empezaron con la tontería del cuestionario para romper el hielo. Si él se acordaba de eso, ¿el resto de preguntas también se las habría dedicado a ella?

Rodrigo extendió una manta de picnic en medio de una zona de hierba verde y empezó a sacar el contenido de la cesta, que además de algunos tentempiés, incluía dos copas y una botella de champán. Sofía sirvió las dos copas y, antes de empezar a comer, brindó con Rodrigo.

—Por una experiencia maravillosa.

—Y yo que pensaba que no te había gustado porque no habías grabado nada —rio él.

Era cierto, tan sorprendida había estado que se le había olvidado sacar el móvil con el estabilizador para inmortalizar aquella primera vez, como era su costumbre.

—Lo he grabado todo —replicó ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí, aquí —afirmó a la vez que se tocaba la sien con un dedo—. Y aquí. —Se dio unos toques en el corazón.

Aquello animó a Rodrigo a decir:

—Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti.

Rodrigo sonrió ante su declaración y buscó el coraje para seguir hablando.

—No sé qué planes tienes a partir de ahora —dijo, y al ver que ella iba a hablar, le hizo un gesto para que no lo hiciera—. Déjame que te lo diga

todo y después tú contestas. No sé qué tienes planeado de aquí en adelante, pero me gustaría formar parte de ello. He estado hablando con mis empleados y valorando todo mi trabajo, y puedo organizarme de tal forma que me permita pasar largas temporadas fuera. Un mes, dos meses. Siempre que tenga conexión a Internet, puedo trabajar desde la distancia. Agruparé todo lo que tiene que ser presencial en unas semanas, y el resto del tiempo podré adaptarme a ti. Quizá tenga que quedarme en los hoteles trabajando por la mañana, o por la noche, según sea el cambio horario, pero el resto del tiempo podríamos estar juntos. Puedo hacerte de cámara si quieres, o de fotógrafo si me enseñas. Quiero vivir el mundo junto a ti, Sofía.

Ya está, ya lo había soltado.

Ahora le tocaba a ella replicar, pero Sofía no encontraba las palabras.

—Si tú quieres, claro —añadió Rodrigo tras unos largos segundos de silencio.

—Hay algo que no me has preguntado todavía —logró decir Sofía.

—¿El qué?

Le hizo gracia su ceño fruncido. El pobre no tenía ni idea de por dónde iba a salirle. Se acercó a Rodrigo.

—Durante estos meses, me has hecho todas las preguntas que harían que me enamorase de ti, todas menos una.

—¿Cuál? —interrogó Rodrigo en un hilillo de voz. La tenía tan próxima, que notaba su aliento en el rostro.

—¿Hay algo que hayas deseado hacer desde hace mucho tiempo?

—No te lo pregunté, porque entonces tendría que haber respondido yo también.

—¿Y qué habrías contestado? —Estaba tan cerca, que prácticamente sentía sus labios sobre los suyos.

—Que lo único que anhelo desde hace mucho tiempo es decirte que te

quiero.

—Yo también te quiero, Rodrigo.

Epílogo

A Rafa se le descolgó la mandíbula al ver aparecer a Rodrigo por la puerta de llegadas del aeropuerto. Sofía, a su lado, estaba preciosa y llamaría la atención de cualquiera, pero para Rafa fue todo un *shock* ver a su amigo después de tantos meses y prácticamente no procesó nada más.

—Madre mía. Rodrigo, ¿eres tú?

Una línea de blanquísimos dientes asomó en el bronceado rostro del recién llegado.

—Hola, Rafa —Rodrigo lo abrazó—. Muchísimas gracias por venir a recogernos.

—No, en serio: ¿eres tú?

—Ya lo sé, ya lo sé, te habías acostumbrado a verme con barba y...

—¿Qué barba ni qué ocho cuartos? ¡Si parece que te haya comido un mulato! Estás más negro que el betún. ¿Seguro que eres tú? Enséñame el culo para asegurarme de que debajo de todo ese sol está mi amigo de toda la vida.

Rodrigo dio un salto para huir de las manos de Rafa, que ya se dirigían a su pantalón como si pretendiera bajárselo allí mismo, en medio de la terminal.

—Me temo que mi culo también está moreno.

—¿Cómo vas a tener moreno el culo? Morenazo, ¡que te has comido a mi amigo! Tú cuando te fuiste eras blanco.

—Anda, calla, que solo he tomado un poco el sol.

—Un poco, dice. Pero oye... si tienes el culo negro también... —En su cara, pudieron leer el momento en que completaba mentalmente el razonamiento.— ¡Cochino! —Y entonces se giró hacia Sofía y cambió de tono, usando uno más provocativo—. ¿Tú también estás morena en todos

sitios?

—Eh, eh, no pienses en Sofía desnuda.

—Es tu culpa: has hecho que te imagine en bolas y mi mente se protege de la mejor forma que sabe.

—Imaginándote a mi novia sin ropa.

—Efectivamente. Mi cerebro sí que sabe, ¿eh?

LunaLoba, que seguía divertida la conversación, decidió intervenir antes de que aquel tema se les fuera de las manos.

—¡Te has puesto una de mis camisetas!

—Sí, ¿te gusta?

—Te queda genial —asintió ella, feliz al ver el orgullo con el que Rafa llevaba la camiseta en la que podía leerse «soy el lobezno #1».

Empezaron a andar hacia el parking del aeropuerto mientras le contaban un poco qué tal había ido el vuelo. Habían tenido unas turbulencias tremendas a mitad del trayecto y al final no habían conseguido pegar ojo, así que ambos estaban agotados. Por supuesto, también le contaron las ganas que tenían de comer tortilla de patatas y una buena paellita.

—¿Esto es lo que creo? —preguntó Rafa mientras acomodaban las maletas en el coche. Sofía le había pasado un tubo portaplanos de color negro —. ¿Tus nuevas obras?

—Sí, las últimas que he pintado. Siete en total. El resto se las envié a mi madre por correo hace unos meses.

—Dios mío, ¿puedo verlas?

—Son top secret.

—¡Pero yo soy el lobezno número uno! —protestó él de forma teatral señalándose la camiseta.

—Bueno, vale. Pero luego, en casa.

Para ellos, ahora su hogar era la pequeña casa de invitados que había en

la propiedad de Pedro y Macarena. Era una construcción adyacente al edificio principal que tenía su propia entrada directamente desde el jardín. Durante el primer viaje de un mes que hicieron, Rodrigo había seguido pagando el alquiler de la casa que compartía con Rafa, pero cuando planearon el gran viaje a Sudamérica, en el que estarían tres meses recorriendo América Latina, dejó de hacerlo. En un principio había pensado en seguir abonando sus mensualidades, pues al regresar a España, ¿dónde se suponía que iba a alojarse? Pero entonces Rafa le había anunciado que Carlota se iba a vivir con él y la posibilidad de seguir compartiendo piso había quedado descartada.

Al final, Macarena les había propuesto que se instalaran temporalmente en la casa de invitados y, aunque a Rodrigo no le gustaba del todo la idea, Sofía había logrado convencerlo, pues en tan solo tres meses volverían a marcharse, esta vez a Asia, y sería casi imposible encontrar un alquiler decente para tan poco tiempo. Además, con solo un trimestre por delante en España, no podía perder tiempo poniendo a punto la casa de otro. En la oficina lo esperaba una lista casi infinita de tareas pendientes. Había comprobado que el negocio podía llevarlo adelante sin problemas desde el extranjero, pero siempre había cosas presenciales que no podía eludir. Entre ellas, estaba la gran fiesta de Sofía.

De nuevo coincidiendo con su cumpleaños, LunaLoba había decidido hacer un evento para vender los cuadros que había pintado durante el último año. La colección se llamaba «Lobeznos» porque a la joven le había dado por hacer coloridos retratos de los lobeznos con los que se encontraba por el mundo. Para ilustrar más cada experiencia vivida, en torno a los lienzos habían colocado fotografías tomadas en el país y, además, habían fusionado las pasiones de Rodrigo y de Sofía para que cada juego de pinturas y fotos llevara asociado una experiencia en realidad virtual. Los asistentes a la exposición se ponían las gafas y viajaban al momento que había inspirado a

Sofía para cada cuadro. Así podían conocer a la lobezna María en un cenote de la Riviera Maya o al lobezno Luis junto a las ruinas de Machu Picchu. Incluso podían ver, casi como si las tuvieran delante de verdad, a Connie y Sofía montando a caballo en un campo chileno.

Solo había un cuadro que no tenía su propio entorno virtual. Una pintura que retrataba una de las pasiones más destacadas de Argentina: el tango. En el lienzo predominaban los tonos oscuros, que contrastaban de forma vívida con una mujer vestida de rojo que había en el centro, en pleno baile.

—Muchos me habéis preguntado cómo es que este cuadro no tiene sus propias gafas de realidad virtual —dijo Sofía como parte de su breve discurso—. Me temo que Rodrigo, artífice de todos los escenarios virtuales, estaba muy ocupado en ese momento y no pudo hacer su magia para compartir con vosotros ese momento único. —Hizo un mohín apenado para después sonreír de oreja a oreja.— Por suerte para vosotros, y para mí, Rodrigo estaba ocupado viviendo.

Las caras extrañadas de los presentes le dijeron a Sofía que no entendían a qué se refería.

—Rodrigo, ¿podrías explicarles de qué hablo?

El susodicho, vestido de negro, se acercó a ella bien erguido y, con tono serio, dijo:

—¿Y por qué no se lo enseñamos? —Desde el público, la madre de Sofía le lanzó un sombrero y él se lo colocó—. ¡Música, maestro!

Un tango comenzó a sonar por los altavoces y ellos empezaron a deslizarse por la pista de baile al ritmo que la lobezna Lucía les había enseñado en su estudio de Argentina.

FIN

¡Auuuuuu!

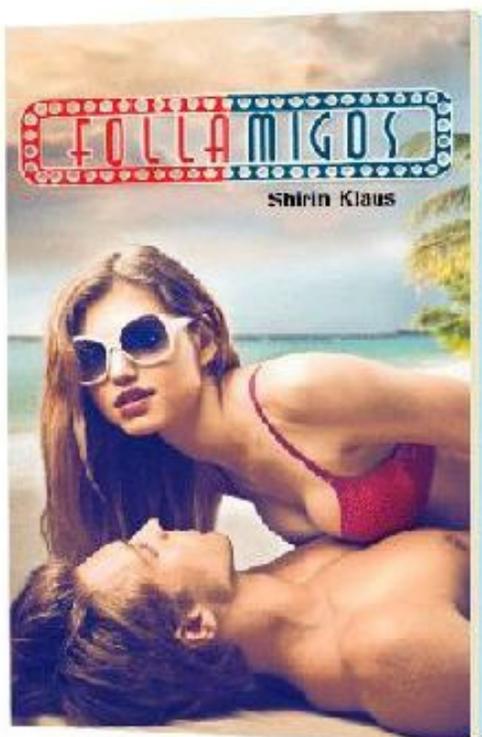
¡Hola, lobeznos! Shirin Klaus al habla. Si has llegado hasta aquí, espero que hayas disfrutado del viaje. Lo más importante siempre es pasarlo bien en el camino ;)

Si te ha gustado la historia y quieres **ayudarme a llegar a más gente**, puedes hacerlo de varias formas:

—**Deja tu valoración en Amazon.** ¿A que si ves un libro sin opiniones te piensas dos veces si comprarlo? Pues si dejas un comentario en Amazon me estarás ayudando mucho, pero mucho, mucho :) Y si además de estrellas puedes escribir algunas palabras en la reseña, sería la bomba.

—**Comenta y recomienda este libro por redes sociales.** #LunaLoba

—**Escríbeme** y cuéntame qué te ha parecido la historia. Me llenarás de energía para seguir escribiendo y estaré encantada de contestarte lo más rápido posible. Puedes encontrarme en Instagram y Facebook como Shirin Klaus, y si prefieres un email, encontrarás mi dirección en www.albanavalon.es



Consigue
GRATIS
este relato
erótico

www.albanavalon.es